

LAURIE ELISABETH FLYNN

SOY TU PRIMERA VEZ



En el instituto Milton High todos los chicos tienen algo en común, por muy diferentes que sean entre ellos. Eso en común tiene curvas y toda una historia detrás de su melancólica sonrisa, y se llama Mercedes Ayres.

Con una familia que la tiene completamente olvidada, Mercedes se ha propuesto robar la virginidad de todos los chicos del instituto. Quizá suene algo violento, pero lo que Mercedes pretende es ayudar a que otras chicas no tengan una primera vez tan patética como la que ella tuvo, y para ello se convierte en «la primera vez» de todos esos chicos que están a punto de hacerlo con sus novias.

Sin embargo, Mercedes descubrirá que los sentimientos pueden ser más fuertes de lo que ella creía y que a veces es conveniente poner límites para poder vivir en libertad.

La primera vez puede ser muy sexy, pero hay que saber elegir bien con quién.



Laurie Elizabeth Flynn

Soy tu primera vez

ePub r1.0
Titivillus 01.02.2017

más libros en espaebook.com

Título original: *Firsts*
Laurie Elizabeth Flynn, 2016
Traducción: Elia Maqueda

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Steve: el último, el único, todo.

1

Esta noche voy a hacerle un favor a la novia de Evan Brown. Un favor incómodo, sudoroso y torpe. Melanie, o como quiera que se llame, me debe una.

Solo que nunca lo sabrá.

—Espera aquí —le digo a Evan antes de meterme en el vestidor.

Lo miro de reojo: está encorvado, sentado en el borde de mi cama, con los hombros estrechos echados hacia delante y las manos en las rodillas. Es como si fuese a ponerse a jugar a un videojuego. Ahogo una risa. Esta pantalla no se la va a pasar a la primera.

Cuando al fin estoy a salvo en el vestidor, me deslizo en unos pantalones cortos de satén rosa y una camisola a juego. Por el miedo en su cara y el olor a sudor nervioso que emana de sus axilas, sé que Evan no podría soportar el salto de cama de encaje negro, ni mucho menos el camisón de satén rojo, el que tiene una raja hasta arriba.

Abro el cajón donde guardo los ligeros y mi colección de medias de rejilla y lo cierro de nuevo. Evan no sabría qué hacer con un ligero ni con unas medias de rejilla, y no quiero avergonzarlo más de lo que ya lo está.

Me pinto los labios de rosa y me dejo el pelo suelto sobre los hombros. Está ondulado, aún húmedo de la ducha. Normalmente me lo plancho muy liso, pero creo que por esta vez puedo saltarme el peinado. Me froto la boca para quitarme el pintalabios, pero mantengo la resolución en los ojos.

Evan va a tener lo que, definitivamente, no soy: una buena chica.

—Dios, Mercy —dice cuando salgo. Se le quiebra la voz y se pone más rojo que su pelo, lo que hace que los granos de sus mejillas destaquen aún más. La pubertad no se ha portado bien con Evan Brown.

—No digas eso —le ordeno, encaramándome sobre él. Le tiemblan las piernas.

—¿Que no diga qué? —La voz también le tiembla.

—Mercy. Ese no es mi nombre.

—Pero así es como te llama Angela.

—Angela es mi amiga. Tú, no. Tú eres alguien a quien le voy a hacer un favor. No tienes que llamarme de ninguna forma. En todo caso, llámame por mi nombre.

—Mercedes —dice, pronunciando todas las sílabas con voz chillona—. Mi madre siempre ha querido uno de esos. —Se da una palmada en la frente—. Mierda, no quería hablar de mi madre. No estoy pensando en ella ni nada. —Se quita las gafas y se frota los ojos—. No creía que fuese a ponerme tan nervioso.

Antes me gustaba mi nombre: Mercedes. Hasta que me enteré de que me lo habían puesto por un coche. Aquel coche rojo que tanto le gustaba a mi padre, el mismo desde el que se despidió con la mano cuando se fue. Recuerdo que a mí también me gustaba aquel coche. Mi padre me sentaba delante y fingía que arrancaba. «Tienes que pisar a fondo —me decía, por encima de mi infantil *brum, brum*—. Alguien tendrá que enseñarte a cambiar las marchas». Pero no se quedó con nosotras el tiempo suficiente para ser él quien me enseñara.

En la boca de Evan, mi nombre no sonaba elegante ni rápido. Solo sonaba complicado, como si estuviese intentando hablar en otro idioma. Supongo que, para Evan, yo *soy* otro idioma.

Sonrío y le paso la mano por el pelo. O al menos lo intento, pero se ha echado tanta gomina que la mano se me queda pegada.

—No te preocupes —digo, secándome los dedos pegajosos en su camiseta—. Todo el mundo se pone nervioso.

Le beso el cuello. Puedo sentir el pulso latiendo bajo su piel. Muevo las manos hasta la parte de abajo de su camiseta y se la quito por la cabeza.

—He traído esto —dice, metiéndose la mano en el bolsillo de los

vaqueros y sacando una tira de preservativos. Debe de haber unos diez. Intenta esbozar una sonrisa, pero le sale más bien una mueca.

—Siempre es bueno estar preparado —digo—. Pero guarda esos para Melanie. Yo también estoy preparada.

Me inclino y abro el cajón de la mesilla, donde tengo las cajas apiladas en orden, como soldados. Ultrafinos. Estriados para el placer femenino. Segunda piel. XL. Saco un ultrafino. Da igual lo que crean ellos, la mayoría de los tíos son de ultrafinos. Lo justo para estar protegido, sin mayores florituras. Esto lo aprendí muy pronto. Mi madre empezó a hablarme de anticonceptivos cuando el resto de madres estaban aún con los tampones.

Además, Evan no tiene pinta de XL.

—¿Hasta dónde has llegado con Melanie? —pregunto.

—Melody —dice—. Se llama Melody, no Melanie. Melody, como una canción. —Baja la vista hacia mi escote, que tiene justo a la altura de los ojos—. Me ha dejado meterle mano. Y una vez que sus padres no estaban, casi lo hacemos. Hicimos otras cosas.

Me llevo las manos a las caderas.

—Vas a tener que ser más preciso. ¿Otras cosas como qué? ¿La has visto desnuda? ¿Le has hecho un *cunnilingus*?

Asiente con la cabeza y se pone aún más colorado.

—Pero no quiso llegar hasta el final. Quiere que sea la mejor noche de su vida. Así que lo tengo todo planeado. Una cena y tal.

—Qué romántico —digo con una gran sonrisa. Esta es la razón por la que hago lo que hago—. Parece que te gusta. Y tú le gustas a ella.

Me encanta que los tíos se tomen el tiempo de planearlo. Y, aunque Evan ha musitado lo de «una cena y tal» sin mirarme a los ojos, sé que es mucho más. Se ha tomado el tiempo de conocer a Melody, saber lo que le gusta y lo que la hará feliz.

—Ese es el problema —prosigue—. Dice que me quiere. Y dice que, como me quiere, sabe que voy a hacerle tocar el cielo.

Asiento. Esto lo entiendo bien. Melody parece como todas las chicas: espera que la primera vez haya fuegos artificiales. Pero yo sé que los fuegos artificiales no se consiguen así como así. Hay que prepararlos bien y prender la mecha despacio.

Que es exactamente lo que estoy haciendo por Evan.

—Pero tú no crees que voy a hacerle tocar el cielo —digo lentamente—. Por eso estás aquí.

—Sí, bueno —dice—. Ella está mucho más buena que yo. Y mi amigo Gus... sigue con su novia gracias a ti.

Sé exactamente de quién habla Evan, solo que yo lo recuerdo mejor por su apodo, el que le puse en secreto. El Llorica. Gus fue el número seis, el que se hizo el duro y prácticamente intentó enseñarme él a mí hasta que se vino abajo y acabó llorando en mi almohada al terminar.

Le pongo las manos en los hombros a Evan.

—Bueno, ya habéis avanzado mucho más que otra gente. Ya os habéis visto desnudos. Eso ya está hecho. Para alguna gente esa es la parte más incómoda. —Me bajo los tirantes del camisón—. A ver. ¿Qué harías si yo fuera Melody?

—Te diría que eres preciosa —responde—. Te preguntaría si puedo tocártelas.

—Bien y mal —repongo—. Siempre está bien decirle a una chica que es preciosa. Pero nunca le preguntes si puedes hacer algo. Sé valiente, porque la confianza en ti mismo es algo que puedes fingir perfectamente hasta que la sientas de verdad.

Evan sigue mirándome los pechos fijamente. Su respiración se hace más pesada y puedo notar su erección a través de los vaqueros. A lo mejor al final resulta ser XL.

—Adelante —le digo—. Aquí puedes cometer errores.

Y eso hace. Comete un montón de errores. Me soba las tetas como si fueran pelotas de béisbol, me babea el cuello, me mete la lengua hasta la garganta. Son errores de principiante, de esos que la gente no sabe ver la primera vez. Pero para eso estoy yo aquí. Le digo que cierre los labios, que recorra las curvas de mi cuerpo con las manos, que trace una línea con los dedos y la siga con la lengua. Le enseño a abrir la caja de condones y a coger la punta con los dedos antes de desenrollarlo para que no se quede el aire dentro. Bajo las luces para el acto final, lo guío dentro de mí, no lo castigo por los primeros quince segundos de torpeza en la oscuridad y le felicito por su técnica mejorada los últimos quince.

Cuando pide una segunda ronda, sacudo la cabeza con firmeza. Nunca he permitido una segunda ronda.

—Guárdala para Melody —le digo.

Se estira bajo las sábanas y entierra la cabeza en la almohada. Aún jadea.

—¿Quieres que me quede a dormir? —me pregunta—. Podemos volver a hacerlo por la mañana. Seguro que aguanto más.

Me tapo los pechos con las manos y me levanto, buscando algo para cubrirme; solo encuentro una bata transparente. Maldigo mi manía de no tener pijamas. Esta es la parte que no me gusta. A oscuras, cuando soy yo la que tiene el control, aunque esté totalmente expuesta, me siento menos desnuda que ahora. Luego se enciende la luz y quieren hablar. Hacer preguntas. Preguntas que no puedo ni contestarme a mí misma, mucho menos a ellos.

—No te vas a quedar —le digo mientras me ajusto la bata a la cintura—. Ya lo entenderás. A las chicas eso no nos importa tanto como creéis. Sobre todo al principio. Ya lo trabajaréis juntos.

Sonríe. Está diferente, más guapo en cierto modo. Con esta luz más suave, no se le ven tanto los granos y la mandíbula parece más pronunciada. Creo que Evan Brown puede llegar a ser un rompecorazones algún día.

Pero hoy no es ese día.

Miro al reloj que hay sobre la mesilla. Son las once de la noche de un martes.

—Mañana hay clase, Evan. Es hora de irte. Tu madre estará preguntándose dónde estás. —Supongo que la mayoría lo hace. La mía no, claro.

Deja de sonreír y frunce el ceño.

—Esto... ¿Te debo algo? No sé cómo va esto... —Se le apaga la voz.

—No me debes nada. Solo pórtate bien con ella, ¿vale? Recuerda todo lo que hemos hablado.

Sé que lo hará. Si hasta ha tomado apuntes.

Abrirle la puerta del coche. Llevarle flores, no cualquiera, tipo rosas, mejor sus flores preferidas. Reservar con antelación para cenar, no tiene por qué ser un sitio pijo, pero un sitio que signifique algo, donde os disteis el primer beso o donde te diste cuenta de que la querías. Bésala, no solo en la boca, en sitios

inesperados. En la base de la nuca. En la frente. En la muñeca. Colócale el pelo detrás de las orejas. Haz fotos. Querrá recordar esa noche.

Trago con dificultad un nudo que ha aparecido de repente en mi garganta. No es que Evan sea diferente, es buen chico, un chaval que quiere a su novia y quiere complacerla. Quizá sea yo la que soy diferente. Quizá su discurso está empezando a resultarme demasiado familiar. Me prometí hacerles cinco favores a cinco vírgenes que se lo merecieran. Cinco fue la línea que tracé en la arena, y me la salté como si no estuviera ahí. Evan es el décimo, y diez es una línea que no me puedo saltar sin más.

Pero no voy a hablar de esto con Evan, así que le dedico una sonrisa falsa. Miro a mi alrededor y señalo la *chaise longue*, el vestidor y el zapatero de mi cuarto, que ocupa una pared entera.

—Además, no necesito tu dinero. Gástatelo en Melody.

Se pone los calzoncillos y los pantalones. Sus movimientos son más medidos, no son los ademanes torpes y asustados del Evan Brown que entró en mi cuarto hace una hora. Hasta la voz parece más profunda, como si hubiese llegado siendo un niño y se fuera siendo un hombre. Supongo que no está tan lejos de la verdad. Me permito una sonrisa, una de verdad esta vez. Es fácil reafirmarme en lo que hago. Lo que le ha pasado a Evan en mi habitación lo cambiará, le hará ser un amante más considerado, incluso un mejor novio. Los momentos como este son los que hacen que sea tan fácil obviar la línea en la arena.

En momentos como este puedo vislumbrar un undécimo, aunque me prometí a mí misma que no lo haría. Voy a empezar el segundo semestre de mi último año de instituto con un montón de buen karma acumulado.

—No sé de dónde has salido, pero me has salvado la vida, Mercy. Digo, Mercedes. No sé qué habría hecho sin ti.

—Habrías roto cinco condones sin querer, y a lo mejor habrías ahogado a la chica en saliva. Pero ahora lo vas a clavar. Literalmente.

Se pasa la camiseta por la cabeza.

—Cuando Gus me dijo cómo le habías ayudado, no me lo podía creer. Pero tenía razón, eres un ángel. —Hace una pausa—. ¿Pero puedo preguntarte...?

Lo interrumpo a mitad de frase.

—No. No puedes. No lo estropees.

—Pero si ni siquiera me has dejado terminar —protesta.

—Sí, te dejo terminar —digo—. Lo único que puedes hacer por mí es no hacerme preguntas.

Asiente con la cabeza.

—Vale.

—Buenas noches, Evan —le digo.

—Buenas noches, Mercy. Eh... Mercedes. —Se dirige hacia la puerta de mi habitación y se para con la mano en el pomo—. Mañana no será incómodo en clase, ¿verdad? —pregunta, girándose para mirarme.

—Claro que no —contesto mientras cruzo los brazos sobre el pecho—. No va a ser incómodo en absoluto porque lo que ha pasado en esta habitación se va a convertir en fruto de tu imaginación al momento en que salgas por esa puerta.

Sonríe con los labios apretados y cierra la puerta tras de sí. Le veo los pies por debajo, sé que está ahí parado preguntándose si ha hablado demasiado o no lo suficiente, no del todo seguro de que su secreto esté a salvo conmigo.

Pero no tiene nada de lo que preocuparse. Su secreto, como los de sus nueve compañeros de clase, está a salvo conmigo. En el instituto Milton High, yo soy mi propia estadística. La gente no ve el gran ecualizador, lo único que tienen en común los frikis, los empollones, los deportistas y los pijos.

Yo. Mercedes Ayres.

La chica que los desvirgó.

2

El coche de mi madre sigue en la entrada cuando salgo de casa por la mañana, lo que significa que tendré que maniobrar y rodearlo con mi Jeep para no arrancarle un retrovisor al pasar. A pesar de que eso me llevará un rato, me alivia. Que el Corvette descapotable, de un amarillo ofensivo, esté en la entrada significa que mi madre anoche fue prudente y no cogió el coche para aprovechar la *happy hour* en el bar. A Kim le retiraron el carné tres meses el verano pasado por conducir bajo los efectos del alcohol, y no la metieron en el calabozo gracias a su excelente abogado. Kim nunca lo admitiría, pero sé que en el fondo se siente orgullosa de que le pusieran una multa por conducir ebria. Ahora comparte una actividad extracurricular con los pseudofamosos de todo el mundo.

No hace falta decir que Kim encaja perfectamente con las amas de casa de Rancho Palos Verdes, que se dedican a cotillear sin descanso y a gastarse el dinero del divorcio en champán caro y operaciones de cirugía estética que todo el mundo nota aunque nadie lo reconoce. Ella encaja, pero yo no veo el momento de salir de aquí, y justo esta mañana empiezan los seis meses que me faltan para irme. Sé exactamente a dónde voy a ir y cómo voy a llegar. Al Massachusetts Institute of Technology. El MIT. La meca, el santo grial de la ingeniería química. Allí empezaré de cero, lo más lejos que pueda del sur de California, en un estado donde la gente vista de negro en vez de colores pastel y se noten de verdad los cambios de estación. Entraré gracias a mis notas y, una vez allí, me esforzaré por quedarme. Sin chicos. Sin

distracciones. Allí nadie sabrá quién soy, ni lo que he hecho ni con cuánta gente me he acostado.

Consigo salir de la entrada y conduzco el Jeep calle abajo, con la esperanza de ganar algo de tiempo si piso a fondo. Angela odia que lleguemos tarde al grupo de oración y a mí no me gusta enfadar a mi mejor amiga.

Lo mejor de llegar tan temprano a clase es que siempre encuentro sitio. Aparco el Jeep. Corro por el pasillo y meto los libros que no necesito en mi taquilla. Entonces lo veo en el espejo: un chupetón en la base de la clavícula, sin duda obra de Evan Brown, quien probablemente lo hizo sin querer. Maldigo entre dientes y me cuelo en el baño para tapármelo con un poco de corrector, consciente de que, a pesar de mis buenas intenciones, voy a llegar tarde. Pero esconder esto bien merece una bronca de Angela.

Entro corriendo en la biblioteca justo cuando Angela está a punto de empezar a leer. Me sonrío por encima de la Biblia y sacude imperceptiblemente la cabeza, casi como si esperase que llegase tarde. Me siento detrás del novio de Angela, Charlie, la única persona además de mí que acude al grupo de oración de forma regular. Los ojos de Charlie pasan por encima de mi cara y juraría que se detienen en el chupetón, aunque seguro que estoy paranoica.

Conocí a Angela en el grupo de oración en noveno. Fui porque Kim me estaba presionando para que encontrase novio y, naturalmente, le dije que prefería meterme en un convento. Angela fue la razón por la que mantuve el engaño. Este año además se ha convertido en la tapadera perfecta para mi plan de cadena de favores. Por mucho que corran un par de rumores, ¿quién va a sospechar de una chica que es casi monja?

Pero esto nunca se lo diría a Angela. Ella cree que el sexo es un don sagrado que solo puedes concederle a tu marido la noche de bodas. Lleva casi dos años saliendo con Charlie y a lo más que han llegado es a manosearse con la ropa puesta, y fue una noche en la que él le regaló un anillo.

En el grupo de oración de hoy, Angela tiene una revelación. Literalmente. Como en el Libro de las Revelaciones de la Biblia: «Yo soy el Alfa y la Omega —dice el Señor—. El que es y el que era y el que ha de venir, el Todopoderoso». Nos pregunta qué significa esto para nosotros. Angela es

muy buena animando el grupo de oración para que sea interactivo.

Charlie empieza a soltar un rollo sobre el sufrimiento de Jesucristo y yo desconecto. «El que es y el que era y el que ha de venir». Angela fliparía con mi respuesta, porque para mí esa frase está cargada de significado. El que es: hoy, Zach. El que era: tendría que remitirme a la libreta que guardo en la mesilla de noche debajo de las cajas de condones. La tapa es blanco perla; me la regaló Angela en mi último cumpleaños. Esta se horrorizaría si supiera que las páginas están repletas de detalles sobre mi vida sexual, aunque yo no lo considero una lista de conquistas, sino un recordatorio de mis buenas acciones.

Angela y yo vamos juntas a clase de química después del grupo de oración. Es la primera clase del día y la única que disfruto.

—Deberías darme clases particulares —me dice.

Sacudo la cabeza con firmeza. Todos los semestres, durante los últimos dos años, me ha pedido que sea su compañera de laboratorio, y yo siempre le digo que no.

—Me distraerías —replico—. Nos pasaríamos el rato hablando de los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan y no haríamos ni caso al ácido escuádrico.

Me paro en mitad del pasillo con unas ganas repentinas de vomitar. Lo decía en broma, pero el nombre del tercer evangelista ha sido como un puñetazo en la cara, como me ocurre siempre que lo mencionamos en el grupo de oración. Lucas. *Luke*.

—¿Al qué? —Angela arruga la cara y sigue andando, sin darse cuenta de mi momentáneo ataque de pánico.

—A eso me refería —digo mientras recoloco la pila de libros que llevo bajo el brazo y esbozo una amplia sonrisa.

No me gusta mezclar la amistad con nada más. Si lo pienso en términos químicos, la amistad es una solución concentrada, algo que se debilita al añadir más cantidad. Al contrario que Kim, creo firmemente que los distintos compartimentos de la vida hay que mantenerlos separados; no puedo cambiar de colegio como ella cambia de gimnasio cuando las puñaladas por la espalda se ponen demasiado intensas. Esta es la razón por la que me siento con Zach Sutton en clase de química en lugar de con Angela, y por la que todos los

miércoles, a la hora del almuerzo, Zach y yo nos escabullimos a mi habitación para hacer química allí. El sexo con otros chicos es una ciencia que yo les enseño, pero el sexo con Zach es arte.

Zach no es mi amigo ni mi novio, aunque me ha pedido ser ambas cosas en repetidas ocasiones. No es que yo no haya fantaseado con la idea de que seamos novios, pero no tenemos ningún tipo de base sobre la que construir una relación. Nos hemos acostado más veces de las que hemos hablado. No sé su apellido, ni siquiera dónde vive, pero sé que lleva calzoncillos con muñequitos y que le encanta que me ponga tanga.

—Pero entonces, ¿qué soy? —me pregunta siempre.

—Mi pareja de química —le digo yo siempre.

Después de las clases de la mañana, Angela y yo enfilamos el pasillo hasta llegar a su taquilla.

—Entonces ¿hoy comes con tu madre? —pregunta mientras introduce la combinación y abre la puerta.

Asiento con la cabeza. Desde que Zach y yo empezamos a acostarnos, he hecho creer a Angela que los miércoles como siempre con mi madre. A ella le parece muy tierno. Creo que es lo suficientemente verosímil como para que cuele.

—Hasta luego —se despide Angela, sacando una bolsa de papel marrón con su almuerzo de la taquilla—. Que comas algo guay de nombre impronunciabile. —Curva los labios en una sonrisa. Le digo adiós con la mano y salgo al aparcamiento mientras intento sacudirme el irritante sentimiento de culpa.

Antes de Zach y de los vírgenes, Angela y yo pasábamos más tiempo juntas. Estábamos noches enteras tiradas en su cama bebiendo té y leyendo las revistas del corazón que compra su madre. En nuestras fiestas de pijama siempre discutíamos sobre qué película ver (Angela siempre quería una romántica y yo una de acción) y hablábamos de todo.

De casi todo.

Últimamente, no tanto. Ahora apenas abro la boca si no es para soltar una nueva mentira. Y Angela no duda de mí, porque nunca le he dado motivos para hacerlo.

Pero la excusa de Kim me viene que ni pintada. Me da tiempo de sobra

para reunirme con Zach en el aparcamiento, esconderlo en la parte de atrás de mi Jeep e ir a mi casa. La clase de química son todos los preliminares que necesitamos. Zach se considera un maestro de la insinuación sexual.

«Me estás mojando el vaso de precipitado» es su frase preferida, aunque no tiene ningún sentido para alguien que en realidad está atendiendo a la clase y sabe que un vaso de precipitado en realidad es un recipiente.

Pero por muy malos que sean sus chistes a veces —y su capacidad de concentración—, Zach sabe muy bien dónde y cómo tocarme sin que nadie se lo explique. Está claro que su primera vez no fue conmigo. Según Zach, perdió la virginidad en octavo con la mejor amiga de su hermana mayor. No tengo forma de saber si esto es cierto, pero no hago preguntas, ni él tampoco (y esta es una de sus mayores virtudes): Zach sabe cuándo tiene que callarse. Si tengo en cuenta todas las instrucciones que les doy a los demás chicos con los que me acuesto, la verdad es que me encantan los silencios con Zach.

—Estabas buenísima hoy —dice mientras deja caer la mochila en la entrada y se quita los zapatos. Los zapatos en la puerta no son ningún problema en mi casa, ya que Kim nunca viene a comer. La hora del almuerzo la reserva para ir a hacerse la manicura y cotillear con sus amigas, igual de divorciadas y llenas de bótox que ella. Y probablemente para tirarse a su monitor de Pilates, pero no seré yo quien la juzgue.

—¿Y ya no estoy buena? —replico, tirando el abrigo al suelo—. «Estaba» es pasado.

—Tu nivel de estar buena es omnipresente —dice mientras se acerca por detrás y me muerde el cuello.

—Veo que has aprendido una palabra nueva. —Me giro y recibo su boca en la mía.

—Creo que no me aguanto hasta llegar arriba —dice, mientras me quita la camiseta y me desabrocha con pericia el sujetador. El solo roce de sus dedos me provoca descargas eléctricas por toda la piel, y los mueve por mi espalda, primero solo rozándome y apretando cada vez más a medida que se acerca al final. Agarro a Zach de la mano y lo arrastro por el pasillo hacia la cocina. Detrás de mí puedo oír cómo se desabrocha el cinturón y se baja la cremallera.

—¿En la cocina? —pregunta cuando lo empujo contra el frigorífico de

acero inoxidable—. Nunca lo he hecho en una cocina.

Me agarra por la cintura y me sube a la encimera de granito; una vez ahí, me mete la mano debajo de la falda y me baja las bragas. La encimera resulta tener la altura perfecta para el sexo, algo en lo que no me había fijado hasta ayer por la mañana, cuando me incliné sobre ella para pintarme las uñas y arruinar a propósito el ritual de Kim de sacarle brillo al granito. Desde entonces no había dejado de pensar en ello; me había rondado la cabeza en el grupo de oración y me había distraído durante toda la clase de química. Es algo que hago habitualmente, lo de usar a Zach para poner en práctica mis fantasías. En realidad dudo que le importe ser mi conejillo de Indias.

—Estas son mis preferidas —dice, con mis bragas de encaje rosa en la mano. Todas mis bragas son de encaje, de raso o transparentes; nada de bragas blancas raídas ni de cintura alta. No quiero ni imaginarme lo que le harían ese tipo de bragas a mi reputación. Por suerte para mí, Kim tiró todas mis bragas infantiles de florecitas cuando todavía iba a la escuela primaria, el día que me vino la regla, y decidió que necesitaba ropa interior de adulta.

Zach deja caer al suelo sus calzoncillos y reduce abruptamente el espacio entre los dos. Se coloca entre mis piernas, listo para empezar... hasta que le doy una bofetada.

—El condón, Zach —digo, haciendo crujir los dedos—. Si no querías hacerlo arriba esperaba que estuvieras preparado.

—Vamos —intenta, inclinándose para morderme el labio—. No tengo nada, ni tú tampoco. Me he hecho pruebas hace seis meses. Y no nos acostamos con otra gente. Nos va a gustar tanto hacerlo a pelo...

Levanto la mano como si fuese a abofetearle de nuevo.

—Sin condón no hay polvo, Zach —insisto—. Esas son las reglas.

Exagera una mueca, pero hay una sonrisa detrás.

—Pégame otra vez —dice. Pongo los ojos en blanco. Se me había olvidado que a Zach le gusta que me cabree—. Estás de suerte, he venido preparado.

Se agacha y busca en el bolsillo de sus vaqueros, en el suelo. Cuando se levanta, tiene en la mano un preservativo con el envoltorio morado. Lo reconozco: es el modelo Éxtasis Troyano. Tengo una caja arriba en la que falta uno, de cuando desvirgué a Bobby Lewis la semana pasada.

—Tú eres quien está de suerte —digo, abriendo el envoltorio—. Aquí, o vienes preparado o no vienes.

No pierdo ni un minuto. Echo la cabeza atrás y pongo los brazos sobre la encimera para no perder el equilibrio. Un gemido leve se escapa de mis labios. Evan Brown podría aprender de Zach cómo tocarle los pechos a una chica.

Hoy no aguantamos mucho ninguno de los dos. Zach tiene el mérito de ser el único chico que ha conseguido que me corra, aunque nunca se lo diría. No quiero ni imaginarme lo que le haría eso a su ego.

—Dios, Mercy —dice mientras deja caer el tronco sobre mí—. Eres increíble. Somos increíbles.

—Mercedes —le corrijo. Lo aparto de encima de mí y me aliso la falda—. Me llamo Mercedes.

—¿Después de seis meses haciendo esto? —Frunce el ceño.

Le doy un beso en la mejilla y finjo sorpresa.

—¿Seis meses ya? ¿Qué pasa, que hoy es nuestro aniversario?

Aprieta la mandíbula, lo que indica que va a ponerse serio. Me doy la vuelta e inspecciono orgullosa las marcas de mis manos —y de mis nalgas, aunque podrían pasar por marcas de manos— sobre la encimera, esperando en parte que Kim las vea y se preocupe lo suficiente como para preguntarme qué he hecho en su impoluta cocina.

—En serio. Podría ser nuestro aniversario de los seis meses. Te trataría bien. —Me agarra del brazo y me da la vuelta—. Creo que estoy enamorado de ti.

Le subo la cremallera y le abrocho la hebilla del cinturón. Todo al revés. Odio esta parte, la parte en la que la acción del cuerpo se termina y comienza la de la cabeza. Es en la que hay más posibilidades de que se descubra uno de mis secretos, deje de ser la chica de los sueños de Zach y empiece a ser otra cosa.

—Tu orgasmo habla por ti —le digo—. En realidad no estás enamorado de mí.

—Eso no puedes saberlo —replica. Su voz se va apagando—. Podría ser tu novio.

Zach no me ha dicho nunca antes que me quiere, pero yo me lo veía

venir. Temía escuchar aquellas palabras porque sabía que supondrían el fin de nuestras citas de los miércoles a mediodía. No puedo tener una cita un miércoles con alguien que me quiere. No si yo no le quiero a él.

Miro fijamente a Zach a los ojos. Me pone su cara de cachorrito abandonado, lo que me hace sentir aún peor. Que sigamos siendo compañeros de laboratorio en clase de química y nada más depende de lo que voy a decir a continuación.

—Puedes quererme como amiga —suelto por fin. Casi deseo ceder y darle lo que quiere: una relación. Cuando empecé con los vírgenes, eran mi excusa para mantener a Zach a raya. No podía tener novio. Pero ahora mi cadena de favores ha terminado por completo. No hay ninguna razón real, además de la molesta sensación de que sé que le fallaría, y dejar que sea mi novio acabaría mal para los dos.

—¿No decías que no éramos amigos? —replica, levantando las comisuras de la boca.

Suspiro.

—Somos pareja de laboratorio. Pero supongo que no hay ninguna razón para que los compañeros de laboratorio no puedan ser amigos.

—Entonces te llamaré Mercy —dice. Me estruja en un fuerte abrazo. Juraría que me está oliendo el pelo, pero no se lo impido—. Tú también me quieres, ¿eh?

Cojo su camiseta hecha una bola del suelo y se la tiro a la tripa.

—No. Venga, larguémonos o llegaremos tarde a clase.

—No creo —dice, balanceando mis bragas en el aire—. No puedes volver al instituto sin esto.

Me dirijo hacia la puerta y cojo mi mochila.

—Claro que puedo —contesto—. Pero te apuesto lo que sea a que tú no puedes concentrarte en todo el día sabiendo que no llevo nada debajo de la falda.

Se pone la camiseta y agita la cabeza.

—Eres mala —me reprocha—. ¿Qué tal si nos ponemos con la segunda parte después de clase?

Cierro la puerta detrás de nosotros y le doy una palmada militar en la espalda.

—Segundas partes nunca fueron buenas. —Él se tambalea y finge caerse
—. Además, tengo cosas que hacer después de clase.

—¿Qué cosas? —pregunta.

—Un trabajo. En grupo. No es de química —añado rápidamente.

—¿Puedo ayudaros? Tengo otra historia, pero puedo acabar pronto y venir corriendo —intenta.

—No, Zach —le contesto—. Además, creo que ya te has corrido.

Se ríe y me pasa el brazo por los hombros.

—Hasta el miércoles, entonces —dice.

—Hasta la semana que viene —contesto, tratando de evitar que se note el alivio en mi voz. El miércoles próximo forma parte de nuestra rutina y constituye otra oportunidad de hacerlo a la hora de la comida en cualquier otro rincón de la inmaculada casa de Kim. Quizá la próxima vez sea en el sofá de cuero blanco, ese que tanto le gusta (tanto que ni me deja sentarme). Que Zach quiera verme el miércoles que viene es casi como si me pidiese salir, si yo fuese una chica normal que quisiera una relación normal.

Pero no soy una chica normal. No quiero que me den la mano en el pasillo del instituto, ni bailar un lento en el baile de fin de curso, ni ver una peli con Zach. No quiero ser la chica con la que salga en su último año de instituto y por la que luego pierda el interés cuando se vaya fuera a estudiar la carrera. Quiero ser tan rápida que Zach tenga que correr para alcanzarme, porque si voy por delante de él no tendré que ver cómo da marcha atrás.

3

No le he mentado a Zach. Sí que tengo que hacer cosas después de clase. He quedado con dos chicas de mi clase de francés, dos chicas que no he elegido sino con las que me toca hacer el trabajo por culpa de la primera letra de mi apellido. Adams, Ames, Ayres.

«Adams» y «Ames» son amigas entre sí además de compañeras de clase, lo que me hace sentir aún más de lado. Adams —cuyo nombre es Laura— venía conmigo al colegio y, de hecho, éramos amigas antes de que la vida se complicara por culpa de los chicos, las tetas y la jerarquía de la popularidad del instituto. Fantaseé con la idea de invitar a Laura y a la otra chica a hacer el trabajo en mi casa, pero luego me arrepentí. En mi casa podría pasar cualquier cosa. Podrían descubrir mi colección de picardías o mi arsenal de condones. Así que sugerí que fuésemos a la biblioteca, que siempre es una señal a gritos (en realidad a susurros, porque no se puede gritar) de profesionalidad.

Y así es hasta que Laura aparece hecha un mar de lágrimas y rompe el silencio de nuestra mesa.

—¿Qué pasa, pequeña? —Ames (Britney, «como la cantante») se pone en pie de un salto y le pasa un brazo por encima a su llorosa amiga.

—Creo que Trevor va a dejarme. —Laura se seca la cara con la manga del jersey—. Lo habíamos planeado todo. Para este fin de semana. Ya sabes.

Baja la voz, como si acabara de darse cuenta de que estoy aquí y de que lleva años sin hablar conmigo. Yo bajo la mirada y finjo estar intensamente

concentrada en la lista de verbos franceses que deberíamos estar conjugando.

—Puedes hablar delante de Mercedes —dice Britney mientras Laura se desploma en la silla de enfrente de mí. Abre la boca para decir algo pero la cierra enseguida. Sé lo que ha estado a punto de decir: «Puedes fiarte de Mercedes... está en el grupo de oración». Arqueo las cejas ante su semblante serio, pero luego intento suavizar mi expresión.

Laura me mira entre lágrimas, tratando de decidir si soy una aliada o una rival. Sonríó débilmente, sin estar muy segura ni yo misma.

—¿Qué ha pasado con el gran plan? ¿Tus padres han decidido quedarse el finde? ¿O Trevor se ha echado atrás? —Britney mordisquea el capuchón de su bolígrafo.

Laura deja caer la cabeza sobre la mesa. Su melena cubre mi estuche.

—Solo le he dicho que estoy nerviosa. Que me da miedo que me duela. Y no se ha mostrado nada sensible. —Mira a su alrededor, aunque las mesas de al lado están vacías y no hay nadie a la vista más que la señora Woods, la vieja bibliotecaria—. Me ha hablado de todas las posturas que quiere probar. Supongo que ha estado viendo porno y que ha sacado esas ideas de ahí, pero me he asustado. —Frunce el ceño y me mira directamente. Por un terrorífico momento, creo que lo sabe todo—. Lo siento. Seguro que no quieres oír todo esto. —Se ríe y solloza a medias.

Agito la cabeza y me encojo de hombros al mismo tiempo, en un intento de parecer indiferente y considerada a la vez. Laura fliparía y probablemente violaría el voto de silencio de la biblioteca si supiera que soy especialista en escuchar historias como la suya.

Britney le da una palmada animosa en el brazo.

—Recuerdo mi primera vez. Sí que duele. Pero Orlando fue tan dulce... No paró de decirme lo guapa que era. —Agita las pestañas.

Apoyo la cabeza en la mano y finjo tomar apuntes, pero noto cómo se me tensa la mandíbula. Yo le enseñé eso, yo le dije que le dijese que era «guapa» cuando lo que quería decir era que «estaba buenísima». Solo hay un Orlando en Milton High. Yo lo llamo «el Mirón», por la forma en que me miraba antes, durante y después de que le quitara la virginidad. Pero entonces no estaba con Britney. Estaba con una chica que se llamaba Clara, y me dijo que la quería. Le ayudé a prepararle una noche especial, incluso le recomendé un

hotel discreto donde llevarla. Me dijo que iba a estar con Clara para siempre. Me figuro que «para siempre» no fue ni siquiera la mitad del curso. No sé si me cabrea o me decepciona saber que Orlando y Clara lo han dejado, o si acaso tengo derecho a sentirme de alguna de las dos maneras.

Orlando fue mi número cinco. Se suponía que iba a ser el último.

Hasta que llegó el sexto.

—Pero mira, no sé si puedo estar con un tío al que no le importa cómo me siento. —Laura se seca la cara dejándose marcas de rímel corrido.

Tanto Laura como Britney parecen haber olvidado que estoy aquí; esta es una de las cosas para las que me sirve el grupo de oración. Todo el mundo asume que sigo siendo virgen, así que nunca me piden que cuente mi primera vez. Lo cual es probablemente lo mejor, porque nunca se lo contaría, y además no me creerían.

—Dale otra oportunidad —dice Britney mientras acaricia la espalda a Laura—. Seguro que él también está nervioso.

Laura consigue tranquilizarse lo suficiente para ponerse con la lista de verbos franceses. Al final, Laura y Britney hasta se ríen comparando los penes de sus novios.

—Me alegro de habérsela visto a Trevor por lo menos —dice Laura—. No sé si es grande o pequeña porque no tengo nada con lo que comparar.

—Estoy segura de que la de Orlando es enorme —dice Britney con una risilla—. Me dijo que le medía veintidós centímetros.

Toso en el hueco de la mano. ¿Veintidós centímetros? Me temo que Orlando no es el mismo chico con el que yo me acosté, amable, considerado y con ganas de aprender. Y no tenía veintidós centímetros de nada. Deseé que hubiese una forma de borrar al Mirón de mi lista, pero eso es lo que tiene el sexo: una vez que ha pasado, no hay marcha atrás.

Me siento aliviada cuando terminamos el trabajo. Laura y Britney están contentísimas de dejarme el trabajo sucio de pasarlo a limpio y poner nuestros nombres, y yo me alegro tanto de librarme de ellas que ni me importa. Mi corazón late a toda velocidad y no consigo hacerme una composición de lugar de lo que acaba de ocurrir. Me quedo sentada en la biblioteca hasta que no queda nadie más y la señora Woods viene a decirme que va a cerrar. La mirada que me dirige desde detrás de sus gafas de culo de

vaso —una mezcla de lástima y fastidio— hace que me entren ganas de llorar, aunque no sé por qué.

Las luces del pasillo están bajas cuando me dirijo a la taquilla, así que no veo al chico alto y larguirucho hasta que lo tengo prácticamente delante.

—Perdona —digo en voz baja, apretando los libros contra el pecho para protegerme. Pero él no se aparta ni me deja pasar.

—Eres Mercedes, ¿no? —dice.

Miro hacia arriba, deseando que mi cara no estuviese tan cerca de su axila. Lleva ropa de deporte, y el balón de baloncesto de debajo del brazo significa que probablemente esté en el equipo, aunque no reconozco su cara. Es una cara atractiva, con una mandíbula fuerte, pecas en la nariz y unos ojos muy oscuros, de esos cuyo color no sabes definir hasta que no estás a pocos centímetros.

—Sí —digo, mientras dejo que me siga hasta la taquilla. Abro la portezuela y me entretengo en colocar mis libros dentro. En el espejo veo que me está mirando las tetas.

—Me han dicho que haces cosas. Ya sabes. Que puedes ayudar a chicos como yo.

Se agacha hasta ponerse a mi altura, como si le diese miedo que alguien le viera, aunque somos las dos únicas personas en el pasillo.

—¿Chicos como tú? —Mi pregunta es inocente y no le miro a los ojos. Sé perfectamente de qué habla, pero no pienso dejárselo ver. Todavía.

—Soy virgen. —Lo dice con voz casi inaudible—. Y me vendría bien un poco de ayuda.

Cierro la puerta de la taquilla con más fuerza de la debida. No sé cómo decirle que he cerrado el chiringuito entre mis piernas. Diez tíos era mi máximo, de largo. Son ya dos cifras.

—Lo siento —dijo, deslizándose la mochila sobre el hombro—. No puedo ayudarte.

Fija la vista en sus zapatillas gastadas.

—No te lo pediría si no estuviera desesperado —dice en voz muy baja—. Es que Laura espera que de repente sea un semental. Le he dicho guarradas para que no se dé cuenta de lo cagado que estoy, y ahora la voy a decepcionar. Me he portado como un capullo.

Doy media vuelta intentando no mirarlo a la cara. No puedo meterme en esta historia, pero estoy plantada en el sitio tras haber oído el nombre. Laura. Mi antigua amiga, la que seguía queriendo jugar con la casita de Barbie mucho después de que yo me aburriera de los juguetes.

—¿Cómo te llamas? —Las palabras salen atropelladamente de mi boca antes de que pueda detenerlas.

—Trevor —contesta—. Trevor Johnston.

Sé que debería seguir andando por el pasillo y dejar que Trevor Johnston se las apañe solo. Ha cometido un error de principiante al fingir que sabe lo que hace y puede que lo haya estropeado todo. No es mi problema. Pero cuando pienso en la voz llorosa de Laura y el rímel corrido en sus mejillas, me convengo de no hacer eso. Vale que Laura es un poco rara y se le da fatal conjugar verbos, pero se merece que su primera vez sea perfecta. Quizá si ayudo a Trevor, él y Laura puedan tener el futuro que Orlando y Clara no van a conocer. Será una buena acción doble: puedo eximir mi culpa por lo del Mirón y hacerle un favor a Laura al mismo tiempo.

Además, Trevor es muy mono. No será tan difícil.

Carraspeo.

—Trevor Johnston —digo. Él me mira esperanzado—. Silverberry Run, 524. Mañana por la noche. A las nueve.

Esboza una enorme sonrisa y alarga los brazos como si quisiera abrazarme, pero sigo andando y, cuando estoy lo suficientemente lejos, yo también sonrío. En realidad, de diez a once no hay tanta diferencia. La línea permanecerá prácticamente intacta.

Solo se desdibujará un poquito.

4

Cuando llego a casa, me sorprende ver que el coche de Kim sigue en la entrada, aparcado de aquella manera, con las ruedas del lado derecho casi metidas en el jardín, lo que solo puede significar que las luces del comedor también están encendidas. Volver a casa y que esté todo a oscuras forma parte de mi rutina, pero eso no hace que se me quite la ligera sensación de esperanza en la boca del estómago cuando las luces están encendidas. A lo mejor Kim se ha dado cuenta por fin de que me iré de casa cuando acabe este semestre y que, si no consigue conocerme antes, quizá ya nunca tenga la oportunidad.

O quizá solo quiera ponerme la cabeza como un bombo sobre el tío con el que va a quedar esta noche.

—La verdad es que nunca creí que pudiera estar interesado —dice mientras deja el abrigo en el respaldo de cuero de una silla alta cuando accedo al vestíbulo—. Mentí sobre mi edad, pero es que no aparento treinta y ocho, ¿no?

Dejo caer la mochila al suelo, derrotada. No puedo creer que haya sido tan estúpida como para asociar que la luz estuviese encendida con la posibilidad de que Kim fuese a cenar aquí o que quisiera pasar tiempo conmigo.

—No tienes treinta y ocho —digo. Sus labios se fruncen en algo parecido a una sonrisa, todo lo que le permite su última inyección de bótox, que se destensa en cuanto oye el final de mi frase—. Tienes cuarenta y cinco, Kim.

De hecho, te falta un mes para cumplir cuarenta y seis.

—Bueno. La edad es cuestión de lo joven o viejo que te sientes, ¿no? Yo no me siento ni un día más vieja de los veinte.

Arquea una ceja y tamborilea con una uña rojo oscuro sobre la encimera de granito, como rascando una mancha invisible. Ahogo una risa y me pregunto hasta dónde levantaría las cejas si supiera lo que ha pasado esta tarde.

—Déjame adivinar. ¿El chico con el que has quedado sí que tiene veinte? ¿Es el monitor de Pilates?

Inclina la cadera y entrecierra los ojos para mirarme. Está intentando poner una expresión irónica, pero la cantidad de bótox que tiene en la frente hace que no lo consiga del todo. Lo que más me fastidia de su postura es lo mucho que me veo en ella. Tenemos los mismos ojos verdes y los mismos pómulos, aunque Kim lleva los ojos sombreados con demasiado maquillaje oscuro y está más chupada que yo. La gente siempre me dice lo mucho que me parezco a mi madre, pero yo creo que es al revés. Se parece ella a mí, por culpa de su eterna cruzada por parecer más y más joven.

—Ay, no, cielo. De ese ya paso. Al de esta noche lo conocí en el bar.

—Suenas prometedor —digo mientras abro el frigorífico para encontrarme con que está totalmente vacío. Me quedo allí de pie sintiendo el aire en las mejillas calientes.

—No seas cínica —replica Kim—. Baila muy bien. Y ya sabes lo que digo siempre de los buenos bailarines.

Cierro la puerta del frigorífico y me planto delante de él con los brazos cruzados.

—No lo sé, Kim. ¿Qué dices siempre de los buenos bailarines?

Su expresión se hunde un poco. Odia que la llame Kim, pero es el nombre que le pusieron cuando nació. Mamá es algo que tendría que ganarse.

—Los buenos bailarines son los mejores amantes —dice, apretando los labios—. Así que probablemente no venga a dormir hoy.

—Muy bien —contesto—. A lo mejor yo tampoco.

Es mentira. No tengo absolutamente ninguna intención de salir de casa esta noche, pero ella no necesita saber eso. A Kim no le vendría mal preocuparse por mí de vez en cuando.

Pero, en lugar de eso, se atusa el cabello y desliza los pies en un par de zapatos Manolo Blahnik. Mis Manolos negros, que probablemente ha sacado de mi zapatero mientras yo estaba en clase. Nota mental: cerrar mi cuarto con llave durante el día.

—En serio, cielo, tienes que vivir la vida. Nunca volverás a ser tan joven ni tan guapa como eres ahora. No sé por qué no te traes chicos a casa más a menudo.

Se estira el bajo del vestido, sin conseguir nada. Aún le aprieta demasiado en los muslos y estoy segura de que cuando se siente, su cita verá todo lo que lleva debajo. Me dan arcadas solo de pensarlo.

—Sí que traigo chicos —digo, inclinándome sobre la encimera de granito, la escena del crimen de hoy—. Es que nunca estás en casa.

Pretendo molestarla, pero ella no se lo toma así. Solo se ríe, con esa risa áspera de la gente que fuma pero finge que no, y me da un beso al aire cerca de la mejilla, porque darme un beso en condiciones le estropearía la capa de pintalabios. Cuando suena una bocina impaciente fuera de la casa —parece que el chico es demasiado tímido como para llamar a la puerta— desaparece dejando un rastro mezcla de perfume empalagoso y laca.

Subo las escaleras despacio hasta mi cuarto, al borde de las lágrimas. Odio que aún me importe y que mis tácticas para sorprender a Kim caigan en saco roto. Probablemente si le dijera exactamente lo que he hecho con Zach en la encimera me chocara los cinco.

Debería estar haciendo los deberes, escribiendo la redacción sobre la ambigüedad moral en *Hamlet* para la semana que viene o pasando a limpio el trabajo de química, que terminaré sola y en el que plantaré el nombre de Zach junto al mío al final. Pero, en lugar de eso, saco la libreta blanca del cajón de la mesilla y paso las páginas sin pensar en nada. La leo de adelante atrás, empezando por Evan Brown —al que he decidido llamar «el Jugador»— y termino en la primera página. El único sin apodo.

Se llama Tommy Hudson. No vino él a buscarme, lo encontré yo. Fue solo hace unos meses, aunque parece que hubiera pasado mucho más tiempo. Me lo cruzo en el pasillo casi todos los días desde entonces, pero nunca me mira. Probablemente porque siempre va de la mano con ella. Jillian Landry, la esbelta y grácil Jillian, que seguro que no sabe ni cómo me llamo. Pero yo

a ella sí la conozco.

Jillian nunca lo sabrá, pero ella es la razón por la que hago todo esto. O hacía. Después de Trevor será «hacia». En serio. Jillian plantó la semilla el primer día de curso, cuando entró como una exhalación en el aseo de chicas con su amiga llorosa detrás. Annalise era la mejor amiga de Jillian, la típica amiga gordita que no se separaba de ella hasta que cometió un enorme error.

—Estoy jodida —hipó Annalise. Podía verle los tobillos anchos por debajo de la puerta del baño, embutidos en esas estúpidas sandalias transparentes infantiles que insistía en seguir llevando. Hasta entonces, yo solo la conocía como la amiga de Jillian. Levanté mis pies enfundados en las Converse del suelo sin hacer ruido y los apoyé encima de la tapa del retrete.

—En serio, Annie, verás como no pasa nada. Estoy segura de que es una falsa alarma. Todo va a salir bien. —Vaciló un instante—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto aquí?

—No puedo hacerlo en casa. Mi madre está siempre al acecho.

No comprobaron si había alguien más en el baño, o a lo mejor es que les daba igual. Yo sabía perfectamente lo que estaban haciendo. Por si acaso el ruido de la bolsa de papel o el sonido del pis saliendo a chorritos intermitentes no las delataba lo suficiente, los lloriqueos asustados de Annalise sí. Tendría que haberme puesto de pie, haber tirado de la cadena y haberme largado, pero llegados a aquel punto ya no quería que supieran que estaba allí, y estaba demasiado intrigada como para irme.

—Míralo tú —le dijo Annalise a Jillian cuando salieron del baño—. Yo no puedo.

Un largo silencio. Creo que hasta yo aguanté la respiración.

Jillian no dijo nada. Por la rendija de la puerta del baño, vi cómo sacudía la cabeza frente al espejo. Annalise rompió a llorar en hipidos que hacían temblar el aseo entero.

—¿Ahora qué? —preguntó—. Mi madre no va a dejar que acabe el curso aquí. Me obligará a cambiarme a un instituto especial para tontas embarazadas. ¡Me va a matar!

—¿No puedes abortar? —preguntó Jillian en voz baja.

—Ni hablar. —La cara colorada de Annalise temblaba, pero sacudió la cabeza, desafiante—. Seré tonta, pero nunca haría eso.

Noté el calor subiéndome por el cuello. Puse una mano en el portarrollos de papel higiénico para tranquilizarme y me recordé que tenía que respirar.

—No me lo puedo creer —dijo Annalise, sonándose la nariz en un montón gigante de toallas de papel—. Matt no quería ponerse condón, pero me dijo que no pasaría nada. ¡Y sí que pasa!

—¿No le obligaste a ponerse un condón? —dijo Jillian, elevando el tono al final de la pregunta. En ese momento me hice a la idea, no por la pregunta en sí sino por el tono de interrogación en su voz, de que Jillian y Tommy todavía no lo habían hecho.

—Me dijo que si no, no iba a sentir nada. ¡Dios, soy imbécil!

Jillian le frotó la espalda, pero vi cómo miraba su propio reflejo en el espejo.

—Obligaré a Tommy a que se lo ponga el finde que viene —dijo.

—Espera. ¿Vas a hacerlo el finde que viene? No lo hagas, Jill. Espera a casarte o algo.

—No sé si me casaré algún día. Pero Tommy y yo llevamos mucho tiempo juntos. Confío en él. No pasará nada, Annie.

Pude notar la duda en su voz, pero no estoy segura de que Annalise la notara también, porque rompió a llorar de nuevo.

Me quedé dentro del baño mucho rato después de que se fueron, tanto que se me durmieron los pies y se me olvidó que había quedado con Angela para comer. No pude dejar de pensar en Jillian el resto del día. Tenía una sensación extraña que me decía que yo iba a tener algo que ver en toda aquella historia. No conocía a Jillian, pero sabía que no quería que terminara como Annalise.

La semana siguiente sacaron a Annalise del instituto. Supongo que tenía razón y que su madre la quiso meter en un instituto para tontas embarazadas. De la noche a la mañana, pasó de ser una chica anónima a convertirse en el objeto de todos los cotilleos. Y mientras todos hablaban de Annalise, yo decidí lo que quería hacer. O, más bien, a quién quería hacerme.

A Tommy Hudson.

Fue fácil. Esperé hasta después de clase y lo seguí al laboratorio de fotografía, sola. Fingí que me interesaban las fotos que estaba revelando, que eran todas de Jillian. Le pregunté por ella, y noté la tensión de sus

expresiones faciales y cómo le temblaba un poco la mano cuando salió a colación el tema del sexo.

—No sé por qué te cuento esto —dijo—. Supongo que es que no puedo hablar de esto con mis colegas. Me dirían que soy un maricón y que me la folle y ya está. Y no puedo hablarlo con mis padres. Se escandalizarían y me sacarían del instituto.

Dejó caer la cabeza y se mordió el labio inferior.

—¿Qué pasaría si yo tuviese una idea para librarte de la ansiedad? —pregunté.

—Pues que te debería una —contestó.

Le di mi dirección y le dije que viniese la noche siguiente. No le dije lo que tenía planeado ni le di más información. No sé si se lo imaginaba, y ni siquiera sabía si vendría o no. Me pasé mucho rato arreglándome el pelo y maquillándome, intentando convertirme en la chica de los sueños de Tommy, aunque no tengo las piernas largas ni la cintura de avispa de Jillian. Por primera vez, me alegré de que Kim me hubiese regalado por mi cumpleaños un conjunto de ropa interior todos los años desde que cumplí los trece. Cuando Tommy llamó al timbre, lo llevé a mi habitación sin decir una palabra. Estaba nerviosa, pero no quería que lo supiera. Llevaba el pelo suelto por una razón: las ondas cubrían mis hombros temblorosos y aportaban sensación de tranquilidad.

—Marca tú el ritmo —dije mientras me deslizaba debajo de él—. Al principio tienes que hacerlo tú. No dejes que lo haga ella. —Lo atraje hacia mí y vi cómo abría mucho los ojos y le temblaban los labios.

Tommy marcó el ritmo perfectamente. Cuando le dije que me cogiera la cara con las manos, lo hizo y me dio un beso en la frente. Cuando le dije que me había mordido el cuello demasiado fuerte, me cubrió el mordisco con besos. Escuchó atentamente todo lo que le dije y le puso su toque. A medida que su confianza crecía, aumentaba también la mía. Le dije que me mirara a los ojos y sonriera, no como un loco, una sonrisa dulce. Él me sostuvo la mirada y se acordó de pestañear.

Puede que fueran los dos minutos más largos y sinceros de mi vida.

Cuando acabamos, prácticamente pude ver cómo se liberaba de toda la tensión, y cuando se puso la camiseta de nuevo parecía incluso más alto. Le

ayudé a planear la cita ideal para Jillian, una noche que nunca olvidaría, empezando por sus flores preferidas —claveles—, pasando por una cena con velitas y terminando con su perfecta primera vez.

—No sé qué habría hecho sin ti —dijo Tommy antes de irse, y me dio un abrazo ligeramente demasiado fuerte.

—Haz que sea especial para ella —contesté con una sonrisa.

Cuando estaba a la mitad del camino de la entrada, se dio la vuelta.

—¿Por qué yo? —preguntó encogiendo los hombros—. ¿Por qué Jillian?

No sabía qué contestar porque en realidad no lo sabía. Tommy y Jillian no eran más conocidos míos que cualquier otro compañero con el que me cruzase cada día en el pasillo. No tenía una respuesta, y sigo sin tenerla, así que le respondí a Tommy lo siguiente:

—Solo he visto que tenía la ocasión de ser útil.

Lo que no pude decirle es que, por alguna desesperada razón, quería que la primera vez de Jillian fuese como nunca fue la mía. Jillian era todo lo que yo no era. Jillian era pura, inocente y no sabía todo el daño que puede hacerte el sexo opuesto, tanto a nivel físico como emocional. Quería que siguiera sin saberlo. Los observé los días que siguieron, miré cómo interactuaban. Tommy era muy respetuoso con ella: le llevaba los libros y le sostenía la puerta siempre. Jillian se metía la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros y se arreglaba el pelo con aire juguetón. Yo los miraba a la espera de algún tipo de señal de que ya lo habían hecho. Y un día vi una sonrisa, una sonrisa nueva que revelaba un secreto y contenía un amor más profundo.

Creí que me alegraría más de lo que lo hice. Al fin y al cabo, el objetivo final era que Jillian tuviera una primera vez perfecta. Pero me daba pena saber que yo no tendría un chico como Tommy al que regalar mi virginidad y que nunca sería una chica como Jillian a la que desvirgaran. Me sentí vacía, como si se me hubiese pasado el colocón y hubiese quedado solo un regusto amargo en su lugar.

Y entonces otro chico del club de fotografía se me acercó para pedirme pasar conmigo su primera vez. Podría haberme hecho la tonta y decir que no, pero no lo hice.

Me dije que cinco sería mi tope. Cinco buenas acciones, una cadena de cinco favores. Los chicos sabían que no podían contárselo a nadie a menos

que conocieran a otro virgen que necesitara el servicio. Pero a ellos les preocupaba aún más que a mí que todo aquello se mantuviera en secreto. Se jugaban mucho más: sus novias y su reputación. Ningún tío quiere admitir que es virgen y quedar mal, sobre todo cuando sus amigos saben que lleva un montón de tiempo con una chica y asumen que se la ha tirado a la primera oportunidad. Lo siento mucho por los chicos. Les toca siempre la parte más dura, tanto la física como la emocional. La virginidad es algo que una chica está dispuesta a perder solo cuando está preparada y se siente cómoda, algo que la chica discute largo y tendido con sus amigas y se imagina más de un millón de veces hasta que lo hace. Un chico es como si tuviera que nacer preparado.

Pero después de Tommy me di cuenta de que no. Están igual de asustados que sus novias, incluso más porque tienen la responsabilidad de ser delicados, de aguantar, de hacer que sea memorable. Y la mayoría no tienen ni idea de cómo hacer todo eso. Pero, gracias a mí, cinco de ellos la tendrían.

Cuando los cinco se convirtieron en diez, ya pensaba en ello como en una ciencia. Hay una lógica detrás de todo, y el secreto de mi fórmula para el éxito eran dos partes de instrucción, una parte de pasión y una de previsión. Operaba con el convencimiento absoluto de que ellos me necesitaban a mí mucho más que yo a ellos.

Pero ahora que paso las páginas y me detengo en cada nombre y en cada apodo, me doy cuenta de que es más que una ciencia. Es un sistema. Mi sistema, el que yo he inventado, que completo con una nota que les doy. Cada chico tiene una página, pero en cada página solo hay una línea. Los números siempre han tenido más sentido para mí que las personas, así que reducir a cada tío a un decimal, a una puntuación, lo hacía todo lógico.

Tommy Hudson: Quizá debería sentirme culpable, pero creo que le ayudé mucho.

El Mordisco: 6. Un punto menos por dejarme marca.

El Risitas: 5. No soportaba su risa espeluznante.

El Gritón: 4,5. El medio punto es solo por el tamaño.

El Mirón: 8. Muy observador.

El Llorica: 7. Un punto menos por tanta lágrima.

El Predicador: 6. Un punto menos por hablar de Dios. Cortarrollos.

El Bocasucia: 8. Un punto extra por su impresionante vocabulario.

El Acróbata: 7,5. Medio punto por su buena flexibilidad.

Y, por último, el Jugador. Coloco el bolígrafo junto al apodo y doy golpecitos contra la página. Debería darle una puntuación mediocre, quizá incluso quitarle un punto por su técnica torpe. Pero, en lugar de eso, no le pongo nota.

Empiezo a tomar apuntes de estilo taquigráfico, como hago en clase de química. «Este chico es muy dulce. Algún día será guapo. Quiere a su novia. Me pregunto si seguirán juntos de aquí a diez años. O cincuenta». Esta urgencia por ponerlo por escrito me coge por sorpresa. No sé por qué el Jugador se ha escapado del sistema de puntuación habitual y está generando todas estas opiniones cursis, como si fuese el diario de una adolescente muy distinta a mí. Miro las líneas que acabo de escribir y las tacho. Luego cojo el bolígrafo y tacho la valoración del Mirón con rayones negros. No se la merece. Escribo otra cosa encima: «Gilipollas». Luego descargo mi rabia en el bolígrafo y lo tiro contra la pared, donde deja un punto en la pintura. Parecía que fuese a dejar más marca.

Giro sobre mí misma hasta quedar boca arriba y aprieto el cuaderno contra el pecho. Pesa demasiado para llevarlo encima, tiene demasiadas historias dentro. No todas son desagradables. Algunos recuerdos me sacan una sonrisa. Otros me enfadan. Pero lo más peligroso de todo es que algunos me hacen preguntarme cómo sería mi vida si fuese su novia, cómo sería tener una relación normal, con sus altibajos y sus momentos difíciles.

Apago la lámpara y me quedo mirando al techo a oscuras, respirando agitadamente. Sé que es mejor así, que es mejor ser yo la que tiene el control. La persona que tiene el control es la que lleva la batuta, la que marca el ritmo.

Y, lo más importante de todo, la persona que tiene el control no sufre.

5

Me gusta hacer ciertas averiguaciones acerca del chico con el que voy a acostarme. Es más por mí misma que por ellos, así sé un poco cómo es. Cómo es con sus amigos, cómo es con su novia. Así que me tomo mi tiempo antes de que llegue Trevor Johnston para buscar cosas sobre él, empezando por el anuario de clase y terminando con su perfil de Facebook. Aparece en las fotos del equipo de baloncesto y el de hockey, lo que me pone un poco en alerta; el novio de Angela, Charlie, está en el equipo de fútbol, y sé que los deportistas suelen hablar entre ellos. Pero también sé que Charlie no es como la mayoría de los chicos. No tiene muchos amigos y pasa la mayor parte del tiempo con Angela. Aun así, me escribo una nota mental para recordarle a Trevor lo importante que es mantener toda esta operación en secreto.

Si por el anuario descubro la vida deportiva de Trevor, su perfil de Facebook denota que le gusta salir de fiesta. En la mayoría de sus fotos tiene una cerveza en la mano y una sonrisa blanda en la cara. Algunos chicos son difíciles de descifrar, pero Trevor no es uno de ellos.

Siempre llevo a cabo el mismo ritual antes de ver a un chico. Los años de frustración sexual acumulada generan mucha presión, y yo quiero hacer bien mi parte. Siempre me ducho, me depilo y me pongo crema hidratante, la que huele a vainilla, para los chicos que creo que buscan una niña buena, y una más exótica de *frangipani* para los que tienen pinta de querer caña. Después de seis meses haciendo esto, soy bastante buena a la hora de diferenciarlos. A los atletas les gusta la típica vecinita sexi o, a veces, las animadoras flexibles

con top y coletas. Los pijos son aún más fáciles de contentar. Con unos calcetines por la rodilla y poco más ya están a tope. Los empollones son el comodín. A veces saco el cuero y otras veces tiro por lo fácil: nada de nada.

Por lo general, antes de que venga un chico, doy los toques finales a mi habitación. Me aseguro de que las sábanas están limpias y ligeramente aromatizadas con lavanda, bajo las luces y enciendo al menos dos velas. Esto es importante, como les explico a los chicos, porque crea ambiente. «Ninguna chica va a querer acostarse contigo encima de tus pantalones cortos sudados ni debajo de los pósteres de Playboy pegados con celo en el techo»; recuerdo haberle dicho esto al Acróbata cuando me hizo un comentario sobre la decoración.

En esta postura estoy —estirada sobre la cama metiendo las esquinas del edredón en la funda nórdica— cuando Kim entra en mi habitación con su inconfundible y perenne olor a perfume y tabaco. *Eau* de Kim. La situación sería menos rara si yo no llevase puesta una camisa de hombre con unas bragas de encaje y calcetines hasta la rodilla, pero Kim ni siquiera pestañea.

—No sabía que estabas en casa —digo mientras aliso el edredón y me siento encima. Desgraciadamente, Kim se deja caer detrás de mí.

—Pensé que podíamos tener una noche de chicas —me dice, haciendo unas comillas en el aire al decir «noche de chicas». Las comillas de Kim parecen más bien unas garras, cortesía de sus uñas acrílicas ridículamente largas y pintadas de rojo muy oscuro.

Aprieto la mandíbula y sujeto el edredón con las dos manos. Kim nunca tiene estos momentos madre-hija conmigo. En realidad creo que hasta se le olvida que vivimos en la misma casa.

—No puedo —digo—. Estoy esperando a alguien.

—Ah. Vale —dice Kim—. Me encanta lo que has hecho con la habitación. Muy romántico. —No podría decir si está siendo sincera o sarcástica—. ¿Tienes un novio nuevo?

—Es el novio de otra chica, no el mío —digo tranquilamente. Me arrepiento casi enseguida, pero Kim ha sido tan inoportuna y tan torpe al intentar meterse en mi vida de repente que me he cabreado. A lo mejor si descubre que soy promiscua empieza a preocuparse por mí.

Kim entrecierra los ojos y me aparta el pelo de la cara. El gesto casi me

hace llorar. Es el único gesto maternal que recuerdo de cuando era pequeña y Kim me peinaba y me hacía trenzas. Hasta que me dijo que las trenzas eran infantiles y que tenía que empezar a parecer una mujer. Creo que tenía diez años.

—Creo que deberías cambiar el color de labios —dice despacio—. Ese rojo no te sienta nada bien. Toma, prueba este.

Rebusca en su bolso y me pone una barra de labios en la mano. A continuación, me da una palmada en el muslo desnudo y sale de mi habitación.

—Gracias —digo, algo aturdida, aunque ya no puede oírme. Hago girar el pintalabios en la mano y miro al techo, contando atrás desde diez. Esta técnica, como todo lo que implica números, siempre me quita las ganas de llorar.

Me pinto los labios de nuevo cuando oigo que Trevor llama al timbre. Odio que me importe la opinión de Kim, pero me la da tan rara vez que la recibo con gusto. Y tiene razón: el lápiz de labios de Kim es rosa claro y parece que a Trevor le gusta.

—Dios, estás buenísima —dice cuando cierro la puerta de la habitación detrás de mí y me desabrocho la camisa. Como es atleta, he supuesto que Trevor es el típico con la fantasía de la colegiala traviesa que deja poco lugar a la imaginación.

—No le digas que está buena —le digo por lo que me parece la enésima vez mientras le bajo los pantalones—. A las chicas no les gusta oír eso; las hace sentirse objetos. Dile que es guapa.

—Eres muy guapa —dice—. Tienes el pelo precioso. Y la piel suave.

Como si tratara de demostrar lo que acaba de decir, empieza a magrearme la tripa y las tetas como si estuviera a oscuras e intentase encontrar una pared para situarse.

—Mejor no digas nada —le corto. Pongo la minicadena, donde tengo preparada la típica banda sonora para el sexo. Hoy pongo el volumen mucho más alto de lo normal, solo para fastidiar a Kim.

—Está alto —dice Trevor—. ¿No podemos hablar también?

—No mientras lo hacemos —digo, antes de morderle el lóbulo de la oreja—. La habitación nunca puede estar totalmente en silencio. No querrás

obligar a Laura a oír tus gruñidos, ¿no?

Trevor está al borde de las lágrimas. Normalmente soy comprensiva e intento insuflarles confianza en sí mismos, lo único que alguien virgen no tiene. Pero esta noche tengo mucha agresividad y poca paciencia. Así que después de enseñarle a Trevor cómo ponerse un condón en condiciones, me coloco encima de él y hago lo que puedo para gemir aún más alto que la música. Trevor se une a mí con varios «sí, nena» y «¡qué pasada!». Deseo que aguante lo suficiente para que me corra, lo suficiente para aliviarme un poco. Pero no hay suerte.

—Lo siento —dice cuando terminamos. No le estoy escuchando. Estoy intentando oír un golpe en la puerta, algo que me diga que Kim se preocupa mínimamente por que un chico que no ha visto en su vida está haciendo el amor con su hija en su casa.

Trevor hace el amago de ponerme una mano en el pecho, pero en lugar de eso me la pone en el hombro.

—Siento que te he molestado —dice—. Sea lo que sea que haya dicho o hecho mal, no era mi intención. Ya te he dicho que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Sé que debería ponerme la camisa otra vez y ayudarle con la parte «no sexual» para que prepare el escenario perfecto. Las otras veces los he ayudado con todo, desde el sitio hasta la marca de la colonia, pasando por el tipo de calzoncillos (nunca *slips*, y mucho menos blancos). Critico los restaurantes que eligen e incluso veto alguno, como la vez que tuve que explicarle al Llorica por qué la comida mexicana era una idea malísima para cenar si querías acostarte con alguien después. Pero esta noche no estoy de humor para nada de eso. Laura es lo último que tengo en la cabeza.

—La práctica hace al maestro —le digo a Trevor mientras le beso el cuello con el ahínco suficiente como para no dejarle ninguna marca pero ponerle nervioso.

Hago algo que no había hecho nunca antes: le doy a Trevor una segunda oportunidad. Me digo que solo lo hago para enseñarle, pero cuando me agarro a su cuello y entrelazo las piernas por detrás de su espalda, en el fondo sé que no es así. Lo hago tanto por mí como por él.

Cuando acabamos, rodea la línea de mi mandíbula con el dedo pulgar y el

índice, que se juntan en la barbilla. Pasa todo demasiado deprisa para que me dé cuenta de lo que hace, y antes de que mi cerebro envíe una reacción, mi cuerpo la tiene por sí solo. Eso es exactamente lo que me hacía Luke, hasta apretarme la punta de la barbilla con el dedo. Inclino la cabeza entre sus manos y cierro los ojos. Me aparta el flequillo de la frente.

—Guapa —susurra. Tiene la cara muy cerca de la mía, tan cerca que me roza la mejilla con el pelo. Abro los ojos rápidamente. Todo me resulta demasiado familiar: la manera de tocarme, su pelo en mi cara. Noto cómo le late el corazón contra mi pecho, sus latidos fuertes que no consiguen sincronizarse con los míos, suaves y erráticos. Y de repente pesa demasiado y siento como si fuera a aplastarme en cualquier momento.

—Quita —le digo mientras intento escabullirme de debajo—. Quita. No puedo hacer esto.

Aparta las manos de mi cara. Sé que sigue mirándome, con la vista fija en mi nuca.

—Creo que ya lo hemos hecho —dice en voz baja.

Cuando nos vestimos y acompaño a Trevor a la puerta, me doy cuenta de que Kim ni siquiera está en casa. Supongo que no he oído abrirse la puerta del garaje por culpa de la música ensordecedora. Ha cogido el bolso y se ha llevado el coche, pero ha dejado una nota en su querida encimera de granito.

Hay sobras en la nevera. No comas demasiado... los chicos son difíciles de complacer.

Besos,

MAMÁ

«MAMÁ» en mayúsculas, con una raya garabateada debajo.

Rompo la nota en un millón de trozos y me dedico el resto de la noche a pasar a limpio los apuntes de química. Solo paro para secarme las lágrimas que insisten en escapárseme de los ojos. Deben de ser las hormonas o las endorfinas que se supone que liberas después del sexo. No tiene nada que ver con que a mi madre le dé igual con cuántos chicos me acueste.

Antes de meterme entre las sábanas donde Trevor y yo hemos hecho el amor, inauguro una nueva página de mi cuaderno blanco perla. Trevor

Johnston, número once. Le pongo un nueve con letras sinuosas, y luego añado el comentario: «Guapo. Fuerte. Seguro que es buen novio, de esos divertidos pero que saben ponerse serios cuando toca».

Cuanto más escribo sobre Trevor peor me siento, pero no puedo parar. Me da miedo lo que pueda pasar cuando pare. «Cómo me ha tocado. Me ha tocado como solo otra persona me ha tocado antes. ¿Cómo puede tocarme así si apenas me conoce?».

Le pongo un mote, aunque casi no quiero hacerlo. Es parte del sistema, un rito de paso. Todos los tíos tienen su apodo, así que immortalizo a Trevor para siempre como «Segundo asalto».

6

A la mañana siguiente, finjo sorprenderme de que Kim esté en casa, aunque la oí entrar haciendo ruido pasada la medianoche. Mientras la oigo ajetreada en la cocina, me pongo algo que sé que le hará levantar las cejas todo lo que pueda. Una de mis camisetitas interiores de lencería, una negra con un ribete de encaje, metida por dentro de una minifalda vaquera. En lugar de las Converse, me pongo unos zapatos de tacón. Agarro la barandilla y me tambaleo escaleras abajo.

—Buenos días —saludo, forzando una voz animada. Abro un armario para coger una taza para el café. Normalmente tengo que ponerme de puntillas para alcanzarla bien, pero los tacones me dan altura extra.

Kim levanta las manos.

—No queda café. No queda café y no encuentro nada en esta maldita cocina.

—Igual podrías ir a la compra —le digo, agarrando la taza entre las manos y apartándola al pasar—. El café está aquí. Con las cosas del desayuno. En su sitio.

Yo lo sé bien. Fui yo quien organizó los armarios de la cocina. Algo que comparto con Kim es que ninguna de las dos podemos vivir en el caos. Todo tiene que tener un sitio y además estar en él. Un sitio lógico.

—Vas muy mona hoy —me dice Kim, apoyándose en la encimera—. Muy guapa.

Me doy la vuelta para echar el café en el filtro e intento ignorar la

sensación de orgullo que me recorre. Sé que no estoy mona hoy. No estoy guapa. Ni siquiera parezco yo. Nunca había dejado que el personaje que interpreto en mi habitación saliera a la vida real, y hoy no lo he hecho para ningún chico. Miro mi reflejo distorsionado en el acero inoxidable: labios rosas y ojos perfilados de negro. Me parezco más a Kim de lo que nunca pensé que fuese posible.

—Pues tú necesitas dormir un poco —apunto al darme la vuelta para mirarla. Me callo que también necesita una ducha y un poco de colutorio.

—Podríamos ir de compras hoy —dice Kim por toda respuesta, inclinando la cabeza—. Puedes ayudarme a elegir ropa.

Rechino los dientes. Esto es lo que quería anoche: quería que Kim se comportara como una madre. Pero lo hace todo mal. Nunca consigue hacer las cosas bien. Una buena madre se llevaría de compras a su hija el fin de semana, no a las siete de la mañana un día de colegio. Una buena madre se acordaría de que su hija tiene que ir a clase. Una buena madre no dejaría a su hija salir de casa vestida como yo voy vestida ahora mismo de ninguna de las maneras.

—No puedo —digo, dejando la taza sobre la encimera con más fuerza de la que quería—. Tengo que ir al sitio ese. El instituto. Ya sabes, donde voy a clase y saco todo sobresalientes.

—Ah. Vaya —dice Kim dándose una palmada en la frente con la base de la mano—. Bueno, te puedes saltar las clases, ¿no? Por un día...

Agarro el borde de la encimera que tengo detrás con los dedos. Quiero gritar, pero cuando hablo mi voz suena plana y sin emoción alguna. Kim no sabe comportarse como una madre y yo no sé mostrar mis emociones. Menuda familia de mierda tenemos montada. Me pregunto a quién le echará ella la culpa, visto que yo se la echo a ella.

—No puedo saltarme las clases. Por si se te ha olvidado, el año que viene quiero entrar en el MIT. Tengo que ir a clase para poder sacar las notas que necesito, y no voy a dejar eso de lado para ir contigo a que te compres más ropa que no necesitas y que en cualquier caso no deberías ponerte.

Agarro la mochila de la mesa y salgo por la puerta como una exhalación y con las manos temblorosas.

—Bueno, pues que tengas un buen día, cielo —oigo decir a Kim detrás de

mí. Cierro la puerta del Jeep con toda la fuerza que puedo, pero no hace casi ruido. No miro atrás y no le devuelvo el gesto con el que sé que se está despidiendo de mí, con sus garras rojas extendidas hacia el techo. ¿Por qué no se enfada nunca? ¿Por qué no se toma nada en serio? ¿Por qué todo lo que digo rebota en ella, como si su piel de plástico fuese algún tipo extraño de teflón?

Ya estoy en el aparcamiento del instituto cuando me doy cuenta de que he llegado demasiado pronto. Las clases no empiezan hasta dentro de una hora y hoy no hay grupo de oración. Los minutos se suceden ante mí en el reloj de la radio del coche. No me puedo quedar aquí sentada ni un segundo más. Estoy llena de energía y no sé qué hacer con ella, así que decido emplearla en algo productivo e ir al laboratorio de ciencias. Puedo sentarme en mi pupitre y avanzar con el tema siguiente. Zach se pondrá muy contento de tener aún menos trabajo del que finge hacer.

Una brisa cálida me recibe cuando salgo del Jeep, y me llevo las manos al bajo de la falda para estirla, deseando que cubriera más piel. Al menos he tenido la sensata idea de coger una rebeca. En realidad no pensaba salir así de casa; iba a esperar a que Kim se fuera y vestirme con mi ropa normal. Podría volver ahora, pero entonces me encontraría otra vez con ella y me preguntaría por qué me cambio y sabría que me he puesto esta ropa por ella. Y esa es una satisfacción que no voy a darle.

Los pasillos están a oscuras y en silencio. El único sonido es el de mis tacones en el suelo. Recuerdo que en noveno Angela y yo odiábamos sentarnos en la cafetería pero a ella le daba miedo que nos pillaran comiendo en el pasillo. En cuanto oíamos unos tacones, ella metía la comida corriendo en la mochila y yo me partía de risa al ver su cara de culpabilidad. A menudo ni siquiera era una profesora, sino alguna chica de último curso que nos miraba con extrañeza.

La puerta del laboratorio está entornada, pero el aula está casi a oscuras. Dejo la mochila en el suelo y enciendo las luces. Por alguna razón, en lugar de ir a mi pupitre camino hasta la mesa que suele ocupar el señor Sellers en la parte delantera de la clase. Cojo su rotulador y me coloco junto a la pizarra. Me aclaro la voz y empiezo a hablar para nadie.

—Hoy hablaremos de la electronegatividad. Es más interesante de lo que

parece. Se trata de una cuestión de atracción. Cuanto más alta es la electronegatividad de un átomo, mayor es la atracción de los electrones del enlace.

Hago una pausa y me dispongo a dibujar un esquema en la pizarra blanca, pero de pronto un golpe suave en la puerta hace que se me caiga el rotulador. El corazón me empieza a latir desbocado a través del intento de camiseta que llevo puesto cuando veo quién está en el umbral de la puerta.

Jillian Landry, con su pelo perfecto y sus pantalones perfectamente apropiados. Aprieta un libro contra el pecho y sonrío.

Me tapo con la rebeca de forma instintiva y me inclino a recoger el marcador con el culo apuntando a la pizarra. ¿Por qué está aquí? Ni siquiera sabía que Jillian estudiase química; nunca hemos coincidido en clase. Pero en realidad no sé nada sobre ella, excepto lo que pude deducir por Tommy. No sé nada sobre ella excepto que él la quiere mucho.

—Se te da bien —dice cuando vuelvo a incorporarme—. Yo nunca lo entiendo cuando lo explica el señor Sellers. Siempre desconecto a los cinco segundos de que empieza a hablar.

Hago girar el rotulador entre los dedos. Supongo que debería estar avergonzada por que Jillian me haya pillado hablando sola, pero tengo mil cosas más en la cabeza ahora mismo. Me pregunto si Tommy la quiere más ahora que antes de que se acostaran. Me pregunto si le dice que es guapa, si recuerda las fechas señaladas y si le abre la puerta. Me pregunto si lo ayudé y de paso la ayudé a ella. Enseguida ahuyento el pensamiento de mi cabeza. ¿Haría esto si no fuera para ayudar a los demás?

—Es su voz —digo por fin—. Es como un zumbido. Está claro que suelta el mismo rollo año tras año. Y, año tras año, nadie le dice que es un peñazo.

Jillian se ríe y se sienta en un pupitre. Mi pupitre.

—Sí. Aunque no puedo echarle toda la culpa a él. Me cuesta mucho concentrarme y atender. Eso explica que en esta asignatura siempre apruebe por los pelos.

Me siento en la silla del señor Sellers, agradecida por que el tablero vertical de la mesa de madera me tape los muslos. Jillian mira su cuaderno. Quizá debería dejarla sola antes de que esto sea demasiado incómodo.

—Me llamo Jillian —dice—. Y soy malísima en química.

—Yo, Mercedes.

—Ya lo sé —dice ella, levantando una ceja. Por un segundo me sube toda la sangre a la cabeza. «Ya lo sé». Tres palabras que nunca habría querido oír de la boca de Jillian Landry—. Lo sé —continúa— porque habla de ti. Eres su superestrella.

De repente siento que voy a vomitar. El estómago se me retuerce en un nudo violento.

—¿Quién? —alcanzo a decir con una voz metálica y nada natural.

Sonríe.

—El señor Sellers, claro. Creo que eres la vara de medir con la que nos evalúa a todos. Y pones el listón muy alto.

Respiro hondo y mi corazón va recuperando su ritmo habitual. No lo sabe. No es Tommy el que habla de mí. ¿Por qué iba a hacerlo?

—He organizado una cosa —prosigue, afortunadamente ajena a mi ataque de pánico interior—. Es un proyecto llamado «Estudiantes ayudantes». Se me ocurrió el año pasado para ayudar a una amiga que iba fatal en francés. Lo que hacemos es juntar a un estudiante bueno con otro al que le cueste un poco. Les beneficia a los dos. El que tiene dificultades saca mejores notas y el buen estudiante adquiere experiencia en clases particulares de cara a entrar en una buena universidad.

Me reclino en la silla del señor Sellers. Recuerdo haber visto a Jillian durante la semana de actividades en una especie de puesto. Me acuerdo de que Angela me habló del programa pero le daba vergüenza apuntarse. Recuerdo que yo ni me lo planteé porque no suelo apuntarme a casi nada.

—¿Y dónde está tu ayudante? —pregunto.

Jillian pone los ojos en blanco.

—Buena pregunta. Se supone que es Bobby Lewis pero, a todas luces, no está aquí. Otra vez.

Casi me ahogo en la saliva que tengo acumulada debajo de la lengua, pero intento que no se note. No consigo imaginarme a Bobby Lewis, también conocido como el Acróbata, de profesor particular de química. No pensaba que pudiese enseñar nada que no fuese gimnasia, al menos si me remito a lo que pasó en mi habitación.

—Creí que este programa ayudaría a la gente —dice Jillian, agitando la

cabeza—. Supongo que nunca me paré a pensar que sería yo la que saldría perdiendo.

La miro fijamente; el pelo le cae en una cascada sobre el libro. Jillian es buena, una de esas personas que intentan ayudar a los demás. Vuelve el nudo violento del estómago. Siento como si alguien me retorciera las entrañas como una toalla mojada.

—Yo lo haré —digo sin pensar—. Yo lo haré. Vamos, si quieres. Yo te ayudo.

Jillian sonrío. Tiene una sonrisa preciosa, amplia y honesta. La sonrisa de alguien a quien nunca han hecho daño, o no el suficiente como para dejar huella.

—Te vendrá bien para la solicitud de la universidad —dice, aunque ambas sabemos que ya hemos enviado las cartas de solicitud a las universidades y que en el MIT nunca sabrán si le di o no clases particulares a Jillian Landry—. Espero no ser demasiado torpe para ti.

Así es como incluso antes de que empiecen oficialmente las clases de hoy entro a formar parte de «Estudiantes ayudantes». Tendré una clase a la semana con Jillian y otra con un chico de primero llamado Toby que, según Jillian, está desesperado. No tenía ni idea de que hubiese tanta gente que necesitara ayuda, al menos no con las cosas de clase.

—No sabes cuánto te lo agradezco —dice Jillian mientras cierra el libro después de una primera clase intensiva sobre la electronegatividad—. Sin ti estaría bien jodida.

Pongo una sonrisa falsa, aunque tengo la boca totalmente seca. Todo este rato he estado intentando no pensar en Tommy y mantener la atención en los átomos, elementos y energías iónicas. Pero no para de venirme a la cabeza, invadiendo toda lógica y arrastrando algo muy parecido a la culpa. No puedo enfrentarme a esto ahora mismo, así que ahuyento el pensamiento y le digo a Jillian que me alegra ser de ayuda. Y es la verdad, en más de un sentido.

7

Cuando entro en clase de economía familiar ese día me doy cuenta vagamente de que no paso desapercibida, y no es solo por la poca ropa que llevo. Me cambié a esta asignatura en el último momento porque completé todos mis créditos de matemáticas en el primer semestre y porque Angela me dijo que sería divertido. Ahora ya puedo decir que «divertido» no es la palabra que yo usaría para describirlo.

—Mercedes —dice Trevor Johnston, girándose hacia donde estoy sentada junto a Angela. Me guiña el ojo y se queda más tiempo del necesario mirándome las piernas cruzadas, un gesto que seguramente él considera sutil pero está claro que no lo es. Miro al cuaderno mientras ruego que no me mire a los ojos. Entonces me doy cuenta de quién está sentado a su lado: Chase Redgrave, el Bocasucia. Por lo menos Chase tiene la decencia de fingir que no tiene ni idea de quién soy.

—¿De qué conoces a ese tío? —me susurra Angela al oído.

Me encojo de hombros, consciente de que me estoy poniendo colorada, pero me ahorro tener que inventarme una excusa cuando la profesora riñe en voz alta a alguien por llegar tarde; alguien con el que afortunadamente no me he acostado. Hago un barrido rápido de la clase para asegurarme de que no me he acostado con ninguno más de los presentes; afortunadamente Trevor y Chase son los únicos. Me asalta un terrible pánico interior cuando veo que Trevor le susurra algo a Chase. ¿De qué se conocen? ¿Y cuánto saben el uno del otro?

Desvió la mirada al fondo de la clase, donde hay dos sitios libres. Quizá Angela y yo nos podemos sentar allí, lejos de Trevor y Chase. Quizá no sea demasiado tarde.

—¿Nos cambiamos de sitio? La colonia de ese tío me está dando dolor de cabeza —susurro.

—Desde ahí atrás no veo la pizarra —dice Angela.

—Igual si te pusieras las gafas la verías —siseo.

Angela frunce el ceño y se da la vuelta.

—Eh, ¿no es ese tu compañero de laboratorio?

Me agarro al pupitre y miro por encima del hombro. Mierda. En efecto, Zach está entrando a hurtadillas en el aula, andando exageradamente de puntillas para disimular que hace rato que ha sonado el timbre.

—Señor Sutton —dice la profesora, la señora Hill—. Es usted muy amable al honrarnos con su presencia.

Observo cómo Zach se pone colorado mientras se deja caer en uno de los sitios libres. Cuando nuestras miradas se cruzan, me guiña un ojo y me saluda disimuladamente con la mano. Yo pongo los ojos en blanco y me giro para mirar a la pizarra. Genial. Ahora estoy atrapada entre tres tíos con los que me he acostado. Es el peor tipo de claustrofobia posible. ¿Por qué está Zach en economía familiar? Me imaginaba que odiaría este tipo de cosas. Aunque bueno, yo también las odio y aquí estoy.

La señora Hill está explicándonos el primer trabajo que tendremos que entregar, cuyos detalles me comunicará luego Angela. Ya odio su voz aguda y estridente y la forma en la que insiste en golpear periódicamente la pizarra con un puntero, probablemente para asegurarse de que estamos atendiendo a la clase. Tengo cosas más importantes en las que pensar, como averiguar si mi secreto va a salir a la luz antes de que acabe el día. No sé qué sería peor, si que se entere todo el instituto o que Zach averigüe por qué no quiero ser su novia.

Trevor y Chase. Chase y Trevor. Trevor es atleta; Chase es pijo con una mente muy sucia detrás de esa fachada con jersey de rombos. Nunca pensé que sus caminos pudieran cruzarse. Sé que los chicos de un mismo grupo hablan entre ellos, pero no creía que se diese ningún tipo de comunicación cruzada entre pandillas. Hasta ahora me las he arreglado para evitar los

intercambios de miradas prejuiciosas y los susurros que se acallan en cuanto llegas.

Pienso en lo que les digo a todos los chicos antes de que entren en mi cuarto. «No me guiñes el ojo, no me saludes, no me hables. Ni siquiera me mires. Si lo haces, no tengo que explicarte todas las formas de las que puedo vengarme». La mayoría me miran con los ojos como platos y asienten con la cabeza. Los que no, lo hacen en cuanto los amenazo con echarlos.

Intento que no se note mi terror cuando veo que Trevor y Chase chocan los puños de esa forma lamentable en la que lo hacen los tíos. Espero que no sea un mensaje en clave universal que signifique «yo también me acosté con Mercedes».

—Mercy. Eh... —Angela me está clavando el bolígrafo en las costillas. Levanto la vista y me encuentro a toda la clase, más la señora Hill, mirándome. La señora Hill está dando golpecitos con su dichoso puntero.

—Lo siento, no he oído la pregunta.

—No me sorprende —dice la señora Hill mientras deja el puntero junto a la mesa—. Eso es lo que pasa cuando no prestas atención.

—Lo siento, señora Hill. —Le dedico una de mis mejores sonrisas, aunque me sale más bien una mueca.

—Como castigo, serás mi primera víctima. Hoy hablaremos —dice, golpeando la pizarra con su puntero con una fuerza desmedida— sobre educación sexual. Nadie quiere hablar de ello, pero debemos darle prioridad.

Quiero hacerme una bola debajo del pupitre y desaparecer. Esto no puede estar pasando. Por si tener a Trevor, Chase y Zach en la misma habitación no fuera suficiente, ahora a la broma se ha unido la señora Hill. De repente tengo que ahuyentar una imagen mental muy desagradable de la señora Hill agitando el puntero como si fuese una fusta. La señora Hill, una dominatrix embutida en un traje pantalón.

—Aunque yo no lo llamo educación sexual. Lo llamo sexo seguro. No queremos que no lo hagáis, solo que lo hagáis de forma segura.

Se ríe emitiendo un sonido sobrenaturalmente agudo. Le tiemblan un poco las manos cuando abre el cajón de su mesa. Saca un maldito racimo de plátanos.

—Esto no va a acabar bien —musito entre dientes. Por cómo me mira

Angela, estoy segura de que no tiene ni idea de lo que va a hacer la señora Hill con esos plátanos. Por suerte para Angela.

—¿Todo el mundo sabe lo que es esto? —pregunta, agitando una caja de condones en el aire. Los reconozco, son Ultrafinos Estriados. Me pregunto si provendrán de la colección privada de la señora Hill; otra imagen mental que no quería hacerme.

Los chicos de la clase estallan en risas. Chase es el que se ríe más alto. Finjo no darme cuenta. Trevor por lo menos tiene la decencia de callarse y mirar a la pizarra, aunque puedo ver cómo se le ponen las orejas rojas. No me atrevo a mirar a Zach, pero noto sus ojos fijos en mí, horadándome. Es inquietante. ¿Por qué tiene que mirarme así?

Todos miramos a la señora Hill, que abre el condón apresuradamente e intenta ponérselo al plátano. Alguna gente se ríe. Otros, como Angela, se tapan la cara con las manos. Alguien lo graba con un móvil sin que se entere la señora Hill, que no tiene ni idea de nuevas tecnologías. Aunque la señora Hill lleva anillo de casada, tengo la sensación de que no ha puesto un condón a un tío en su vida. Frunce el ceño debajo del pelo rizado. «Acaba de rasgarlo con la uña, idiota —quiero decirle—. Ese condón se va a romper. Señora Hill, acaba de quedarse embarazada».

—De esto que se encargue Charlie —dice Angela entre las manos—. Cuando nos casemos, claro.

«Sí, claro —me entran ganas de contestar—. Porque los chicos siempre saben lo que hacen».

—*Voilà* —dice la señora Hill. El preservativo, holgado, se mueve alrededor del plátano que agita en el aire. «Espero que se haya corrido fuera», pienso.

—Mercedes, ¿quieres intentarlo tú? —dice la señora Hill mientras me tiende un plátano con una risa nerviosa—. Ya he dicho que ibas a ser mi primera víctima.

Me giro hacia Angela, que me mira con ojos aterrorizados. Chase ahoga una risa con la mano e intenta hacerla pasar por una tos. La nuca de Trevor ha adquirido un desafortunado color rojo oscuro. Yo me conformo con que mi cara no tenga ese mismo color y, aunque me tiemblan las piernas, me dispongo a levantarme —no sé si para que la clase vea mejor la demostración

o para salir corriendo del instituto— cuando alguien me salva del apuro.

—Es un ejemplo terrible —dice una voz femenina tras llamar a la puerta—. Se supone que tiene que bloquear el espermatozoides, no hacer una piscina.

Todo el mundo se da la vuelta al unísono. La chica de la puerta obliga a los chicos de la primera fila a hacer un doloroso giro de cuello. Veo sus reacciones antes de verla a ella. Espero ver a una chica fea, quizá con pantalones desmontables verdes y un peinado horrible. No espero que sea guapa.

—Usted lo llama educación sexual —dice—. Yo lo llamo un viernes muy aburrido.

Una risa rompe el silencio. La mía.

—¿Quién es esa? —me susurra Angela al oído.

La chica se echa hacia atrás la melena color miel, que le cae sobre los hombros con gesto divertido. Podría cometer un asesinato y disimularlo a la perfección con esa cara.

Cometo el error de mirar a Zach, justo en este preciso instante. Ya no me mira. Ahora mira a la chica nueva, y no me gusta la expresión de su cara. Es la que pone siempre cuando me mira, incluso desde antes de que nos acostáramos la primera vez. Es la cara que pone cuando se concentra, cuando el engranaje de su mente se pone en marcha, cuando piensa en algo que quiere.

No sabía que podía mirar así a otra chica.

La chica nueva se sienta en el sitio libre que hay junto a Zach. Él le recorre la cara con los ojos, que luego se desvían hacia sus piernas y terminan fijos en sus tetas, que lleva encorsetadas en una diminuta camiseta de tirantes. «Qué soez, Zach. No hacía falta ser tan descarado».

—No tengo ni idea —le contesto a Angela, algo que probablemente estén pensando los otros treinta alumnos.

8

Se llama Faye. No sé su apellido, ni de dónde es, ni por qué se ha cambiado a nuestro instituto en el segundo semestre, cuando la luz al final del túnel está solo a seis meses de distancia. Solo sé que se llama Faye y que es malísima en química. Eso lo sé porque el miércoles por la mañana sustituye a Zach como mi pareja de laboratorio. No ha sido decisión mía ni de Zach, sino del señor Sellers.

—Pues ahora tendremos que llamarlo de otra forma —dice Zach mientras recoge las cosas con un suspiro agitado—. Como por ejemplo «miércoles de amigos».

Faye lo mira con una ceja levantada mientras se marcha arrastrando los pies.

—Es mono —dice—. Me senté a su lado ayer en economía familiar. Incluso se ofreció a darme sus apuntes.

Me cuesta resistirme a poner los ojos en blanco. «Seguro que eso es lo único que quiere darte».

—Yo no me fiaría de los apuntes de Zach —me oigo decir—. Seguro que tiene el cuaderno lleno de dibujitos en los márgenes.

Faye ahoga una risa y me doy cuenta de lo que acabo de decir y de lo despectivo que ha sonado. Ni siquiera sé por qué he dicho eso. Que Zach sea malo en química no significa que sea malo en todas las demás asignaturas. Además, se supone que somos amigos. Pero antes de que pueda abrir la boca para arreglarlo, Faye se me adelanta.

—Bueno, seguramente esté cabreado por haberle robado a su compañera de laboratorio. Espero no arruinarle la clase de química.

Sacudo la cabeza, pero por dentro me prometo compensarle a la hora de la comida.

—Zach es resistente. Estará bien.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Eres una superestrella de la química o algo así? He tenido suerte, pues.

Me mira desde debajo de unas pestañas que seguro que son postizas. Ese volumen no se consigue ni con Maybelline Great Lash. Lo sé de sobra, he probado suficientes marcas de rímel como para agotar los modelos de cualquier perfumería en mi eterna lucha por conseguir el maquillaje de ojos perfecto para las noches en mi habitación.

Me encojo de hombros.

—Es que me resulta muy fácil. Me gusta que todo pueda reducirse a una fórmula. Así es prácticamente imposible que las cosas salgan mal.

Se ríe haciendo un sonido profundo y áspero, como si fuese un animal en lugar de una chica adolescente.

—Entonces supongo que nunca he entendido bien la fórmula.

Hoy vamos a hacer un volcán con ácido clorhídrico y bicarbonato sódico. El resultado final debería ser una explosión. Es un experimento infantil, y además lo hicimos un millón de veces el año pasado, pero el señor Sellers está empeñado en repetirlo este año. O eso o se está haciendo viejo, que puede ser, teniendo en cuenta que debe de tener cerca de ochenta años.

—Me gusta ver cosas explotando —dice Faye mientras vierte la solución en un vaso de precipitado... una solución mal hecha, con demasiado indicador y menos bicarbonato de sodio del debido.

—Cuidado con la mezcla —le digo—. Tienes que esperar para añadir el ácido clorhídrico concentrado a la solución morada. Si no, no explotará. Se quedará...

—¿Flácida? —Su risa se eleva sobre el barullo general del aula. Zach, que está dos filas delante de nosotras, gira la cabeza y hace un puchero. Me fijo en que el volcán de Zach sí tiene las proporciones correctas. Noto que me invade una oleada de orgullo. Cuando cruzamos las miradas, me guiña un ojo. Yo le devuelvo el guiño.

Entonces me doy cuenta de que no sé a quién le está guiñando el ojo en realidad, porque Faye también le está mirando.

—Iba a decir estancada —digo en voz alta—. Pero flácida es mejor.

Tiro el contenido del vaso de precipitado de Faye al sumidero.

—Todos estos preparativos tan aburridos son un poco como los preliminares —dice Faye mientras se sacude la melena—. Lo siento. Yo es que voy un poco a piñón fijo.

Abro la boca para decir algo, pero Faye me interrumpe. Tampoco sé qué iba a decir de todas formas. Nunca pensé que mi nueva pareja de laboratorio fuese a parecerse tanto a la anterior, con sus indirectas sexuales y su total desinterés por los procesos químicos.

—Bueno, ¿y qué hacéis por aquí para divertirlos? —pregunta Faye.

—Depende de lo que te guste.

—¿Qué haces este finde? Podríamos hacer algo juntas. —Se muerde el labio inferior.

Me encojo de hombros mientras siento que me sube una oleada de calor por el cuello. Ojalá dejara de mirarme así. «¿Está tonteando conmigo o con Zach?». Reconozco en ella todos los gestos típicos de Kim: la mordida de labio, el vaivén con el pelo, las caiditas de ojos. Solo que Faye lo hace todo mucho mejor, con curiosidad en lugar de desesperación. Si está tonteando, lo está haciendo mejor de lo que yo lo he hecho jamás. Es todo líneas suaves y sutileza, mientras que yo soy aristas afiladas y autoridad. Es disimulada, mientras que yo soy directa.

Y no me gusta.

—Tengo que estudiar con una amiga —digo rápidamente—. Necesita clases particulares. —Hago un gesto señalando a Angela, que intenta huir de las proclamas de su pareja, que no para de mover las manos.

—Yo también necesito clases particulares —dice—. ¿A qué hora me paso?

Me coloco las gafas de protección y finjo estudiar la fórmula de mi cuaderno. Por eso me gusta la química: todo es directo y para todo hay instrucciones. El resultado final solo es tal por los pasos del uno al cinco, y no sale si te saltas un paso o los haces en otro orden. La mayoría de la gente se ciñe a algún tipo de fórmula o hace las cosas con cierta lógica. No puedes

ser capitán del equipo de fútbol si no te lo trabajas: vas a entrenar, comes bien, duermes lo suficiente, levantas pesas. No puedes ser un genio de las matemáticas si no estudias las lecciones y le dedicas tiempo. Clasifico a los chicos con los que me acuesto por una razón: porque las personalidades de la gente también se generan a partir de una rutina.

Faye no parece ajustarse a ninguna fórmula. Y eso es extremadamente desconcertante.

—Vente a mediodía —digo—. Tráete los libros. Y prepárate para trabajar. Es para lo que hemos quedado.

Mi voz es cortante, pero Faye no parece darse cuenta. Casi me dan ganas de zarandearla para que se entere. No necesito otra amiga: Angela era mi única amiga hasta que Zach insistió en serlo él también. Cuantos más amigos tienes, más altas son las probabilidades de que te den una puñalada por la espalda.

Por el rabillo del ojo veo sonreír a Faye. Tiene los dientes perfectos, ya sea por genética o porque ha llevado ortodoncia durante años. Me paso la lengua por los dientes con reparo. Siempre he odiado los que están a los lados de las paletas, que parecen colmillos. Incluso Zach lo comentó una vez mientras lo hacíamos. Sus palabras exactas fueron «podríamos jugar a los vampiros. Molaría mucho».

Me pregunto qué piensa Zach de la sonrisa de Faye. Otra cosa en la que me saca ventaja.

Nuestro proyecto de ciencias entra en erupción ante nosotras con una enorme explosión que da paso a un montón de lava burbujeante.

—Creo que se acaba de correr —dice Faye.

9

Casi le estoy agradecida a Angela por arrastrarme al partido de fútbol de Charlie después de clase al día siguiente, más por distraerme que por otra cosa. Pero, teniendo en cuenta que Angela suele declararse en contra de todas las actividades del instituto (excepto el grupo de oración, que además se le ocurrió a ella), me sorprende un poco que se haya decidido a animar a Charlie desde las gradas después de dos años sin ir a un solo partido.

—Será divertido —dice, pero por su tono de voz cualquiera diría que va a que le hagan una endodoncia en lugar de a ver a su novio dándole patadas a un balón.

Nos sentamos en la primera fila de la tribuna. Yo quería sentarme atrás del todo, como en clase, pero Angela no me deja.

—Charlie quiere verme —dice, estirándose las raídas mangas de la camisa y entrecerrando los ojos por el sol—. Aunque casi ni sé cuál es. ¿Por qué van todos vestidos iguales?

Sonríó y le paso un brazo alrededor de los hombros.

—Porque son del mismo equipo, Ange. Tienen que llevar la equipación oficial, no lo que ellos quieran. Y si no distingues a Charlie igual es que tienes que ponerte las gafas.

Como yo tampoco he venido nunca a un partido de fútbol del equipo del instituto, no sé qué aspecto deben tener los jugadores. Pero si tengo que guiarme por la idea preconcebida que tengo en la cabeza, todos deberían ser exactamente como Charlie. Alto y fibroso, delgado y musculoso, ligeramente

bronceado a fuerza de jugar al aire libre. Las animadoras están haciendo estiramientos en las bandas pero no dejan de cuchichear y señalarle. Angela dice que no se ha fijado en cómo miran las chicas a su novio, pero yo no entiendo cómo puede estar tan ciega. En serio, debería empezar a ponerse las gafas.

Aunque Angela no vea tres en un burro, Charlie sí nos ha visto. No para de mirar hacia nosotras ni de guiñarle el ojo a Angela. Cuando marca un gol, mira hacia arriba para asegurarse de que ella lo ha visto, con una expresión de concentración y orgullo en la cara. Noto un pinchazo de envidia a mi pesar. Charlie y Angela tienen una conexión de esas que casi puedes sentir físicamente. Una conexión que yo solo he tenido con una persona, aunque él nunca la tuvo conmigo.

—¿Está libre?

Me pongo la mano a modo de visera y miro para ver de dónde proviene la voz, pero Faye ya se ha sentado junto a mí y ha dejado caer su cartera casi encima de mi pie.

—Tú eres Angela, ¿verdad? Soy Faye —dice, saludando a Angela con la mano—. Soy la nueva pareja de laboratorio de Mercedes.

Mi amiga sonrío con timidez.

—Ya —dice—. Tienes suerte. Mercy es la mejor pareja de laboratorio del mundo.

Faye posa la mirada en mi rostro. Con esta luz, sus ojos son de un azul transparente.

—Mercy —dice. Yo me miro los pies. Nunca he oído a nadie decir mi nombre así, casi como un suspiro en lugar de un nombre.

Señala el campo.

—Siempre he pensado que el fútbol es un deporte infravalorado en los institutos. Los jugadores tienen unas piernas estupendas. ¡Y todos los dientes, no como los de rugby! —Se palmea los muslos enfundados en sus vaqueros.

Ninguna dice nada mientras seguimos el partido. Faye empieza a mover sutilmente las manos y los brazos cuando las animadoras hacen sus coreografías cutres en la banda. Está imitando sus movimientos.

—Creo que te has perdido las pruebas de acceso —digo.

Pero Faye solo sonrío.

—Era animadora en mi antiguo instituto —dice—. Todas creemos que hacemos coreografías originales, pero en realidad reproducimos el mismo cliché.

Me dan ganas de preguntarle por qué dejó su antiguo instituto. Pero la pregunta me parece demasiado directa y va a sonar como una acusación. Solo hay dos razones por las que alguien haría algo así: una es que uno de tus padres consiga un trabajo en otra ciudad y la otra es un problema. Un problema de esos de los que no te puedes esconder.

—El quince está bueno —dice Faye—. Y no para de mirarte.

Dirijo la vista hacia Angela, que se está mordiendo las uñas. La mayoría de las chicas saltarían como locas a reclamar a la estrella del equipo, pero Angela no dice nada.

—Es Charlie —intervengo—. El novio de Angela. La mira a ella.

Faye asiente con visible admiración.

—Muy bien, Angela —dice—. Tu novio tiene un buen juego de piernas.

Cuando acaba el partido, Charlie nos hace un gesto para que bajemos al campo. Envuelve en un abrazo sudoroso a Angela, a la que parece disgustarle más que otra cosa.

—Au —digo, señalando una herida sangrante en el gemelo de Charlie—. Eso debe de doler.

Charlie se encoge de hombros.

—Ese tal Ridgewood es un gilipollas. Me encargaré de darle su merecido.

—El sol le arranca destellos de los ojos. Sonríe, pero no sabría decir si está bromeando o no.

Me envuelvo en la rebeca al notar que un escalofrío me sube por la espalda. Faye me pasa el brazo por el cuello como si fuésemos amigas de toda la vida y no de una tarde.

—¿Cuál es tu novio? —pregunta—. Por favor, dime que ese de ahí que se parece a Antonio Banderas de joven y que no para de mirarte.

Sigo su mirada hacia un lado del campo, donde un chico con el pelo negro y rizado está, en efecto, mirando en nuestra dirección. Cuando mis ojos se cruzan con los suyos no aparta la mirada, así que lo hago yo. No me gusta que los chicos me miren así. No pasa a menudo, pero cuando pasa me pregunto qué sabrán de mí.

—No tengo novio —le digo.

—¿Ni el chico de química?

—No.

—Vamos. Nadie se pone tan triste por tener que cambiarse de pareja en clase de química. Ahí hay algo.

Rechino los dientes.

—He dicho que no. No es más que un chico que se sentaba a mi lado.

No se lo cree.

—Venga. ¿Seguro que no es un ex? ¿Ni un rollo? ¿Ni siquiera un error de borrachera?

Sacudo la cabeza.

—Nada. Solo era mi pareja de química, y además lo hacía yo todo.

En otras palabras, que se acabaron las preguntas. Ella se muerde el labio.

—Bueno, ¿quieres ir a comer algo? Me muero de hambre.

Estira los brazos por encima de la cabeza revelando una tripa plana y bronceada. Lleva un *piercing* en el ombligo. Hago como que no lo veo, igual que finjo no ver el comienzo —o el final— del tatuaje de una serpiente que sobresale de la cintura de sus vaqueros cuando se da la vuelta. Pero supongo que no se me da muy bien fingir.

—Tomé algunas decisiones desafortunadas el verano de octavo a noveno —dice con una sonrisa de superioridad—. Mi madre casi me mata.

Fuerzo una sonrisa, pero el esfuerzo me tuerce el gesto. Me agarro la barriga instintivamente. Faye no es la única que tomó decisiones desafortunadas el verano de octavo a noveno, pero en este caso Kim habría apoyado sus decisiones sin dudarlo. Recuerdo mi primer día en décimo curso: Kim quiso conmemorarlo haciéndonos sendos *piercings* «madre-hija» en la ceja. Aquel mes salía con el baterista de un grupo de música y quería parecer más atrevida. Gracias a Dios, no llegamos a hacérselos.

Algo me dice que Kim no aprobaría mis decisiones desafortunadas, así que nunca le doy la oportunidad de conocerlas.

Le digo a Faye que me encuentro regular y me dirijo al aparcamiento. No sé por qué, de toda la gente del Milton, ha decidido hacerse amiga mía. Pega mucho más con las alegres y dicharacheras animadoras con sus tallas grandes de sujetador, o con las pijas, o incluso con las frikis del grupo de teatro.

Cualquiera menos yo. «Elige a otra —quiero gritar—. Yo estoy defectuosa».

Lo único que quiero es irme a casa y estar sola. Pero cuando llego a mi coche, alguien me está esperando. El chico moreno del pelo rizado del partido de fútbol, el que me miraba.

—Deberías conducir un coche más rápido —dice, poniendo el pie contra el neumático de mi Jeep—. ¿Damos un paseo?

—Y tú deberías estar cogiendo el autobús a casa —respondo, cruzando los brazos—. No soy chófer. Y mucho menos de gente a la que no conozco.

Se inclina hacia mí. Busco las llaves en mi bolso, no sé si para abrir el coche o para clavárselas en un ojo.

—No me refería a ese tipo de paseo —dice. Tiene un acento fuerte, y lo corona con una risa nerviosa—. Lo siento. Es un chiste muy malo.

—¿Se puede saber qué quieres? —pregunto, aunque creo que ya lo sé—. Porque vas a tener que ser más específico.

—Quiero darte mi virginidad —contesta—. Si la quieres.

Casi me echo a reír. Lo dice de una forma tan despreocupada que parece que me estuviese haciendo un regalo. Pero no me río, porque para alguna gente el sexo es un regalo. Para alguna gente es especial, incluso sagrado. Yo dejé de verlo así hace mucho tiempo. Para mí es una ciencia, elementos de una fórmula que se combinan para obtener un resultado final.

—¿Qué te hace pensar que puedo estar interesada? —pregunto.

Quiero sonar calmada y serena, pero levanto la voz más de la cuenta. Este chico está en el equipo de fútbol. Charlie está en el equipo de fútbol. Si Charlie se enterara de lo que he hecho se lo diría a Angela. Y si Angela se entera, la única amistad que he tenido desde que entré en el instituto se habría acabado.

—He oído hablar de ti. Por un amigo. Trevor.

Entrecierro los ojos y decido decirle un par de cosas a Segundo asalto si vuelvo a encontrarme a solas con él. Parece que tiene un concepto distinto de la discreción del que tengo yo.

Se muerde el labio inferior, que adquiere un tono rojo cereza. A pesar de mis objeciones, el chico es atractivo y me pregunto cómo será besar esos labios.

—Dime en una palabra por qué debería ayudarte —le digo.

—Una palabra. Isabella. —Pronuncia cada sílaba de forma que el nombre suena increíblemente exótico. I-sa-bel-la—. La quiero. Pero no le he dicho que es mi primer beso. Y mi primera novia. Cuando Trevor me contó lo que hiciste por él, he decidido buscarte. —Baja la voz—. La quiero.

Le miro a los ojos. Sí que quiere a la tal Isabella. Sería el número doce. Doce. Ya no puedo fingir que no he cruzado la línea de los diez. Pero no puedo irme sin más. Trevor no debería contar, en realidad. Segundo asalto fue un error, un error que cometí en un momento en el que me sentía especialmente vulnerable. Dejo que mis motivaciones se interpongan en mi camino. Puedo compensar ese error con el chico que tengo delante de mí mordiéndose el labio.

—Ve a casa, dúchate y ven a verme.

Le doy mi dirección antes de montarme en el Jeep y arrepentirme. De camino a casa, me tiemblan las manos y me late muy fuerte el corazón. Tengo todos los síntomas del nerviosismo. Cuando empecé con esto, antes de cada encuentro estaba atacada, casi asustada. Me temblaban las manos cuando les bajaba la cremallera y los escalofríos me subían por las piernas cuando me encaramaba encima de ellos. Pero en algún punto entre el quinto y el décimo, empecé a darme cuenta de que ya no era solo por ellos. La certeza de que a mí también me gustaba. El miedo de querer más de lo que podían darme entre todos.

Y si entre todos no pueden darme lo que quiero, me da miedo averiguar qué puede dármelo.

10

—Me he duchado —dice cuando abro la puerta. Para mi sorpresa, veo que lleva camisa, pantalones de vestir y una corbata, como si fuese a una cita formal—. Y te he traído esto.

Saca un ramo de rosas rojas de detrás de la espalda.

Huele demasiado a colonia, pero mejor eso que bajarle los calzoncillos a un chico después de que salga de entrenar. Lo sé por experiencia, desgraciadamente. El Risitas tuvo el descuido de decirme que «no le había dado tiempo» a ducharse, lo que hizo que le informase amablemente de que yo «no tenía tiempo» de explicarle todas las razones por las que iba a seguir siendo virgen para siempre si volvía a decir algo por el estilo.

—Eres encantador —digo mientras cojo las flores—. Ser encantador te servirá con tu novia, pero no conmigo.

Intento ser sarcástica, pero estoy un poco emocionada. Ningún chico me había regalado flores antes. En realidad, nadie me había regalado flores nunca. Me dan ganas de meterlas en agua e inhalar su aroma, pero eso me haría parecer débil, así que las dejo al pie de las escaleras y lo guío hacia mi habitación.

Se llama Juan Marco Antonio y eso me provoca un poco de recelo. Que tenga tres nombres y ningún apellido me pone nerviosa. Desafortunadamente, después de mi experiencia con William Malcom, *el Mordisco* —que tenía dos nombres y ninguna idea de que no se muerde a menos que se haya acordado previamente—, mis expectativas no son demasiado altas. Intento no juzgar a

un chico por mi mala experiencia con otro, pero a veces es difícil deshacerse de las piedras de la mochila.

Juan Marco Antonio es mi primer estudiante de intercambio. Esto lo sé porque le he buscado en Facebook antes de que llegara y he averiguado que es de Madrid y que le encanta hacerse *selfies*. No está en ninguna clase conmigo pero tengo la sensación de que es el centro de atención de las chicas, muy probablemente debido a que es nuevo y a su sexy acento español. También pone que tiene una relación con la tal Isabella, aunque me suena que esa chica venía conmigo a historia el año pasado y estoy prácticamente segura de que su nombre real es Isabelle.

—Isabella es el sol que brilla en mi cielo. Quiero complacerla. Enséñame cómo hacerlo. —Me mira desde mi cama, donde ya está tumbado.

Esta es la otra cosa que me inquieta de Juan Marco Antonio. Me cuesta mucho creer que sea virgen y que no haya intentado llevarse a la cama a Isabella todavía. Me pregunto para qué necesita un chico como Juan Marco Antonio mi ayuda. Es guapo y tiene los ojos de color chocolate fundido, enmarcados por unas pestañas negras y espesas. Y, aunque no sabe lo que dice, solo con su acento podría conseguir a cualquier chica. Pero no quiere a cualquier chica. Quiere conservar a la suya.

—Quiero que Isabella venga conmigo a España y que conozca a mi familia —me dice.

—Bueno, paso a paso —le advierto mientras me deslizo en el vestidor.

Creo que lo que más nerviosa me pone de Juan Marco Antonio es que no sé de qué rollo va. Si no sé cómo vestirme para un chico al principio, casi siempre lo veo claro en cuanto me dice cuatro frases y se pone cómodo en mi cama. Pero con Juan Marco Antonio no funciona. Mi fiel picardías negro no vale para él, y no quiero arriesgarme con la animadora guarra por miedo a ofender a su amada Isabella. Juan Marco Antonio me parece demasiado sofisticado para una camisa de hombre y demasiado extranjero para los pantalones cortos de deporte de chico y la camiseta a juego.

Creo que con Juan Marco Antonio voy a tener que tirar del cuero. Es el atuendo más duro de roer, pero es el que se la va a poner más dura a Juan Marco Antonio. Aunque eso no suele ser un problema con los vírgenes.

Pero, cuando salgo del vestidor, él no me mira. Está revolviendo en mi

mesilla de noche.

—¿Se puede saber qué buscas?

Mi pregunta es casi un grito desde el otro lado de la habitación. Nadie enreda en mis cosas. Nadie.

—Solo estaba buscando un condón —dice, y se gira hacia mí—. Guau. Eres muy, muy guapa.

Pongo una pierna en el borde de la cama y me inclino sobre ella para que vea cómo me sobresalen los pechos de las tiras de cuero que los rodean. Puede que no sepa de qué rollo va Juan Marco Antonio, pero cuento con que responda al lenguaje universal del escote.

Y no me equivoco. Sus manos van de mi mesilla de noche a mis pechos en cuestión de segundos. Pero justo cuando pienso que a lo mejor esto no va a estar tan mal después de todo, me pide algo muy extraño.

—Quiero vendarte los ojos —dice—. Siempre he querido vendarle los ojos a alguien.

Levanto las cejas. Está bien saber que aún puedo sorprenderme.

—Me parece que no. Quiero que pongas las manos donde pueda verlas.

—Pero es mi primera vez —dice, curvando los labios en un puchero exagerado—. Quiero que sea memorable.

Escudriño su rostro mientras se aparta el pelo de la frente. No me gusta cómo huele —es como si se hubiese bañado en Armani Code— y no me gusta su petición. Pero tiene razón. Es su primera vez, no la mía.

—Bueno —digo—. Pero al mínimo movimiento raro, te ato yo a ti, y no va a gustarte. ¿Comprende?

Puede que haya chicas a las que les guste que las aten o les tapen los ojos, pero a mí no. Me aterra no disponer de todos mis sentidos. Me venda los ojos con la corbata, cosa que odio porque apesta a su colonia. Intento reprimir el pánico. ¿Se habrá puesto la corbata para esto? ¿Cuánto ha preparado este chico su encuentro conmigo, teniendo en cuenta que nos acabamos de conocer?

—Qué chica tan hermosa —dice, pasándome los dedos por los brazos—. Qué guapa.

Noto sus dedos en mi piel, pero nada más. No se acerca a besarme ni hace ningún ademán de quitarme mi atuendo de cuero.

—No pasa nada por ir despacio —digo. Odio el tono chillón de mi voz—. Pero si vas demasiado despacio, la chica puede pensar que te has dormido encima de ella.

De repente pienso que ojalá hubiese ido a comer algo con Faye después del partido en lugar de acabar en este aprieto. Empiezo a respirar con dificultad. Con suerte pensará que estoy excitada, no asustada.

—Pues creo que no me he quedado dormido encima de ti —dice, y de repente noto su peso sobre la parte superior de mi cuerpo, empujándome contra la cama. Me lo quito de encima de inmediato y, sin querer, le doy un puñetazo en la barbilla.

—Eh, don Juan. Un consejo: nunca le hagas eso a una chica.

Me arranco la venda de los ojos y me paso las manos por el pelo, consciente de que me tiemblan.

—Por favor, perdóname —se disculpa—. No quería faltarte al respeto.

Ahora ya no quiero acostarme con él, así que hago algo que no he hecho nunca antes. Lo rechazo.

—Deberías irte —le digo—. No me siento bien haciendo esto. Lo siento.

Le devuelvo la corbata en espera de que salga de mi cama y se largue. Pero él se queda mirándome sin pestañear.

—Por favor —repite, arrugando la boca como una niña pequeña. Qué cortarrollos.

—Lo siento —vuelvo a decir entre dientes mientras me pregunto por qué le pido perdón y por qué mi voz no suena lo autoritaria que pretendo. Soy buena dando órdenes a los chicos en mi habitación. ¿Por qué ahora no consigo darle la orden de irse a este?

—Mira, Mercedes —dice casi en un ronroneo—. No quiero parecer un gilipollas, como decís aquí. —Se enrolla la corbata en la mano y me mira desde debajo de sus pestañas—. Pero Trevor me ha hablado mucho de ti. Me dijo que harías lo que fuera por ayudar a chicos como nosotros.

Meto el dedo en la funda nórdica; ojalá pudiera hacerla jirones y estrangular con ellos a Juan Marco Antonio. Bajo su acento sedoso, su voz tiene una dureza que reconozco a la perfección.

—¿Me estás amenazando? —Lucho contra el impulso de rodearme el cuerpo con los brazos para protegerme.

—Por supuesto que no —dice—. Es solo que no me gustaría que se enterase la persona equivocada.

Alarga la mano hacia la mía. Sé que si le dejo cogérmela estará dándome mi consentimiento. Tendrá lo que ha venido buscando y yo, a cambio, conseguiré su silencio.

—No creo que tenga que explicarte lo importante que es tu discreción en este asunto —le digo mientras entrelaza sus dedos con los míos y me cubre el brazo de besos. Le levanto la cara con la mano, disfrutando del poder que me ha transferido de nuevo—. ¿Lo entiendes? Nadie tiene que saber nada sobre esto. Ni tus amigos ni tus compañeros del equipo de fútbol. ¿Comprendes?

Asiente y sonrío. No estoy segura de que me guste esa sonrisa, pero quizá sea solo porque la atmósfera de mi habitación se ha enrarecido.

Y se enrarece aún más. No quiere hacerlo en la cama, así que empezamos en la alfombra en el suelo y terminamos contra la pared. Mientras noto su respiración caliente en la oreja, me pregunto quién tiene el control y quién está siendo dominado. Espero que acabe pronto como todos los demás, pero sigue y sigue como un conejito Duracell. Lucho contra el miedo que crece en mi interior al tiempo que considero la posibilidad de haber cometido un grave error. Este chico no se parece a ninguno de los vírgenes con los que he estado antes. O ha visto mucho porno o tiene una resistencia física natural de narices.

O eso o que no es su primera vez. Pero, si es así, ¿por qué elegirme a mí en lugar de a su supuestamente amada Isabella?

Cuando acaba, quiere que nos quedemos tumbados en el suelo, pero le obligo a ponerse los pantalones e irse antes de que pueda sugerir hacerlo una segunda vez. Deduzco que Trevor no ha dicho nada de eso, y se lo agradezco mucho. De camino a la puerta, me lanza un beso.

—Suerte —dice.

—Creo que quieres decir adiós —le corrijo. Él se encoge de hombros.

Cuando por fin se ha ido, lavo las sábanas inmediatamente y rocío perfume por toda la habitación para librarme de su olor. Pero aunque su colonia se va con él, la sensación de incomodidad en la habitación no desaparece. De hecho, aumenta cuando se va y me siento a la mesa a fingir que hago los deberes de química de ayer. Intento perderme en los datos, una

estrategia que generalmente me funciona. Pero esta noche no, y en lugar de eso quiero distraerme con algo rarísimo en mí.

Quiero a mi madre. Quiero que me diga que todo va a salir bien, que estoy preocupándome por una tontería. Quiero que me arrope como nunca lo hizo cuando era pequeña porque siempre tenía otro sitio en el que estar. Ahora mismo me conformaría incluso con que fuese ella misma, tan irresponsable como siempre. Cualquier cosa con tal de sentirme menos sola. Pero estoy sola en casa, víctima de otra nota garabateada a toda prisa que dice «Esta noche salgo!!! Besos, Mamá».

Recuerdo haberla visto una noche llorando con una copa de Martini, con el maquillaje negro de ojos cayéndole por la cara en regueros finos.

—La gente a la que más quieres y necesitas nunca te necesita a ti — sollozó, derramando el contenido de su copa encima de mi pijama de conejitos. Se refería a un tío, claro, pero quizá haya sido el consejo más honesto que se le puede dar a una niña de diez años.

Miro al flexo y cuento hacia atrás para detener las lágrimas que se me acumulan en los ojos y evitar ponerme a llorar de verdad. No sé por qué hoy es distinto a cualquier otro día, por qué el número doce me ha hecho cuestionármelo todo. No sé qué quería de él que no me ha dado.

Así que hago lo único que sé para dejar definitivamente atrás a Juan Marco Antonio. Abro el cuaderno y anoto un cero gigante junto a su nombre. Número doce. Contengo el pánico momentáneo que me asalta mientras paso las páginas hasta llegar a la suya. Doce es un número terriblemente alto. Menos mal que se acabó, de lo contrario agotaría las páginas del cuaderno. Tamborileo un ritmo con el bolígrafo que empieza suave y se acelera cada vez más. No quiero escribir nada más, pero escribo todo lo que me sale. Todo lo que nunca diría en voz alta. A nadie.

«Imbécil. Un capullo integral. ¿Por qué me he acostado con este tío? Si ni siquiera quería».

Miro fijamente las palabras hasta que me duelen los ojos. «Si ni siquiera quería». No parece mi letra; no tiene nada que ver con la caligrafía limpia y pequeña que adorna mis prácticas de laboratorio. Las letras son grandes, con muchas curvas, descontroladas. ¿Qué me pasa?

Tengo que ponerle un mote para enterrarlo en el pasado. Entonces podré

pasar la página, cerrar el cuaderno y olvidarme de él como he hecho con todos los demás. Así que le pongo un mote que le va que ni pintado, uno que devuelve el control a quien debía tenerlo: a mí.

Don quiero-y-no-puedo.

La mañana después de Don quiero-y-no-puedo, estoy de los nervios. No me maquillo y me recojo el pelo en un moño de cualquier manera. No quiero que nadie me mire hoy. Solo quiero pasar desapercibida, formar parte del decorado. Menos mal que tengo otras cosas en la cabeza además del número doce. Hoy he quedado con la otra persona a la que le daré clases particulares para el proyecto de Estudiantes Ayudantes. Estoy nerviosa, emocionada y sorprendida de ambas cosas. No sé si se me dará bien dar clases de química, ya que para mí resulta muy sencillo pero para los demás no. Nunca he entendido que los profesores como el señor Sellers se pasen la vida entera intentando explicar lo mismo, una y otra vez, como un hámster en una rueda. Pero ahora es demasiado tarde para echarme atrás.

Cuando abro la puerta de casa para salir, lo último que espero es ver a Zach de pie en el porche. Doy un brinco cuando lo veo allí sonriente y con dos vasos de café para llevar, casi como si supiera que iba a abrir la puerta en ese preciso instante.

—Hola, amiga de miércoles —me saluda—. Ya sé que es viernes y que me estoy saltando las normas, pero pensé que igual querrías un café.

Me tiende un vaso de cartón.

—Gracias —le digo. Me pregunto cómo puede estar así de contento tan temprano. ¿Y de dónde ha salido? No veo ningún coche aparcado cerca. No solo no sé dónde vive Zach, es que además no tengo ni idea de cómo va al instituto todos los días.

—¿Adónde vas? —me pregunta mientras cierro la puerta—. He pensado que podríamos desayunar.

Me aparto la manga y miro el reloj. Todavía es pronto para mis clases particulares. Puedo sacar un ratito con Zach en mi cuarto. Me haría olvidar el recuerdo de Don quiero-y-no-puedo y me sentiría más como de costumbre.

—¿Quieres subir? Tengo una clase particular en el instituto en un rato, pero nos da tiempo a uno rápido si no te duermes en los laureles.

Empiezo a rebuscar en el bolso las llaves de casa con la mano que tengo libre, pero Zach me detiene. Cuando levanto la vista, me sorprendo al ver el surco que le ha salido en la frente, como si estuviese pensando con mucha intensidad en algo.

—También podemos dar un paseo sin más —dice—. Podemos ir andando al insti. —Se encoge de hombros.

Me trago la risa que me nace en la garganta.

—¿Ir andando al insti? Pero si son más de tres kilómetros —me burlo—. Venga, te llevo en coche.

Zach se ha montado en el Jeep antes, pero solo en el asiento de atrás. Se me hace raro verlo delante, con las rodillas apretadas contra el salpicadero. De repente me doy cuenta de que casi nunca llevo a nadie en el coche. No sé qué dice eso de mí.

—¿Vas andando a clase? —le pregunto después de abrocharme el cinturón. En cuanto las palabras salen de mi boca me dan ganas de volver a tragármelas. No es asunto mío, y no quiero que los asuntos de Zach sean asunto mío.

Pero él asiente y sonrío como un muñeco de esos que mueven la cabeza descontrolados.

—Sí. Bueno, mi madre me lleva siempre que puede, y a veces le pido el coche, pero no me gusta molestarla. Además, andar te endurece las nalgas.

Sonrío sin querer. Nunca pensé que oiría a Zach decir la palabra «nalgas». Ahora quiere seguir hablando. Esto me pasa siempre con él. En cuanto digo algo que se desvía de nuestro territorio habitual —mi cuarto—, se emociona. Tendría que haberlo visto venir.

Solo conozco una forma de hacer que se calle.

Me estiro contra el cinturón de seguridad hasta que nuestras caras están a

un centímetro de distancia y presiono mis labios contra los suyos. Succiono con suavidad su labio superior y después el inferior hasta que empieza a revolverse, incómodo.

—El café —dice débilmente—. Se me... se me está derramando en el regazo.

—Lo siento —me disculpo. Acto seguido, me aparto y arranco el coche como si no hubiese pasado nada. El Zach que yo conozco no desaprovecharía un beso mío por nada en el mundo, ni siquiera por un café derramado.

El Zach que yo conozco tampoco se presenta en mi casa sin avisar. Se ciñe a la hora y el día que hayamos acordado. O eso creía.

—Con que clases particulares, ¿eh? —dice Zach antes de darle un sorbo a su café—. Mola. Pero yo nunca conseguiría que me dieras clases.

Salgo del camino de entrada y rozo el bordillo al dar marcha atrás. Zach se pone a maldecir, sin aliento.

—Mierda —dice—. Me he quemado la lengua. ¿Nadie te ha dicho nunca que conduces como una loca?

—No —contesto, agarrando fuerte el volante—. Como mucho me han llamado salvaje.

Me río y espero a que Zach se ría conmigo. Quizá cambie de opinión y quiera que paremos en algún sitio a hacerlo en el asiento de atrás.

Pero no hace caso a mi insinuación.

—¿Y por qué no me das clases particulares? —pregunta—. No sabía que dieras clase a otra gente. Es como si me estuvieses poniendo los cuernos.

Suspiro haciendo un ruido exagerado.

—Me has pillado —digo—. Te engaño con otro.

—En serio —me corta—. ¿Qué pasa, que soy una causa perdida?

Sus palabras se quedan flotando en el aire junto con el olor a café derramado. Sé que está hablando de química, pero ¿seguro que solo lo dice por eso?

—Por supuesto que no —respondo—. Pero es que te lo has montado muy bien. Sacas buenas notas en clase y no tienes que hacer nada. Pensaba que no te importaba.

—A lo mejor es que no pensabas —dice en voz baja.

Pongo los ojos en blanco.

—No pagues conmigo que ahora te haya tocado otra pareja de laboratorio. Sabes de sobra que voy a seguir ayudándote. Somos amigos, ¿recuerdas? Los amigos ayudan a sus amigos.

No tengo que mirarle para saber que está sonriendo y que las cosas entre nosotros vuelven a estar como siempre, como si Zach hubiese retrocedido del borde de un precipicio donde hubieses estado titubeando.

—¿Puedo mirar? —pregunta. Estoy a punto de volver a poner los ojos en blanco y suspirar, mi reacción habitual a sus bromas guarras, pero entonces termina la frase—. ¿Puedo mirar mientras das la clase de química?

—Ah —reacciono—. Es que no funciona así. Es una clase particular, a solas. Pero podemos vernos a solas más tarde si quieres.

—Vale —dice, contento—. Vamos a tomar un batido o algo.

Pasamos el resto del camino en silencio, solo interrumpido por los sorbidos de Zach y el chirrido de los frenos. Estoy tratando de averiguar si «tomar un batido» es algún tipo de código que quiera decir otra cosa, pero no lo creo. ¿Será que Zach ya no quiere acostarse conmigo? Pienso en la semana pasada en la cocina, cuando me dijo que me quería. Quizá no debería haberle quitado tanta importancia. No quiero dejar de acostarme con Zach. Es alguien en quien puedo confiar, la única persona que me ofrece un respiro seguro del resto de cosas que me pasan. No me gusta esta sensación. Es como si estuviera delante de mí pero se estuviese alejando lentamente. Supongo que si quiero que las cosas sigan como hasta ahora tendremos que acordar un término medio. Si quiere tomarse un batido conmigo, le daré ese gusto.

Mi nuevo alumno de química es un chico de primero con cara de niño llamado Toby Easton. Quiere ser veterinario y, con una determinación férrea, me dice que necesita sacar como mínimo un notable alto en química para poder entrar en una buena facultad.

—Este es mi punto débil —dice, frotándose la frente con las manos—. Paso más tiempo con este libro de texto que con mi novia, y encima no me sirve para nada.

Mientras trato de explicarle los monómeros y los polímeros de forma que pueda entenderlos, pienso en la relación de Toby. Me pregunto a qué se refiere cuando dice que no le sirve para nada. ¿Que saca malas notas o que no les va bien en la relación? ¿Las dos cosas? Si esto hubiese pasado hace cuatro

meses, quizá le habría ofrecido otro tipo de ayuda a Toby. Pero ya no es hace cuatro meses, así que la única ayuda que puedo darle es la relacionada con las clases.

Cuando suena el timbre que indica el inicio de las clases, me siento aliviada. Intentar que alguien entienda algo tan sencillo es todavía más difícil de lo que había pensado. No entiendo por qué el cerebro de Toby no procesa lo que le digo. Casi puedo notar sus ojos mirando a las musarañas. Está totalmente perdido. ¿Cómo puede estar tan perdido si siempre hay una fórmula que seguir, si siempre hay una respuesta correcta y una errónea?

Esto me tiene obsesionada el resto del día, durante las clases, la hora de la comida y la no-cita con Zach, que al final resulta ser precisamente un batido en un local pequeño cerca de la playa. Zach me pregunta qué me pasa cuando me ve morder la pajita.

—Me siento rara —le digo, intentando beberme lo que queda de batido a través de la pajita mordisqueada. Ni siquiera debería estar pensando en Toby. Siempre que ayudo a alguien en mi cuarto, consigo no obsesionarme con él. Es como si me extirpara esa parte de cerebro y no dejase que se mezclara con la vida real. Puedo pasar la página de cada chico literal y mentalmente. Pero el único con el que no voy a acostarme se resiste a irse. Me molesta no poder dejar de pensar en él, como hago con los chicos de mi habitación. Y me molesta que me moleste.

—¿Quieres dar un paseo por la playa? —pregunta Zach—. Podemos hablar sobre ello. O no hablar.

Le sonrío aunque no quiero. La verdad es que prefiero estar con Zach que sola.

Andamos en silencio la mayor parte del tiempo. Zach no intenta cogerme de la mano ni pasarme el brazo por los hombros; me deja mi espacio. Normalmente, cuando Zach y yo no hablamos es porque estamos inmersos en el acto sexual. Este es un silencio distinto. Podría ser incómodo, pero no lo es. Es casi como si fuésemos amigos de verdad. No solo amigos de miércoles.

—¿Qué haces este finde? —me pregunta mientras tira un guijarro al agua inmóvil.

—Tengo más clases particulares —le contesto, y entonces recuerdo que

Angela va a venir a estudiar con Faye. Imaginarme a Faye en mi casa me revuelve el estómago. Espero que no mencione a Zach. Espero que se aleje de nosotros y encuentre otra chica de la que hacerse amiga y otro chico del que encapricharse.

—¿Puedo apuntarme? —pregunta, y yo sacudo la cabeza otra vez, pero enseguida me echo a reír.

—No consigo librarme de ti —le digo.

Él sonríe.

—Esa es la idea.

Además del grupo de oración y de ir a misa los domingos, Angela y Charlie están en un grupo de jóvenes cristianos que se reúnen todos los fines de semana. Lo sé porque Angela suele preguntarme si quiero ir con ellos. A veces voy, pero solo para guardar las apariencias. Es demasiado tarde para decirle que soy atea, así que intento mantener la pantomima como puedo. Pero hoy no me veo capaz de sentarme en círculo mientras un chaval me suelta un sermón acerca de algo en lo que no creo, rodeada de gente que se sabe el catecismo de pe a pa. Está claro que no puedo decirle a Angela que veo la iglesia como un culto. La excusa de hoy es que tengo que preparar la clase de esta tarde, que en parte es cierto. Me gusta estar a la altura de mi reputación de superestrella de la química, y la noche con Juan Marco Antonio y la tarde con Zach después de clase no han ayudado.

Pero no puedo concentrarme en mi habitación. Los ojos se me van a la cama y no paran de asaltarme recuerdos de lo que he hecho en ella. Normalmente lo hago todo en la cama. Además de dormir y follar, también estudio, veo películas, leo... Tengo un escritorio pero apenas lo uso. Kim solía reñirme por mi afición a la cama. «No te conviertas en una de esas gordas que se pasan el día tumbadas y acaban llenas de escaras», me dijo una vez que me vio allí enfrascada en mis apuntes antes de los exámenes finales. Ahora, cuando ve que sale o entra un chico nuevo, le brillan los ojos con algo parecido al orgullo. Mejor ser una golfa que una gorda con escaras.

Así que me voy con los libros al jardín y me instalo en una tumbona junto

a la piscina abandonada. Cuando nos mudamos aquí, siendo yo una niña, me emocioné al descubrir que había una piscina en el jardín, pero Kim y mi padre la veían más como un engorro. Por eso está llena de algas y hojas secas. Algunas veces me siento aquí fuera en bañador, cierro los ojos y me imagino que estoy en otro sitio; eso hago justo ahora, solo que en sujetador y bragas. Me abro la bata para que el sol me caliente la piel. Kim me diría que el sol es malísimo porque hace que te salgan arrugas prematuras. Pero Kim no está. Estoy completamente sola, hasta que una voz familiar e inesperada rompe el silencio.

—Mercy.

Abro los ojos de par en par y me envuelvo en la bata lo más rápido que puedo; casi me caigo de la tumbona en el proceso. Charlie está detrás de la verja con unos vaqueros sucios y expresión divertida.

—Charlie, ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar en la iglesia? —«Y no espiándome en mi casa», me dan ganas de añadir.

—Podría decir lo mismo de ti —replica mientras cruza la verja. Lleva una pala y unos guantes manchados de verde.

—No irás a matarme y enterrarme con eso, ¿no? —Me río, pero mi risa suena estridente y no relajada como pretendía.

—No a menos que hagas crecer rosas —dice él mientras deja a un lado la pala y se agacha junto a mí—. ¿No te ha dicho tu madre que me ha contratado para que arregle el jardín?

Sacudo la cabeza. Está claro que a Kim se le ha olvidado informarme de ese detalle. Un solo vistazo a nuestro jardín sirve para que cualquier persona con ojos en la cara se dé cuenta de lo poco que le importan a Kim cosas como las plantas y las flores. No ha tenido un arrebató de pasión por la jardinería en años.

De repente me entran náuseas. Hace casi cuatro años exactos desde que Luke fue nuestro jardinero. Después de aquel verano Kim perdió el interés en tener a alguien que nos arreglara el jardín, quizá porque Luke dejó de venir. Recuerdo que se puso a soltar sapos y culebras y a decir que «no puede una fiarse de la gente que contrata»; yo le dije que espantaba a todo el mundo; nuestras asistentas en rotación perpetua pueden dar fe de ello. Pero Kim no fue el motivo por el que se fue Luke. Fui yo.

—¿Estás bien, Mercy? Te estás poniendo verdosa.

Charlie se sienta en el extremo de la tumbona. Su peso hace que se hunda un poco.

—Tú eres quien está verde —contesto en un intento de hacer un chiste de jardineros. Pero mi voz sale en un hilillo sin fuerza, como si la niña de hace cuatro años hubiese vuelto a meterse en mi cuerpo y estuviese intentando ponerse cómoda.

—Nah. Solo quería el dinero extra. Estoy ahorrando para comprar una cosa. —Sonríe y se mira las manos.

—¿Puedes explicarte un poco mejor? —pregunto.

Hay algo muy raro en toda esta situación. Charlie es de una familia tan rica como la mía, o probablemente más rica porque sus padres siguen juntos y su madre trabaja, no como Kim, que solo se pule en las tiendas la pensión que le pasa mi padre todos los meses. Charlie no necesita dinero y, además, seguro que sus padres pueden comprarle cualquier cosa que quiera.

—No —dice. Se quita los guantes y estira los dedos—. Todos tenemos derecho a tener secretos.

Me pone una mano en el hombro y aprieta. Quiero reírme, pero tengo el pecho oprimido como si tuviese a alguien sentado encima impidiéndome respirar. «Todos tenemos derecho a tener secretos». ¿Está intentando decirme que sabe el mío?

—Vale. Me has pillado. —Aparta la mano de mi hombro y se pone delante de mí—. Estoy ahorrando para una cosa para Angela. No te puedo decir qué es, pero sí puedo decirte que probablemente necesite tu ayuda llegado el momento.

Me permito coger una pequeña bocanada de aire. Noto que me tiemblan las manos, así que las junto con fuerza. Se me está yendo la cabeza. Estoy empezando a pensar que todo gira en torno a mí. Cuando empecé mis favores a los vírgenes, me prometí que no me dejaría llevar por la paranoia, porque podría consumirme y volverme loca. Pero lleva todo este tiempo creciendo dentro de mí.

—Claro —digo—. Yo te ayudo en lo que haga falta. —Mi voz suena mucho más mesurada de como me siento.

—Gracias, Mercy —dice mientras recoge la pala del suelo—. Tú haz

como si no estuviera aquí. Intentaré no hacer ruido.

Me obligo a quedarme en el jardín aunque lo único que quiero es estar sola. Pero irme sería sospechoso, así que empiezo a escribir fórmulas de química en la tumbona y dirijo una mirada furtiva a Charlie de vez en cuando. Me pregunto dónde habrá aprendido que los esquejes de rosal tienen que plantarse en un sitio donde tengan al menos seis horas de luz solar, y cómo sabe que hay que separarlos de los árboles y arbustos de alrededor. Kim seguro que no se lo ha dicho. Lo más raro es que está plantándolas alrededor de donde se marchitaron las últimas rosas que hubo allí plantadas, el verano que Luke me enseñó jardinería. Fue entonces cuando empecé a interesarme por la química. Las plantas también siguen una fórmula.

Para cuando Charlie termina su trabajo, hace unos diez grados más. Se enjuga el sudor de la frente con la camiseta.

—¿Quieres entrar y beber algo?

Las palabras han salido de mi boca casi sin pensarlo. En realidad no quiero que Charlie entre a beber nada. Quiero que se vaya para no tener que pensar más en jardinería o en Luke. Con Charlie cavando en el jardín es casi imposible concentrarse en cosas como ecuaciones y fórmulas y compuestos de ácido escuádrico. Espero que decline la invitación educadamente y me ponga cualquier excusa para marcharse. Pero, en lugar de eso, esboza una amplia sonrisa y me sigue dentro.

Casi me olvido de que solo llevo puesta una bata y debajo voy en ropa interior. Pero, en la cocina, descalza sobre el suelo frío, es difícil de ignorar.

—Tenemos agua y una especie de brebaje verde —digo después de meter la cabeza en el frigorífico. Kim debe de estar haciendo una de esas dietas de depuración con zumos esta semana.

—Agua está bien. Gracias.

Abro el armario para coger un vaso. Cuando me doy la vuelta, Charlie está quitándose la camiseta.

—¿Qué haces? —le pregunto, agarrando con fuerza el vaso que llevo en la mano. Él hace una pelota con la camiseta en una mano. No puedo ignorar sus abdominales y las venas que se le marcan en los bíceps. Charlie antes no tenía esos músculos. ¿Cuándo se ha puesto así de cachas?

—Perdona. Tengo calor. Y esta camiseta no huele muy bien.

Le sirvo agua de la jarra en el vaso y se derrama un poco en la encimera. No sé por qué me estoy poniendo tan nerviosa por estar a solas en la cocina con Charlie. He estado mil veces con él. Pero nuestro denominador común siempre ha sido Angela. Ella es lo que tenemos en común. Solo conozco a Charlie por ella, y esa es la única razón por la que él me conoce a mí.

—Angela va a venir luego a estudiar —le digo, agarrando la encimera con los dedos.

Charlie se bebe el agua de un trago e inclina la cabeza.

—Hazme un favor —dice—. No le digas que he estado aquí. ¿Te acuerdas de lo que he dicho de los secretos? Pues tú y yo también podemos tener uno.

13

—No lo entiendo —dice Angela, desplomándose sobre el esquema que tan cuidadosamente he dibujado—. Supongo que estoy destinada a suspender esta asignatura.

Es verdad que no lo entiende. Siempre que empiezo a explicarle algo, desconecta por completo. Sé que finge prestarme atención, pero su mente está en la inopia y sus ojos vagan por mi habitación. Angela siempre ha sido una persona difícil de ayudar, pero hoy parece más distraída de lo habitual, desde que ha entrado en mi cuarto y ha dicho que «olía diferente». Enseguida he pensado que sabía lo de Charlie, que nuestro apretón de manos ha generado algún tipo de olor, pero luego me ha olido el brazo y ha dicho que era mi perfume.

—Yo lo veo muy claro —dice Faye. Está tumbada en el suelo de mi cuarto con el portátil encima de la barriga y el pelo extendido tras ella.

—Tú lo verás muy claro, pero Angela no. —Le lanzo una mirada irritada. En general, la franqueza de Faye es un rasgo que admiro, pero lo último que quiero es que Angela se sienta aún menos segura con la química de lo que ya lo está.

—No, no es eso. Estás intentando explicárselo. Y eres buena profesora. Pero está pensando en otra cosa.

Traslado la mirada de Faye a Angela, que evita mis ojos.

—Apuesto a que sé en qué piensa —dice Faye, retorciendo la boca en una sonrisa de superioridad—. En un chico.

Chasqueo los dedos ante la cara de Angela.

—Tierra llamando a Angela —digo—. ¿Todo bien?

Angela se tapa la cara con las manos.

—No puedo concentrarme en nada últimamente. Tengo una crisis existencial de esas.

—¿A los diecisiete años? No creo. —Suavizo la voz.

—Es que estoy hecha un lío.

—¿Sobre qué? —pregunto con suavidad.

Angela parece al borde de las lágrimas. Solo la he visto llorar una vez a lo largo de nuestra amistad, y fue porque una profesora la regañó por leer del papel durante una presentación oral.

—Sobre Charlie.

Faye se quita el portátil de la barriga y gira sobre sí misma.

—¡Lo sabía! Siempre es por un chico. Los chicos son la fuente del dolor y del placer. Sobre todo los buenos. —Baja la voz hasta que no es más que un susurro. Mis ojos se dirigen involuntariamente hacia ella, y entonces me dedica una pequeña sonrisa, casi como si estuviese poniendo a prueba mi atención.

Aparto los ojos de ella y miro a Angela, que tiene la vista fija en las manos.

—¿Qué pasa con Charlie?

Angela le da vueltas en el dedo al anillo de compromiso que Charlie le regaló en su aniversario. Siempre hace eso cuando está nerviosa. O asustada.

—Quiero a Charlie. Y Charlie me quiere a mí. Pero últimamente he estado sintiendo cosas. —Suspira—. Ya sabes.

—No, no sé, Ange.

—Yo sí lo sé —dice Faye—. Quieres expandir tu amor. Estar con otros tíos. Estás aburrida del tal Charlie, ¿no?

Angela frunce el ceño.

—No —dice—. Yo solo quiero estar con Charlie. Pero ese es el problema. Creo que Charlie quiere estar conmigo. Ya sabéis a lo que me refiero.

Estiro la mano y agarro la de Angela.

—¿Quiere acostarse contigo?

Faye me interrumpe.

—Espera, ¿todavía no te has acostado con él? ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Dos años —dice Angela—. Pero íbamos a esperar hasta que nos casáramos. Hasta que nos casemos. No lo sé. —Se tapa la cara con las manos.

La risa de Faye parece el sonido de un animal. Una foca, ese es el animal que parece. Una de esas focas del zoo que nunca dejan de hacer ruido.

—Debe de ser el último ejemplar de una especie en extinción. Hoy en día, si no te abres de piernas a la tercera cita, lo normal es que estés soltera.

Cuando dice esto me mira directamente a mí y, por un segundo, me asalta el miedo de que lo sepa todo, aunque es imposible. Pero su mirada me desarma por completo. Está llena de confianza, de certeza. Dice «quiero lo que quiero cuando digo que lo quiero». Apuesto a que la mayoría de los chicos no aguantan esa mirada. Puedo imaginar a Zach desmoronándose ante ella.

Pero sea lo que sea que pasa con Faye, tendrá que esperar. Puedo contar con los dedos de una mano las veces que Angela ha entrado en detalles sobre su relación con Charlie, incluida esta vez, y que haya una tercera persona presente lo hace aún más raro. Sobre todo una tercera persona como Faye, que me distrae a mí.

—Entonces, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunto, apretándole suavemente la mano a Angela—. Sobre lo de esperar hasta el matrimonio. ¿Charlie te está presionando para que te acuestes con él?

Angela se encoge de hombros y juguetea con las mangas de su camisa, que son demasiado largas para sus brazos. No es como la mayoría de las chicas de nuestra clase, que llevan minifaldas y camisetas de tirantes. Nunca se compra la ropa de su talla.

Estoy a punto de abrir la boca para defender la lealtad de Charlie, pero me lo pienso dos veces cuando me viene a la mente nuestro encuentro de esta mañana. «¿Te acuerdas de lo que he dicho de los secretos? Pues tú y yo también podemos tener uno».

—¿Tú lo has hecho ya, Mercy? —pregunta Angela en voz baja.

No me mira a los ojos cuando habla. Angela nunca me había preguntado

esto, pero ya había pensado qué decirle si lo hacía. Me pregunto cuánto tiempo lleva queriendo hacerme esta pregunta, cuánto tiempo llevan esas palabras apiñadas en su cerebro esperando para salir.

No estoy preparada para contestar, pero tengo que hacerlo. Miro al cuaderno y espero que nadie haya notado el pánico que me ha subido desde el estómago hasta la garganta como una bola de fuego. Me centro en la fórmula que tengo escrita para tranquilizarme. $\text{CH}_4 + 2\text{O}_2 \rightarrow \text{CO}_2 + 2\text{H}_2\text{O}$. La lógica, los números y el equilibrio, exactamente tal y como no es la vida, exactamente tal y como la vida no es a menos que la obligues a serlo. Pero no puedo decirle a Angela la verdad. Así que reinvento la verdad.

—El verano pasado. Con un chico de clase de pintura.

—¿Fuiste a clases de pintura el verano pasado?

Angela parece tan sorprendida como si le hubiese dicho que maté a alguien. Quiero pegarme una paliza por haber dicho algo tan estúpido. No solo no tengo ninguna habilidad artística, sino que además pasé la mayor parte del verano con Angela y, obviamente, nunca mencioné ninguna clase de pintura.

—Mi madre me obligaba a ir dos veces por semana —digo rápidamente—. Estaba en la fase de probar cosas nuevas.

Angela asiente con la cabeza y yo siento una punzada de culpabilidad. No solo soy mentirosa, encima miento bien. Y eso lo hace aún peor.

—El caso es que había un chico, Luke. Salimos unas cuantas veces y una cosa llevó a la otra... Y, bueno, lo hicimos. —Casi me ahogo al pronunciar su nombre. No lo había dicho en voz alta desde hacía tanto tiempo que siento como si fuese un trago de veneno que tuviese que escupir.

—¿Por qué no me lo habías contado antes?

—No sé; nunca salió el tema. Se volvió a Nevada.

—A ver, que yo lo entienda —Faye se incorpora sobre los codos—. ¿Un tío se muda de estado solo para venir a clases de pintura?

La miro de soslayo con el deseo de que no le haga más agujeros a mi historia.

—Estaba pasando el verano en California con su padre —digo.

Asiente con la cabeza, haciendo que el pelo le caiga por los hombros.

—Lo entiendo. Nevada en verano puede ser muy aburrido. Hasta Las

Vegas se está pasando de moda. ¿De dónde es exactamente?

—Tú eres de Nevada —digo lentamente. De todos los estados, ¿por qué he tenido que elegir el de Faye? Probablemente porque es verdad. Luke es de Nevada, aunque no tengo ni idea de dónde está ahora.

—De Sparks. Nací y me crie allí —dice poniendo los ojos en blanco—. ¿Y tu chico? A lo mejor lo conozco.

—No, es de Carson City —digo con un resquicio de alivio. A lo mejor puedo salir del atolladero todavía—. Es de familia rica. Me dijo que querían librarse de él durante el verano.

—¿Sigues hablando con él? —pregunta Angela. Tiene los ojos abiertos de par en par de curiosidad.

—No —contesto, quizá demasiado deprisa—. Bueno, no de forma regular. Nos mandamos algún *e-mail* de vez en cuando. Aunque no sé si la cosa llegará a buen puerto.

—Un amor de verano —dice Faye con los ojos mirando hacia el techo—. Yo tuve uno una vez. —Me mira impávida—. Tenía trece años. Me compró un helado y nos enrollamos detrás del cobertizo de mis padres.

—No puedo creer que no me hayas hablado de él antes —dice Angela. Se le nota que está dolida—. Tú serías la primera persona a la que se lo contaría. Y probablemente la única, además. —Mira a Faye y se pone un poco colorada.

—Quería contártelo —digo con un hilillo de voz—. Solo estaba esperando el momento perfecto.

Quiero sonreír para demostrar que digo la verdad, pero las comisuras de mi boca no quieren subir y mis labios forman una línea temblorosa. Ni siquiera conocía a Angela cuando perdí la virginidad, y nunca podría decirle la verdad. Pero si cierro los ojos e imagino que las cosas son distintas, casi puedo visualizar una primera vez normal y corriente y el momento de decírselo a mi mejor amiga. Casi.

—¿Cómo fue? —Angela desvía la mirada—. Ya sabes, lo del sexo. ¿Te dolió?

Miro al papel rayado de nuevo, a la fórmula escrita en él. Puedo entrenar mi mente para que también sea una fórmula.

—Un poco, sí. No sé. Estuvo bien. Hizo que fuera especial. —Me duele

la garganta por el esfuerzo de expulsar las palabras.

—Me acuerdo de mi primera vez —dice Faye—. Fue con el mismo chico que me compró el helado. Dos veranos después.

—¿Tenías quince años? —pregunta Angela con la boca abierta.

Faye se encoge de hombros.

—Y porque él quiso esperar.

Angela agita la cabeza.

—Voy mucho más atrasada de lo que creía. —Se aprieta la mejilla con la palma de la mano—. No sé qué hacer. La virginidad es una cosa muy seria. No quiero perderla y luego arrepentirme.

Me acerco más a ella, lo suficiente como para frotarle la espalda con cariño, algo poco habitual entre Angela y yo. No tenemos una amistad de esas de tocarse mucho, no como otras chicas del instituto que se dan besos y abrazos y van por el pasillo agarradas del brazo. Pero ahora solo quiero enterrar la cara en su pelo y contárselo todo. Quiero decirle que la virginidad no es algo que se pierde sin más, como una llave o unos apuntes de clase. Es algo que das. O que te quitan.

—¿Querías a Luke? —pregunta Angela, inclinándose sobre mi hombro.

La pregunta me pilla desprevenida. No puedo dejarle ver cuánto significa esa pregunta para mí, cuánto lo he pensado, incluso después de que terminara todo.

—No lo sé —contesto. Esto, al menos, es sincero—. Quizá no sepa lo que es el amor.

—Quince —dice en un susurro y mirando a Faye—. Yo a los quince todavía le daba besos a mi póster de Justin Bieber.

Ojalá pudiera decirle todo lo que quiero. Ojalá pudiera decirle que sí que existe Luke, y que sí que es de Nevada. Pero que no hubo ninguna clase de pintura y que no fue el verano pasado.

Si Angela cree que a los quince es pronto, me pregunto qué pensaría de los trece.

No entra en mis planes acostarme con Jeremy Roth. No lo tenía pensado y, además, Don quiero-y-no-puedo iba a ser el último. Pero cuando Angela y Faye se van, necesito librarme de alguna forma de la crispación que me inunda. No quiero estar sola. Jeremy ni siquiera se pone en contacto conmigo por el medio habitual, en persona. Cuando todo esto empezó, me prometí que nunca me acostaría con un chico que me lo pidiera por Facebook o por mensaje, pero eso es justo lo que estoy a punto de hacer.

Hola, guapa.

Tengo un problema con el que me podrías ayudar.

¿Podemos quedar en algún sitio?

El mensaje lleva varios días en mi bandeja de entrada, pero no le he hecho ningún caso hasta ahora. No lo he abierto pero tampoco lo he borrado. No quería que Angela y Faye se fuesen, porque sabía que iba a abrir el mensaje y responder que sí en cuanto lo hicieran.

—Podíais quedaros —he dicho antes de que Faye siguiera a Angela hasta la puerta—. Podríamos pedir una pizza.

Angela me mira con tristeza, con cara de querer decirme que sí, pero ha quedado con Charlie, como haría cualquier persona con pareja un sábado por la noche. Y Faye tiene otros planes.

—Tengo una cita —dice—. Y no puedo ir así vestida.

Mira su cuerpo perfecto embutido en unos vaqueros ajustados. Angela pone los ojos en blanco.

Cuando he cerrado la puerta tras ellas, estaba triste y confundida a partes iguales. Triste porque soy la única sin plan un sábado por la noche, la única a la que le toca ver programas malos en la tele y comer palomitas correosas de microondas. Confundida porque Faye lleva toda la tarde tonteando conmigo, mientras que el otro día tonteaba con Zach. Si lo que quiere es volverme loca, sé jugar a eso yo solita.

Así que hago lo único que sé que me hará sentirme mejor. Le contesto a Jeremy con mi dirección y le digo que se pase en una hora. Sé que no será puntual, porque viene conmigo a lengua y siempre llega tarde y se sienta en la última fila. Que es donde yo me siento, no porque llegue tarde, sino porque no me gusta que me pregunten en clase de lengua, donde no hay una respuesta correcta y una respuesta errónea. Odio ese turbio término medio, como cuando el señor Bell plantea uno de esos temas vagos como «las motivaciones de Yago como antihéroe» y espera que alguien tenga algo brillante que decir. «Ilustradme» es su frase preferida. Ojalá alguien le pegara en la cabeza con algo de «ilustración» y le ayudara a verlo todo en blanco y negro, como debe ser.

—Hola —me saluda Jeremy en la puerta de mi casa, con una botella de vino en la mano, una hora más tarde—. Pensé que podía traer esto. La he robado de la bodega de mi padre. En la etiqueta pone que es un Merlot.

Lo pronuncia «Mar-lot». No me sorprende, sabiendo como sé que este chico cree que *Hamlet* es un tipo de jamón americano.

—No bebo —digo, mientras lo guío escaleras arriba. Lo cual es solo una verdad a medias. Sí que bebo a veces, pero no con chicos como Jeremy y nunca antes del sexo. Solo tuve que cometer ese error una vez para aprender de él.

—Pues qué pena —dice él—. Te relaja. Espero que no te importe que beba yo.

No espera a ver si me importa o no, descorcha la botella y se bebe un cuarto. Se le quedan unas gotas en la barbilla que caen a mi alfombra de color crema, donde se expanden como los pétalos diminutos de una flor. Jeremy no

se da cuenta.

—Yo que tú tendría cuidado con eso —le advierto—. El alcohol y los penes flácidos están estrechamente relacionados.

Estalla en una risa lenta y segura, una risa en la que casi se puede ver, además de oír, cada sílaba por separado (ja, ja, ja).

—Espera aquí —le digo, y entro en el vestidor. Ya he decidido lo que no me voy a poner para Jeremy. Nada de colores claros. Me ha demostrado que es el típico tío que deja manchas donde no debe.

Pero el cajón donde guardo mi salto de cama de encaje negro está sospechosamente vacío. Hago un repaso mental de dónde he podido ponerlo. No está en el cesto de la ropa sucia, que es el único sitio donde podría haberlo dejado que no sea su cajón. Por un momento considero la terrible posibilidad de que Kim lo haya encontrado —o, mucho peor, lo haya cogido prestado—, pero es imposible. Siempre dejo el vestidor cerrado con llave a menos que esté dentro de la habitación. Y el único momento en el que he estado en la habitación hoy ha sido...

Toda la tarde, con Angela y Faye. Angela nunca me robaría nada, lo que deja a Faye como única opción. Pero ¿para qué iba a robarme un picardías? Dijo que tenía una cita, pero imagino que tiene su propia lencería. Me encojo de hombros y decido echarle la culpa a Kim. De las tres es de la que menos me fio.

—¿Todo bien ahí dentro? —pregunta Jeremy. Levanto el dedo corazón casi deseando que pudiese verlo desde el otro lado de la pared. Si tiene tan poca paciencia ahora, lo siento de verdad por su novia.

Saco mi segunda opción, un body transparente rojo oscuro, y me contoneo dentro de él. El color va a juego con el vino.

Jeremy deja escapar un silbido por lo bajo cuando me ve, un gesto que siempre me ha parecido súper cursi.

—Trae ese culito aquí —me dice. Ya se ha quitado la camisa, descubriendo un pecho con la cantidad justa de músculo. Puede que Jeremy no sea mi tipo, pero su cuerpo sí. Quizá esto no vaya a estar tan mal después de todo. A lo mejor hasta es divertido.

Jeremy se desabrocha los vaqueros y se los quita. Tiene el pene en la mano y ya está duro. Me agarra la mano e intenta obligarme a tocárselo. A

continuación, hace algo completamente imperdonable.

Intenta empujarme la cabeza hacia abajo.

—Ni hablar —digo, alejándome de él con las manos temblorosas—. No lo necesitas.

Hace un puchero, pero solo durante un minuto, y enseguida me empuja hacia atrás, sobre mis almohadones. Normalmente soy yo la que tiene el control, pero esto es distinto. Esto va demasiado deprisa.

—Frena, semental —le digo en un tono que espero que suene juguetón—. Vamos a coger un condón primero.

Le dejo abrir el envoltorio y ponérselo. Lo hace todo bien. Y, cuando está encima de mí, lo hace también todo bien. Por un instante me olvido de que se supone que tengo que enseñarle cómo se hace. Por un instante me siento como si fuera su novia y él mi novio y estuviésemos haciendo un descanso de estudiar.

Cuando le doy la vuelta para ponerme yo arriba, me sorprende ver que aún está empalmado. Normalmente en esta posición me dejan que yo les guíe y les diga qué tienen que hacer. Pero él sigue llevando la voz cantante, con las manos en mis caderas y penetrándome más profundamente aún. Cuando acaba —haciendo mucho ruido— miro el reloj.

Jeremy ha aguantado ocho minutos. En mi habitación ese es un nuevo récord. Jadea ligeramente pero no parece que le falte el aliento. Supongo que hay gente que ha nacido para el sexo.

O eso, o Jeremy ha hecho esto antes.

Se da la vuelta y miro su espalda, las marcas rojas que han dejado mis dedos. Lo único que sé es que no voy a preguntárselo. ¿Qué voy a decirle? «¿Estás seguro de que eres virgen?». No creo que me saliese bien la jugada y, probablemente, sería aún peor que esto para mi reputación. Y si de verdad era virgen hasta hace ocho minutos, le daría un subidón de ego innecesario.

—No vas a tener ningún problema —le digo en lugar de eso, dándole una palmada en la espalda—. Tu novia se quedará muy satisfecha. Si acaso podrías ser un poco más cuidadoso con ella.

Él se gira y me dedica una sonrisilla extraña.

—¿Podemos hacerlo otra vez? Ha estado genial. Pero me sentiría mucho más preparado si lo hiciésemos otra vez.

Me muerdo el labio. No debería. No tengo ninguna razón para volver a acostarme con él y debería echarle. Pero me ha gustado. A lo mejor si lo hacemos otra vez me corro yo también.

—Sé cómo convencerte —dice, y se escurre hacia los pies de la cama. Antes de que pueda darme cuenta, está entre mis piernas haciendo algo que solo puedo describir como magia con la lengua. Definitivamente, esto no sabría hacerlo alguien virgen. Sé que me ha mentido pero preferiría que no me lo dijera en este momento. Lo hecho, hecho está, así que ¿por qué no hacerlo otra vez?

Me lleva al límite, a un punto en el que ambos sabemos que es inevitable que lo hagamos una segunda vez. Y una tercera. Tres veces es algo que nunca había ocurrido en mi cama hasta ahora.

Tampoco se ha quedado nunca un chico a dormir.

Pero estoy aprendiendo que para todo hay una primera vez.

Me despiertan dos cosas: la erección mañanera de Jeremy presionando mi espalda y un golpe fuerte en la puerta.

—¡Mercedes, cielo, despierta! ¡Tenemos yoga en media hora! Te he hecho un té depurativo; está en la cocina.

Una pesadilla. Ese es mi primer pensamiento. Pero siguen llamando a la puerta. Y cuando por fin paran los golpes, empieza a moverse el picaporte. Entonces me levanto como un resorte.

—¡Kim! Bajo en un minuto.

—Vale, cielo, pero se te va a enfriar el té.

La voz al otro lado de la puerta es artificialmente alegre. Gruño y me echo sobre las almohadas. «¿Desde cuándo hacemos yoga juntas Kim y yo?». Si no ha estado en casa en todo el fin de semana. Me dijo que lo pasaría con Fred el del bar. ¿O era Ted el banquero de inversiones? A lo mejor son la misma persona. Si esta es una de sus ideas para un ritual de unión, no podía habersele ocurrido en un momento más inoportuno.

—Buenos días, guapa —me susurra Jeremy al oído. Tiene un desafortunado aliento matutino, así que me doy la vuelta. Me siento como si tuviera resaca, aunque no bebí nada anoche.

—Tienes que irte —le digo, pero la almohada amortigua mi voz. Seguramente pueda escabullirse por la puerta de la entrada; lo más probable es que Kim esté en la cocina leyendo la sección de espectáculos y bebiéndose su asqueroso té depurativo, así que seguro que no lo oye bajar las escaleras.

Pero es arriesgado. No puedo evitar preguntarme qué les habrá dicho él a sus padres. La mayoría de los padres se preocupan si su hijo adolescente pasa la noche fuera de casa. A lo mejor Jeremy y yo tenemos más cosas en común de lo que pensaba.

—Vamos —dice, estirándose—. Vamos a hacerlo una última vez, para despedirnos.

—Ni hablar —digo mientras salgo de la cama y recojo su ropa del suelo. Lo hago todo una pelota y se lo tiro al pecho sin mirarle—. Este es el plan —continúo—: voy a salir con mi madre. Cuando volvamos, no estarás aquí. Sal por la puerta de atrás y cierra la mosquitera.

Me siento en el borde de la cama y me pongo las bragas. Sería fácil presumir de Jeremy delante de Kim. Así sabría que me entretengo, que me aprovecho de ser joven y delgada, los dos atributos que Kim más valora. Pero eso sería darle lo que quiere. Así que prefiero sacarlo de allí a hurtadillas y fingir que soy una adolescente normal y corriente que va a clase de yoga con su madre normal y corriente un domingo por la mañana, aunque sea solo durante una hora.

—¿No me pones nota? —pregunta Jeremy. No hace ademán de moverse. Noto calor en la cara, pero nunca me sonrojo. Voy al baño y me echo agua fría. Jeremy me silba al verme alejarme.

Cuando estoy a salvo en el baño con la puerta cerrada, me siento en el retrete. Me tiembla todo el cuerpo y tengo la garganta hinchada. Y, lo peor de todo, noto unas lágrimas calientes picándome detrás de los párpados. Nunca dejo que los chicos se queden a dormir. Nunca dejo que los chicos tengan un tercer asalto. Ni siquiera un segundo asalto. Ese no era el plan. Mi sistema solo funciona porque es un sistema, un procedimiento con un orden concreto. Soy fiable, o al menos lo era antes. Mi sistema tiene unas normas, y acabo de romper una importante.

Me pongo de pie y me seco los ojos con el dorso de la mano. Jeremy no se lo contará a nadie. No puede. Ese es el sistema. Así es como funciona. No se lo va a contar a sus amigos del instituto porque así es como empiezan los rumores. Y el rumor sería sobre mí pero también sobre él. Y si hay un rumor sobre él, se enterará su novia. Pero que no le diga a nadie nada de que hemos dormido juntos depende de que yo finja que está todo en orden. Me aparto el

flequillo de la cara y me sueno la nariz. Necesito tranquilizarme, ir a la puñetera clase de yoga y sacar a Jeremy de mi casa.

Cuando salgo del baño ya está vestido. Encuentro una camiseta y unos pantalones cortos en el cajón de la cómoda que me sirven para yoga. Cuando me giro para mirar a Jeremy, tengo el pelo recogido en una coleta y una sonrisa en la cara.

—Un diez. Puntos extra por tu seguridad en ti mismo, porque eso normalmente es lo más difícil de conseguir. Técnicamente perfecto. Ese es tu informe.

Jeremy sonrío.

—Podría acostumbrarme a esto —dice.

—Lo harás —replico—. Con tu novia.

Encuentro sus zapatos en el suelo y se los paso mientras me doy cuenta de repente de que no sé cómo se llama su novia. El pensamiento me golpea como un puñetazo en la barriga. Se supone que me he acostado con Jeremy para asegurarme de que ella tenga una primera vez perfecta y ahora no sé ni siquiera si existe o si él me escribió porque quería llevarme a la cama. Si ese es el caso, no estoy segura de quién me horroriza más, si Jeremy o yo misma.

Me aclaro la garganta. Ahora sería el momento de sacar el tema de la novia misteriosa, pero no me apetece. Prefiero no saber la verdad.

—Nos vemos el lunes en clase. No te olvides de que tenemos que entregar el trabajo ese de poesía.

Se da una palmada en la frente.

—Eres increíble —dice—. El mejor sexo del mundo y encima me salvas de suspender lengua.

—Adiós, Jeremy —le digo antes de cerrar la puerta.

Corro a reunirme con Kim abajo, con la esperanza de que los movimientos rápidos despejen todos los pensamientos enmarañados de mi cabeza. Cuando estamos en la postura del perro boca abajo en una clase llena de mujeres, Jeremy es lo último que tengo en la cabeza. Casi.

—¿Cómo puedes ser tan flexible? —murmura Kim—. Esta postura es imposible. —Me encojo de hombros—. Debes de tener un don natural para el yoga.

Pero cuando el monitor deja de hablar y nos dice que nos quedemos

tumbadas boca arriba y despejemos la cabeza, todos mis pensamientos vuelven de golpe. «El mejor sexo del mundo». Eso es lo que dijo Jeremy antes de que le cerrara la puerta en las narices. Generalmente, «mejor» implica tener algo con lo que compararlo. Si Jeremy me ha mentado en lo de ser virgen, ¿cuántos chicos más me habrán mentado también? Yo hacía todo esto para que ellos tuviesen una primera vez perfecta y pudiesen preparar una primera vez perfecta para sus novias. ¿Cuándo dejé de hacerlo por eso?

¿Cuándo empecé a hacerlo por mí misma?

Cuando Kim y yo llegamos a casa, Jeremy se ha ido, como le dije. Incluso ha hecho la cama y ha ahuecado las almohadas. A lo mejor aún hay esperanzas de que sea un buen novio. A lo mejor.

Saco el cuaderno de debajo de las cajas de condones e inauguro la página de Jeremy. Su mote es fácil: Trece, el número de la mala suerte. El resto es más difícil de escribir, pero lo escribo de todas formas. Quizá sea bueno poner mis pensamientos en palabras. Si los números y los datos son mi vida, a lo mejor las palabras pueden ser mi terapia.

Ha habido mucha química. Pero me molesta que fuese tan bien. No debería haber ido tan bien. Tengo mis dudas de que este chico sea virgen. Pero, si no lo es, ¿por qué no se acuesta con otra? Quería preguntárselo. Quería preguntarle por su novia, pero no lo he hecho. A lo mejor es que no me importa tanto como creía. Ni siquiera sé su nombre.

Miro fijamente las palabras en la página y la mano que las ha escrito. Ni siquiera estaba pensando eso, pero ahí está. Lo que no quería ver. Parezco un monstruo, alguien que no se preocupa por nada ni por nadie más que por sí misma. Puede que lo sea.

Dejo el diario en su sitio y doy las gracias a la mesilla de noche de madera oscura por guardar mis secretos. A continuación, bajo a la habitación de Kim.

Casi me gustaría que Kim quisiera que estuviésemos juntas todo el día. Al fin y al cabo, es la primera vez que me ha despertado para ir a una clase de yoga. Quizá quiera pasar tiempo conmigo, ir a comer o dar un paseo por el parque; esas cosas que hacen las madres con sus hijas. Pero mis expectativas son demasiado altas, como siempre.

—Tengo una montaña de trabajo —me dice mientras se pinta los ojos enfrente del espejo gigante de su baño, poniéndose tanto eyeliner que jamás podría ni ver una «montaña de trabajo».

—¿Qué trabajo? —pregunto—. Si no trabajas.

Mi tono es mordaz, pero Kim no lo nota. Pestañea y se aplica una capa tras otra de rímel.

—No tengo un trabajo por el que cobre un sueldo, pero sí trabajo. Estoy en el equipo de organización de una importante gala benéfica. ¿Te acuerdas de aquella a la que viniste? Llevabas un vestido precioso.

Pongo los ojos en blanco sin que me vea. La gala de la que habla fue hace tres años. Quería ponerme un vestido que encontré de compras con Angela, pero Kim me compró uno a juego con el suyo y de una talla más pequeña que la mía. Se negó a devolverlo, así que tuve que dejar de comer para que me cupiese.

—Vale —le digo, y me doy la vuelta para salir de su habitación—. Voy a gastar dinero de ese que ganas con el sudor de tu frente.

—Pásalo bien —dice distraídamente desde detrás. Cierro la puerta con más fuerza de la necesaria, pero probablemente tampoco se da cuenta de eso.

Siempre voy sola cuando quiero comprar lencería, y nunca voy a los sitios obvios como el centro comercial de al lado del instituto ni al otro más grande que hay en el centro de la ciudad. Voy a uno apartado que tiene una sección de ropa de baño y lencería. Es más caro que Victoria's Secret, pero no me importa; paga Kim. Además, la ropa es más bonita. No hay esas cosas horrorosas de colores fluorescentes y con relleno por todas partes. No creo en el relleno, no porque esté muy bien dotada sino porque los chicos ven lo que hay debajo del sujetador en cuanto te lo quitas. ¿Para qué decepcionarlos? Nadie se parece a los ángeles de Victoria's Secret.

Ni siquiera sé por qué voy a comprarme ropa interior si lo de los vírgenes se ha terminado. Me siento rara por dejarlo en el número trece —¿me dará muy mala suerte?—, pero si la experiencia con Jeremy me ha enseñado algo es que me estoy derrumbando. Antes me gustaba ayudar a los chicos a planear una noche especial y ahora solo pensarlo me resulta agotador. Mi paciencia era la marca de la casa, pero ahora está clarísimo que no tengo. Supongo que compro lencería porque es lo único que sé comprar. Además

necesito una colección nueva ahora que se acabaron las buenas acciones. Empezar de cero. Ropa interior nueva para llevármela al MIT, donde quizá tenga una relación normal. Nada que me recuerde a nadie.

Llevo viniendo aquí una vez al mes durante el último año y medio y nunca me he encontrado con nadie conocido. Por eso hoy, cuando oigo una voz familiar mientras tengo en la mano unas bragas blancas con puntillas, intentando decidir si son demasiado cursis, casi me salgo del pellejo.

—Mercy —dice.

Es Faye. Lleva un colgante con su nombre, con letras redondas tan enrevesadas que parece que pone Fate (destino). Entorna los ojos y yo no me doy cuenta de que me estoy apretando las bragas contra el pecho hasta que me las arranca de las manos.

—No te lo tomes a mal, pero no te pegan nada —dice—. A menos que las vayas a comprar para Angela. —Se inclina hacia mí y baja la voz hasta un tono conspirador—. A estas las llamo bragas de primera comunión, son como esos vestidos con puntilla que les ponen a las niñas.

Dejo que devuelva las bragas a su sitio.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta—. ¿Tienes una cita interesante?

Sacudo la cabeza.

—No, estaba buscando un pijama nuevo.

Lo único que no venden en esta tienda son pijamas.

Faye levanta una ceja.

—Dios, mira que mientes mal —dice—. Así que tienes una cita interesante. No tienes que decirme con quién. Pero déjame que te ayude a encontrar algo que te vaya más. A lo mejor algo verde, verde esmeralda. A juego con esos ojos tan grandes y tan bonitos.

Miro al suelo. Nadie me ha dicho nunca antes que tengo los ojos grandes y bonitos. Siento un arrebató de cariño por Faye; cariño mezclado con frustración. ¿Usará ese tono con todo el mundo? Porque por la forma en que lo ha dicho no parece un mero cumplido.

—¿Qué tal tu cita? —Me oigo pronunciar las palabras antes de poder contenerlas.

Me sonrío, pero es casi un rictus.

—No sé. Es difícil encontrar a alguien interesante hoy en día. Todo el

mundo es una versión de otra persona.

Se inclina para abrir un cajón lleno de sujetadores. Se le levanta la camiseta y queda al descubierto el arco de su espalda y el tatuaje, el que le vi después del partido de fútbol. Parece un insecto con alas, quizás una mariposa.

—Es una libélula —me dice sin apartar la vista del cajón—. Qué típico, ¿verdad? Un tatuaje de una libélula en la espalda. Pero quería rebelarme contra mi madre y además por aquel entonces estaba saliendo con un tatuador.

Asiento con la cabeza. Sé perfectamente a lo que se refiere. Yo también habría hecho algo así hace años si creyese que hacerme un tatuaje fuese a provocar algún tipo de reacción en Kim. Pero sé que no. Kim tiene una rosa gigante en el hombro izquierdo y un corazón con el nombre de no sé qué tío en la cadera. Ojalá no supiese esto.

Faye mira los saltos de cama pasando las perchas a toda velocidad.

—No, este no, este ni hablar —dice, sin dejarme siquiera verlos. Se detiene en un camisón negro y luego lo descarta—. Demasiado típico.

El arrebató de cariño se enfría. Recuerdo el salto de cama negro que ha desaparecido de mi vestidor, el negro de encaje, y me pregunto si Faye puede ser la ladrona después de todo. Pero trabaja en una boutique y seguramente tenga un cincuenta por ciento de descuento, y la verdad es que no me muero de ganas de admitir que he notado que me falta un salto de cama de los muchos que tengo.

—Este —dice en voz alta, deteniéndose en un conjunto de tirantes finos que parece negro hasta que lo pone a la luz y veo que en realidad es verde muy oscuro—. Este es ideal para ti.

Quiero decirle: «No me conoces lo suficiente para saber si es ideal para mí. No me conoces lo suficiente para recomendarme algo que ponerme en mi habitación. No me conoces lo suficiente para formarte una opinión».

Pero no se lo digo. No digo nada y la sigo hasta el probador en silencio.

Ha acertado con la talla, eso es cierto. Me queda perfecto de pecho y se ajusta en las caderas sin ser demasiado apretado. Odio la ropa interior demasiado ceñida. Si las bragas aprietan demasiado, luego con los vaqueros te sale flotador.

Estoy lista para salir cuando entra Faye. En el probador. Aparta la cortina y se queda inmóvil, mirándome.

—Podrías llamar primero —digo, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Es un poco difícil llamar a una cortina —dice—. Tenía razón, ¿eh? Te queda estupendo. El chico para el que lo vayas a comprar es un tipo con suerte.

—No lo compro para nadie —digo.

—Claro que sí. Nadie compra lencería si no es para que la vea alguien. ¿Quién es? ¿El chico de química? Vi cómo te miraba sin parar.

Maldito Zach y sus estúpidos ojitos de cordero degollado. Pero Faye tiene razón, así que me invento una mentira.

—Va a la universidad —digo—. Hemos salido unas cuantas veces. Creo que debería estar preparada por si acaso, ya sabes. —Me miro los pies.

—Yo he tenido varios de esos —dice Faye, retorciéndose un mechón de pelo en el dedo con aire distraído—. La mayor parte de las veces no están a la altura de las expectativas de universitario superguay que te imaginas. Te lo digo para prevenirte. Y podría pensarse que saben lo que se hacen, pero luego son peores que los del instituto. La mayoría de las chicas con las que se han acostado en el instituto no tenían mucha idea tampoco, así que siguen haciéndolo mal. Y encima, como están en la universidad, creen que lo hacen bien y es más difícil conseguir que cambien.

Asiento con la cabeza con la esperanza de que no parezca que la entiendo muy bien. Tiene razón, y acaba de confirmarme por qué hago lo que hago. Lo que hacía. Tienen que aprender a hacerlo bien desde el principio, porque es imposible cambiar a los hombres.

—Alguien debería decirles desde el minuto cero lo que tienen que hacer, ¿no? —dice Faye—. Debería haber una especie de manual. Preferentemente interactivo. —Se ríe.

Sonríó con los labios apretados y hago el ademán de correr la cortina, pero ella la bloquea con la mano. Por un momento no estoy segura de lo que va a hacer, si va a meterse aquí dentro conmigo o qué. Pero solo me sonrío, con una sonrisa diferente de la que usa en público. Y luego desaparece.

Me voy sin comprar nada, aunque me gusta mucho el conjunto que me he probado. No lo compro por Faye. No sé por qué pero no quiero que crea que

me compro ropa interior con alguien especial en mente. No me quiero llevar el conjunto a casa porque pensaré en Faye cuando lo mire.

—¿Quieres venir a mi casa luego? —me pregunta Faye cuando me despido con la mano—. Podemos ver una peli o hacer algo. O hablar de tíos y ya. Salgo de trabajar a las cinco. —Lo dice casualmente, pero la invitación no suena como algo al azar.

Asiento de forma mecánica, preguntándome por qué me siento tan rara. Supongo que es porque Angela es la única persona con la que quedo habitualmente. Faye es radicalmente distinta a Angela, y me siento diferente con ella.

—Genial. Te mando un mensaje con mi dirección. ¿Nos vemos a las siete? —Me guiña un ojo y desaparece en los probadores.

De vuelta en casa, me paso una hora planchándome el pelo y decidiendo qué ropa ponerme para estar mona e informal a la vez. No sé por qué estoy nerviosa por una noche en la que voy a tener la ropa puesta todo el rato, pero la verdad es que estoy atacada. Estoy acostumbrada a arreglarme para los tíos, a vestirme y desnudarme para ellos e intentar transformarme en la chica de sus sueños. Estoy tan acostumbrada a eso que no sé muy bien dónde acaba esa chica y empiezo yo. Supongo que es una cuestión de confianza. Confío en esa chica, en la que sale del vestidor en ropa interior cuando está lista. Pero en casa de Faye no voy a ser esa chica. Voy a ser yo.

Sea quien sea esa persona.

16

Llego a casa de Faye diez minutos tarde, porque la casa está totalmente escondida y encajonada entre dos casas más grandes a los lados. Quizá lo más sorprendente sea lo pequeña que es, a diferencia de la mayor parte de las casas de Rancho Palos Verdes. Es sencilla y modesta, y no le pega nada a Faye.

Cuando aparco en el camino de la entrada, respiro hondo. El corazón me late a toda velocidad. Me sacudo la sensación de nerviosismo —nerviosismo por entrar en casa de Faye— porque eso significa algo. No vengo para nada del instituto ni para darle clases de química ni nada que implique una obligación. Ella ha querido que venga.

Cuando subo los escalones de la entrada y llamo al timbre, oigo risas dentro. La risa de Faye, la que parece un chillido de foca. Y otra risa familiar.

No consigo averiguar de qué me suena hasta que Zach abre la puerta.

—Mercy —me saluda. Da un paso adelante como si fuese a abrazarme, pero se para en el último momento—. Has llegado.

—Bienvenida a mi humilde morada —dice Faye, apareciendo en el pasillo con un delantal rosa con volantes encima de los vaqueros—. Siento que sea tan difícil de encontrar. Ahora entiendes por qué necesito un trabajo de media jornada.

Zach se echa a reír.

—Ya te digo. Por eso mismo yo hago bocadillos en el Submarine King.

Lo miro, pero él mira al suelo.

—¿Haces bocadillos en el Submarine King? —pregunto.

Se le ponen las mejillas coloradas.

—Sí... Tendrías que ver las obras de arte que hago para almorzar —dice, moviendo las manos en los bolsillos.

Faye se ríe otra vez.

—Qué raro —dice—. Zach y yo trabajamos en el mismo centro comercial y no teníamos ni idea hasta hoy. Fui a la zona de restaurantes después de que te fueras y allí estaba, con un uniforme monísimo. Un gorro amarillo chillón y...

Zach se pone colorado del todo.

—Bueno, no es tan horrible... —musita.

—No lo sabía —digo en voz baja. Zach no me mira a los ojos y no sé qué más decir. Sé lo que debe de estar pensando: «Nunca me lo has preguntado».

—Ven, vamos a hacer la visita guiada —interviene Faye—. No hay mucho que ver. —Se aleja por el pasillo y me hace gestos para que la siga—. El baño está arriba, y esa es la puerta del garaje, que no usamos para los coches porque Lydia lo utiliza para almacenar toda clase de chatarra. Nunca tira nada. Cree que todo adquirirá valor algún día, aunque sea basura.

—¿Quién es Lydia? —pregunto mientras me quito los zapatos y la sigo.

—Ah. Mi madre —dice Faye—. Siempre la llamo Lydia. Es como si fuera mi hermana. Me tuvo a los catorce años.

Mi corazón se desboca y me parece estar vadeando agua hasta llegar a la cocina; no encuentro el aire y cada inhalación parece demasiado pesada para entrar en mi cuerpo. Por suerte, Faye está de espaldas y no nota mi silencio ni la sensación de que mi cara está desprovista de todo color.

—Soy una gran cocinera —dice Faye—. Pero soy un desastre. Supongo que en el fondo he heredado muchas cosas de Lydia.

No miente. La encimera de la cocina está llena de cajas de cereales, papeles y cazuelas y sartenes sucias que no caben en el fregadero atestado. A Kim le daría un síncope si tuviese que estar aunque fueran cinco minutos en esta cocina, que al menos denota que vive alguien. Aunque Faye y su madre solo se mudaron hace una semana y parece que aún les quedan cajas por deshacer, ya han puesto fotos en la nevera. A Kim le gusta demasiado su acero inoxidable como para dejarme arruinar la puerta del frigorífico con

fotos e imanes.

—¿Esta es Lydia? —pregunto, tocando una foto de Faye con el brazo sobre los hombros de una mujer rubia que es su viva imagen.

—Sí. Es guapa, ¿verdad? Siempre he querido parecerme a ella.

Faye llena una olla de agua y la pone en el fuego.

—Te pareces —le digo.

Hay un silencio incómodo durante el que me doy cuenta de que Faye sabe que creo que es guapa. No sé por qué pero me siento rara.

—Quiero parecerme a ella pero no quiero que mi vida sea como la suya —dice Faye—. Nunca conocí a mi padre. Era un perdedor que la abandonó cuando se quedó embarazada de mí. Y solo ha trabajado de camarera. Ahora está en el bar. Si no fuese por el dinero que nos dejó mi abuela, no estaríamos viviendo aquí. Esto ha sido como una segunda oportunidad para nosotras.

Faye habla despacio, algo que no le había visto hacer antes. Hasta ahora siempre ha hecho gala de lo que Angela llama «voz de exterior». Pero, por cómo está hablando ahora, me doy cuenta de que baja la voz cuando habla de alguien a quien quiere. Es obvio que quiere y respeta a Lydia.

Faye quita una pila de periódicos de una silla, me hace un gesto para que me siente y me pone un vaso de agua delante. No puedo evitar fijarme en que Zach ya tiene su sitio; ¿cuánto tiempo lleva aquí? ¿Qué ha visto de la casa de Faye? ¿Ha estado en su habitación? La visita guiada no se ha extendido hasta la planta de arriba, y no sé si debería sentirme aliviada u ofendida.

No sé por qué debería sentirme de ninguna forma.

Bebo un trago largo de agua y observo a Faye moverse con fluidez entre el desorden de su cocina, como si supiera de memoria dónde está cada montón de cajas.

—Yo cocino casi siempre —dice mientras abre una lata de salsa de tomate con un abridor—. Me gusta pensar que soy un genio de la cocina con presupuesto bajo.

—Debería haber traído algo —digo—. Una ensalada. O el postre.

Zach ahoga una risa.

—Tú no sabes cocinar —dice.

Le lanzo una mirada asesina.

—¿Cómo lo sabes? —le espeto.

Faye nos mira, levanta una ceja... y cambia astutamente de tema.

—¿Y tú? ¿Cómo es tu madre? ¿Tu padre vive con vosotras?

Miro mi vaso como si esperase que la respuesta adecuada estuviera en el fondo. No esperaba que Faye le diese la vuelta a la tortilla así. Suelo ser buena evitando este tipo de preguntas, incluso con Angela, que generalmente me deja tranquila si le contesto con un vago «¿Kim? Como siempre». Pero tengo la sensación de que eso no va a funcionar con Faye.

—Mi padre no vive con nosotras —digo sin pararme a pensarlo demasiado. Puedo decir esto sin enfadarme, llorar ni sentir emoción alguna. Mi padre dejó de ser una persona y se convirtió más bien en un recuerdo la última vez que supe algo de él, cuando me envió una tarjeta en la que ponía «felices dieciséis» cuando cumplí catorce años. Pero Kim es otra historia. Está físicamente presente pero mentalmente ausente, que es mucho peor.

—Parece que los tres tenemos algo en común —dice Zach despacio—. Madres solteras. Padres desaparecidos en combate.

No le miro, pero sé que él sí me está mirando. Me pregunto qué piensa. Que para la cantidad de tiempo que hemos pasado en mi habitación somos poco más que dos extraños fuera de ella. Me pregunto si le molestará que le cuente todo esto a Faye y no a él.

—¿Y tu madre? —prosigue Faye mientras remueve la pasta en la olla de agua hirviendo y se apoya contra el horno, inclinando la cadera hacia nosotros—. ¿Cómo es?

Faye no va a dejar que me vaya de rositas, está claro. Aprieto las manos una contra la otra y pienso en la mejor forma de resumir a mi madre.

—No sé. —Empiezo a hablar muy despacio, mirándome las manos—. No está mucho en casa como para saber cómo es.

No me permito levantar la vista. No quiero ver la cara de compasión de Faye ni la de curiosidad de Zach. No pueden pensar que soy débil. Durante un largo minuto nadie dice nada y tengo miedo de haber hablado más de la cuenta.

—Los padres son realmente lo peor a veces —dice Faye por fin. Al oír el tono de su voz levanto la vista hacia ella. No hay ninguna compasión en sus ojos, ni curiosidad ni malicia. Solo una observación muy astuta.

—Eso es verdad —dice Zach.

—En serio. A ver, Lydia y yo estamos muy unidas y todo ese rollo, pero toma las peores decisiones del mundo siempre. Ha tenido tantos novios imbéciles que he perdido la cuenta y sigue diciéndome que no volverá a arrastrarse de esa forma nunca más. Pero vuelve a hacerlo. —Faye sacude la cabeza.

—Te entiendo perfectamente. Como Kim se haga otro «retoque superficial» más, creo que intentará que la acepten en nuestro instituto. Total, ya sale con chicos casi de nuestra edad.

No pensaba decir eso, pero las palabras salen de mi boca envueltas en sarcasmo, mi mecanismo de defensa preferido. Zach se ríe por lo bajo, pero Faye echa la cabeza atrás y suelta una carcajada de esas de foca que, el primer día que la oí, pensé que no podría soportar. Me equivocaba.

—Cuidado con la pasta —grito, dando un salto de la silla—. Tienes el pelo peligrosamente cerca del fuego.

Faye se agarra un mechón de pelo y le da otro ataque de risa.

—Dios mío, habría sido horrible, ¿no? Solo hay una cosa peor que encontrarte un pelo en la comida, y es encontrarte un pelo quemado en la comida.

Cuando nos sentamos a cenar, hay un silencio incómodo solo interrumpido por el sonido de los tenedores chocando contra los platos. Siento la necesidad de llenar el silencio, como si fuese culpa mía que se haya hecho incómodo.

Reúno el valor necesario para hacer el comentario que me ha venido a la mente.

—Habría sido difícil tener que cambiarte de instituto en el último semestre —digo, dándole vueltas a la pasta en el plato.

Faye traga y se limpia la comisura de la boca con una servilleta.

—No tanto —dice—. Un instituto es un instituto. No son muy distintos unos de otros. Milton High es una plaza más grande.

—Pero ¿por qué ahora? —Mi voz suena más brusca de lo que pretendía. Faye tensa los hombros y noto que agarra el tenedor con más fuerza.

—Ya no pintábamos nada en Nevada. Lydia consiguió un trabajo mejor aquí, en un restaurante de verdad. No en un bar de mierda donde aguantar que un montón de viejos verdes la acosen todas las noches.

Enrolla la pasta en el tenedor y mira su plato con un gesto que indica que se acabó la discusión.

Faye se ha terminado el plato y Zach ha repetido en la mitad de tiempo que me ha llevado a mí comerme un cuarto del mío. Ha llenado los platos con montañas de pasta y salsa de tomate, unas raciones que harían que Kim se metiese los dedos en la garganta antes incluso de empezar a comer. Desde pequeña me han enseñado que los hidratos de carbono son el demonio. «Los espaguetis harán que tu culo se infle como un globo», me dijo Kim la última vez que salimos a comer juntas. Nunca puedo comer nada junto a ella sin notar sus ojos clavados en mí.

Faye se percata de mi falta de apetito.

—¿No te gusta? —pregunta.

Se le forma una arruga entre las cejas. Lucho contra el impulso de tocársela con el dedo y decirle que me encanta la pasta pero que odio comer delante de gente. Otra cosa que me ha provocado mi madre.

—Me encanta —digo en voz baja. Y, para demostrárselo, hago algo que no había hecho desde no recuerdo cuándo: me termino el plato entero. No quiero actuar bajo la influencia de Kim cuando no está cerca para criticarme. Puedo imaginármela señalándome con un dedo tembloroso y regañándome por no seguir la «regla del tercio» que me enseñó cuando llegué a la pubertad, según la cual solo puedo comerme un tercio de lo que tengo en el plato y tengo que dejar el resto. Pero esta noche me da igual.

Cuando intento ayudar a Faye a fregar los platos, me echa de la cocina.

—Es lo mínimo que puedo hacer —dice mientras mete los platos en el fregadero y los aclara—. Tus clases particulares probablemente me hayan salvado de suspender química.

Noto los ojos de Zach quemándome. Espero a que haga su típico chiste del caso perdido, pero no lo hace. Cuando lo miro, veo que tiene la vista fija en su salvamanteles. No parece enfadado ni decepcionado, solo triste. Y eso es mucho peor.

Después de cenar, Faye nos pregunta qué película queremos ver. Resulta que comparte mi aversión por las películas de amor y las comedias románticas. Por raro que parezca, es Zach quien prefiere una historia de amor lacrimógena a una película de acción. Otra cosa que no sabía de él, y otra

cosa que no podré olvidar y que hará mucho más difícil mantener nuestras citas de los miércoles a mediodía en su cajita cerrada con llave.

—Somos mayoría —dice Faye y, acto seguido, se deja caer entre nosotros en el sofá y le da al *play*—. Dos contra uno. Y además eres una nenaza.

Zach estira las piernas y las pone sobre la mesa de café como si estuviera en su casa. Un pensamiento se abre paso en mi mente. «Ha estado aquí antes». La idea me revuelve el estómago.

—Me gustan los finales felices —dice—. No puedo evitar que me guste cuando terminan juntos.

Ahora no sé si está hablando de la película, de nosotros o de él y Faye. Pero esta echa la cabeza atrás hasta apoyarla casi en mi regazo y se ríe.

—Tienes mucho que aprender —dice. Se inclina hacia mí hasta que nuestras caras están a apenas unos centímetros y me habla en un susurro conspirador—. La vida no siempre tiene un final feliz, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. Tengo la garganta seca y, por alguna razón, no dejo de pensar que si me acercase dos centímetros podría besarla y averiguar de una vez por todas con quién está tonteando, si conmigo o con Zach. A lo mejor todo está en mi cabeza por el hecho de que no tengo más amigas aparte de Angela, a la que no le gusta que la toquen, así que no sé cómo se comportan las chicas entre sí. Quizá debería besarla delante de Zach. Dos centímetros y mis labios estarían sobre los suyos. Dos centímetros me darían la respuesta.

Pero entonces se separa y se da una palmada en la frente.

—Mierda. He olvidado las palomitas —dice, y se levanta del sofá dejándonos allí a Zach, a mí y un cojín en el medio que bien podría ser un iceberg.

Las cosas no deberían ser así.

—Surgió así —digo—. Lo de la clase particular. Se invitó cuando me ofrecí a ayudar a Angela.

Él se encoge de hombros sin apartar la vista de la televisión, donde están pasando los créditos iniciales.

—Ya —dice—. Supongo que ella no tiene un día de la semana fijo e inamovible.

Dejo escapar un suspiro. Tiene razón. Me gusta Zach tal y como es en mi

cabeza: simplificado y predecible, mi amigo de los miércoles. Encaja a la perfección. O al menos lo hacía. Pero toda esta información extra solo consigue añadir dimensiones que me obligan a recolocar todo para hacerle hueco. De repente Zach ocupa más y yo no tengo más espacio libre.

El olor de las palomitas en el microondas emana desde la cocina. Mi estómago se agita. No puedo quedarme aquí sentada toda la película en el mismo sofá que Zach y Faye. Habrá espacio físico, pero no mental.

Por esto es por lo que no hago amigos.

—Acabo de acordarme de que tengo que terminar un trabajo de lengua —digo, poniéndome de pie—. Es para mañana.

Zach sabe que miento. Sabe de sobra que nunca dejo las cosas para última hora. Pero no dice nada, como yo creía que quería. Una escapada rápida. Una salida indolora. Pero me siento vacía cuando lo veo sonreírme con los labios apretados y hacerme un extraño gesto de despedida con la mano.

Faye parece decepcionada. Está volcando todo el contenido de un salero con forma de gato en un bol enorme de palomitas y me pone otra vez la cara esa, con la arruguita que le sale entre las cejas.

—Me encantaría que pudieras quedarte —me dice mientras me acompaña por el pasillo.

—A mí también —digo yo, y en parte lo digo sinceramente.

Espero que se quede en el recibidor cuando me pongo los zapatos y abro la puerta de la calle, pero me acompaña hasta el coche, descalza, por el camino de entrada.

—Deberíamos repetirlo alguna vez —dice, balanceándose sobre los talones.

—Claro —contesto, y esto también es sincero en parte—. Gracias por la cena. Ha sido perfecto.

Y entonces Faye hace algo totalmente inesperado. Se acerca a mí para abrazarme y de pronto me veo oliéndole el pelo tal y como Zach olió el mío. No esperaba que oliese así, a tierra y un poco a flores. Cuando nos separamos, me roza la mejilla con los labios y sonrío.

Le devuelvo la sonrisa mientras me pregunto qué ha significado ese roce de labios en la mejilla, si es que significaba algo. Creía que era buena pillándole el punto a la gente, incluso estereotipándola cuando era

conveniente. Pero a Faye no la veo venir, es imposible. No estoy segura de si me gusta eso de ella.

Le digo adiós con la mano mientras salgo del camino de entrada, con el corazón latiéndome desbocado en el pecho. Vuelvo a casa conduciendo despacio por una vez, intentando que la madeja de pensamientos de mi cabeza tome algún tipo de forma o patrón lineal. No estoy segura de si estoy contenta, triste, esperanzada o decepcionada o todo lo anterior.

A lo mejor tendría que haberme quedado a ver la película. Lo habría hecho si Zach no hubiese estado allí. Noto un retortijón al pensar en qué estarán haciendo ahora. Más de una vez estoy a punto de parar el Jeep, dar media vuelta y volver.

Pero no puedo controlarlo todo. No puedo controlar lo que sea que esté pasando ahora mismo en casa de Faye. Quizás ahora mismo esté sentada a horcajadas sobre Zach y él tenga las manos en su culo perfecto embutido en los vaqueros. Quizá sus dedos estén en el pelo de ella y esté pasándole la lengua por sus dientes perfectos.

No sé de qué estoy celosa, si de que tenga ese efecto en Zach, un poder que creía que era la única que tenía, o de que ella lo desee a él en lugar de a mí.

Cuando por fin llego a casa y estoy en mi cuarto, saco el diario. Necesito librarme del batiburrillo de mi cabeza, ponerlo por escrito. Una vez que lo deje por escrito me sentiré mejor, como me pasa con los vírgenes. Una vez que está en mi diario, puedo pasar página.

Ha sido una noche rara. Quizás estoy dándole demasiadas vueltas. Es lo que los adolescentes normales hacen. Pero había algo raro. Me he sentido deseada.

Miro fijamente mi propia letra y dudo. Casi no quiero seguir, pero tengo que hacerlo. Al menos quiero recordar cómo me siento.

No sé qué pensar de Faye. Tiene algo, un qué sé yo. No es como nadie que haya conocido antes. Y cuando estoy con ella no me reconozco en absoluto.

O quizá me reconozco más que nunca.

Faye no menciona la cena cuando la veo en clase de química el lunes, pero la forma en la que me toca el brazo y acerca la cara tanto que nuestras gafas de protección se tocan me hacen estar muy pendiente de todos sus movimientos. Angela no dice nada de su «crisis existencial», y Jeremy Roth ni siquiera me mira cuando nos cruzamos en el aparcamiento. Kim no habla de yoga, de té depurativos ni de galas benéficas cuando la veo antes de clase. Zach no dice ni pío de clases particulares ni de batidos. Básicamente, todo ha vuelto a la normalidad.

Por suerte, tengo distracciones de sobra, y no hablo de chicos sin experiencia sexual. Por muy incómodo que me resulte dejarlo en el trece, el número de la mala suerte, creo que es lo mejor. No soy supersticiosa, pero he decidido que ese número es una señal. Es hora de acabar con esto de una vez y centrarme en otras cosas. Como el baile al que Angela quiere obligarme a ir.

—¿Por qué este repentino interés en ir a un baile de instituto? —le pregunto cuando estamos limpiando los vasos de precipitado el miércoles después de clase—. Creía que odiabas todas las actividades organizadas.

Esto es cierto. Angela siempre ha mostrado una indiferencia rayana en el desdén por los partidos de fútbol, las fiestas y los comités para preparar el anuario, lo que hace que me extrañen su asistencia al partido de Charlie y el interés por este baile.

—Charlie quiere ir. Dice que el DJ es muy bueno.

—Vale —digo—. Pero ¿por qué tengo que ir yo de sujetavelas?

—No vienes de sujetavelas. Tienes que buscarte un acompañante.

—Me vas a perdonar que no esté dando saltos de alegría.

Me inclino para recoger la mochila del suelo. Zach, mi «amigo de los miércoles», viene a casa a la hora de comer. O por lo menos se supone que viene. No he hablado con él desde el momento raro en casa de Faye y no estoy segura de qué decir. «Creo que nos gusta la misma chica y creo que estoy celosa de que te guste ella más que yo». No puedo decir eso sin que suene totalmente descabellado.

—Venga, Mercy. Seguro que hay un montón de chicos que se morirían por ir contigo.

Escudriño el aula medio vacía mientras la gente va saliendo. Zach sigue sentado a su mesa mordiendo la punta del lápiz con aire pensativo. Puedo buscar un acompañante, sí. Ya no necesito no tener ataduras como cuando estaba a disposición de los vírgenes. No tengo ninguna razón para no pedirselo a alguien. Zach sería la opción obvia, pero no puedo ir con él. No después de dejarle claro que no quería ser su novia. Me pregunto si Faye irá con alguien. Podría ir con quien quisiera.

Hablando de la reina de Roma. Faye entra en el aula como una exhalación y se dirige en línea recta hasta nuestra mesa.

—He olvidado el monedero otra vez. Gracias a Dios que nadie me lo ha robado —dice—. Creo que tengo pérdidas de memoria a corto plazo. O a lo mejor es el efecto que provocas en mí. —Me guiña un ojo y me tira un beso antes de salir corriendo por la puerta.

Angela se encoge. Odia que la gente diga cosas como «gracias a Dios» o —la que más nerviosa la pone— «¡Jesús!». Esta vez agradezco que haya pillado a Faye tomando el nombre del Señor en vano, porque así no se ha fijado en el guiño, en el beso ni en la sonrisa que Faye ha dejado tras ella, la que no se me va de los labios.

Zach sale del aula sin mirarme. Ahora que no me mira es mucho más descarado que cuando me miraba sin parar por encima del hombro la semana pasada, y pienso que ojalá no le hubiese dicho nada al respecto.

Mi teléfono emite un pitido. Espero que el mensaje sea de Zach, pero no. Es de Charlie.

Necesito que me ayudes con una cosa. Nos vemos hoy?

Reproduzco mentalmente mi itinerario del resto del día. Francés a segunda, almuerzo (polvo rápido con Zach)... Le contesto.

Podemos vernos después de clase. En el patio?

Me contesta casi de inmediato.

Puedo pasarme por tu casa mejor?

Claro.

Hago una pausa antes de darle a «enviar». Me pregunto qué es tan importante para que Charlie tenga que verme a solas y si tiene algo que ver con su nuevo trabajo como jardinero... o con el comportamiento de Angela del fin de semana. Sea lo que sea, lo averiguaré pronto.

A la hora del almuerzo, Zach me deja claro que no tiene ningún interés en estudiar para el examen de química de la semana que viene. Cuando veo que no intenta desnudarme en cuanto entramos por la puerta, me asalta el terrible pensamiento de que tampoco tiene ningún interés en mí, ya. En cambio, se sienta delante de la televisión, en el sofá de cuero que a Kim le gusta tanto que no me deja ni sentarme.

—Vamos a charlar un rato —dice, atrayéndome para que me siente a su lado—. A relajarnos. Ha sido una mañana frenética. Además, hay una cosa de la que quiero hablar contigo. —Se frota las manos.

Me separo de él, consciente de la incómoda comezón que noto en el estómago. Va a decirme algo sobre la noche del otro día en casa de Faye. O quizá quiera hacerme partícipe de otra faceta de su vida de la que no tengo ni idea. De pronto no quiero que diga nada. No quiero que todo se complique más. Así que hago todo lo que puedo para despejar su mente.

—Tengo una idea mejor —le digo, sentándome a horcajadas sobre él y levantándome la falda. Por suerte, funciona. Me agarra de las muñecas y une su boca con la mía, y frotamos nuestros cuerpos contra el preciado sofá de

Kim hasta que me coge en brazos y me lleva al piso de arriba. Este sí que es el silencio más dulce, cuando nuestras respiraciones están sincronizadas y puedo olvidarme de todo y «sentir el momento», como decía el monitor de yoga de Kim. Ahora todo es como antes.

Pero, cuando terminamos, se rompe el hechizo. Ni siquiera espera a que nos vistamos para preguntarme si quiero ir con él al baile.

—Creo que mejor no, Zach —le digo, apartando la mirada.

—No entiendo por qué no quieres venir conmigo —protesta, desplomándose sobre mí, derrotado—. Follamos todas las semanas pero no quieres que nos vean juntos en público. Ni siquiera quisiste sentarte conmigo en el mismo lado de la mesa cuando fuimos a tomar el batido. Y en casa de Faye te sentaste a tres metros de mí.

Arqueo las cejas.

—Eso no es verdad —digo.

Y no lo es. Me senté en el otro lado de la mesa porque no sabía dónde se suponía que me tenía que sentar. Pero no lo digo porque entonces tendría que admitir que ir a tomar un batido con él es lo más cerca que he estado nunca de tener una cita de verdad. Y tampoco puedo decirle por qué me sentí tan incómoda en casa de Faye. Porque entonces tendría que admitir que puede que esté loca de atar.

—Ni siquiera quiero ir a este estúpido baile —le digo—. Pero, si voy, iré sola.

—Bailo muy bien —dice, y a continuación me rodea la cintura con los brazos y me pasa los labios por el hombro—. Nos lo podemos tomar como los preliminares.

Le doy un beso en la mejilla y me escabullo de su abrazo.

—No soy tu novia, Zach.

Frunce el ceño. Odio cuando pone esa cara.

—Vale. Pues a lo mejor se lo pido a otra.

—Deberías —digo. Encuentro sus pantalones en la silla del escritorio y se los tiro.

—Lo digo en serio —dice, tirándome del codo—. No puedo esperarte eternamente.

Fijo la vista en el suelo porque tengo miedo de mirarle y ver que lo dice

en serio. Zach es atractivo, dulce, divertido y huele bien. La mayoría de las chicas estarían encantadas de estar con él. Pero yo no soy así. Yo estoy encantada cuando estoy con él, pero no quiero estar con él. Sería tan fácil, tan poco complicado. Tener novio sería una forma estupenda de dejar atrás a los vírgenes. La monogamia, el final de la película. Pero no puedo hacerle eso a Zach. Sé que acabaría haciéndole daño. Cometería algún error y él se daría cuenta de que no soy quien cree que soy y desaparecería.

Pero tampoco quiero que esté con otra, por muy egoísta que suene eso.

—Que sepas que me rompes el corazón todos los miércoles —dice.

Cuando levanto la mirada, está sonriendo, pero no es su sonrisa de siempre. Es más reservada, con las comisuras de la boca ligeramente contraídas. Ignoro la extraña sonrisa porque no quiero que se dé cuenta de cómo me desarma este gesto nuevo.

Y no quiero que sepa que noto la diferencia.

—Lo siento —digo. Las sílabas suenan estranguladas. Ni siquiera sé por qué le estoy pidiendo perdón, si por el baile, por el batido, por lo de casa de Faye o por todo lo demás.

—Si tú lo dices —replica mientras se abrocha el cinturón—. ¿Quieres venir a casa esta noche? Mi madre estará en un curso. He pensado que a lo mejor te apetecía ir a mi casa para variar.

Intento no negarme de forma demasiado evidente. Nunca voy a casa de ningún chico. Nunca. Ni siquiera fui a casa de Luke hace cuatro años. Y no entra en mis planes empezar ahora, ni siquiera con Zach. Él es el polo opuesto de Luke, pero con este último aprendí que, por mucho que creas que conoces a un chico, luego puedes darte cuenta de que es alguien completamente distinto. Que ha tenido puesta una máscara todo el rato. No podría arriesgarme a que Zach también lleve una.

Además, tengo un motivo. Charlie viene luego y eso constituye una excusa que por una vez no implica estar desnuda con otro chico.

—Esta noche no puedo —me disculpo—. Tengo que ayudar a un amigo a una cosa.

—Vale —dice, seguido de un suspiro interminable—. Pero este fin de semana igual necesito de verdad una de tus clases particulares. Mis experimentos son un desastre. —Hace una pausa—. Si es que puedes

hacerme un hueco durante el finde. No sé si haces excepciones para los casos perdidos.

Respiro hondo. Zach se empeña en romper las reglas. Pero me gusta sentirme deseada, no por un virgen que no tiene ni idea de nada, sino por alguien que sí sabe. Aunque no me quito la coraza emocional con él, Zach me conoce mejor que nadie, y por la razón que sea sigue queriendo pasar tiempo conmigo.

—Este fin de semana —le concedo, y le tiro la camiseta—. Ven el domingo. Después de cenar. Mi madre me obliga a ir a una clase de yoga con ella por la tarde.

Me froto las sienes deseando que no fuese cierto, pero el domingo pasado después de la clase, que Kim definió como «un exitazo», me acorraló para repetir.

—Me gusta la idea de que te entrenes para ser más flexible para mí —dice, y de repente es el Zach de siempre y me inunda una oleada de alivio—. Ahora ya no soy solo tu amigo de los miércoles. Aunque no me quieras como novio.

Me doy la vuelta para ponerme la camiseta, no por pudor sino porque me temo que Zach me conoce demasiado bien para dejarle ver mi cara cuando pronuncia esa palabra. «Novio». Mi relación con esa palabra es complicada, y eso que el único chico al que he considerado mi novio nunca lo hizo público. Así que supongo que eso me deja con diecisiete años y cero novios, pero quince chicos de experiencia bajo la falda, literalmente. Luke, Zach y los trece vírgenes. Me he acostado casi con el mismo número de chicos que los años que tengo.

No sé si eso es algo de lo que estar orgullosa, horrorizada o ambas cosas. Pero como no quiero pensar en eso ahora, hago lo que mejor se me da. Me doy la vuelta, agarro a Zach, presiono mi boca contra la suya y me pierdo en los familiares vericuetos de su cuerpo.

No contaba con que Kim estuviese en casa cuando viniera Charlie y, sobre todo, no esperaba encontrarme a Charlie sentado a la mesa de la cocina con ella bebiéndose un apestoso té depurativo y con una sonrisa en la cara, como si todos los días después de clase tomase el té con madres. Me quedo en la puerta de entrada mirándolos antes de entrar en la cocina y que sepan que estoy en casa. Kim cruza las piernas y se inclina para ofrecerle a Charlie un buen ángulo de su prominente escote. Qué asco. Nunca pensé que vería a mi madre tonteando con el novio de mi mejor amiga, pero supongo que con Kim todo es posible.

—Ay, cielo, no te hemos oído entrar. Charlie me estaba contando lo participativa que eres en el grupo de oración. ¡No sabía que la religión era tan importante para ti! —Le guiña el ojo exageradamente a Charlie—. Yo también soy muy espiritual.

Me resisto al impulso de tirarle la mochila a la cabeza a Kim.

—Si por espiritual te refieres a comprarte pulseras *new age* y a leer *Come, reza, ama*; sí, un montón —digo.

Charlie arquea las cejas y se ríe. Kim pone una cara como si acabara de abofetearla.

—Si no te importa, te robo a Charlie —digo, haciéndole un gesto para que me siga.

—Espero que este no se escabulla a medianoche —musita Kim entre dientes antes de darle un sorbo al té. Le dedico el dedo corazón, aunque no

levanta la vista.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Charlie cuando estamos a salvo en mi habitación.

Esperaba que no la hubiese oído, pero por supuesto Kim ha conseguido hacerme quedar mal en menos de dos minutos. Cierro la puerta de mi cuarto y, tras pensarlo un momento, echo la llave. Es raro hacer esto con Charlie dentro, pero que Kim pudiera ponerse a escuchar detrás de la puerta sería mucho peor.

—Nada —digo rápidamente—. Kim está acostumbrada a que los tíos salgan corriendo en mitad de la noche. Creo que espera que a mí me pase lo mismo.

Charlie junta las manos, casi como en el grupo de oración, solo que con una expresión muy distinta.

—¿Y qué cree tu madre que estamos haciendo aquí exactamente?

Bajo la mirada al suelo. El calor me repta por el cuello, pero no quiero que se me note que estoy nerviosa. Mirar a la alfombra me suele servir para concentrarme, pero en lugar de eso me encuentro mirando al lugar exacto donde lo hice con Juan Marco Antonio. Aunque es imposible que Charlie lo sepa —ya que la habitación está impoluta—, siento como si todos los chicos que han estado aquí hubiesen dejado algún tipo de prueba, una presencia que Charlie puede sentir.

—Los deberes —digo—. Ya sabes, lo normal.

Charlie se ríe y se mira las manos. Durante un minuto, hay un silencio largo e incómodo, que probablemente parece más largo de lo que realmente es. Es incómodo por lo del fin de semana, porque ahora tenemos un secreto después de que durante tantos años Charlie solo fuera para mí el novio de Angela. Ahora es más que eso. Para bien o para mal me ha hecho cómplice del plan que esté urdiendo.

—Pronto es nuestro aniversario. Dos años juntos. Tengo que hacerle un buen regalo.

Me siento en la cama, esperando que Charlie haga lo propio en la silla del escritorio de enfrente, pero en lugar de eso planta el culo en el colchón a mi lado. Cerca. Bajo al suelo y me giro para mirarlo. Veo unas bragas de encaje y las empujo con el dedo gordo del pie para meterlas debajo de la cama con

la esperanza de que Charlie no las haya visto.

—Pues claro que te ayudo —le digo. Pero un mensaje al móvil habría bastado. Y eso habría evitado el encuentro de Charlie con Kim y que él viese mi habitación, donde nunca imaginé que fuese a entrar.

—¿Alguna idea inicial? —Se estira y se tumba en mi cama, algo un poco presuntuoso para alguien que nunca ha estado en mi habitación hasta ahora.

Pero no digo nada. En lugar de eso, me levanto con la excusa de buscar un cuaderno y un boli en mi mesa. Me siento en la silla con el bolígrafo en ristre, como si estuviese lista para anotar un montón de ideas estupendas.

—Dos años es mucho tiempo —empiezo—. Tiene que ser algo muy personal. ¿Qué tal algo con vuestros nombres grabados? A Angela le encantan esas cosas.

Pienso en el anillo de compromiso, en lo que significa. Y en lo a menudo que le da vueltas últimamente.

Como si estuviese preparado, Charlie levanta la mano y hace girar el anillo plateado en su propio dedo.

—Quiero regalarle algo que la saque un poco del caparazón. Es tan... reservada... ¿No?

Me acuerdo de Angela colorada como un tomate y evitando mirarme a los ojos el fin de semana; Angela, que no puede hablar de sexo sin reírse; Angela, que odia hablar de sus cosas... Angela, que probablemente es amiga mía porque tenemos precisamente eso en común.

—¿Qué tal unas entradas para un parque temático?

Se echa a reír. La risa de Charlie es lenta y deliberada, como si uno tuviese que ganarse cada sílaba. Me sorprende lo distinta que es de la risa de Faye, ese maldito chillido de foca que no tienes que ganarte en absoluto.

—Esto es un poco raro, Mercy. Por eso quería hablarlo aquí.

Me llevo los brazos al pecho instintivamente, con miedo por lo que vaya a decir después. Aunque esta postura no puede defenderme de nada, hace que me sienta segura. Siempre ha sido así.

Pero Charlie no hace ningún movimiento. Se mira las manos.

—Quiero comprarle algo más personal que eso, pero no tengo ni idea de qué podría gustarle. Es algo que es más probable que sepas tú mejor, porque eres una chica y eso.

—¿Joyas? —pregunto, relajando un poco la postura.

—Lencería —dice.

Casi me echo a reír, hasta que levanta la vista y veo que está hablando totalmente en serio.

—Supongo que ahora entiendo por qué no querías hablar de ello en el patio —digo con una risa nerviosa.

—Hablo en serio, Mercy. ¿Me ayudarás? Soy un tío. Estoy perdidísimo.

Asiento despacio, con la esperanza de que mi cara no revele lo confundida que estoy. Angela estaba agobiada el fin de semana, pero dijo que Charlie no la estaba presionando para que se acostaran. Hasta donde sé, ella sigue queriendo esperar hasta el matrimonio. Si algo sé es que la lencería y el sexo van prácticamente unidos. Y si un chico te regala ropa interior, es claramente con la intención de que te acuestes con él. Pero no quiero decirle nada de esto a Charlie, porque estaría traicionando la confianza de Angela. Supongo que estoy guardando secretos a dos bandas.

—Genial. Sabía que podía contar contigo.

La cara de Charlie se rompe en una enorme sonrisa. Se pone de pie y nos envuelve a mí y al respaldo de la silla en un incómodo abrazo. Creo que Charlie nunca me había abrazado antes, y me pilla totalmente de improviso. Ni siquiera le da muchos abrazos a Angela en público. Mientras me ahoga apretándome el pecho contra la cara me recuerdo que es Charlie, el Charlie de Angela, que solo me está pidiendo que vaya con él a comprar ropa interior porque soy la mejor amiga de su novia y no porque tenga dilatada experiencia en la materia.

Vamos a Victoria's Secret. No voy a llevar a Charlie al que fue mi sitio secreto hasta que me encontré allí con Faye. Esto haría la situación aún más embarazosa de lo que ya es, con sus indirectas sexuales y su pelo y sus dientes perfectos y esa forma que tiene de mirarme, como si supiera más de lo que deja ver.

—¿Puedo ayudaros? —pregunta una jovial dependienta que lleva un sujetador *push-up* con mucho relleno y una chapa identificadora donde pone «Tiffani».

Intento no mirarle el escote antes de empezar.

—Estamos buscando algo para...

—Mi novia —dice Charlie mientras me agarra de la cintura—. Necesitamos algo especial.

Cuando la dependienta se da la vuelta para llevarnos a la sección de camisones y saltos de cama, miro a Charlie con cara perpleja. Él solo se encoge de hombros.

—Así es menos raro —susurra—. Además, así te puedes probar las cosas. Angie y tú tenéis más o menos la misma talla.

Sigo a Charlie por toda la tienda, absolutamente perdida en un entorno donde me suelo sentir como en casa. Supongo que tiene razón: Angela y yo tenemos una constitución prácticamente idéntica, y querrá comprarle algo que le quede bien para que ella no tenga que pasar por el trago de devolverlo. Pero es muy raro. Quizá lo que más me haya espantado es que la haya llamado «Angie», algo que Angela me dijo una vez que detestaba. Entonces ella llevaba demasiado tiempo llamándome «Mercy» como para decirle que yo también odio un poco ese diminutivo. Pero ahora solo lo odio cuando me lo llama alguien que no sea Angela.

Charlie coge un liguero negro y levanta una ceja. Sacudo la cabeza.

—Eso es demasiado —digo—. Son complicados. —Cuando levanta la otra ceja, añado rápidamente—: Parecen complicados, vaya.

Me hago la promesa de no volver a decir nada más.

Por suerte para nosotros, Tiffani habla sin parar y charla animadamente mientras saca prendas de las perchas tan rápido que no sé ni qué tiene en las manos. Mueve la cabeza de un lado a otro y me mira entornando los ojos.

—85C, ¿verdad?

Asiento y miro al suelo deseando que Charlie no supiera mi talla de sujetador. De alguna forma Tiffani hace que la situación sea aún más humillante.

—No te preocupes, tienen el tamaño perfecto para jugar con ellas —dice—. Puedes hacer que parezcan enormes con el sujetador adecuado. ¡Y nunca las vas a tener caídas! —Baja la vista hacia su busto abultado y se ríe—. Ojalá tuviera yo esa talla —añade en un tono de voz que denota que para nada desearía tener esa talla.

Me deja en el probador con unas veinte prendas distintas. La mayoría son de buen gusto, excepto un corsé negro diminuto que parece salido de un

vídeo de *bondage*. Por supuesto, ese es el que Charlie quiere que me pruebe.

—Creo que Angela se asustaría con esto —le digo mientras muevo la percha con el deseo de que ojalá pudiese hacerla desaparecer.

—Esto es para que cambie de forma de pensar —me dice antes de que cierre la puerta. Me cruza la mente el pensamiento de que Charlie es la segunda persona con la que compro ropa interior involuntariamente en menos de una semana. Al menos la primera no fue por elección propia.

Con toda la lencería que tengo, un corsé es una prenda nueva, incluso para mí. Me despeino por completo al embutirme en él. No estoy arreglada como cuando me preparo en mi habitación. Más bien parece que acabara de pasar un huracán. Apenas puedo respirar y mis pechos amenazan con salirse por arriba. Y de una forma nada sexy.

—Definitivamente este no es una opción —le grito a Charlie.

—¿Puedo verlo por lo menos? —grita él.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Tiene que gustarme a mí. —Baja la voz—. También es mi primera vez.

Mi expresión, de auténtico shock, se relaja. Puede que sea poco ortodoxo, pero tiene razón.

—Vale —le digo—. Pero no te rías.

Abro la puerta. Y enseguida deseo no haberlo hecho.

Charlie está de espaldas y se gira hacia mí tapándose parcialmente los ojos con las manos. Primero mira entre los dedos, pero deja caer las manos —y la mandíbula— al verme. No con la expresión asustada de la mayoría de los vírgenes inseguros con los que he estado, como Evan Brown. Los chicos como Evan Brown no dejan caer la mandíbula queriendo; es una expresión involuntaria, como correrte a los diez segundos de meterla.

Pero no es así como me mira Charlie. La mandíbula de Charlie cae de forma deliberada, como si tuviese un control absoluto sobre ella y decidiera dejarla caer. Y no dice nada, solo me mira fijamente hasta que noto que mi cara empieza a ponerse colorada; yo, que nunca me sonrojo. Cuando empiezo a correr la cortina para cerrarla, habla por fin.

—Ojalá Angela se pusiera eso.

Me río, pero suena como si fuera la risa de otra persona. Cruzo las piernas

dando las gracias de llevar al menos la parte de abajo cubierta por unos pantalones cortos.

—Puedes probarte ese morado.

Corro la cortina y respiro profundamente, todo lo profundamente que me lo permiten mis pulmones comprimidos en el tejido de raso y encaje. Quitarme el corsé es aún más difícil que ponérmelo, y el corpiño se rasga un poco en el proceso. Espero que Tiffani no se dé cuenta y me obligue a comprarlo.

Me pruebo el morado, el rosa, el azul largo. No le enseño ninguno a Charlie, solo le grito desde dentro del probador si sí o si no. Mi ansiedad va en aumento y el entusiasmo de Charlie parece ir decayendo. Al final se decide por uno blanco de encaje aunque yo se lo haya desaconsejado.

—La forma más infalible de hacer sentirse a una chica aún más virgen es ponerle ropa interior de novia —le digo mientras paga en la caja—. Algo más neutro le daría menos miedo.

Se cruje el cuello y los hombros, como si llevara todo el día en una mesa de oficina y se estuviese desperezando.

—Eres una buena amiga —me dice—. Significa mucho para mí.

Me aparto de él temiendo que me pase el brazo por los hombros y vuelva a fingir que soy su novia.

—Eso espero —contesto, pero hasta yo misma noto la desconfianza en mi tono de voz. «Si soy tan buena amiga, ¿por qué siento que estoy traicionando a Angela?».

—A Angie le va a encantar —dice con una sonrisa de satisfacción que no consigo devolverle. Porque aunque Charlie crea que «Angie» se va a poner contenta, yo no creo que le gustase nada de lo que ha pasado esta tarde a sus espaldas.

La mañana siguiente tengo una revelación en el sitio más inverosímil: el grupo de oración, que hemos movido de día porque los frikis del grupo de teatro ocuparon la biblioteca ayer para su maratón de Shakespeare anual.

Charlie está leyendo algo a lo que no estoy prestando atención, no solo porque no lo entiendo ni me lo creo sino porque el simple sonido de la voz de Charlie hoy me hace pensar en seda, lencería y Angela con ella puesta. Y no es una imagen mental que me resulte agradable. Mientras miro la Biblia abierta en mis manos e intento pensar en otra cosa, tengo la revelación.

Ya sé cómo ayudar a Toby Easton con los polímeros. La respuesta ha estado delante de mis narices todo el tiempo, pero no en mis apuntes, que es donde la estaba buscando.

—Ven a mi casa después de clase —le digo a Toby después de su clase de química—. Tengo que enseñarte una cosa.

Él infla los carrillos. Es casi como si sospechara algo. Pero no puede saber nada de lo que ocurre en mi habitación. ¿Verdad?

—¿Esto es normal? —pregunta, toqueteando los papeles que tiene en la mano. El de arriba luce una nota desconocida para mí. Una enorme C roja—. Es que nunca he ido a casa de un profesor particular.

Le miro entrecerrando los ojos.

—¿Y qué tal te ha ido hasta ahora? —le pregunto, señalando la C—. Silverberry Run, 524. A las seis allí.

Me paro en la fuente de camino a clase. El pelo se me mete en el agua

hasta que una mano lo retira por mí. Cierro los ojos. Por alguna razón, espero ver a Zach cuando me incorporo. Pero en su lugar está Charlie, que me mira de la misma forma que ayer cuando salí del probador.

—Tenía sed. —Ese es mi comentario estúpido mientras me seco la boca. Me arde la cara justo donde han estado sus dedos. No quiero que me toque ahí. No quiero que nadie me coloque el pelo detrás de las orejas. Eso es lo que hacía Luke. «Esto es lo que hacen las novias».

—¿Tienes una cita? —pregunta Charlie inclinando la cabeza y señalando al otro lado del pasillo. Sigo su dedo para ver dónde está mirando y veo a Toby delante de su taquilla con una chica rubia gordita colgada del cuello. Esa debe de ser la novia con la que pasa menos tiempo que con el libro de texto.

—No —replico con brusquedad, llevándome los brazos alrededor del pecho—. Le doy clases particulares.

¿Cuánto tiempo lleva Charlie mirándome?

—No tenía ni idea de que dieras clases particulares —dice Charlie golpeando la pared con el pie—. Pero ahora lo veo clarísimo.

Asiento con la cabeza.

—Bueno, no sé si se me da muy bien.

Charlie se inclina hacia mí.

—Apuesto a que eres una profesora increíble —me dice.

No tengo tiempo de reaccionar porque Zach se acerca por detrás y me pone la mano en el hombro.

—Hola, Mercy —dice—. Tengo que hablar contigo.

Lleva la mirada de mi cara a la de Charlie y luego otra vez a la mía. Charlie se cruza de brazos. Abre la boca como si quisiera decir algo más, pero suena el timbre y enfila el pasillo.

—¿De qué hablabais? —pregunta Zach con la vista fija en la espalda de Charlie alejándose.

—De nada —me apresuro a contestar—. De nada importante. —Echo a andar en dirección contraria—. Llego tarde a clase. ¿Podemos hablar después?

Zach se encoge de hombros.

—Sí, supongo —dice, pero de pronto se interrumpe—. Mira, puede que

esto te suene raro, pero no me gusta cómo te mira Charlie. Es un tío raro, ¿no crees?

Levanto una ceja.

—¿Esto es de lo que querías hablar? Puedo cuidarme solita, Zach. —Me coloco el asa de la mochila y me miro los pies—. Además, ¿a ti qué más te da? ¿Estás celoso o qué?

La expresión de Zach se nubla y enseguida deseo poder retirar lo que acabo de decir. Sé que Zach solo se preocupa por mí, pero no necesito que nadie me proteja. Sé cuidarme sola.

—En realidad no hay nada de que hablar —dice—. Nos vemos.

Me quedo plantada en el pasillo mientras lo veo irse. «Nos vemos». Eso en el lenguaje de Zach significa «eres gilipollas», aunque nunca me diría algo así. Ni aunque me lo merezca.

En parte casi espero que Toby Easton no venga después de clase. Quizá a su novia no le parezca bien que vaya a casa de su profesora particular. Quizá no le parezca bien a él. Menos mal que Kim no está en casa, porque seguro que lo espantaría.

Es raro que venga un chico a casa y no arreglarme como de costumbre. Llevo los mismos vaqueros y la misma camiseta que me he puesto hoy para ir al instituto, con la misma coleta mal hecha y el maquillaje de esta mañana. Me preparo, pero de otra forma. Coloco todo lo que vamos a necesitar en la encimera de la cocina. Y luego espero.

Llega a y media, con la misma expresión incómoda que tenía en el pasillo del instituto.

—Estoy desesperado —dice—. Esta asignatura va a acabar conmigo.

—Estás en el lugar adecuado —lo tranquilizo y, a continuación, lo guío hasta la cocina.

—Pero... —exclama cuando ve la encimera atestada de botellas, jarras y bolsas de plástico con autocierre—. ¿Qué es todo esto?

—Esto —comienzo, extendiendo los brazos ante mí— es tu clase interactiva sobre los polímeros.

Me mira con suspicacia. No quiere soltar el cuaderno. Se mantiene aferrado a él y a lo que tenga escrito dentro.

Lo que he montado en la cocina no es un experimento de laboratorio

habitual. Es algo más básico y, con suerte, más divertido. Porque así es como he instruido a los chicos en mi habitación hasta ahora: empezando por lo básico, yendo paso a paso, facilitando la situación para que no les intimide. Creo que merece la pena intentar aplicar este método para enseñar a Toby, solo que de una forma muy distinta.

—Durante la polimerización, los compuestos químicos pierden los monómeros para poder juntarse —le explico, de pie junto a la encimera—. Pero todavía no tienes por qué recordar eso. Solo tienes que recordar que un ejemplo de polímeros son los plásticos y las siliconas. Y eso es lo que vamos a hacer. Plastilina.

Toby se ríe hasta que se da cuenta de que hablo en serio. Y, cuanto más seria me pongo, más se relaja él. Suelta el cuaderno y sigue mis instrucciones. No está concentrado en escribir ni en recordar nada, solo escucha cada indicación. Agita obedientemente la solución de pegamento, añade el colorante alimenticio y prepara la solución de bórax sin quejarse. Cuando por fin tenemos varias bolsitas llenas con pegotes correosos, Toby hasta parece estar pasárselo bien. Lo observo mientras estira la plastilina y la moldea entre los dedos.

—La verdad es que tiene lógica —dice—. Las propiedades químicas de la plastilina cambian según las cantidades de ingredientes que usemos. —Se encoge de hombros—. ¿Verdad?

—Verdad —digo con una sonrisa. Ha funcionado.

—Gracias, Mercedes —me dice—. Me has salvado la vida.

De pronto me quedo congelada con la mano alrededor de un trozo de plastilina. «Me has salvado la vida». Alguien me dijo esas mismas palabras no hace mucho, después de que le ayudara. Evan Brown.

No quiero pensar en Evan ahora. Me pongo a limpiar el desorden de la encimera antes de que Kim llegue a casa y piense que estoy fabricando una bomba o algo parecido. Toby parece sinceramente agradecido cuando se va y noto una sensación familiar creciéndome dentro del pecho. Orgullo. El mismo orgullo que sentía cuando alguien se iba de mi cuarto. Pero esto es mejor. Esto es, en términos químicos, una solución concentrada. No es un subidón temporal, es mejor. No quedan dudas residuales ni ningún «y si» por ahí colgando.

No sé si estoy orgullosa de Toby, de mí misma o de ambos. Si estoy orgullosa de mí, sin duda es la primera vez.

20

Una vez que la cocina está limpia, sé que debería ponerme con el trabajo de economía familiar, cuyo tema aún no he elegido. Pero, en lugar de abrir el libro de texto, cojo un viejo álbum de fotos. Está lleno de fotos mías con Angela. Hay varias de la vez que les dijimos a sus padres que íbamos al baile de noveno curso pero nos fuimos a comer una hamburguesa y un batido. Un montón de hace dos veranos en la playa, cuando Angela tenía miedo de meterse en el agua porque estaba convencida de que un tiburón le iba a morder la pierna. Una de cuando fuimos de acampada e intentamos montar la tienda sin éxito porque Angela se había dejado las instrucciones en casa.

En todas las fotos salimos sonrientes, risueñas, despreocupadas. Y me doy cuenta de que últimamente nada es así. Las dos estamos más serias, más introvertidas. Siempre que miro a Angela la veo distraída, como si estuviese a kilómetros de distancia. Y quizá ella pueda decir lo mismo de mí.

Trato de justificar lo que me dijo Charlie. Que está preparándole una sorpresa, que solo quiere que Angela salga del caparazón. Pero Angela es así. Siempre ha tenido un caparazón. Es su armadura, la barrera protectora que protege su dulzura. Es parte de ella. Y, si yo sé eso, Charlie también debería saberlo.

Le prometí que le guardaría el secreto del plan, y lo dije en serio. Pero le debo lealtad a mi mejor amiga.

Así que guardo el álbum de fotos, cojo las llaves del coche y salgo del camino de entrada; tras hacer una parada exprés, llamo al timbre de Angela.

Cuando abre la puerta parece sorprendida de verme, y eso me hace sentirme fatal. Antes venía siempre sin avisar. Pero ya no.

—Mercy —exclama al abrir la puerta—. ¿Qué pasa?

Me encojo de hombros y salto de un pie a otro con la esperanza de que no note lo nerviosa que estoy.

—Estaba estudiando y me ha entrado hambre —le digo, sacando una bolsa de plástico—. Hace mucho que no hacemos esto, ¿no?

Estira la boca en una sonrisa al ver el contenido de la bolsa.

—Pepitas de chocolate —dice—. A mí también me vendría bien descansar un rato de estudiar.

La sigo hasta la cocina y me encaramo en uno de los taburetes junto a la encimera alta. La observo mientras saca una bandeja del horno, una sin residuos de nuestro anterior intento de hacer galletas, como los de la cocina de Kim.

—A ver si lo hacemos bien esta vez —dice, y eso me hace sentir aún más culpable porque quiero hacerlo todo bien. Mi amistad con Angela. La distancia que hay entre nosotras.

—Bueno, para empezar vamos a seguir la receta al pie de la letra —digo—. No pongas el horno demasiado fuerte. Eso es lo que hicimos mal la última vez.

Me pregunto si estará pensando lo que estoy pensando yo: que la última vez fue hace mucho tiempo.

—Tampoco podemos olvidarnos del azúcar moreno —apunta—. Y has traído esencia de vainilla. Esta vez nos va a salir bien.

Cuando empezamos a pesar los ingredientes y a mezclarlos en un bol gigante, he olvidado por completo la razón por la que he venido. Es todo como en los viejos tiempos, hablamos y nos reímos y nos comemos más pepitas de chocolate de las que ponemos en la mezcla, y Angela me riñe por hacer las bolas de masa demasiado grandes en la bandeja.

Cuando metemos la primera tanda en el horno, la encimera de la cocina está hecha un auténtico desastre, llena de harina y azúcar, y Angela pone el reloj dentro de diez minutos con la cara rosa y brillante. No quiero sacar el tema de Charlie. No quiero estropear esto.

Pero sé que es ahora o nunca.

—Oye, ¿qué tal las cosas con Charlie? —pregunto mientras chupo un poco de masa del reverso de una cuchara.

Angela se quita las manoplas de horno y se desploma sobre la encimera.

—Bueno, bien, creo. —Inclina la cabeza con expresión perpleja—. ¿Por qué?

Dejo la cuchara y me pongo recta en la silla.

—No sé —contesto, y el resto de las palabras se disuelven como azúcar en mi lengua. «Porque ayer fuimos a comprar ropa interior para ti. Eligió una cosa blanca con puntilla que te va a horrorizar y está urdiendo un plan que me tiene preocupada».

Angela arquea una ceja.

—Sé lo que estás pensando —dice y, por una vez, deseo que de verdad lo sepa, porque así todo sería mucho más fácil.

—¿Qué? —pregunto.

Se mira fijamente las manos mientras le da vueltas a un trocito de masa entre los dedos.

—Estás pensando en lo que dije en tu habitación, lo de que estaba confundida. Pero ya no lo estoy.

Mi corazón late a destiempo.

—¿No?

Sacude la cabeza y varios mechones de pelo se le escapan de detrás de las orejas.

—No, lo he decidido. No voy a acostarme con Charlie hasta que nos casemos. Pase lo que pase.

—¿Y él lo sabe? —suelto sin pensarlo.

Levanta la vista.

—Bueno, no le he dicho nada, pero tendrá que entenderlo. Siempre he dicho que quería esperar y no voy a cambiar de opinión.

Aprieto los dedos contra la encimera. Ojalá me sintiera aliviada, pero ahora estoy asustada. Asustada de cómo pueda reaccionar Charlie cuando Angela no quiera ponerse la ropa interior.

—Eso está muy bien —digo—. El sexo es algo muy importante. Una vez que lo has hecho no puedes volver atrás. Así que tienes que estar totalmente segura.

—Como tú con Luke —dice. Yo asiento rápidamente con la cabeza sin mirarla a los ojos. Una mentira silenciosa pero quizá la más grande que he dicho en mi vida.

—Charlie está planeando algo —digo con voz débil—. Para vuestro aniversario. No sé qué es exactamente, pero es algo romántico. Me pidió ayuda. Solo quería decírtelo para que no te pille por sorpresa.

No sé cómo va a reaccionar Angela a esto, y por eso me resulta tan difícil decir la verdad. Las personas no tienen una reacción estándar ante las cosas. Las personas no son un experimento químico con el que puedas enredar hasta que las proporciones sean correctas.

Por eso las personas dan tanto miedo.

—Gracias —dice, rozándome la muñeca—. Ya sabes que odio las sorpresas. Ahora que al menos sé que está en camino, puedo prepararme.

Cuando levanto la vista la veo sonreír y casi me echo a reír porque tiene razón. Angela odia las sorpresas. Odió la fiesta sorpresa que le prepararon sus padres cuando cumplió los dieciséis y odia los finales sorpresa en las películas y odia los exámenes sorpresa aún más que el resto de la clase. Todo el mundo que conoce a Angela lo sabe.

Charlie debería saberlo.

Unos minutos después, suena el reloj y Angela se da media vuelta y abre la puerta del horno.

—¡No te emociones demasiado, pero tienen muy buena pinta! —exclama—. Rápido, pásame las manoplas antes de que se quemem.

Después de poner a enfriar las galletas en una bandeja, coge una y la parte por la mitad.

—Vamos allá —dice pasándome media.

La mordemos exactamente a la vez y nos miramos, esperando cada una la reacción de la otra.

—Están perfectas —sentencia Angela asintiendo con la cabeza—. Después de tanto tiempo, por fin lo hemos hecho bien.

Consigo esbozar una sonrisa. Por fin lo hemos hecho bien.

Y a lo mejor yo también lo he hecho bien por fin.

—¿Te vas a poner eso? ¿Para el baile? ¿Y esperas que el chico te mire siquiera, ni mucho menos quiera volver a salir contigo?

Kim contonea la cadera y sonríe con suficiencia. La observo detenidamente, con su camiseta demasiado ajustada y sus vaqueros demasiado bajos de cintura y me asalta el deseo de retorcer su cuello demasiado estirado.

—¿Qué le pasa a esto? —pregunto, dejando caer los brazos junto al cuerpo. Esperaba que Kim estuviera en casa antes de que me fuese, pero ahora pienso que ojalá no hubiese estado.

—¿Que qué le pasa? Pareces un chico. Esos vaqueros son... anchos. —Dice «anchos» como si fuese la palabra más despreciable en nuestro idioma. Para Kim probablemente lo sea. Pantalones anchos, caderas anchas... Cualquier cosa ancha es el enemigo.

—Igual es que soy un chico —sentencio, y a continuación saco un protector labial del bolsillo de mis pantalones anchos y me lo pongo. Kim odia el protector labial casi tanto como los pantalones anchos, porque no llama la atención.

—Tienes muy buen tipo, cielo. La dieta sin hidratos de carbono te va de maravilla. —Se inclina hacia mí y me acaricia el pelo—. Deberías lucirte.

—Gracias por el consejo, Kim —le digo, luchando contra el impulso de describirle el plato de pasta gigante que me comí en casa de Faye.

Para añadir un punto más a su cara de horror absoluto, cojo una sudadera

de capucha en lugar de mi habitual chaqueta de cuero y me deleito al ver que levanta las cejas un centímetro más de lo que pensé que le permitía el bótox.

—No te emborraches demasiado —me grita—. Llámame si necesitas que vaya a recogerte.

—Pero si es viernes por la noche —le grito desde fuera—. ¿No vas a estar borracha dentro de una hora?

Angela no dice nada sobre mi ropa cuando aparezco en el baile, como imaginaba. Angela, siempre tan dulce y considerada. Me invade una oleada de cariño por ella.

—Te he pedido un ponche —me grita, elevando la voz por encima de la música—. No lleva alcohol. No te preocupes.

—Me preocupa más que no lleve —murmuro, pero no me oye. Está saludando con la mano a través de la multitud a alguien vestido de negro con uno de esos ridículos sombreros *fedora* que se han puesto de moda en Milton High.

Es Charlie. Cuando veo que es él, me alegro de llevar una sudadera y unos vaqueros viejos. ¿Es mi imaginación o me está mirando como si supiera qué aspecto tengo sin ropa? En realidad es prácticamente cierto. Me llevo la mano a la mejilla, donde me tocó ayer. De repente siento el impulso de contárselo a Angela. Pero ¿qué le voy a decir? ¿Que la mano de su novio me rozó la cara por casualidad? A lo mejor está todo en mi cabeza.

—Este DJ es brutal. —Es todo lo que dice.

Angela asiente emocionada. Yo no digo nada porque creo que el DJ es horrible. Pero en realidad me da igual la música. Sé que pronto es el aniversario de Charlie y Angela y las imágenes de Angela con el salto de cama blanco no paran de colarse en mi cabeza. En mi imaginación, ella trata de esconderse.

Angela quiere bailar. Domina a la perfección el cliché ese de «baila como si nadie te estuviera viendo», que completa con movimientos excesivos totalmente fuera de ritmo. Yo me balanceo adelante y atrás, concentrada en mis pies, consciente de toda la gente que puede haber ahora mismo en este gimnasio abarrotado, gente con la que no quiero cruzar la mirada. Particularmente con los tíos que vinieron a mi habitación con motivo de su primera vez. Cuando empecé con los vírgenes, una de mis reglas era no hacer

acto de presencia en actividades estudiantiles, sobre todo en las que hubiese alcohol. La gente habla mucho cuando bebe y dice cosas de las que se arrepiente a la mañana siguiente. Pero esta semana parece que estoy rompiendo todas mis reglas.

—Me alegro de que en horizontal te muevas mejor —me dice al oído en voz baja Zach. El estómago me da un vuelco y me doy cuenta de que me alegro de que esté aquí y de que esté solo. Me doy la vuelta y quedamos cara a cara.

—Calla —le digo—. Nunca he dicho que baile bien.

Hace un ademán como si quisiera tocarme pero, en lugar de eso, se pone la mano detrás de la espalda.

—Oye, creo que tengo que decirte una cosa —empieza, pero lo que quiera que me esté diciendo se pierde entre la música vibrante.

Me acerco a él para escuchar el resto, lo suficientemente cerca para notar la transpiración bajo su camisa. Pero entonces me aparta. Inclino la cabeza confundida.

—¿Qué pasa, Zach? —grito.

Dice una palabra. Una única sílaba. No la escucho, pero le leo los labios.

«Faye». Y cuando me giro la veo detrás de mí, bailando con los ojos cerrados y los brazos ondulándose en el aire. Ayer, en la fuente, Zach quería decirme algo y yo no le hice caso.

Me pregunto si me habría dolido menos en ese momento.

—Qué bien que hayas venido —dice Faye al abrir los ojos. Se contonea hasta acercarse a mí, hasta que nuestras caras casi se rozan—. Espero que no te importe. Iba a decírtelo, pero no te vi ayer.

—¿Importarme? ¿El qué? —grito por encima de la música, que parece estar cada vez más alta. El gimnasio entero vibra.

—Que Zach me haya invitado al baile.

Muevo la cabeza arriba y abajo varias veces en una especie de movimiento híbrido que lleva el gesto de asentimiento al compás de la música. Miro a Zach. Está mirándome fijamente con las manos metidas en los bolsillos. Es el único que no baila. Recuerdo lo que me dijo en nuestra última cita de mediodía: «No puedo esperarte eternamente». Supongo que lo decía en serio, pero parece que eternamente era mucho antes de lo que yo

pensaba.

—¿Por qué iba a importarme? —grito, apartando los ojos de él—. No me gusta Zach. Ni yo le gusto a él. Ni siquiera somos amigos.

De pronto Faye me agarra de la muñeca, me saca del círculo de cuerpos, atravesamos varios círculos de cuerpos más y salimos del gimnasio, donde se aparta el pelo de la frente y se abanica con las manos.

—Necesitaba tomar el aire —dice cuando salimos al pasillo—. Hace demasiado calor ahí dentro.

—Sigues gritando —le advierto.

—Lo siento —dice, bajando la voz—. Pero eso, que Zach me invitó después de clase. Le dije que sí porque nadie más me había invitado.

Se inclina sobre la fuente sujetándose el pelo con una mano. Yo cierro los ojos muy fuerte.

Me pregunto si Zach sabía que iba a pedírselo a Faye antes de que yo le rechazara. Es difícil pensar en Faye como premio de consolación de alguien. No sé si debería sentirme halagada o sorprendida, pero no siento ninguna de las dos cosas. Solo quiero irme, porque ya es demasiado tarde para rebobinar y no tomar la decisión de haber venido. Ni para rebobinar y aceptar la invitación de Zach. La cuestión es que no sé si me da más rabia que Zach haya querido venir con Faye o que Faye haya querido venir con Zach. Es demasiado confuso pensar en esto en un sitio tan lleno de gente.

—¿Estás segura de que te parece bien? —pregunta Faye. De repente tiene la mano en mi muñeca de nuevo, fría e inmóvil—. Porque si es así, quién lo diría.

Fijo la vista en su mano, en sus dedos delgados adornados con anillos enormes de turquesa. Me pregunto cómo será tocar esa mano.

—No pasa nada —digo, forzando una sonrisa—. Pero este baile es un poco lo peor.

Se seca la boca.

—¿Un poco? Esto está animadísimo comparado con mi antiguo instituto. Que haya ponche de verdad en un baile es tan retro... Creía que eso solo pasaba en las películas.

—A ese ponche no le vendría nada mal un poco de alcohol —digo, aunque no bebería de ese ponche, tuviese o no alcohol, sabiendo cuántos

idiotas de primero habrán escupido en él ya.

—Por suerte para nosotras, he traído provisiones —dice Faye—. En mi antiguo instituto lo que sí hice fue aprender un par de cosas.

Me agarra de la mano y me guía por el pasillo hasta el baño de chicas, que está lleno de niñas de primero intentando hacerse hueco ante el espejo para pintarse los labios y los ojos. Pero Faye no quiere mirarse al espejo. Me mete dentro de un baño, consiguiendo, probablemente, que nos miren raro.

—Vodka en el baño —dice sacando una botella y sentándose en el suelo con las piernas cruzadas—. Siempre funciona. Nadie viene a mirar aquí.

—¿No deberías estar con tu acompañante? —pregunto, nerviosa, mientras me agacho en el suelo a su lado. Faye da varios sorbos calculados y me tiende la botella. No he bebido alcohol duro desde mi primer año en el instituto, cuando era mi única distracción de todo lo que estaba pasando. Recurría al alcohol para centrarme, porque era lo único que me funcionaba entonces. Supongo que ahora es un buen momento para comprobar si sigue funcionando.

Cojo la botella y presiono los labios contra el morro hasta que el líquido desciende por mi garganta. Quema al tragar y casi me da una arcada. Se me había olvidado lo desagradable que es tomar chupitos, sobre todo si son de vodka barato que no se ha metido antes en el congelador para enfriarlo. Por lo menos Kim me ha enseñado algunas cosas importantes para la vida.

—No, necesitaba separarme un rato de él. Es mono pero muy sobón. Eso no me gusta, ¿sabes? —Da otro trago al vodka y arruga los labios.

Asiento. Lo sé. Le he dicho un montón de veces a Zach que tiene que mantener a raya sus «arrebatos de cariño». He perdido la cuenta de las veces que ha intentado envolverme en un abrazo detrás de la puerta de mi taquilla o rozarme la mano «sin querer» en clase de química. Pero si hay alguien que debería ser receptivo a ese tipo de cercanía física, esa es Faye, porque siempre me pone la mano en la muñeca o el brazo por encima del hombro, y eso que solo la conozco desde hace dos semanas.

—Esto está mejor —dice, reclinándose contra la pared y estirando las piernas.

—¿El qué? ¿Estar conmigo en el baño?

Ella se encoge de hombros y su boca se tuerce en una ligera sonrisa que

se convierte en una mueca tras darle otro trago al vodka.

—Los bailes de instituto tienen un ambiente festivo forzado, como si todo el mundo tuviese que actuar de una forma concreta. Cuando estás en el baño es cuando puedes estar tranquila y soltarte.

Me ahogo con mi siguiente chupito y casi lo escupo.

—Sí, aquí puedes soltarlo todo. Literalmente. —Me echo a reír más fuerte de lo que me he reído en mucho tiempo. Al principio Faye me mira perpleja pero luego empieza a reírse también, y el baño entero se llena con nuestras risas: la mía, normal; la suya, con su tono agudo de foca.

—Pareces una hiena —dice, y lo único que consigue es hacer que me ría más, hasta que tengo lágrimas en los ojos—. Estás borracha —añade después de que yo consiga recobrar la compostura lo suficiente como para beberme otro chupito.

—No lo estoy —digo, enjugándome una lágrima de la mejilla—. Es que soy feliz, ¿sabes?

Ella inclina la cabeza y me mira atentamente, como si me viese por primera vez. Su sonrisa se convierte en una mueca con los labios cerrados y el ceño fruncido, pero hasta así está guapa.

—Pero no lo eres —dice—. Feliz. Quizás eres feliz ahora porque estás borracha, pero no es lo mismo.

—¿Por qué te cambiaste a nuestro instituto en realidad? —pregunto. Cuando bebo me vuelvo brusca, algo que recuerdo de repente.

—¿Para quién estabas comprando la ropa interior? —pregunta ella de vuelta, igualmente brusca.

Cuando me pongo de pie en el cubículo, me cuesta bastante mantener el equilibrio, pero no sé si es por la bebida o por la agitación que me recorre cada centímetro del cuerpo.

—Esto es demasiado pequeño —digo. Intento girar los brazos alrededor de mí misma pero solo consigo golpearme contra la puerta metálica.

Faye también se pone de pie y me pone las manos en los hombros.

—Estamos en un cubículo del baño —dice—. Claro que es demasiado pequeño, tonta.

—No me refiero al baño —digo—. Todo. El instituto. La ciudad. California.

Hace un puchero con el labio inferior.

—¿California es demasiado pequeña para ti? Qué pena, porque estaba empezando a gustarme.

—Me largo de aquí —le digo—. Voy a ir al MIT. Voy a llevar abrigo en invierno. A lo mejor hasta puedo hacer un muñeco de nieve. Seré solo un número más.

Faye acorta la distancia entre las dos.

—Los muñecos de nieve están sobrevalorados —dice—. Y nunca vas a ser solo un número.

Estoy lo bastante cerca como para oler su brillo de labios, afrutado y dulce. El corazón me golpea contra las costillas. Va a besarme, aquí mismo, en el baño. Tenía razón. No me lo estaba imaginando. Le gusto. Me desea.

Me aparto con la cabeza dándome vueltas. La escena es demasiado familiar y, de pronto, me doy cuenta de que estamos en el mismo baño en el que levanté las Converse y me encaramé sobre el retrete para escuchar a Jillian cuando hablaba con Annalise.

Abro el pestillo a tientas y salgo del cubículo, y ahí es cuando la noche empieza a estar borrosa. Fui de un lado a otro de la multitud, entre un mar de manos y dedos sudorosos. Bailé, pero no sé con quién. Alguien me preguntó cómo me llamaba. Otro alguien me pidió mi número. Alguien me levantó por los aires agarrándome fuerte por la cintura. Manos, manos calientes por debajo de mi camiseta. Pero cuando me levanto en una cama que no es la mía, bajo un edredón azul desconocido, en una habitación extraña y sin saber qué hora es, me doy cuenta de que no me acuerdo de nada.

—Que sepas —dice Zach mientras me tiende un vaso lleno con un líquido transparente que espero que no sea vodka— que eres la persona más barata de emborrachar del mundo.

Hago un esfuerzo para abrir los ojos. He dormido con las lentillas puestas y las tengo pegadas a los párpados. Zach, con una expresión entre divertida y preocupada, está de pie delante de unas feas cortinas de cuadros.

—¿Dónde estoy? —En cuanto abro la boca, me arrepiento. Noto el inconfundible olor del vómito en la boca, vómito mezclado con algo ácido que solo puede ser vodka.

—Estás en mi casa —dice mientras me pone dos pastillas de ibuprofeno en la mano—. Siento el desorden. No esperaba traerme a ninguna chica. Ni mucho menos a la reina del baile de Milton High.

El miedo se apodera de mí junto con una nueva oleada de náuseas.

—¿Cómo que la reina del baile? Si yo no bailo.

Se sienta en el borde de la cama. Me aparto para que no huela mi horrible aliento.

—Anoche bailaste —dice—. No parabas de bailar. No paraste ni cuando intenté convencerte para que te fueras.

Me dejo caer sobre la almohada.

—Ay, Dios. Dime que no me vio nadie. —Me llevo la mano a la boca cuando se me ocurre una pregunta aún más importante—. ¿Con quién bailé?

Enarca una ceja.

—Conmigo no, si es lo que estás pensando.

Me froto la boca con la mano.

—¿Con quién? —pregunto, pero casi no se me oye.

—Había un tío que intentaba hacerte dar vueltas. Pero no bailaste mucho tiempo con él. Luego Charlie intentó levantarte. —Entrecierra los ojos.

—¿Cómo que Charlie intentó levantarme?

Zach aprieta las palmas de las manos una contra otra.

—Pues que intentó levantarte. En plan levantarte por los aires. Fue un poco raro. Entonces le dije que ya me ocupaba yo y así es como acabaste aquí.

—A lo mejor solo intentaba ayudarme —digo.

Zach se encoge de hombros y juraría que no cree que fuera por eso.

—Bueno, el caso es que ahí fue cuando te mareaste —dice—. Pero nadie te vio vomitar aparte de mí y Faye.

Me muerdo el carrillo por dentro para mantener a raya las náuseas.

—¿Estropeé tu cita?

Él sacude la cabeza.

—No, Faye lo entendió —dice—. Estaba preocupada por ti. Me ayudó a meterte en el coche de mi madre. Se sentía fatal por haberte emborrachado tanto.

Entrecierro los ojos, aunque ni siquiera los tengo abiertos del todo. Zach me aparta el flequillo de la frente y me aplica un paño frío. Debería decirle que me deje, que no necesito que nadie me cuide. Pero es agradable y no quiero que pare.

—Llamé a tu madre —dice Zach—. Encontré su número en tu móvil. Le dije que ibas a dormir aquí.

—¿Llamaste a Kim?

Me pongo el paño sobre los ojos. Zach seguramente piense que ha hecho lo correcto, pero ahora Kim va a usar esta cagada en mi contra.

—No te preocupes. Le dije que estabas cuidando de un amigo. —Me aparta el paño de la cara.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunto.

—Porque tú harías lo mismo por mí. —Agita la cabeza y se ríe—. En realidad fue muy graciosa. Me dijo que te dijese que disfrutaras de tu rollo de

una noche.

Intento sonreír, pero solo intentarlo me duele. Kim no podría haber sido más humillante.

Zach se reclina sobre la almohada a mi lado y cierra los ojos. Sé que se ha dormido cuando empieza a roncar ligeramente. No sabía que Zach roncara. Todas las veces que ha estado en mi cama siempre lo he echado antes de que pudiera quedarse dormido y ponerse cómodo.

Me incorporo con mucho cuidado y, para intentar olvidarme de las vueltas que me dan la cabeza y el estómago, me fijo en el cuarto de Zach. El cuarto de Zach. Nunca antes he estado en el cuarto de ningún chico, ni siquiera de Luke. Él nunca me invitó a su casa. Decía que era porque odiaba a su padre, pero ahora ya no sé qué creer. Solía imaginarme cómo sería, cómo quedaría yo dentro.

Nunca me había imaginado el cuarto de Zach, pero si lo hubiese hecho probablemente me habría hecho una idea parecida a esto. Su habitación es pequeña y está llena de cosas, con ropa tirada por todas partes y montones de libros sobre una mesa desordenada. Nuestro enorme libro de química está en lo alto de uno de los montones, peligrosamente apilado sobre varios libros la mitad de grandes. Siento una punzada de culpa.

Paso una pierna sobre el borde de la cama, luego la otra y me pongo de pie, inestable. Me acerco al escritorio y pongo una mano sobre él para mantener el equilibrio. «Respira, Mercedes. No vas a vomitar otra vez».

Mi número de teléfono está pinchado en un corcho en la pared: Mercedes Ayres. Reconozco mi letra, pequeña y clara. Recuerdo haberle dado ese trozo de papel después de nuestro primer miércoles, después de haberme acostado con alguien a quien apenas conocía. Aquello era raro. Fui yo quien lo provocó. Yo controlé la situación. Lo controlé a él.

Se me revuelve el estómago y me precipito hacia el pasillo tapándome la boca con la mano. Afortunadamente, el baño está justo enfrente de la habitación de Zach y llego al retrete a tiempo. No tengo casi nada que vomitar en el estómago, pero sale algo ácido, aguado y marrón, como café diluido. De rodillas sobre el suelo de baldosas, veo cómo cae a la taza del váter y flota en el agua hasta que tiro de la cadena. Cuando el agua se detiene, vuelve a estar limpia. Ojalá fuese así de fácil deshacerse de todos los

problemas.

—¿Estás bien? —La voz de Zach proviene del otro lado de la puerta acompañada de unos golpes suaves—. ¿Necesitas algo?

—Estoy bien —digo, intentando sonar más animada de lo que me siento.

Abro el grifo e intento detener las lágrimas que me escuecen tras los párpados. No sé por qué tengo ganas de llorar. A lo mejor es que estoy avergonzada o quizás es porque nunca hemos vivido esta situación en mi casa. Siento como si hiciese un millón de años de la última vez que Kim me cuidó. Ya ni lo intenta, y tampoco sé si yo la dejaría. Seguramente la cosa acabaría mal.

Al igual que esto va a acabar mal. No puedo dejar que Zach me cuide. No es mi novio y no debería tener que limpiar el vómito de una chica borracha ni solucionar los problemas que surgen cuando se despierta.

Se merece algo mejor.

Antes de salir del baño, me echo agua en la cara, me pongo un poco de pasta de dientes en el dedo y me lo paso por el interior de la boca. Esbozo una sonrisa antes de abrir la puerta del cuarto de Zach. Me fijo por primera vez en que lleva un pijama de franela. Nunca había visto a Zach en pijama y es algo muy íntimo, como si hubiese cruzado una línea.

—Tengo que irme —digo al ver mi bolso en la mesilla junto a la cama de Zach—. Tengo que irme a casa.

—Quédate a desayunar —dice él—. Mi madre está haciendo tostadas francesas.

Intento que no se note que me resisto.

—¿Tu madre?

Zach se sonroja.

—Siempre hace tostadas francesas los sábados antes de irse a trabajar.

Me froto las sienes.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Claro —contesta—. Era un poco difícil meterte en casa sin que se diese cuenta. Hiciste bastante ruido.

Me siento en el borde de la cama de Zach. Tocar fondo debe de ser más o menos esto. La humillación definitiva. Ojalá pudiese ir atrás en el tiempo y quedarme en casa y no ir al baile, que es lo que tenía que haber hecho.

—No puedo conocer a tu madre —digo, sujetándome la cabeza con las manos—. Estoy hecha un trapo. Tengo un aspecto horrible. Y seguro que huelo fatal.

Zach se sienta a mi lado y me pasa un brazo sobre los hombros.

—No podrías oler fatal ni aunque lo intentaras —me tranquiliza—. Y estás estupenda. Mi madre es muy maja. Confía en mí. Además hace tiempo que quiere conocerte.

Me agarro los muslos enfundados en los vaqueros con las manos. La madre de Zach quiere conocerme. ¿Qué le habrá dicho de mí? No consigo imaginarme la conversación. «Oye, mamá, ¿sabes qué? Hay una chica a la que me tiro los miércoles. Es monísima. De esas que quieres traer a casa a cenar los domingos. No, no es mi novia. Es una larga historia...».

Zach se acerca tanto a mí que me hace cosquillas en la oreja al respirar.

—En serio, Mercy. No es para tanto.

Se equivoca. Sí es para tanto. No he conocido nunca a los padres de nadie. Ni siquiera a los de Luke. Pero no tengo elección. Estoy atrapada en el cuarto de Zach y, a menos que me escape por la ventana, la única salida son unas tostadas francesas y una conversación incómoda.

Así que respiro hondo y sigo a Zach a la planta de abajo.

Lo primero que me llama la atención de la señora Sutton es que tiene canas. Kim dice que nunca se ha encontrado ninguna, algo que por supuesto no es cierto, pero si las encuentra se las tiñe de inmediato, condenándolas al olvido.

Lo segundo que me llama la atención de la señora Sutton es que no cuesta abrazarla. Es suave y rolliza y me envuelve en un abrazo sin codos huesudos ni clavículas salientes ni implantes de pecho duros como rocas. Y su sonrisa no es falsa. Es abierta y cariñosa y estoy segura de que le sonrío así a todo el mundo, pero siento que esta sonrisa es solo para mí. Noto que me descongelo un poco solo por estar cerca de ella.

No menciona mi resaca. No pregunta si soy la novia de Zach ni cómo nos conocimos. Me sirve una rebanada de pan gigante mojada en huevo y pasada por la sartén con un espeso sirope de arce por encima; dice que la receta es un «secreto de familia». No consigo recordar cuándo fue la última vez que desayuné algo que no fuese un café solo. Probablemente fue la última vez

que desayunamos en familia Kim, mi padre y yo, a los ocho años. Incluso entonces Kim insistió en que no comiese mucho y solo las claras de los huevos pero no las yemas.

La madre de Zach insiste en que me tome una segunda tostada y le eche azúcar glas por encima. Devoro con avidez y rebaño hasta la última gota del sirope con el pan. He perdido el control por completo.

—Estaba delicioso, señora Sutton —digo una vez que he terminado—. Muchas gracias.

—Llámame Julia, por favor —dice ella, arrugando las comisuras de los ojos.

—Julia —repito. Zach recoge los platos y los mete en el fregadero.

Antes de que Julia se vaya a trabajar, me da otro abrazo y me dice que puedo venir siempre que quiera. No quiero que se vaya. Así debe de ser tener una madre que se preocupe por ti. A lo mejor lo que necesito no son hidratos de carbono, sino cariño.

Cuando Julia se va, me doy cuenta de que yo también debería irme. No puedo quedarme todo el día escondida en casa de Zach. Tengo que enfrentarme a la realidad, a mi realidad, con todos los problemas que no sé cómo resolver y mi madre a la que no sé querer. Corro a la habitación de Zach a coger mi sudadera y, por impulso, meto las manos en los bolsillos. En el bolsillo derecho hay un trozo de papel a rayas. En él hay un nombre escrito —Rafe Lawrence— y un número de teléfono con una nota debajo.

Por si se te olvida nuestra conversación. Nos vemos el domingo a las nueve en tu casa.

Había olvidado la conversación, en efecto, pero ahora la recuerdo, o al menos me vienen flashes con luces de colores. Rafe sacándome de una masa de cuerpos bailantes, gritando por encima de la música, pidiéndome un favor. Yo diciéndole que estaré encantada de ayudarle. Supongo que se me olvidó que había acabado con los vírgenes. Además, Zach viene a casa el domingo para que le ayude con la química. Tengo que encontrar la forma de cancelar la cita con Rafe sin que se enfade.

Una vibración me sobresalta y giro sobre mis talones. Es el móvil de

Zach, que no para de vibrar sobre la cómoda. No sé por qué, pero me acerco y lo cojo.

Hay tres mensajes en la pantalla, todos de Faye.

¿Está bien? En serio, estoy preocupada por ella.

¿Crees que hicimos bien en no llevarla a su casa?

Lláname luego y pensamos qué hacemos.

Me quedo mirando fijamente la pantalla. Me arden las mejillas por la humillación. Me siento como un niño pequeño que ha hecho algo malo, que ha hecho daño a la gente a su alrededor. Un niño estúpido que ha arruinado algo que todo el mundo estaba esperando con ganas. Un niño patético e inútil que necesita que cuiden de él.

Hago daño a la gente. ¿Cuántas veces puedo hacer daño a Zach y a Faye hasta que me den la espalda y se den cuenta de que están mejor sin mí? Quizá sea eso a lo que se refiere Faye con lo de «y pensamos qué hacemos». Van a pensar cómo deshacerse de mí.

Vuelvo a poner bocabajo el móvil de Zach.

Se lo pondré fácil.

El monitor de yoga nos dice que «despejemos la cabeza». Lo dice varias veces, seguido de «sudad vuestros pensamientos negativos» y —su frase preferida— «sentid el momento». Cuando miro a la derecha, veo que Kim tiene los ojos cerrados con fuerza y una expresión totalmente estúpida en la cara. Creo que intenta parecer serena, pero lo que parece es que está estreñida.

Tengo mucho que despejar de mi cabeza, pero me va a costar mucho más que una clase de yoga conseguirlo. Culpa, tristeza y frustración. Odio cómo me fui de casa de Zach, con un abrazo superficial y un «gracias» incómodo. Odio que dejase que me fuera.

Y sobre todo odio lo que hice anoche, cuando escribí un mensaje que no quería enviar.

Claro, a las nueve en mi casa. Nos vemos.

Se lo envié a Rafe Lawrence.

A Zach le mandé un mensaje diciéndole que me encontraba mal y no podíamos dar la clase. Esperé a que me contestase echándome la bronca y diciéndome que pasaba de mí. Pero no lo hizo. Por el contrario, me mandó una carita triste y se ofreció a traerme una sopa, y me sentí peor de lo que nunca pensé que fuese posible. Quise deshacer lo que había hecho, pero ya era demasiado tarde. Ya me había comprometido con Rafe. Quizá fuese la decisión equivocada, pero era mi decisión.

Rafe sería el último.

Me coloco en la postura del perro bocabajo, intentando respirar pese a que toda la sangre me baja a la cabeza. Sé quién es Rafe porque está en el grupo de teatro del instituto. Nunca hubiese dicho que fuera virgen, pero a veces te sorprende quien menos te lo esperas. Angela me arrastró a ver la representación de *Grease* en Milton High el año pasado porque está totalmente obsesionada con la película, y luego se quejó de que Rafe era demasiado «falso» y no resultaba convincente como Danny Zuko. Yo asentí con la cabeza pero, en secreto, difería de la opinión de Angela, puesto que me pareció lo suficientemente falso.

—¿Cenamos juntas esta noche? —pregunta Kim mientras nos secamos después de la clase.

La miro entornando los ojos. Cuando volví de pasar la noche en casa de Zach, Kim ni siquiera estaba en casa. Pensé que mostraría un ápice de preocupación maternal después de que no hubiese vuelto a casa al acabar el baile, pero me equivocaba. Ni siquiera dejó una nota, pero la oí entrar a trompicones a horas intempestivas, riéndose y diciéndole a su acompañante masculino que se callara. No quiero cenar con Kim esta noche. ¿Por qué debería importarme lo que quiera ella?

—Tengo una cita —digo mientras me pongo los pantalones del chándal—. Viene a casa a las nueve.

La miro en busca de un gesto de contrariedad, sorpresa, enfado, algo, pero está muy concentrada mirándose un padrastro.

—Bueno, cenaremos a las cinco —replica Kim, recogiendo el pelo en una coleta—. Tenemos tiempo de sobra. Parte de mi nueva dieta consiste en no comer nada después de las siete.

Se pone a hablar maravillas de un nuevo restaurante vegano al que quiere ir, aunque ni siquiera es vegana. Este mes le ha dado por comer sano, como cuando le dio por tomar zumos o por la brevísima abstinencia del alcohol. Kim no lleva sus dietas en secreto, además. Le cuenta a todo el mundo —amigos y desconocidos— que está «con la dieta de la alcachofa» o «dejando la carne». Más que dejar nada, lo que le gusta es llamar la atención.

—Vale —digo con un suspiro. Hoy no tengo fuerzas para discutir con Kim.

—No te arrepentirás —dice Kim—. Este restaurante es el lugar de moda

ahora.

Pongo los ojos en blanco. Una frase típica de Kim.

En realidad el restaurante es totalmente bohemio, algo que Kim no esperaba. En un mar de vestidos largos, pelo corto y sandalias Birkenstocks, Kim está completamente fuera de lugar con su top palabra de honor y sus tacones altísimos. Mira a su alrededor con nerviosismo.

—Cualquiera pensaría que esta gente que come tan sano querría lucir los resultados —me susurra cuando la camarera, una chica diminuta vestida con un vaporoso *muumuu* amarillo, nos lleva hasta nuestra mesa.

La carta parece más una guía de jardinería que el menú de un restaurante. Dejo que Kim elija por mí porque sé que va a conseguir que coma lo que ella quiera de todas formas, y pidiera lo que pidiese me miraría con su mirada reprobatoria. Me prometo odiar este sitio por principio, con su decoración en tonos verdes terribles y sus referencias a la naturaleza. Pienso en Charlie, en sus guantes de jardinero y su pala y su plan secreto para Angela, y pierdo el poco apetito que tenía.

—¿Qué te parece? —pregunta Kim tras observar cómo me bebo un chupito de trigo candeal.

—Creo que esta es la razón por la que la hierba crece en el suelo —contesto, limpiándome la boca—. No es apta para el consumo humano.

Me entran ganas de añadir «aunque me he tragado cosas peores», solo por ver su reacción.

—Te he invitado a cenar por una cosa —empieza Kim, revolviendo su ensalada de brotes en el plato.

«Oh, no». La última vez que empezó así una frase fue para decirme que su novio de veinte años se iba a venir a vivir a casa. Afortunadamente, aquella fase no duró ni lo que la dieta de los zumos.

Muerdo un trozo de mi sándwich de pera a la plancha, lo único que parecía remotamente comestible en el menú. Lo escupo. No es comestible.

—Es tu padre —dice—. Quiere pasar tiempo contigo. Dice que quiere una «segunda oportunidad».

Hace un gesto de poner esas últimas palabras entre comillas.

Aparto el plato, aún con el sabor de la pera carbonizada en la boca.

—¿Segunda? Será décima. No me lo trago. No dejes que te engañe, Kim.

—Escucha, Mercedes. Creo que esta vez es diferente. Me ha llamado por teléfono en lugar de mandarme un correo electrónico a una hora intempestiva. Ha reconocido que lo que pasó entre nosotros fue culpa suya.

Entorno los ojos.

—¿Culpa suya? ¿De quién va a ser la culpa de que se montara en su maldito coche y se largara?

Sueno más enfadada de lo que en realidad estoy. Hace mucho tiempo que asumí que iba a crecer sin padre, pero el único recuerdo que todavía me duele es ver a mi padre despidiéndose con la mano desde ese maldito Mercedes rojo mientras arrancaba. Probablemente sea el recuerdo más nítido que tengo de mi infancia, y ninguno más. Odio que siga grabado en mi memoria y no poder hacer nada para borrarlo ni para sustituirlo por otro más feliz.

Kim junta las manos y observa los restos de su ensalada aplastada.

—Esto es un poco incómodo —comienza—. No quería que lo supieras hasta que fueses mayor, pero ya tienes diecisiete años. Supongo que este momento es tan bueno como cualquier otro.

Deja de hablar y me mira fijamente. Kim es casi tan famosa por sus pausas dramáticas en las conversaciones como por sus dietas relámpago.

—Tu padre no nos dejó así, sin más, de un día para otro. No es tan sencillo. Los dos teníamos problemas y los dos teníamos nuestros vicios.

Me encojo de hombros.

—¿Qué pasa, que papá era alcohólico?

Recuerdo que había muchas botellas de alcohol en la cocina cuando era pequeña, pero siempre pensé que era Kim quien se las bebía.

Se mira las manos.

—No, cielo. No era alcohólico. Era —baja la voz hasta hablar apenas en susurros y tengo que inclinarme hacia ella para escucharla— incapaz de perdonar un pequeño error.

Ahora soy yo quien la mira fijamente.

—¿Cómo que un pequeño error?

Kim cierra los ojos y se masajea las sienes, un movimiento un poco raro debido a la longitud excesiva de sus uñas.

—Los dos cometimos errores. Tu padre también tenía lo suyo. Pasaba mucho tiempo en el trabajo, se gastaba el dinero en su estúpida colección de

coches... No me hacía caso.

Cuando abre los ojos, me sorprende ver que los tiene enrojecidos.

—¿Qué estás intentando decirme, Kim? —Levanto la voz sin querer.

—Que tuve un desliz. Solo uno, pero uno fue suficiente para que me dejara. Ya no confiaba en mí.

El chupito de trigo candeal —u otra cosa— se revuelve en mi estómago, amenazando con subirme a la boca.

—Espera un momento. ¿Engañaste a papá?

Kim asiente con un gesto casi imperceptible. La cabeza me da vueltas. Nunca me explicó por qué se fue mi padre y, como era tan reticente a hablar de ello, yo tampoco saqué el tema. Pero se las apañaba para hablar mal de él a la mínima de cambio, desde su propensión a tirar el dinero hasta su mala praxis respecto a los deberes familiares. Siempre había asumido que, si alguien había engañado a alguien, ese era mi padre.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —escupo.

Empieza a hablar en voz baja.

—Sabía que me culparías a mí. Pero él tiene la misma culpa o más. Me dijo que solo se había casado conmigo porque estaba embarazada de ti, que no estaba preparado para ser padre. Llegó a decirme que le había tendido una trampa para cazarlo.

—¿Me estás diciendo que fui un error?

Me aferro a la mesa con la esperanza de que estabilizando mi cuerpo consiga estabilizar también todos los malos pensamientos que reclaman su sitio en mi cabeza. «Soy un error. No fui una hija deseada». Kim me tuvo a los veintiocho años; lo suficientemente mayor como para saber qué hacía, dos veces la edad de Lydia cuando tuvo a Faye. Solo puedo imaginármela mintiéndole a mi padre, diciéndole que tomaba la píldora cuando había dejado de tomarla en secreto. Solo me quiso tener para conservar a un hombre a su lado. A un hombre al que luego engañó con otro. Menudo montón de mierda.

—Claro que no, cielo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Kim extiende las manos hacia las mías por encima de la mesa, pero las aparto y me las pongo en el regazo.

—Así que engañaste a papá —digo, despacio, tratando de entender las

palabras que salen de mi boca—. Le engañaste y lo apartaste de nuestro lado.

—No es tan fácil —se defiende Kim, con las manos aún extendidas—. Fue solo una vez. Me sentía sola, así que me fui al bar y conocí a alguien que me hizo sentirme bien. Me dijo cosas bonitas. No me daba cuenta de lo deprimida que estaba.

Rechino los dientes.

—¿Así que un tío en un bar te dice cuatro cosas y tú tiras a la basura tu matrimonio? Qué gran decisión, Kim. Muy bien.

—No fue así —dice Kim, levantando la voz. Seguramente la gente nos está mirando fascinada por el drama familiar, pero yo no aparto los ojos de la cara de Kim—. Tu padre ya estaba fuera del matrimonio antes de que eso ocurriera. Me dijo que no se sentía atraído por mí. Me dijo que quería dejarme.

—¿Y dónde entro yo en todo esto? —pregunto con voz temblorosa—. ¿Papá quería divorciarse de mí también?

Kim se seca los ojos con una servilleta.

—No estaba preparado para ser padre —dice, muy despacio—. Nunca lo estuvo. Y creo que cuando las cosas empezaron a ir mal le recordabas demasiado a mí. No podía estar cerca de ti porque le hacía demasiado daño.

Me pongo de pie arrastrando la silla.

—Pues se equivocaba —digo—. No me parezco a ti en nada.

—No te vayas, cielo —dice Kim, haciéndome señas para que me siente—. Por favor, no te vayas. Nunca he dejado de querer a tu padre, siempre lo querré, igual que a ti.

—Pues tienes una forma muy rara de demostrarlo —digo mientras cojo mi bolso—. En unos meses te dejaré tranquila del todo. Será como si nunca hubieses cometido este error.

Nunca he llorado en público y no pienso empezar ahora. Fijo la vista en el suelo y me muerdo el labio mientras esquivo las mesas de camino a la puerta. Pero, como no estoy mirando al frente, choco con alguien.

—Lo siento —digo de forma instintiva. Cuando levanto la vista para ver con quién he chocado, me siento como si me hubiesen dado un puñetazo en la tripa. Es Jillian Landry, de la mano de Tommy Hudson. El primero.

—Mercedes —dice Jillian con dulzura—. Ha sido culpa mía. Nunca miro

por dónde voy. —Se ríe con una risa ligera como la brisa. Suelta la mano de Tommy—. Amor, esta es la estupenda profesora particular de la que te he hablado. La que me está ayudando a aprobar química.

Tommy abre la boca y la cierra de nuevo, como un pez boqueando para coger aire. Finalmente acierta a saludarme con un somero «hola». Obviamente, no sabía que la chica que lo ayudó a él es la misma que está ayudando ahora a su novia de una forma completamente distinta. Veo el miedo en sus ojos, el pánico momentáneo a que cuente su secreto y le arruine la vida.

—Nos vemos el miércoles —dice Jillian, pero sus palabras suenan tenues, como si alguien hubiese bajado el volumen muchísimo. Me muerdo los carrillos por dentro y les digo adiós con la mano, que me pesa como si fuese de plomo.

Cuando salgo del restaurante echo a correr, cogiendo enormes bocanadas de aire que pronto se convierten en hipidos y sollozos. El bolso golpea contra mi cintura y siento como si los pulmones se me fuesen a salir del pecho, pero no dejo de correr hasta que llego a casa.

Doy vueltas por la habitación hasta que llegue Rafe, pero no sé si estoy esperando el sonido del timbre o las llaves de Kim en la cerradura. Son las nueve y media pasadas y aún no he oído ninguna de las dos cosas. Quizá Kim esté ahogando las penas en el bar, contándole sus problemas a algún idiota que no tenga otra cosa que hacer. Probablemente ahora esté sentada en un rincón oscuro esperando a que algún borracho le eche un piropo. Qué patético. Y quizá Rafe se haya olvidado de nuestra cita o haya decidido que no está interesado en mí una vez pasado el efecto del vodka. Igualmente patético.

Miro mi móvil, esperando ver un mensaje de Zach o de Faye. No he sabido nada de ninguno de los dos hoy. A lo mejor pasan de mí, y no los culpo. Si me vieses ahora seguro que saldrían corriendo.

Llevo unos zapatos negros con tacón de aguja, medias de rejilla y un salto de cama de color medianoche. Me he puesto un montón de maquillaje, con los ojos perfilados con lápiz negro y los labios de ese rojo que según Kim no me pega nada. No parezco yo ni ninguna versión de mí que reconozca. Estoy nerviosa y como Rafe no venga no sé cómo voy a librarme de estos nervios y evitar que me consuman.

«Timbre. Llave en la cerradura. Timbre. Llave en la cerradura». Aguzo el oído sin saber qué sonido quiero oír en realidad.

Y, a las diez menos cuarto, suena el timbre. A Rafe se le salen los ojos de las órbitas al verme, que es exactamente la reacción que necesitaba esta

noche. Fuerzo una sonrisa pero no podría sentirme menos despreocupada.

—Creía que quería esperar —dice cuando estamos encerrados en mi habitación y yo estoy sobre sus rodillas desabrochándole la camisa—. Pero la verdad es que no merece la pena esperar por nada. Ni mucho menos por algo que va a darte placer.

Le agarro la cara con las manos y lo atraigo hacia mí. El movimiento le pilló por sorpresa. Quiero que reaccione, que saque su lado salvaje, que me dé la vuelta y se ponga encima de mí. Pero se queda inmóvil y me deja retorcerme encima de él hasta que finalmente le digo que se quite los pantalones.

—Guau —dice, elevando la voz por lo menos una octava—. Esto está yendo muy deprisa. Guau.

Resisto el impulso de poner los ojos en blanco mientras me coloco debajo de él.

—Tienes que usar los brazos para sostener el peso —acerto a decir casi sin aliento mientras se coloca sobre mí—. No puedes dejarte caer como un pez muerto.

—No dejarse caer como un pez muerto. Vale, lo pillo.

Se nota que está concentrado porque frunce el ceño y se muerde el labio. Cuando por fin me penetra, gime de placer y vuelve a dejarse caer sobre mí como un pez muerto. No siento absolutamente nada aparte de una irritación en aumento.

«¿Cómo puede tener alguien unos brazos tan fuertes y capaces y no tener ni idea de cómo usarlos?». Resoplo mientras espero a que termine. Rafe es el tipo de tío con el que las instrucciones se pierden al instante, porque tiene su manera propia de hacer las cosas.

Mi irritación se convierte en culpa cuando pienso en Zach. La manera de hacer las cosas de Zach. Zach es maravilloso en la cama y lo hace todo bien sin que nadie se lo diga.

Zach también es maravilloso fuera de la cama. Un tío que cuida de una chica borracha que ni siquiera quiere ser su amiga. Un tío que quiere traerte una sopa cuando estás enferma. Un tío que no sospecha que estás fingiendo estar enferma cuando le das largas para acostarte con otro tío con el que ni siquiera quieres acostarte.

Tengo ganas de vomitar. Por eso no quería que nos conociésemos más. Por eso no quiero tener novio. Por eso no tengo novio.

Entonces, ¿por qué siento como si le estuviera engañando?

Cuando Rafe por fin sale de dentro de mí, me tapo con las sábanas, un gesto que tampoco tiene mayor importancia. Rafe ni siquiera me mira. Se pone los vaqueros y se echa a reír, empezando con una risa baja y nerviosa y acabando casi en un rugido.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunto.

—Te debo una —contesta.

—No me debes nada, Rafe. Espero que hayas aprendido algo. Devuélvele el favor a tu novia. Agradéceselo a ella.

Ahora viene la parte en la que hablamos sobre cuándo y dónde ha pensado hacerlo con ella, cómo va a conseguir que sea especial y memorable. Ahora viene la parte que más me gusta. Pero esta noche no puedo enfrentarme a esto.

—No, en serio, te debo una. ¡Me has salvado la vida! —Rafe gesticula exageradamente con las manos.

—No es para tanto, Rafe. Solo es sexo.

Mi irritación en aumento alcanza su cénit. Lo único que quiero es que Rafe me deje en paz. Y lo que más quiero en el mundo es que la gente deje de decirme que le he salvado la vida.

—No es solo sexo. Ahora soy libre.

Me tapo la cabeza con la sábana, esperando una perorata sobre que el sexo es la máxima expresión de la libertad del cuerpo o la forma de arte más elevada del cuerpo humano. Otro friki del grupo de teatro, Joaquin —el Predicador— me soltó un rollo similar hace un par de meses. Hasta se le saltaron las lágrimas, aunque con los del teatro nunca se sabe si las lágrimas son de verdad o son falsas.

—Me alegro de que te sientas así.

Me doy la vuelta a ver si pilla la indirecta y se va. Pero no lo hace.

—No lo entiendes. Quizá no debería decirte esto, pero necesito soltarlo. Mi novia, Caroline, es una absoluta psicótica. He intentado romper con ella una docena de veces por lo menos. Lo he intentado todo. He dejado de llamarla, la he mandado a la mierda, hasta cambié mi estado de relación en

Facebook.

Me aparto el flequillo de la cara y bajo la sábana.

—¿De qué estás hablando?

A pesar de mi aparente calma, un miedo incipiente está sustituyendo a la irritación de antes. No he mirado el perfil de Facebook de Rafe antes de que viniera, como hago habitualmente, porque supongo que ya lo había encasillado como la superestrella del musical, el Danny Zuko de Milton High. Voy a cabrearme mucho si mis propios estereotipos me pagan con la misma moneda y me he acostado con este imbécil para nada.

—¡Hablo de la vida! Solo tenemos una, y es demasiado corta para pasarla con alguien a quien no quieres. Pero Caroline no es capaz de meterse eso en la cabeza tan dura esa que tiene. Me dijo que la única razón por la que me dejaría es si le pusiera los cuernos. Y ahí es donde entras tú.

Me levanto como un resorte.

—Espera un momento. ¿Me has usado como excusa para que tu novia te deje? Tiene huevos, Rafe. Es patético. Además, no se va a enterar.

Él sacude la cabeza.

—Te equivocas. Sí se va a enterar. Estas cosas siempre se saben tarde o temprano.

—No, no se saben —le advierto, señalándolo con el dedo—. Nadie ha venido a quejarse nunca de que su novia se haya enterado. Nunca. Los tíos no lo contáis porque si lo hacéis os estaríais jodiendo a vosotros mismos y a todos vuestros amigos. Y las chicas no saben nada porque nadie habla de ello. Por eso funciona.

Se pone la camisa. Me muerdo las mejillas por dentro tan fuerte que podría hacerme sangre. No puedo dejar que Rafe note lo inquieta que estoy.

—Sé que crees que tu sistema es perfecto —dice Rafe, cruzando los brazos—. Pero si lo fuera yo no estaría aquí. Estoy aquí porque cuento con que no sea perfecto. Estoy aquí porque algún día, y ojalá no dentro de mucho, los vírgenes de Milton no serán los únicos que sepan lo que haces.

—Eso que dices no es nada agradable, Rafe. ¿Te imaginas cuántas relaciones se arruinarían?

Se encoge de hombros.

—No es mi problema. Soy actor, no un don nadie. Yo busco a la mujer de

mi vida, a la número uno.

Le señalo la puerta.

—Puedes irte. Y creo que lo que quieres decir es que no eres un don juan, porque eres la definición exacta de un puto don nadie. ¿La número uno? No te mereces a nadie que pueda situarse siquiera en el *top ten*.

Me dedica una sonrisa y solo puedo pensar que ojalá estuviese lo bastante cerca como para darle un bofetón.

—Mercedes. Espero que no me guardes rencor porque yo voy a estarte eternamente agradecido. Probablemente te mencione en mi discurso de boda cuando encuentre a la chica adecuada. Pero estoy seguro de que esa chica no es Caroline.

Cuando se va, salgo de la cama y lavo las sábanas inmediatamente para desinfectar todo lo que haya estado en contacto con Rafe. Casi no puedo creer que su pene haya estado dentro de mí y no puedo creer que haya llegado al número catorce con un gilipollas como este. Aunque ahora mismo me dan exactamente igual los números. Se acabó hacer favores. Esta vez de verdad. Es triste que Rafe haya sido el último pero esto está yendo demasiado lejos. Se suponía que con los vírgenes era yo quien tenía el control, pero me siento totalmente al revés, como si el control huyese de mí. Tendría que haber parado en Evan Brown como tenía planeado, porque ahí es cuando todo empezó a ir cuesta abajo y sin frenos.

Apago la luz e intento dormir. Kim todavía no ha llegado y son las diez y media, así que hay muchas posibilidades de que vaya a pasar la noche por ahí con alguien. Las palabras de Rafe se repiten en mi cabeza como un eco. «Estas cosas siempre se saben tarde o temprano».

Saco el móvil. No tengo mensajes. Esta noche debería haberla pasado ayudando a Zach con sus deberes de química. Eso es lo que habría hecho una amiga de verdad. Me pregunto qué pensaría si supiera lo que he estado haciendo en realidad.

Noto una presión detrás de los párpados, pero me niego a llorar por alguien tan estúpido como Rafe Lawrence. Así que saco el cuaderno y aprieto la punta del bolígrafo todo lo fuerte que puedo, tan fuerte que dejo una marca en la página siguiente. No me importa porque la de Rafe es la última página que pienso escribir. Rafe Lawrence, número catorce. No me digno a ponerle

nota, no se merece ni siquiera un cero. En lugar de eso, le toca una bronca.

MALDITO GILIPOLLAS MENTIROSO. De todos, este es el único que de verdad desearía borrar.

Me arden los ojos. Las lágrimas quieren salir, pero no las pienso dejar. Entonces escribo lo peor de todo, algo que ni siquiera sabía que fuese cierto hasta que lo observo escrito en el papel.

Me ha hecho sentirme como una mierda. Como si fuera la persona más patética del universo. A lo mejor es que lo soy.

Una lágrima solitaria cae sobre la página. La tacho con el bolígrafo, furiosa, hasta que solo hay un borrón grande y negro. Luego garabateo un apodo para Rafe al final de la página.

El Mal Actor.

El miércoles conduzco de camino al colegio con la esperanza de que Zach siga queriendo mantener nuestra cita de los miércoles. No hemos fallado un solo miércoles desde hace tanto que ni me acuerdo. Necesito verle hoy a mediodía. Zach es honrado y atento y no tiene motivaciones ocultas. Es todo lo que Rafe Lawrence no es, y odio que Rafe Lawrence sea la última persona con la que me he acostado.

Pero nada más llegar al laboratorio me doy cuenta de que no va a ser así. Zach ha llegado pronto a clase, y nunca llega pronto a clase. Siempre es el último en entrar, generalmente después de que suene el timbre. Hoy está sentado en mi sitio y no parece que esté haciendo los deberes atrasados. Está susurrándole algo al oído a Faye y su mano reptaba por su muslo acercándose poco a poco al pliegue de sus vaqueros. Sé qué es lo que Zach quiere cuando hace eso. Es lo que hace cuando quiere follar.

Me quedo en la puerta sin saber si hacer que adviertan mi presencia o dar media vuelta y volver más tarde. Zach está pasándole una mano por el pelo a Faye y colocándose por detrás del cuello. Eso es algo que no suele hacer, solo lo hace cuando una chica le gusta de verdad. Recuerdo la primera vez que me hizo eso a mí. Fue una de las primeras veces que nos acostamos. Le evité la mirada y dije alguna tontería, que pusiera las manos donde pudiera verlas o algo así. Faye no hace eso. Ella sonríe, esboza una sonrisa gigante que puedo ver desde el otro lado del aula. De cerca ha debido de desarmar por completo a Zach.

—¡Mercy! —Angela aparece por detrás y me hace dar un brinco de medio metro. Zach quita la mano de detrás de la oreja de Faye y ambos me miran. Faye se muerde el labio y mira al suelo. Zach desvía la mirada y se va de mi sitio.

—Oh —dice Angela, mirándolos con los ojos muy abiertos—. Lo siento... No quería interrumpiros. —Y empieza a hablar del último ejercicio que nos han mandado, que no entiende cómo el yodo y el amoníaco pueden dar como resultado triyoduro de nitrógeno. No la estoy escuchando.

Doy gracias por que la mayor parte de la clase la pasemos oyendo hablar sin parar al señor Sellers. Deberíamos estar tomando apuntes, pero no puedo pensar en nada que no sean Zach y Faye. Faye y Zach. No estoy enamorada de Zach. He tenido un montón de oportunidades de ser su novia y nunca he aceptado. Tiene derecho a susurrarle cosas a Faye al oído o a meterle la lengua hasta la garganta. Simplemente me sentía cómoda con nuestro trato. Nunca pensé qué pasaría si algo —o alguien— se interponía en nuestro camino. Y que Faye me invitara a su casa o que intentara besarme en el baño no significa que le guste más que como amiga. Está claro que le gustan los tíos, igual que a mí.

No sé qué hacer después de clase de química. No quiero ir al resto de mis clases ni tampoco sentarme en la cafetería a comer y quizá tener que encontrarme allí con Faye y con Zach. No quiero hablar de tonterías con Angela ni evitar la sensación rara que noto en el estómago cuando Charlie está cerca. No tengo hambre y de repente soy muy consciente de una sensación muy concreta que me invade por dentro.

Soledad.

Estoy a punto de hacer novillos el resto del día, de saltarme una clase por primera vez en mi vida, aunque solo pensarlo me produce ansiedad. Todavía no me ha llegado ninguna carta del MIT y, aunque el decano de admisiones no va a enterarse de que me he saltado las clases, sigue pareciéndome mal hacer esto. Camino despacio por el pasillo con miedo a que me pillen.

La respiración se me queda atascada en la garganta cuando veo a Faye junto a su taquilla. Espero que no me haya visto y acelero el paso un poco, hasta que nuestras miradas se cruzan en el espejito magnético que tiene en la puerta del casillero. Aunque no le veo la boca, sé que está sonriendo.

—Mercy —me llama, abordándome—. Quería hablar contigo.

Me acerco a ella y dejo que mis ojos se paseen por el interior de su taquilla. No lleva mucho tiempo en Milton High, pero ya tiene allí dentro un batiburrillo de libros, papeles y unas mil barras de brillo de labios. Pegado al espejo de la puerta hay un post-it con un número de teléfono anotado. El mío. No veo a Zach por ninguna parte.

Faye se aprieta las manos una contra otra. Está incómoda.

—Mira, no ha pasado nada —empieza—. Solo somos amigos. Zach me ha dicho que os veáis de vez en cuando. No quiero meterme en medio. — Noto un rastro de duda en su voz. Hay algo que no me está diciendo.

Me cambio de hombro la mochila. Faye ha hablado en pasado. «Que os veáis de vez en cuando». Que nos veíamos, pero ya no nos vemos. Supongo que esperar que me lo dijera el propio Zach era mucho esperar. Pero así es Zach. Nunca acaba lo que empieza, es el típico que tiene una afición nueva cada semana y una pila de proyectos inacabados a las espaldas.

Pero nada de esto es culpa de Faye.

—No pasa nada —digo, esbozando una gran sonrisa—. No estoy interesada en Zach en absoluto. No hay nada en lo que meterse en medio.

Faye cierra la taquilla.

—No es asunto mío, pero no sé si te creo. Además, no sé si me gusta tanto. No es mi tipo.

Sé a lo que se refiere. Cuando conocí a Zach, antes de empezar con los vírgenes, nunca pensé que fuera el tipo de tío con el que me acostaría. Solo me había acostado con un chico cuando me asignaron a Zach como pareja de laboratorio, y no se parecía en nada a Luke. Pero eso es lo que hizo que me resultara atractivo. Que no se parecía en nada a Luke. Era payaso y torpe y pasivo y pedía perdón todo el rato, incluso cuando algo no era culpa suya. No sabía que existieran tíos así.

Así que decidí hacer un experimento con él fuera de clase. Le pedí que comiera conmigo, lo llevé a mi casa y subimos a mi habitación. Se mostró tan tímido que pensé que había cometido un error, hasta que lo empujé contra la pared y le besé, y él me devolvió el beso. Besaba tan bien que supe que lo había hecho antes. Y, si besaba tan bien, no pude evitar preguntarme cómo haría todo lo demás.

Ese día él no quería llegar hasta el final. Quería una cita de verdad, conocerme primero. Pero yo no le dejé. Empecé a quitarme la ropa y observé cómo sus ojos se abrían como platos y supe que era mío. Me siguió el rollo, me hizo sentirme deseada, me hizo sentirme bien. No me pidió nada más de lo que quise darle.

Ese día no comimos, pero nuestras citas de los miércoles a la hora de comer se perpetuaron.

Recuerdo que pensé que no me resultaría difícil acostumbrarme a aquello. Y así fue.

—Pues quizá deberías darle una oportunidad.

Empiezo a caminar por el pasillo y ella me sigue. No sé por qué he dicho eso. No me gusta imaginarme a Faye y Zach juntos y ella me ha dado la oportunidad de ser sincera. Pero quizá sea lo mejor. Faye es buena, guapa, amable y atenta. Todo lo que yo no soy. Probablemente haría feliz a Zach. Podría darle lo que no puedo darle yo.

Estoy perdida en mis pensamientos cuando doblamos la esquina y me doy de bruces con Charlie con la suficiente fuerza para que se me desplace el bolso del hombro y caiga al suelo. El impacto hace que el contenido salga volando por los aires. Bolígrafos, tampones, mi agenda, las llaves... Y, cómo no, tres condones. Uno estriado, uno ultrafino y un XL, que es el que coge Charlie con una sonrisa.

Faye y yo nos agachamos a recoger mis cosas. De toda la gente que no habría querido que viese el contenido de mi bolso, Charlie es el que menos. No quiero que sepa que llevo condones, aunque sé que no va a decírselo a Angela. «Todos tenemos derecho a tener secretos», eso es lo que me dijo en el jardín de mi casa. Ha vuelto alguna vez más para podar, arreglar y cavar hoyos en el jardín, pero yo no he aparecido por allí y solo lo he observado desde mi habitación. No quiero que siga cavando en mi vida, porque puede que encuentre algo que no quiere saber.

Charlie me devuelve el condón.

—Veo que vas preparada —dice. Ya no sonrío.

Faye no es tan sutil.

—¿Qué estabas planeando hacer hoy? —pregunta.

—Llevan ahí una eternidad —me defiende, arrancándole el bolso de las

manos. Le hago un gesto de asentimiento con la cabeza a Charlie y le sonrío con los labios apretados.

—Te he mandado un mensaje —me dice mientras Faye y yo nos alejamos—. Es importante, ¿vale? —Sonríe de nuevo y se va en dirección opuesta.

Cuando llegamos a clase de economía familiar, Faye me mira con el ceño fruncido.

—Mira, esto que te voy a decir es un poco raro, pero el novio de Angela te ha mirado el escote cuando te has agachado. Creo que le gustas. ¿Y ahora te manda mensajes?

Entorno los ojos. Primero Zach y ahora Faye. Igual que después del baile, en aquellos mensajes. «En serio, estoy preocupada por ella».

No deberían estarlo.

—Charlie no me ha mirado el escote —la corto—. Y me ha mandado un mensaje por una cosa que tiene que ver con Angela. Algo que ni te va ni te viene.

Faye se quita la rebeca y la deja en el respaldo de la silla. Sin ella, su escote queda a la vista de todos. Si Charlie hubiese mirado a alguien habría sido a ella, y no lo culpo.

—Miau —maúlla, pero noto que está dolida—. Alguien tiene un síndrome premenstrual fuerte este mes. Casi mejor no te pido que me dejes un condón.

—Cógelos todos —le digo. Saco los preservativos del bolso y los echo dentro de su vaso de precipitado—. Aunque estoy segura de que la señora Hill tiene un montón y te los daría encantada.

Faye se ríe. Una persona normal los habría escondido rápidamente, pero ella los deja ahí, atrayendo algunas miradas curiosas de nuestros compañeros de clase.

—Oye, Faye. La pregunta correcta habría sido si puedo darte un condón. Dejártelo implica que tendrías que devolvérmelo. Y casi mejor que no.

Faye se echa a reír.

—Qué puta eres. Y cómo me gusta.

Pero flotan en el aire las cosas que no nos decimos. No quiero pensar en Faye poniéndole uno de esos condones a Zach, pero no puedo decir eso porque parecería que estoy loca de atar.

Me siento donde siempre, junto a Angela, pero no aparece. Miro el móvil a ver si tengo algún mensaje, pero solo hay uno de Charlie.

Tenemos que adelantar la cita. Estoy planeando algo especial para Angela este finde. En tu casa después de clase?

Le contesto antes de poder decir que no u obligarle a vernos en el instituto en lugar de mi casa. Probablemente quiera asegurarse de que no nos encontramos con Angela. A lo mejor ya ha hablado con ella y sabe que el sexo está descartado del plan. A lo mejor ha devuelto la ropa interior.

Vale. Allí nos vemos.

Me contesta con una carita guiñando un ojo, un emoticono que siempre he pensado que se usaba para flirtear; lo reconozco de los mensajes de Zach antes y después de nuestros encuentros, que generalmente pisaban terreno gráfico.

Alguien se deja caer en la silla a mi lado, pero no es Angela. Es Zach.

—¿No deberías sentarte con tu novia? —pregunto antes de poder detenerme.

—No tengo novia —me susurra por encima de la voz de la señora Hill, que está hablando de estrógenos y ovarios—. Pero necesito pedirte un favor.

—¿Qué tipo de favor? —susurro de vuelta—. Supongo que no será sexual.

—Necesito que me ayudes con la química esta noche —dice—. En serio. Voy fatal y necesito tu ayuda. ¿Lo harás?

Me invade una oleada de alivio. Asiento con la cabeza, sintiéndome de pronto cinco kilos más ligera. Faye no puede usar los condones con Zach esta noche si él está conmigo.

—Vente a casa —le digo—. Tú, yo y mis maravillosos apuntes.

Su cara se rompe en una sonrisa.

—Gracias, gracias, gracias —me dice—. Me has...

—Por favor, no me digas que te he salvado la vida —susurro.

—Eso habrá que verlo —dice guiñando un ojo.

Miro a la pizarra y me acuerdo de repente de que he quedado con Jillian después de clase. Tiene un examen mañana y tengo que tomarle la lección con las fichas que preparé anoche con preguntas sobre la estequiometría. Vuelvo a escribirle a Charlie.

Mejor un poco más tarde. Tengo una clase particular después del insti.

Mi móvil vibra en el bolso casi al instante.

Vale. No nos llevará toda la noche.

Escribo en el margen de la hoja del cuaderno en el que se supone que debería estar tomando apuntes de lo que quiera que esté diciendo la señora Hill. En lugar de eso, garabateo una nota para Zach.

¿Puedes venir a las siete?

Deja el brazo suspendido sobre el papel un buen rato, pero cuando me pasa el cuaderno de vuelta, solo hay tres palabras. Tres palabras y una carita guiñando un ojo.

A las siete. ;)

La sonrisa me dura hasta que llego al aula de química, donde he quedado con Jillian, después de que suene el timbre. Ella se da cuenta.

—Estás contenta por algo —dice después de intentar equilibrar una reacción redox por segunda vez con no muy buen resultado.

Me encojo de hombros. Pienso en Zach, que todavía quiere que le ayude, aunque le he fallado tantas veces. Sigue perdonándose.

Me pregunto hasta dónde podría llegar a perdonarme.

Miro el enorme reloj de la pared antes de hacer un esquema en un trozo de papel milimetrado. He quedado con Charlie en media hora pero no pienso irme hasta que Jillian entienda esto. Se lo debo.

—Tú recuerda esto —digo, dando golpes en la página con el lápiz—. Hay que separar primero la ecuación en dos semirreacciones. Cada semirreacción se equilibra por separado antes de agregar las ecuaciones para conseguir una reacción global equilibrada.

Escribo la fórmula de cada semirreacción. El agente reductor y el agente oxidante. Jillian solo tiene que seguir la fórmula. ¿Por qué le resulta tan difícil si para mí está clarísimo?

—Es una cuestión de equilibrio, supongo —dice, frotándose las sienes—. Como todo en la vida, ¿verdad?

Levanta la vista hacia mí como esperando una respuesta.

—Verdad —digo, aunque se me revuelve el estómago cuando lo digo. Me siento como un fraude absoluto. No sé nada sobre el equilibrio. Lo sé todo sobre números, pero nadie puede salvarme. Quizá Zach esté con Faye ahora mismo. Quizá cuando venga a mi casa huela a ella. Quizá cuando acabemos su clase particular acabe también lo nuestro, y también mi amistad con Faye. Serán felices juntos y yo me quedaré fuera mirando.

—Eres buena profe —me dice cuando terminamos, después de hacerle el test con las fichas, que se lleva a casa para poder estudiar esta noche—. Mucho mejor que el señor Sellers. Podrías hacer su trabajo mucho mejor que él.

Me río, pero mi risa suena vacía. Por alguna razón pienso en Tommy. «¿Por qué yo? ¿Por qué Jillian?».

—Voy a aprobar este examen —dice, apretando los libros contra el pecho, como si así pudiera transferir todo el saber que hay en ellos a su persona—. Necesito sacar un seis en esta asignatura. Y lo voy a conseguir gracias a ti.

Le sonrío con los labios apretados. Me doy cuenta de que los números son importantes para todo el mundo. Jillian necesita un seis. Yo perdí la virginidad a los trece. He desvirgado a catorce chicos. Charlie va a celebrar los dos años que lleva saliendo con Angela. El Mal Actor se merece menos de un cero.

Pero el único número que me importa ahora mismo es el siete.

A las siete, perfecto.

26

Charlie llega a mi casa antes que yo. Está sentado en el porche con la mochila a sus pies y fumándose un cigarrillo. No me sorprende que haya llegado primero porque yo llego quince minutos tarde. Lo que me desarma es el cigarrillo. Charlie es antitabaco, o eso dice Angela. Me pregunto cuántos secretos más le oculta.

—Si tú no fumas —digo mientras abro la puerta.

—Quería probarlo. —Se levanta y se echa la mochila al hombro.

—Pues no puedes fumar dentro de casa —le advierto—. A Kim le daría un síncope. Esta semana está absolutamente en contra de la nicotina. Deberías haber venido en su fase de fumadora empedernida.

—Mierda —dice Charlie, aplastando la colilla bajo el zapato.

Lo guío hasta la cocina aunque lo que me gustaría sería cerrarle la puerta en las narices. No quiero que esté en mi casa. Pero no tengo ninguna razón para echarlo.

—¿Dónde está tu madre? —pregunta.

—Ni idea. Probablemente en Pilates. O en el bar. —Me río con crueldad y me sirvo un vaso de agua—. ¿Quieres beber algo?

Se mira la muñeca aunque no lleva reloj.

—Bueno, deben de ser ya las cinco. Ya ha abierto el bar.

—¿Quieres una copa? ¿Ahora?

Cruzo los brazos. Este no es el Charlie de siempre. Se encoge de hombros.

—¿Por qué no?

Me apoyo en los codos sobre la encimera.

—Creía que querías que te ayudara a preparar algo para Angela.

Se acerca más a mí.

—Y eso quiero. Pero me vendría bien inspirarme antes.

Le miro a la cara. Parece honesto y las comisuras de la boca se curvan en una sonrisa leve. Sea lo que sea lo que esté preparando, está nervioso, y supongo que el alcohol le templará los nervios.

Y, aunque no quisiera tener nada que ver con este plan, es demasiado tarde para echarme atrás.

—No creo que sea buena idea —digo. Pero Charlie pasa detrás de mí, me empuja la rodilla con la suya para abrirse paso y abre el armario de las bebidas y licores de Kim.

—No seas tan estirada —dice, cogiendo una botella que contiene un líquido color ámbar.

—¿Cómo sabías dónde estaban las botellas? —pregunto mientras abre el armario donde guardamos la cristalería. Me pone nerviosa ver lo bien que se maneja Charlie en mi cocina.

—Tu madre mola mucho. La mayoría de las madres te ofrecen una limonada después de arreglar el jardín. La tuya me suele ofrecer un té helado «Long Island».

Pongo los ojos en blanco.

—Bueno —digo—. Vamos arriba.

Por extraño que sea que Charlie esté asaltando el armario de las bebidas de Kim, mucho peor sería que Kim llegara a casa y se encontrara a Charlie en la cocina. Seguro que entablaría conversación con él y la aliñaría con insinuaciones de contenido sexual. Charlie tiene dieciocho años —todo legal—, así que estoy segura de que Kim ya le ha tirado los trastos alguna vez.

—Tú mandas —dice mientras subimos las escaleras. Camino más rápido de lo que acostumbro. Sé que mi falda es corta y no quiero saber si Charlie puede ver algo desde detrás.

Cuando llegamos a mi habitación, me siento con las piernas cruzadas en la silla de mi escritorio para evitar el momento incómodo que se produjo la última vez cuando nos sentamos los dos en la cama.

—¿Por qué odias a tu madre? —pregunta Charlie. Desenrosca el tapón y bebe un trago directamente de la botella.

—¿Perdona? —exclamo, sorprendida de su brusquedad.

—Cualquiera diría que la odias —dice, sentado al borde de mi edredón—. Es una madre muy guay.

—Espero que no te moleste pero preferiría no hablar de Kim —sentencio, aferrándome a los brazos de la silla—. Estamos aquí para hablar de ti y de Angela.

Resisto el impulso de añadir «y, además, no tienes ni idea del desastre que es mi familia, así que no intentes hacer como que sí».

—Solo quiere que seas feliz —dice, llevándose la botella a los labios de nuevo—. Quiere que encuentres novio.

Entorno los ojos.

—¿Te ha dicho eso Kim? ¿Por qué iba a hablar de eso contigo?

Se encoge de hombros.

—Hablamos de muchas cosas. Dice que todavía no has encontrado a nadie. Me dijo que siempre alberga la esperanza cada vez que traes a alguien nuevo a casa.

Me miro los dedos, crispados sobre los reposabrazos. Estoy apretando con tanta fuerza que tengo los nudillos blancos. Sabía que Kim era una madre horrible, pero nunca pensé que fuese a caer tan bajo como para hablar de mi vida amorosa con el novio de mi mejor amiga. Veo que me equivocaba.

—Está llena de mierda —mascullo entre dientes—. Si alguien trae a alguien nuevo a casa, es ella.

Charlie levanta una mano en señal de rendición.

—Vale, relájate. Yo no te he dicho nada. Solo soy el mensajero.

Relajo la tensión de las manos y me obligo a sonreír.

—Bueno, basta de fantasías estúpidas de Kim. Venga, cuéntame qué estás preparándole a Angela.

—Poco a poco —dice—. Es complicado.

—Sea lo que sea, seguro que le encanta —digo—. Pero no te agobies. No te estreses. Seguro que es algo que nunca olvidará.

Estoy pronunciando todas estas palabras, pero no me las creo.

Charlie bebe otro trago de ron y sacude la cabeza.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

Deja la botella en el suelo y estira los brazos por encima de la cabeza. El cuello le cruje.

—No tienes ni idea, pero yo sé que es verdad.

Levanto las rodillas al pecho.

—Creo que ya has bebido suficiente, Charlie. No sé de qué me hablas. Sé que estás nervioso por... lo que sea que estés nervioso, pero no vas a encontrar la solución al fondo de esa botella.

Asiente con la cabeza como si acabase de decirle algo increíblemente profundo. Luego se pone de pie y da una vuelta alrededor de mi cama.

—Tienes razón. Lo siento. No más ron para Charlie.

Miro el reloj de mi mesilla de noche. Son casi las cinco y Zach viene a las siete. Ojalá le hubiese dicho que viniera más temprano. De repente quiero cualquier excusa para deshacerme de Charlie. Además, la forma que tiene de hablar de sí mismo en tercera persona me da miedo.

—Entonces, señorita Mercy, ¿dónde encuentro la solución? —Hace un gesto exagerado con los brazos.

—Aquí —digo, en tono medio irónico, señalándome el corazón. Espero que se ría, que me diga que soy una listilla. Cualquier cosa menos lo que hace.

Intenta besarme.

Lo tengo encima tan rápido que no tengo tiempo de apartarme. Giro la cabeza justo a tiempo de que sus labios toquen mi cara en lugar de mi boca. El olor a ron de su aliento hace que se me revuelva el estómago y lo aparto con las manos. Pero la silla giratoria tropieza con algo que hay en la moqueta y se queda atascada, lo que le brinda otra oportunidad de abalanzarse sobre mí. Esta vez casi me caigo de la silla al intentar empujarlo.

—Charlie, ¿qué coño haces?

Respira con pesadez y empieza a reírse, lo que me confunde y me cabrea aún más. Tenía que haber insistido para que nos viésemos en el instituto. Allí nunca habría ocurrido algo así.

—No te resistas —dice, acercándose más—. Hay algo entre nosotros. Cada vez es más fuerte.

—¿Algo? No hay nada, aparte de que los dos queremos mucho a Angela.
—Me levanto de la silla y señalo la puerta—. Creo que deberías irte. Estás borracho.

—Angela. —Charlie se frota la barbilla con la mano como si estuviera reflexionando—. Angela me exige mucho. Angela quiere esperar hasta que nos casemos. Y parece que la mejor amiga de Angela, Mercy, cree que hay que estar totalmente segura.

Me dirige una mirada furiosa y me doy cuenta de que sabe que he hablado del tema con Angela. Lo sabe y está enfadado.

—No puedes obligarla a cambiar de opinión —digo, cruzando los brazos sobre el pecho—. Ni siquiera deberías querer hacer algo así. Es tu novia. Tienes que respetarla. Y si te vas ahora mismo no le diré nada de esto.

Espero que no se dé cuenta de que lo que estoy diciéndole es mentira. Por supuesto que voy a contarle a Angela todo lo que acaba de pasar en cuanto Charlie se largue de una vez de mi cuarto. Finge sorprenderse, burlándose.

—¿Si me voy ahora mismo? ¿Me estás amenazando?

Asiento con la cabeza.

—Si quieres tomártelo como una amenaza, adelante. Pero vete. Vete o te echo.

—No vas a hacer eso —dice—. Primero tienes que hacerme un favor.

—¿Qué favor?

Se sienta en mi cama y da una palmada sobre el edredón en el hueco vacío a su lado.

—Quiero que me desvirgues. Por lo que he oído, se te da bastante bien.

De todas las cosas que creía que podía decirme Charlie —que estaba borracho, que estaba nervioso, que sentía haberme asustado— esa no era una de ellas. Se me contrae la garganta, como si el corazón se me hubiese encaramado ahí arriba y estuviese bloqueando el paso del aire al resto de mi cuerpo. Puedo oír el corazón latiéndome en los oídos, fuerte y presa del pánico, como una alarma de incendios que hubiese saltado en mi interior.

Pero no le doy a Charlie la satisfacción de mostrarle mi miedo. Actúo por instinto y me hago la tonta para averiguar cuánto sabe.

—No voy a acostarme contigo, Charlie. No sé de dónde has sacado esa idea, pero quítatela de la cabeza.

Estira las piernas y las sube encima de la colcha.

—Así que aquí es donde ocurre la magia. He de decir que cuando me lo contaron no me lo creí. Pero lo comprobé por mí mismo.

Esboza una sonrisa de loco que me da ganas de vomitar.

—¿Cómo que lo comprobaste por ti mismo? —Me dejo caer en la silla giratoria por miedo a que me fallen las piernas de un momento a otro.

—Bueno, no hace falta que te lo tomes al pie de la letra. Los rumores son rumores. Y los cotilleos en los vestuarios son... bueno, cotilleos de vestuario. Pero oí cómo Connor Reid les contaba a unos tíos que por fin se había tirado a su novia. Con tu ayuda.

Cruzo los brazos delante del pecho intentando ahuyentar una nueva oleada de pánico. Connor Reid, el número cuatro, también conocido como el

Gritón. Pero cuando me acosté con él no jugaba al fútbol. Estaba en el equipo de béisbol, así que pensé que mi secreto estaba a salvo. ¿Desde cuándo sabe todo esto Charlie?

Mantengo la mirada fría.

—¿Y qué? Un tío tiene una fantasía sexual conmigo. Qué cosa.

Charlie sacude la cabeza. Sigue luciendo esa estúpida sonrisa en la cara.

—Eso es lo primero que yo pensé. Pero tenía dudas, así que empecé a investigar. Y resulta que hay un montón de tíos con la misma fantasía, y no todos del mismo círculo. Pensé que no podían estar mintiendo todos. Así que hice los deberes.

—¿Y? —La voz me sale mucho más temblorosa de lo que pretendía.

—Y, definitivamente, estás a la altura de tu reputación.

Repta por mi cama hasta el cabecero. Mis náuseas van en aumento mientras lo veo revolver entre las cosas que hay en mi mesilla de noche, donde está mi portátil. Cuando abre la palma de la mano para enseñármela, veo una pequeña esfera negra y plateada.

—Una webcam. —Rodea la esfera con los dedos—. Tenía que verlo con mis propios ojos, así que le encargué a un amigo que la pusiera. Creo que lo conoces bastante bien. Quiso vendarte los ojos, ¿puede ser? Y la verdad es que había mucho que ver.

Me muerdo el interior de la boca para no vomitar.

—Estás de coña. Eso no es una webcam. Es un truco.

Charlie baja la vista y empieza a contar con los dedos.

—Después de Juan lo hiciste con Jeremy Roth. Dos veces. ¿O fueron tres? Y el tal Zach, pero con ese ya sospechaba que andabas. Y el último ha sido Rafe Lawrence. Ese fue el *look* que más me gustó. Toda de negro y con los labios rojos. —Se frota los labios.

Mis ojos van de la webcam a la cara de Charlie. Sé perfectamente que no tengo escapatoria, que estoy atrapada en mi propia habitación y todo lo que sabe de lo que ha pasado en este mismo cuarto. Seguramente Charlie ya haya notado la sorpresa en mi rostro, y puede que el miedo también. Así que pruebo una nueva táctica. La honestidad.

—¿Qué quieres, Charlie? ¿Quieres que lo reconozca?

Él tamborilea con los dedos sobre mi mesilla de noche.

—Quiero que hagas por mí lo mismo que hiciste por ellos. Esas son mis condiciones. Si no aceptas, le enseñaré el vídeo a todo el mundo y todo el instituto sabrá exactamente lo que has hecho con sus novios y lo que escribes en tu cuadernito.

—¿Por qué? —digo, elevando la voz—. ¿Por qué te importa lo que haga o con quién lo haga?

—Tú te lo has buscado —dice, chasqueando la lengua—. Al principio solo quería saber si era verdad. Pero luego tuviste que estropear mi sorpresa. Ahora sabe que estoy preparando algo. Me ha dejado muy claro que no piensa hacerlo hasta que estemos casados, así que he pensado que lo mejor sería recurrir a ti. Está claro que estás preparada y dispuesta.

Me arde la cara pero intento no reaccionar de forma demasiado obvia, aunque el corazón no deja de golpear contra mi caja torácica. Si no está mintiendo y de verdad hay un vídeo, tendré que cambiarme de instituto. Pero eso es una salida mucho más digna que la de traicionar a mi mejor amiga. Nunca haría algo así.

Como no digo nada, echa la cabeza atrás y se ríe. Su carcajada me pone la piel de gallina.

—No lo entiendo —dice—. Con todo lo que follas tú, ¿por qué no quieres que folle yo? ¿Qué más te da? —Entrecierra los ojos—. O a lo mejor es que lo que querías era esto. Que mi primera vez fuese contigo.

—No voy a acostarme contigo, Charlie —digo con firmeza—. El chantaje no te va a funcionar.

No sé cómo, consigo que mi voz suene más fuerte de lo que me siento.

Se frota la mandíbula con la mano y sacude la cabeza. Al principio no dice nada y espero que se dé cuenta de lo ridículo de su plan. Pero entonces levanta la vista y la maldad de sus ojos no deja lugar a dudas.

—Me temía que dirías eso —dice, y se abalanza sobre mí antes de que pueda reaccionar. Cuando intento escabullirme de la silla, la empuja contra la pared y me atrapa allí. Tiene la rodilla sobre mi pecho y me magrea los pechos con la mano.

—Sé lo que te gusta —dice—. En tus propias palabras, que te toquen con firmeza y decisión. Aunque a mí me gusta tocar un poco más a fondo.

Me agarra los hombros con las manos. Balanceo la mano que tengo libre

y consigo arañarle la cara con las uñas, lo suficiente para hacerle sangre.

—Putá.

Se lleva los dedos a la mejilla y mira la sangre fijamente, como si no fuera suya. Aprovecho su momento de distracción para intentar darle un rodillazo en la entrepierna, pero él me atrae más cerca aún.

—Sabes que quieres —jadea—. He visto cómo me miras. No te resistas.

El corazón me late con fuerza y quiero gritar, pegarle, salir corriendo. La cabeza me va a mil por hora. «Busca los puntos débiles. Las rodillas. La garganta. La nariz. Los ojos». Pero estoy paralizada, atrapada en mi propio miedo como una mosca en una tela de araña. Cierro los ojos con fuerza y espero. Espero a que haga lo que sea que vaya a hacer.

Pero me suelta y deja caer los brazos a los lados del cuerpo. Abro los ojos. «Corre. Corre. Corre, Mercedes».

Pero no corro. No tengo el control de la situación, como no lo tenía hace cuatro años con Luke. Soy de nuevo aquella niña de trece años que se comportó como si fuese a cumplir veinte.

Charlie se acerca aún más y yo agacho la cabeza y me encojo, asustada. Su aliento caliente se coagula en mi oído.

—Ni se te ocurra contárselo a nadie —susurra—. Si se lo cuentas a alguien te destruiré. Todo el mundo verá ese vídeo. Y tendré que contarle a Angela cómo me sedujiste.

El aire se me atasca en la garganta. No puedo respirar. No puedo moverme. Me preparo. Pero se aparta de mí. Con cada paso parece alejarse un millón de kilómetros. No me doy cuenta de que se marcha hasta que está en la puerta. En cuanto sale de la habitación, mi cuerpo empieza a escuchar a mi cabeza, cierro la puerta con llave y me hago un ovillo en el suelo con los brazos alrededor de las rodillas. En posición fetal, como nos han enseñado a colocarnos en caso de que haya un terremoto.

Lo oigo bajar por las escaleras, el ruido sordo de sus botas al pisar el rellano. A continuación, un portazo.

Empiezan a temblarme las manos de forma incontrolable. El sonido de los latidos de mi propio corazón me rodea, es la banda sonora de mi fracaso. Bum, bum. «Cobarde. Enclenque». Bum, bum. «Víctima. Mentirosa». Me dije que nadie volvería a controlarme, nadie, después de lo de Luke. Pero

aquí estoy, hecha una pelota en el suelo otra vez. No ha cambiado nada. No he cambiado nada.

No sé durante cuánto tiempo llevo en el suelo, si segundos u horas. Me quedo así hasta que oigo la puerta. El cuerpo entero se me pone en tensión cuando pienso que puede ser Charlie, pero el ruido sobre las baldosas solo puede ser el de los tacones de aguja de Kim.

Debería levantarme, bajar y contárselo todo.

Pero ¿qué voy a decirle? Además, no me creería. Seguramente se pondría de parte de Charlie. Casi puedo ver a Charlie flexionando sus músculos y contándole su versión de la historia. «Me sedujo. Me invitó a subir a su habitación. ¿Qué iba a hacer?».

Debería llamar a Angela. Tiene que saberlo.

Por fin me levanto sobre las piernas temblorosas. Mi móvil está en la mesa, y recuerdo vagamente que ha vibrado hace un rato, pero no hago ningún ademán de cogerlo. En lugar de eso, me derrumbo sobre la cama y miro al techo, como he hecho tantas veces, solo que esta vez es diferente. Esta vez veo todas las grietas y la telaraña que se está formando en un rincón. La asistenta debería limpiar eso.

No puedo contárselo a Angela porque si se lo cuento saldrá todo a la luz. Tendré que contarle por qué Charlie amenazó con destruirme. Y no sé de qué lado se pondría. No sé si me creería. Charlie es su novio, el novio perfecto, dispuesto a esperar hasta el matrimonio. El chico íntegro y cariñoso que le regaló un anillo de compromiso. La estrella del equipo de fútbol, el atleta del corazón de oro.

Y yo soy la que se ha acostado con los novios de todas las chicas del instituto.

Nadie me creerá.

Todo este tiempo he creído que tenía el control, que llevaba la voz cantante, que yo era la que decidía y jugaba según mis reglas. Pero no ha sido así en absoluto. Porque he tenido la posibilidad de defenderme y no lo he hecho. Me he quedado inmóvil como un cervatillo asustado por los faros de un coche, igual que con Luke.

Paso de sentir mi cuerpo como algo ligero e insustancial, como si no estuviese aquí siquiera, a notar una roca enorme en la boca del estómago, con

sus aristas recortadas extendiéndose por todo mi cuerpo. Con Luke fue distinto. Yo era distinta.

«¿Lo era?».

Quizá me merezca todo esto. He dejado entrar a catorce chicos del instituto en mi cuarto para lo mismo que Charlie quería: su primera vez. ¿De verdad pensaba que no iba a enterarse tarde o temprano?

«No ha pasado nada. No ha pasado nada. Estoy a salvo».

Pero no puedo solucionar todo este lío tan fácilmente. No puedo empujarlo a un rincón oscuro al fondo de mi cabeza y olvidarlo. Intenté hacer eso con Luke, intenté cubrirlo. Enterrarlo. Y, en lugar de eso, casi vuelve a pasar, como un desagradable *déjà vu*.

Esta vez no puedo fingir que no ha pasado nada.

—Toc, toc, toc, toc.

La voz va acompañada de golpes reales en la puerta. Durante los primeros diez segundos después de despertarme, creo que es un día normal como todos, solo que me he quedado dormida. Pero entonces todo vuelve como un tsunami a mi cabeza. Charlie. Sus manos en mis hombros. Su aliento en mi oído.

Su amenaza.

—Toc, toc, Mercedes. Llegas tarde.

¿Desde cuándo sabe Kim a qué hora tengo que estar en clase? ¿Desde cuándo sabe Kim algo de mí?

Kim empieza a girar el pomo de la puerta y doy gracias por haber cerrado con llave. La puedo imaginar, impaciente, con su mano huesuda y todas sus pulseras haciendo ruido al manipular el picaporte.

—Cielo, no deberías cerrar con llave. Y vas a llegar tarde a clase.

Abro la boca para gritarle algo —probablemente alguna blasfemia—, pero me sobreviene una arcada. Alcanzo a coger la papelera que hay junto a mi cama justo a tiempo para vomitar dentro. Espero a que Kim me grite algo desde el otro lado de la puerta, algo como que la bulimia te destroza el esmalte de los dientes. Pero, afortunadamente, los golpes y los giros en el pomo se detienen y oigo sus pasos alejándose.

Me pongo de pie despacio. Me duele la cabeza. Cojo el móvil instintivamente, aunque me da miedo ver qué puede estar esperándome. Siete

llamadas perdidas y nueve mensajes, todos de Zach. Mierda. Zach. Nuestra clase particular, la que llevaba tanto tiempo prometiéndole. Leo los mensajes entre las lágrimas que me nublan la vista.

Oye, voy a llegar un poco antes. Espero que te parezca bien! Y si te parece mal llevo comida china para hacerte cambiar de opinión.

Eh, estoy en la entrada. Tu coche está aquí, sé que estás en casa. Estoy llamando. ¿Me abres?

Vale, me voy a comer tu rollito. ¿No oyes el timbre?

Me dijiste hoy, ¿verdad? ¿No era otro día? Sabía que tenía que haberlo apuntado.

Vale, estoy sentado en el porche porque estoy preocupado.

He llamado las veces suficientes para que me puedas considerar oficialmente un acosador. Por favor, llámame cuando veas esto.

Esto es muy raro... El novio de Angela acaba de salir de tu casa. ¿Hay algo que deba saber?

Sigo aquí, esperando.

Me voy. Ya nos veremos, supongo.

No lo llamo, aunque mis dedos rozan las teclas del teléfono. Le he dicho tantas mentiras, le he ocultado tantas cosas de mi vida que es imposible que Zach lo pueda llegar a entender. Si supiera la verdad, no querría volver a hablarme nunca. Y no lo culpo.

Así que apago el teléfono.

Pienso en quedarme en casa hoy y poner como excusa una enfermedad misteriosa. Pero ¿qué voy a hacer, dónde voy a ir? Así que me pongo de pie muy despacio, entro en el baño y abro el grifo de la ducha aunque no pienso meterme dentro. La sola idea de lavarme el pelo y enjuagarme el champú se me hace un mundo y, además, no tengo tiempo de secármelo ni de peinarme. Así que dejo correr el agua mientras me quedo sentada sobre la tapa del retrete.

Lo único peor que ir a clase hoy sería no ir a clase hoy. Y luego está Angela. Ella es la razón por la que tengo que ir a clase hoy. Aprieto la mandíbula con determinación y observo mi rostro en el espejo, deseando

parecer más fuerte de lo que parezco. Esto ya no solo es cosa mía. Tengo que contarle a Angela lo que ha hecho Charlie.

Y eso implica explicarle el porqué.

En el último momento, decido no ir a clase con los pantalones de chándal y la camisola con la que iba a salir. Había elegido ese atuendo porque no puedo soportar la idea de que nadie me mire como Charlie lo hizo anoche. Pero esconderme bajo capas de ropa fea y sin lavar solo servirá para llamar más la atención. Entonces, Charlie habría ganado. Y sonreír ahora mismo es lo más difícil que he hecho nunca, pero me obligo a hacerlo. Al igual que me obligo a ponerme una blusa ajustada, una con el cuello lo suficientemente alto como para esconder las marcas circulares de sus dedos en mis clavículas.

Me obligo también a pavonearme por el pasillo, coger mis libros de la taquilla y mantener la atención durante la primera clase, aunque la cabeza me pesa demasiado para sostenerla erguida y la gente pasa junto a mí a cámara lenta, como si formasen parte de una realidad alternativa. Por suerte hoy no hay química, porque creo que no podría sonreír si tuviese cerca a Zach y a Faye. Pensar en Zach me da unas ganas inexplicables de venirme abajo. Tengo el impulso acuciante de contárselo todo. A lo mejor he heredado algo más de Kim aparte de los ojos y los pómulos. A lo mejor yo también soy tramposa y mentirosa, alguien que no mejora las relaciones sino que arruina la vida a la gente. A lo mejor he sido derrotada por mi propio sistema.

A lo mejor tengo lo que me merezco.

No veo a Angela hasta la hora de comer, en la cafetería. Y no está sola. Charlie está sentado a la mesa frente a ella, dándole la mano, observándola comerse su sándwich de mantequilla de cacahuete. Angela siempre come un sándwich de mantequilla de cacahuete a mediodía, desde que la conozco. Siempre me ha resultado molesto que nunca varíe su almuerzo, pero hoy no. Necesita que la protejan. Pero no puedo protegerla aquí. Primero necesito estar con ella a solas y eso implica convencer a Charlie de que no tengo la más mínima intención de contarle nada. La única forma de conseguirlo es fingir que no ha pasado nada. Respiro hondo, estremeciéndome. Aunque la cafetería está perfectamente iluminada e inundada por el murmullo de las conversaciones, Charlie hace que me den ganas de tirar mi bandeja del almuerzo a la basura y salir corriendo.

Pero no puedo correr. No puedo dejar tirada a Angela. Ahora no, ahora me necesita más que nunca. Así que sigo caminando, pasito a pasito.

Me abro paso entre la gente y las mesas con la vista fija en el sándwich de Angela. La bandeja me tiembla en las manos y la mesa parece estar a un millón de kilómetros, pero por fin llego, sosteniéndome sobre unas piernas cada vez más endebles. Angela y Charlie no han levantado la mirada y todavía no me han visto, y esa es probablemente la única razón por la que sigo andando. Creo que no podría soportar la sonrisa de suficiencia de Charlie, esa expresión de victoria que seguramente pondrá. Obligo a mis labios a formar una sonrisa mientras me acerco a la mesa. «Como si no hubiera pasado nada».

—Dios, la clase de lengua ha sido horrible. El señor Bell es la persona con la mente más estrecha que he visto en mi vida. No quería escuchar mi teoría sobre Ofelia.

Me dejo caer junto a Angela.

—No digas eso —dice Angela moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Lo siento, es que el señor Bell es realmente cerrado de mente.

—No, que no digas Dios así.

Me dedica una mirada de «reprimenda» aunque no le sale nada bien. Angela no es nada autoritaria, y esa es una de las muchas razones de que la quiera tanto. Es demasiado honesta para mostrarse de otra forma que no sea como es. Su boca se rompe en una sonrisa. Me concentro en esa sonrisa.

—¿Cuál era tu teoría sobre Ofelia? —pregunta Charlie.

Su voz hace que se me erice el vello de la nuca y noto que se me pone la piel del brazo de gallina. Angela mordisquea su sándwich tan tranquila, ignorante del tono siniestro en la voz de Charlie que no puedo evitar percibir. Me obligo a mirarle y me resisto al impulso de arañar otra vez las marcas rojas de su mejilla y observar cómo sangran. Me pregunto qué le habrá dicho a Angela sobre eso.

—Mi teoría sobre Ofelia es que no estaba loca en absoluto. Simplemente unas personas mienten mejor que otras.

Le doy un mordisco a mi manzana y me obligo a tragar, aunque siento como si estuviera comiendo cristales.

—Bah —dice Charlie. Le coge la mano a Angela, la levanta de la mesa y

la besa—. Tengo que irme a la biblioteca a estudiar. Pero tengo la sensación de que voy a bordar este examen. No sé por qué, pero anoche dormí genial.

Se levanta de un brinco de la silla y le lanza un beso a Angela. Ella no lo ve darse la vuelta de nuevo, pero yo sí. Esa mirada era solo para mí; una mirada que dice «te estoy vigilando, así que no saques los pies del tiesto».

—¿Qué le ha pasado a Charlie en la cara? —pregunto cuando se va.

—Ah, se ha peleado con su gato, y ganó el gato.

Asiento con la cabeza. Qué excusa tan patética. Así que ahora soy un gato. Solo que yo no siento que haya ganado nada.

—Oye, Angela, ¿nos vemos después de clase? Podríamos hacer algo.

Espero que «podríamos hacer algo» suene mejor que «tenemos que hablar», que solo conseguiría asustarla.

Le quita la corteza al sándwich y la echa en el envoltorio de plástico.

—Me encantaría, pero he quedado para cenar con Charlie.

Me rasco la piel de alrededor de las cutículas por debajo de la mesa. Es una manía nerviosa que tengo, y siempre lo hago cuando pierdo el control de algún sector de mi vida. Angela lo sabe, por eso no dejo que lo vea.

—¿Mañana, entonces? Vente a casa, podemos pedir comida grasienta y ver pelis en la tele grande para fastidiar a Kim.

Angela se encoge de hombros.

—Suena bien. Pero mañana tampoco puedo. Charlie quiere que vaya con él al partido de fútbol de su hermano pequeño.

Charlie está cubriéndose las espaldas. Sabe que no voy a montar un escándalo en la cafetería porque no hay nada que Angela odie más que una escena en público que la haga llamar la atención. Así que se ha asegurado de ocupar todo su tiempo libre por si se me ocurría intentar quedar con ella.

Pero no sé cómo dejar pasar dos días más sin contárselo a Angela. Tengo que verla antes de lo que sea que haya preparado Charlie. Lo que más me preocupa es que Charlie intente acostarse con ella antes, que decida que no puede esperar hasta el fin de semana. Tengo que esforzarme.

Me arranco una uña rota debajo de la mesa. Un latigazo de dolor seguido de una sensación de calor deslizándose por mi dedo me confirma que estoy sangrando.

—¿Y si desayunamos antes de clase? —pregunto—. Sería divertido.

Angela me mira como si estuviera trastornada.

—¿Desde cuándo es divertido madrugar aún más de lo que ya lo hacemos? Además, mañana tenemos grupo de oración.

Me encojo de hombros.

—No sé. Solo quería hacer algo distinto.

Angela levanta la vista de su sándwich de mantequilla de cacahuete, ya sin corteza. Tiene los ojos muy abiertos y expresión preocupada.

—¿Qué pasa, Mercy? Me estás ocultando algo.

Suspiro. O eso pretendía, suspirar, sin más. Pero el aire se queda atascado en mi garganta y se convierte en una respiración temblorosa que amenaza con venir acompañada de lágrimas.

Angela alarga la mano sobre la mesa.

—Sé que te estás arrancando padrastrós ahí debajo. Algo te pasa. Ya sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea.

No puedo mirarla a los ojos porque sé que, si lo hago, voy a llorar. Y lo más vergonzoso que uno puede hacer en Milton High —mil veces peor que emborracharse en un baile— es llorar en la cafetería.

—Venga, desayunamos mañana —dice—. ¿Me recoges a las siete?

Sacudo la cabeza.

—Estaré allí a las seis y media.

Nos vamos cada una por su lado —yo a clase de francés a conjugar verbos y Angela a lengua a lidiar con el cabezota del señor Bell—, pero yo me desvío hacia el baño, donde me encierro y vomito. Lo que sale de mi estómago tiene un color amarillo horrible y una textura que hace que casi me ahogue. Intento tragar saliva después de tirar de la cadena, pero siento la boca como si la tuviese llena de bolas de algodón y cuchillas de afeitar. Después me siento en el suelo junto al retrete. Estoy mareada, como si tuviera resaca pero mucho peor.

—Oye, la bulimia no te pega nada —oigo decir a una voz.

Reconozco los zapatos que veo por debajo de la puerta del cubículo. Son de punta y tienen tachuelas alrededor del tacón.

Es Faye.

—¿Vas a contarme por qué me estás evitando? ¿O tengo que adivinarlo yo sola? —La oigo bajarse los pantalones y hacer pis.

—Estoy mala —digo con voz plana. Una excusa que corrobora el hecho de que esté vomitando en el baño.

—¿Tan mala que no puedes ni saludar a una amiga? Y anoche dejaste plantado a Zach. Está muy disgustado.

Se levanta y tira de la cadena.

—Lo siento —consigo articular—. Me encontraba fatal. Me fui a la cama muy temprano.

—¿Sola?

El estómago se me revuelve de nuevo, pero esta vez consigo no vomitar.

—¿Qué quieres decir con eso?

Baja la voz.

—Oye, Zach me ha contado que vio a Charlie saliendo de tu casa. No te juzgo, si eso es lo que te preocupa. Pero dime qué pasa. Soy tu amiga. Y los amigos se preocupan.

La imagino, de pie en el cubículo de al lado, apoyada contra el dispensador de papel higiénico, quizá mirando los mensajes del móvil o estudiando su manicura. No puedo enfrentarme a ella ahora porque me aterroriza lo que vea en mi cara. Verá a una mentirosa, a alguien que no quiere que nadie sepa lo que pasó anoche. Y no quiero ser esa mentirosa.

Así que hago lo único que sé hacer. La echo.

—No puedo aguantar un interrogatorio ahora mismo. Me encuentro mal. Solo quiero estar sola.

Incluso yo me sorprendo al percibir la maldad en mi voz. No pretendía ser borde, pero no quiero hablar con Faye de lo que ha pasado. Ni ahora, separadas por la pared del baño, ni nunca.

Pero si la he ofendido no lo demuestra.

—Vale, como quieras. Pero ya sabes que estoy aquí. Por si no quieres estar sola.

Sus tacones se alejan haciendo ruido.

Ya sola, me seco las comisuras de la boca con papel higiénico y tiro de la cadena otra vez para asegurarme antes de salir del cubículo. Cuando estoy en el lavabo, la puerta del baño se abre. Debe de ser Faye, que vuelve en busca de respuestas. Pero no va a conseguir lo que quiere. Me lo verá en la cara, todo, la culpa y las mentiras.

—Mercedes.

No es Faye. Es alguien a quien tengo aún menos ganas de ver. Jillian Landry.

—Hola, Jillian —digo con voz débil. Mi estómago emite un sonido gutural, como si tuviese un animal salvaje encerrado luchando por salir.

—El examen me ha salido bien —dice Jillian—. Tengo un buen presentimiento. Sobre todo la parte de...

Sigue hablando pero ya no la oigo. Está intentando establecer contacto visual y yo no puedo hacer eso. Veo las manos de Charlie en mis hombros, los dedos de Charlie, que podrían haberme hecho de todo. Ahogarme. Arrancarme la ropa. Pienso en que ni siquiera respiraba, en que el cuerpo me falló al no defenderse. Ahora mismo me da igual el examen de Jillian. Nada de lo que he hecho por ella importa ya.

—Me alegro —digo—. Me alegro mucho.

Me agarro al lavabo con la esperanza de no vomitar dentro y espero a que entre en un cubículo para salir corriendo. No tengo que mirarla para saber que tiene cara de estar preocupada. Preocupada por mí. Algo que no me merezco.

Antes de llegar siquiera al pasillo, decido que no puedo aguantar las clases que me quedan hoy. Me aterroriza la sola idea de estar en el instituto, por miedo a encontrarme con alguno de los chicos con los que me he acostado. No quiero que me vea nadie que haya tenido ningún tipo de contacto íntimo conmigo. Me siento frágil, como si me pudiera romper en mil pedazos y no volver a recomponerme solo con que alguien me mire de la forma equivocada.

Espero a que suene el timbre indicando el final de la hora de la comida para poder salir a salvo. Ni siquiera me paro en la taquilla para coger el abrigo y los libros. Tengo la vista nublada por las lágrimas y lo único que quiero es llegar hasta la puerta batiente sin romper a llorar y sin cruzarme con nadie conocido.

Pero de pronto lo veo saliendo de la biblioteca. «No te gires —suplico—. Por favor, no te gires».

Zach se gira hacia mí, y eso basta para que me caigan las primeras lágrimas. No hay maldad en su cara, ni rabia. No está enfadado. Ojalá lo estuviera. Podría enfrentarme a él si estuviera enfadado.

Tampoco está triste.

Se da media vuelta como si no me hubiera visto.

Quiero ir tras él y arreglarlo todo, pero es demasiado tarde. Desaparece al doblar la esquina y yo ni siquiera sé qué estaba estudiando en la biblioteca porque eso es algo que sabría un amigo y yo no soy una buena amiga.

Echo a correr por el aparcamiento y cierro el coche en cuanto entro, aunque sé que no hay nadie cerca. Ni siquiera me molesto en ponerme el cinturón antes de conducir a casa a toda velocidad. No recuerdo el camino, todos los coches se desdibujan en un arcoíris de colores, el sudor me moja el pelo y mis pensamientos van a mil kilómetros por hora. Quizá Kim se sintiera así la noche que la detuvieron por conducir borracha. Asustada, frustrada y fuera de control.

Ya en mi habitación, cierro la puerta con llave. No sé qué voy a hacer aquí hasta que de repente me acuerdo y el estómago me da un vuelco enorme. Lo que dijo Charlie ayer: «Si no aceptas, le enseñaré el vídeo a todo el mundo y todo el instituto sabrá exactamente lo que has hecho con sus novios y lo que escribes en tu cuadernito». Cuando lo dijo solo me fijé en la amenaza, en el tono agresivo de su voz que demostraba que lo decía en serio. Pero ahora solo puedo pensar en lo segundo: «Lo que escribes en tu cuadernito». Creo que Charlie tiene el cuaderno, en el que están todos los nombres. Y eso es lo peor de todo. Hay tanto de mí en esas páginas como de los chicos. Recuerdo las anotaciones que he hecho últimamente, los textos en los que me desahogaba. Mis pensamientos. Mis inseguridades. Las notas que les ponía. Todo.

Pongo la habitación patas arriba en busca del libro; revuelvo los cajones y levanto los montones de ropa. Charlie se lo ha llevado. Lo tiene Charlie. Sé que lo tiene, pero sigo buscando, sacando los libros de los estantes y viéndolos caer sobre la moqueta. Charlie se lo ha llevado, pero no pierdo la esperanza de ver la tapa blanca perlada en algún rincón. Si encuentro el cuaderno lo destruiré. Si encuentro el cuaderno puedo llegar a creer que todo irá bien.

Sigo buscando hasta que el sol se pone fuera de mi ventana, hasta que me corren riachuelos de sudor y lágrimas por la cara. No pienso salir de mi cuarto hasta que encuentre el cuaderno. Incluso si eso significa que tengo que

quedarme aquí para siempre.

Suena el timbre y me hago un ovillo en el suelo. Si tengo suerte, quienquiera que esté en la puerta acabará por desaparecer.

Pero estoy empezando a pensar que nada desaparece, por mucho que intentes enterrarlo.

No pienso bajar a abrir. No voy a bajar a abrir. Nunca antes me había dado miedo abrir la puerta de mi propia casa. Pero estoy sola en casa y soy muy consciente de ello. Sola y vulnerable. Pero quienquiera que esté en la puerta no para de llamar al timbre. Resuena en toda la entrada, alto y exigente, hasta llegar a mi habitación. Charlie debería estar con Angela esta noche. Pero ¿y si me ha tendido una trampa para mantenerme alejada de Angela? ¿Y si vuelve a por mí?

Sacudo la cabeza.

—No —digo en voz alta, aunque estoy sola en la habitación.

Charlie no haría un plan falso. Pero, después de lo de ayer, en realidad no conozco a Charlie en absoluto.

Bajo con cautela por las escaleras con los puños apretados tan fuerte que me clavo las uñas en la palma de las manos. El corazón me late pesadamente al llegar hasta el recibidor y colocarme ante la puerta. Hazlo. Haz que quienquiera que sea se vaya. Si Charlie está llamando al timbre es porque la puerta está cerrada con llave. Y, si la puerta está cerrada con llave, yo soy la única que puede abrirla.

Respiro hondo y miro por detrás de las cortinas. Espero ver a Charlie con la misma sonrisa cínica que tenía a la hora de comer, pero tengo que pestañear varias veces al ver las dos figuras que están en el umbral de la puerta.

Kim y mi padre. El mismo padre que no veo y del que no sé nada desde

hace más de tres años se ha materializado en mi puerta. Y me doy cuenta de que no han llamado al timbre aposta. Han llamado al timbre sin querer, porque la espalda de Kim está apoyada contra él, y mi padre está apoyado contra ella. Mis padres enrollándose en la puerta de mi casa. Ahora todo tiene sentido. Por eso Kim me habló de él en la cena y por eso me contó la verdadera razón por la que nos abandonó. Van a volver juntos, o al menos ella quiere volver.

Me alejo de la puerta de puntillas, aunque no pueden oírme y además están demasiado concentrados el uno en el otro para verme a través de la cortina. No puedo enfrentarme a esto ahora mismo. No puedo enfrentarme a la incertidumbre. No puedo soportar la posibilidad de que mi padre haya venido a verme. No puede verme así, no puede ver a su hija rota y con los ojos hinchados. No puedo dejar que eso pase. Así que me escabullo por la puerta de atrás. Ni siquiera sé dónde voy hasta que todo cobra sentido de repente.

No puedo esperar hasta el desayuno para contárselo a Angela. No puedo quedarme aquí preocupada por el siguiente movimiento de Charlie, por que pueda pensar que soy demasiado rebelde como para guardar su asqueroso secreto.

Y como ni Kim ni mi padre pueden saber que estoy en casa, me voy andando, con las chanclas y el chándal, la ropa mugrienta con la que no he sido capaz de ir al instituto. La casa de Angela está solo a cinco manzanas de la mía. Ensayo lo que voy a decir en mi cabeza. «Tu novio es un degenerado. Tu novio no es quien finge ser».

No puedo venirme abajo. Angela es vulnerable, y no podemos ser las dos vulnerables, así que tengo que ser valiente.

«Angela. Tengo algo que contarte».

Pero, cuando llamo a la puerta, el discurso abandona por completo mi cabeza. Las palabras se detienen antes de llegarme a la boca al ver quién me abre la puerta. Charlie. Algo parecido al pánico cruza su rostro y noto un breve acceso de poder que no dura mucho. Él se da cuenta y sabe que el poder vuelve a ser suyo. Su miedo da paso a una sonrisa de engreimiento y yo me repliego en mí misma y tengo que obligarme a mantenerme allí plantada cuando lo único que quiero es huir de él y correr todo lo lejos que

pueda.

—¿Y bien? —dice, apoyando la mano en el pomo de la puerta—. Si estás aquí para contarle a Angela nuestro secreto, llegas tarde. Ya lo he hecho yo.

—¿Cómo?

Intento apartarlo para entrar en la casa, sin saber qué voy a decirle a Angela si eso es cierto y sin saber qué voy a decirle si no lo es. Pero Charlie me bloquea el paso y me pone las manos en los hombros para mantenerme fuera. Cuando levanto las manos para librarme de él, aprieta más fuerte hasta hacer que me retuerza de dolor.

—¿No crees que ya has hecho suficiente daño? —susurra—. No lo empeores más.

Estoy a punto de pegarle un rodillazo en la entrepierna cuando la madre de Angela aparece detrás de él. He visto varias veces a la madre de Angela en el curso de nuestra amistad, y la impresión que me ha causado siempre es que es todo lo contrario de Kim. Es una madre típica, de esas que hacen cenas familiares y llevan faldas que no les llegan solo hasta medio muslo y no se emborracha durante el día. Básicamente es como Angela dentro de treinta años.

—Mercedes —dice—. ¡Qué alegría verte! Justo acabamos de empezar a comer, ¿quieres quedarte a cenar?

—Claro, quédate —dice Charlie con voz empalagosa—. Estaba a punto de dar una gran noticia.

Inclino la cabeza hacia un lado, confundida, e intento protestar (por mucho que necesite contárselo a Angela, no pienso hacerlo delante de su madre y del resto de su familia), pero la madre de Angela ya me está guiando hasta el interior de la casa.

—Te echamos de menos por aquí —me dice.

Me siento aún más pequeña que cuando he llamado a la puerta. Tiene razón. La noche que vine a hacer las galletas ha sido la única vez en los últimos dos meses que he pasado por casa de Angela. Los vírgenes se convirtieron en mi prioridad, le he estado dedicando más tiempo a un montón de gente desconocida que a mi mejor amiga.

No sé cómo he permitido que pase eso.

Angela está sentada a la mesa enrollando los espaguetis en el tenedor.

Esboza una enorme sonrisa al verme. «Charlie mentía. No lo sabe».

—¡Mercy! Nadie me ha dicho que venías. —Mira a Charlie—. ¿Ha sido idea tuya?

Charlie me mira y guiña un ojo, lo que hace que se me revuelva el estómago.

—Claro —dice—. Quería que estuviera presente toda la gente que quieres cuando dijera lo que voy a decir.

Aparta la silla para que la madre de Angela se sienta y parece que va a hacer lo mismo por mí, pero yo retrocedo y me apoyo en la pared.

—Me quedo de pie —digo.

—Como quieras. Pero creo que sería mejor que te sentaras para escuchar esto.

Se dirige a su sitio en la cabecera de la mesa, enfrente del padre de Angela, que es básicamente una versión masculina de esta, desde el pelo rubio y escaso hasta la nariz chata como un botón.

Charlie levanta el vaso, que parece de vino pero seguro que es zumo de manzana.

—Como todos sabéis, Angela y yo acabamos este año el instituto y nos graduaremos. Yo ya tengo dieciocho años y este fin de semana es nuestro segundo aniversario. Angela y yo llevamos juntos el tiempo suficiente como para saber que estamos hechos el uno para el otro, y queremos que esto sea para siempre.

Rebusca en el bolsillo de atrás de sus pantalones. Apoyo las manos en la pared para mantener el equilibrio. El muy cabrón va a pedirle matrimonio. Saca una cajita negra.

—Angela, sé que no es mucho, pero te daré algo mejor cuando tenga trabajo y pueda mantenerte. Que es lo que voy a intentar con todas mis fuerzas. —Se arrodilla junto a la silla de ella y le sujeta la muñeca—. Angela, ¿quieres casarte conmigo?

30

Angela deja caer el tenedor en el plato. El ruido que hace es lo único que se oye en el salón. Me llevo una mano a la boca para no vomitar y mantengo la otra en la pared para no caerme al suelo. Miro a la madre de Angela. Espero que proteste, que diga algo como que la gente no se promete cuando todavía va al instituto, ni aunque lleven dos años juntos ni aunque estén en el grupo de oración.

Pero no protesta. Junta las manos y emite un gritito de emoción, entre un chillido y una risa. El padre de Angela incluso se pone en pie, le da una palmada a Charlie en la espalda y le estrecha la mano. La misma mano que se ha hundido en mis hombros hace unos minutos.

Me deslizo pared abajo. La cabeza me da vueltas. Desde el suelo puedo ver las manos de Angela, juntas en su regazo. No ha dicho nada todavía. A lo mejor dice que no. Angela siempre ha sido muy pragmática. Sabe que es joven e inexperta.

Pero Charlie habla por ella.

—Será un compromiso largo, claro —le dice al padre de Angela—. No tenemos ninguna prisa. Los dos tenemos que completar nuestros estudios primero. Pero quiero que tanto Angela como vosotros sepáis lo en serio que voy con ella.

Observo cómo Charlie le levanta la mano del regazo a Angela. La madre se lleva la mano a la boca. Tiene los ojos empañados, así que deduzco que Charlie le ha debido de poner el anillo en el dedo.

Y así es como mi mejor amiga se compromete a los diecisiete años con el chico que anoche intentó obligarme a tener relaciones sexuales con él. Es como uno de esos sueños raros donde observas una escena demencial y eres el único que sabe lo que está pasando. Soy una intrusa en lo que debería ser una escena familiar memorable, algo que todos los presentes deberían querer recordar en años venideros. Deberían, si el chico que acaba de pedir la mano de su hija no fuese un sociópata loco disfrazado de fanático religioso.

No digo que me voy, solo me levanto y salgo por la puerta. Puedo fingir un montón de cosas, pero no puedo fingir felicidad por Angela y no puedo estar en la misma habitación con toda esa gente atrapada en las mentiras de Charlie. Y sobre todo no puedo estar cerca de Charlie. Ha ganado. Es como si hubiese querido que estuviera aquí, para demostrármelo. De forma involuntaria, he hecho que la noche fuera exactamente como él quería.

—Mercy, ¿qué pasa?

Angela me grita desde el porche cuando ya estoy a medio camino de la salida. Llevo la capucha puesta y esperaba que con la emoción no se diese cuenta de mi marcha. Pero no ha habido suerte. Angela es demasiado buena amiga. Una amiga lo suficientemente buena como para estar a mi lado durante años sin saber nada sobre mí en realidad.

Una parte enorme de mí desearía no haberle dicho nada. Ojalá pudiera dejarla disfrutar de su momento. Ojalá Charlie no fuese el tipo de chico que intenta chantajear a la mejor amiga de su novia. Angela es una buena amiga y, por una vez, yo también voy a ser una buena amiga.

Me alcanza al final del camino de entrada. Tiene la cara inundada por la preocupación. Cuando Angela se preocupa, se le nota por encima de las cejas, donde aparecen dos hoyuelos diminutos. Es la misma cara que pone cuando no consigue resolver una fórmula en química, la misma que pone cuando alguien (generalmente yo) toma el nombre de Dios en vano. Pero esto es un problema mucho mayor, y estoy segura de que esos hoyuelos van a convertirse en cráteres.

—Estás llorando —dice, y supongo que tiene razón, aunque ni siquiera lo había pensado—. Tú nunca lloras. Y nunca llevas chándal en público. Pase lo que pase, puedes contármelo.

Me seco los ojos con la manga de la sudadera.

—Angela, no quieres oír esto, y mucho menos esta noche.

—No me importa. Cuéntamelo. Las mejores amigas se lo cuentan todo.

Le tiembla el labio de abajo, como si ella también estuviera a punto de llorar.

Es una mierda que la quiera más que nunca justo ahora. Nunca antes nos hemos dicho que somos buenas amigas. Es una de esas cosas que nunca hemos hecho oficial porque, simplemente, es así. Alguna gente no necesita poner etiquetas a las relaciones. Como mejores amigas, Angela y yo éramos de ese tipo de gente. Hasta esta noche.

—Es sobre Charlie —digo, mirando al suelo.

—¿Qué pasa con Charlie? —pregunta—. ¿Sabías que iba a hacer esto?

Sacudo la cabeza y me envuelvo con mis propios brazos.

—No, no sabía que iba a hacer esto. Es sobre Charlie anoche.

—¿Qué pasó anoche?

Angela se balancea de atrás adelante, trasladando el peso de un pie al otro. Dirijo una mirada fugaz a la puerta delantera, que Angela ha dejado entreabierta. En parte espero ver la cara de Charlie asomándose, con esa expresión malvada que tengo grabada a fuego en la cabeza. La expresión siniestra con la que me miraba cuando me tenía atenazada contra la pared. Pero veo por la ventana que está ocupado charlando con los padres de Angela. Una feliz escena alrededor de la mesa del comedor, como en una tarjeta de felicitación de Hallmark. Aunque no creo que Hallmark haga tarjetas de felicitación para gente como Charlie.

—Charlie vino a mi casa anoche.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Me obligo a mirarla a los ojos.

—¿Te acuerdas de la sorpresa que te dije antes? ¿Con la que me había pedido ayuda?

Asiente varias veces con la cabeza, tantas que parece uno de esos muñecos cabezones con un muelle en el cuello.

—Sí, la verdad es que ha sido una sorpresa —dice con una risita.

«Tú odias las sorpresas», me entran ganas de decirle.

—No me dijo nada de esto —le digo—. Era otra cosa. Por vuestro aniversario. —Aprieto las manos escondidas en las mangas de la sudadera—.

Dios. Eso no es importante.

—No digas «Dios» —dice Angela.

Me echo a reír, aunque las lágrimas me asoman en los lagrimales.

—Dios, Angela, lo intentaré, pero no es fácil contarte que Charlie intentó obligarme a mantener relaciones con él.

No esperaba que saliera así, como cuando vomitas después de pasarte la noche entera bebiendo y necesitas expulsarlo de tu cuerpo. Una vez que lo he dicho, el silencio flota en el aire. No se mueve nada, ni siquiera la cabeza de Angela.

Abro la boca para explicarme mejor, pero ella se adelanta.

—¿Cómo? ¿Se puede saber de qué coño estás hablando?

Angela nunca ha dicho «coño», al menos no desde que yo la conozco y seguramente tampoco antes. Esto pinta mal.

—Charlie vino a mi casa anoche —digo mientras el pánico se abre paso en mi garganta—. Quería que me acostase con él. Estábamos solos en mi cuarto y me amenazó.

Es la primera vez que digo lo que ha pasado en voz alta, y la gravedad del asunto me dificulta la respiración. Y si a mí me cuesta respirar, a Angela aún más. Apoya las manos en las rodillas y baja la cabeza, como nos han enseñado a hacer en clase de economía familiar si notamos que vamos a desmayarnos.

Miro a la ventana, desde donde, ahora sí, me mira Charlie. Sabe lo que está pasando, y eso significa que tengo menos de un minuto para contárselo todo a Angela.

—Mira, quería habértelo contado antes. Quería contártelo justo después de que pasara, pero estaba paralizada. No sabía qué hacer, él quería que lo hicierais en vuestro aniversario, y yo no podía dejar que eso pasara porque antes tenías que saber que es un montón de mierda en realidad.

Las palabras salen de mi boca *in crescendo*, empezando rápido y terminando con fuerza y enfado. No tenía planeado enfadarme tanto, pero así son las cosas. Mis manos se cierran en dos puños, dos puños con los que solo quiero pegarle a Charlie.

Angela pestañea una y otra vez.

—Pero ¿por qué iba a hacer algo así? —Le tiembla la voz.

Respiro hondo. Se me cierra la garganta, y se me acaba el tiempo porque Charlie se acerca corriendo por el camino de entrada.

—¿Qué le has hecho? —pregunta, rodeando el cuerpo doblado de Angela con los brazos. Está furibundo. Aunque quiero mantenerme firme, doy un paso atrás.

—No se trata de lo que le haya hecho yo a ella, sino de lo que intentaste hacer tú conmigo. Ahora lo sabe todo.

Me seco la mejilla con la manga e intento parecer más desafiante de lo que me siento.

Espero que Charlie se haga el tonto, ya que no puede darme un puñetazo en la cara con Angela allí al lado. Pero me sorprende.

—Mercedes, no iba a decir nada. No quería estropear tu amistad con Angela.

—¿Qué coño dices? Lo sabe todo, Charlie. Se acabó.

Charlie susurra algo al oído de Angela, algo que no puedo oír. Ella se tapa la cara con las manos y empieza a llorar. Luego hace algo que no quiero ver. Llora en el hombro de Charlie.

—Creo que los dos estaremos de acuerdo en que Angela se merece saber la verdad —dice—. Quería contárselo antes pero, como ya he dicho, no quería destrozar la opinión que tiene de ti. Siempre te ha admirado mucho.

Levanto las manos en el aire.

—Basta de juegos. Déjalo. Eres un cerdo asqueroso, Charlie.

Le da un beso en la cabeza a Angela y me dirige una media sonrisa petulante y desagradable sin que ella pueda verlo.

—Ahora que no me das otra opción, tengo que contárselo.

Libera a Angela de su abrazo y se agacha hasta ponerse a su altura para mirarla a los ojos. Incluso le seca las lágrimas.

—Tu mejor amiga, Mercedes, no es exactamente quien dice ser.

Angela no dice nada. Sus ojos van de Charlie a mí, y de nuevo a Charlie, hasta que él le sujeta la cara con las manos y la obliga a fijar la vista en él.

—Te mereces algo mucho mejor que ella, Angie. Creo que no conoces en absoluto a Mercedes.

Angela sigue mirando a Charlie pero me habla a mí.

—¿A qué se refiere, Mercy?

Charlie contesta.

—Me refiero a lo que pasa en la habitación de Mercy.

Rechino los dientes.

—No me llames así.

—¿Cómo? ¿Mercy? —dice—. Así es como me pedías que te llamara anoche. Me suplicabas que dijera tu nombre. Me pediste que fingiera que eras Angela.

No es posible que piense que Angela va a dudar de mí. No puede creerle ahora que sabe toda la verdad. No puede mirarle a los ojos y creerle. ¿O sí puede?

Respiro hondo.

—¿Antes o después de que te abalanzaras sobre mí? Porque no me dejaste mucho tiempo para decir nada.

Angela llora en silencio. Quiero acercarme a ella y abrazarla, pero Charlie me bloquea el paso.

—Mi dulce Angie, me parece que Mercy te ha estado ocultando un secreto. Mercy ha estado repasándose a todo el instituto, y anoche intentó seducirme. Hasta se puso un modelito sugerente para la ocasión. Pero tranquila, que no permití que pasara nada. Me estoy reservando para ti.

No puedo verle la cara a Angela porque se la tapa el pelo y el brazo de Charlie, pero puedo imaginar lo profundos que se han hecho los hoyuelos de la frente. Empiezo a notarme mareada, como si de un momento a otro fuese a caerme redonda en el asfalto y perder el conocimiento. Pero no puedo hacer eso. Recuerdo por quién he venido aquí. Angela. Claro que Charlie se va a resistir, pero no se saldrá con la suya. No puede salirse con la suya.

—Eso es mentira —balbuceo—. Vino a mi casa a asustarme. A chantajearme para que me acostara con él. ¿De verdad crees que eso que tiene en la cara se lo hizo un gato? —Me bajo el cuello de la sudadera para enseñar las marcas rojas en mis clavículas—. Mira lo que me hizo.

Angela se aparta de Charlie. El corazón me da un vuelco. La he convencido. Me cree. Pero Charlie empieza a hablar de nuevo antes de que ella pueda pronunciar palabra.

—Eso es cierto. No fue el gato quien me arañó la cara. Fue ella, cuando la rechacé. Se volvió loca y me atacó. —Aprieta la cara de Angela contra su

pecho—. Y esas marcas se las ha debido de hacer ella sola. Le va la violencia, o eso dice ella.

—Estás loco —exclamo—. Eres un puto loco. Un mentiroso patológico. Es un mentiroso patológico, Angela. No le escuches.

Ella dice algo, con la cara enterrada en el pecho de Charlie, pero no alcanzo a oírlo. Hasta que al fin se separa y veo que tiene la cara roja y surcada de lágrimas y rabia.

—No sé a quién creer —solloza—. No creo que Mercy se haya acostado con nadie del instituto. Nunca se ha mostrado interesada en ningún chico. No tiene sentido.

Podría mentir, aprovechar mi ventaja. La balanza parece haberse inclinado momentáneamente hacia mi lado, pero no quiero tomar ese camino. Si Angela tiene que saber la verdad, que lo sepa todo.

Pero Charlie se me adelanta, y tiene pruebas. Sus pruebas vienen en forma de un cuaderno que saca del bolsillo de atrás del pantalón. Mi cuaderno, el que me regaló Angela. El que no estaba en mi habitación. Saber que probablemente lleve todo el día en su bolsillo me da ganas de vomitar. Quiero abalanzarme sobre él, quitárselo e irme corriendo lo más lejos que pueda, pero estoy paralizada. Igual que anoche. No puedo moverme para salvarme.

—Veamos. Doce de septiembre. Tommy Hudson. Alguien empezó el curso con un polvo. Treinta de septiembre, William Malcom, *el Mordisco*. Uf —dice, moviendo la cabeza—. Once de octubre, Patrick Myles, *el Risitas*. Veintitrés de octubre, Connor Reid, *el Gritón*. —Sigue pasando páginas—. Parece que has estado muy ocupada.

A Angela le tiembla el labio.

—¿De qué habla, Mercy? Tommy Hudson está en mi clase. Sale con Jillian desde secundaria.

Dejo caer la cabeza. Sabía que Charlie era capaz de cualquier cosa, pero nunca pensé que pudiese llegar a esto. O quizás es que no sabía cómo sonarían en voz alta las cosas que he hecho. No suenan para nada a buenas acciones.

—Se acuesta con estos chicos, Angie. Los seduce. Los engaña para que vayan a su habitación. Les quita la virginidad. Les arruina la vida.

Angela se aparta de los dos. Estira la mano.

—Dame el cuaderno —dice con voz irreconocible.

—Angela, lo que hay en ese cuaderno...

Me hace un gesto para que me calle. Tampoco sé qué pensaba decir.

—Gus Teller. Chase Redgrave. Bobby Lewis. —Pasa las páginas con el dedo pulgar. Observo cómo la cara se le pone cada vez más colorada—. Evan Brown. —Levanta la vista para mirarme—. ¿Evan Brown? Lo conozco. Venía al grupo de oración. Decía que quería muchísimo a su novia y que iban a esperar hasta el matrimonio.

Me miro los pies. Me acuerdo de que Evan Brown dijo eso, pero supongo que luego cambió de opinión.

—¿Tienes algo que decir en tu defensa? ¿O de verdad has estado llevando una doble vida todo este tiempo? Creía que te debías a Dios.

—No creo en Dios, Angela —digo, arañando la acera con una de mis chanclas y haciendo grandes esfuerzos para que no se me rompa la voz—. No creo en Dios y sí, me he acostado con todos esos chicos. Por duro que sea, reconozco que he mentado. Pero lo de que Charlie intentó forzarme es verdad.

—No es verdad —se defiende Charlie—. ¿Por qué crees que Mercedes está montando toda esta escena para acusarme? ¿De verdad crees que se ha comportado como una buena amiga? Estaba celosa. No quería que tú me tuvieras porque me quería para ella.

Lo que más me cabrea es oír que no le cambia la voz en absoluto, que no se frustra, que no se enfada. Su voz tiene la consistencia de la seda, mientras que la mía no para de romperse.

—Usaba el sexo para romper parejas. Y quería hacer lo mismo con nosotros.

Angela lleva la mirada de mí a Charlie y luego a mí de nuevo. No sé por qué pero algo me dice que este es un momento decisivo, el momento de inclinarse por uno o por el otro. Por fin deja caer el cuaderno blanco al suelo y levanta la vista. Hacia mí. Pero no es una mirada normal, sino una llena de ira, con las facciones desencajadas de rabia.

—Deberías irte —dice—. Y no deberías volver al grupo de oración nunca más.

Da media vuelta y corre hacia la casa. Alcanzo a ver a sus padres en la

ventana, observando la escena con cara de preocupación. Sea lo que sea lo que crean que está pasando, estoy segura de que no se imaginan esto.

Me agacho para coger el cuaderno, pero Charlie es más rápido.

—Me voy a quedar con esto —dice.

—Que te jodan —le digo con los dientes apretados. Nunca antes había tenido tantas ganas de matar a nadie.

—Si lo hubieses hecho tú, nada de esto habría pasado —me suelta, acompañado de otro enervante guiño del ojo. Me estiro para quitarle el cuaderno, pero me esquiv—. Deberías haber sabido que nunca iba a dejar que te creyese. Angela lo es todo para mí. Y yo siempre lo seré todo para ella.

—Si Angela lo es todo para ti, ¿por qué querías acostarte conmigo?

Se encoge de hombros como si nada, como si le hubiera preguntado si prefiere pizza o comida china para cenar y le diera igual.

—Porque te entrometiste en mi camino. Actuaste a mis espaldas. Supongo que te lo merecías por haberme jodido el plan. Pero ahora me alegro de no haber malgastado mi primera vez contigo. Tengo otros planes.

Aprieto la mandíbula.

—No vas a salirte con la tuya —le escupo—. Angela lo averiguará todo. No te creerá.

Arquea una ceja.

—¿No te has enterado? Ya me cree.

Estiro la mano. No estoy segura de lo que pretendo hacer con ella. Quizá pegarle o arañarle la otra mejilla. Pero él la sujeta en el aire y me atrae hasta él.

Baja la voz hasta que no es más que un susurro.

—Dicen que la primera vez no se olvida nunca. Yo nunca olvidaré mi primera vez con Angela el fin de semana que viene. Sus padres se van de viaje. Estaremos los dos solos. —Me retuerce la muñeca tan fuerte que me hace daño, y luego la suelta de golpe—. ¿Crees que estás acabada, Mercy? Espera a ver lo que voy a hacer ahora. Lo único que tenías que hacer era tener la boca cerrada. Pero supongo que tenía que haber sabido que no se te da nada bien.

—No te saldrás con la tuya —digo en voz baja. No sé si me ha oído ni si quería que me oyese. Pero se acerca aún más, lo suficiente para que note su

aliento caliente en la oreja.

—Ah, y Mercy: cuando esté follándome a Angela, pensaré en ti.

Echo el brazo hacia atrás y le pego un puñetazo en la cara con todas mis fuerzas. Nunca le había dado un puñetazo a nadie, pero a juzgar por la sangre en el labio de Charlie y el escozor que noto en los nudillos, creo que lo he hecho bien.

—Gatita mala —sisea. A continuación, se chupa la sangre del labio y me guiña el ojo antes de salir corriendo hacia la casa.

Me quedo allí de pie un buen rato, hasta que la madre de Angela mira por la ventana con el ceño fruncido y baja la persiana. Pienso en qué estarán diciendo en la casa, si es que están diciendo algo. Me pregunto qué pensarán la madre y el padre de Angela de su amiga problemática, la que la hizo llorar la noche de su compromiso. Pero sobre todo pienso en qué estará diciéndole Charlie, qué clase de veneno estará susurrándole al oído. Y qué estará pasando en su habitación ahora mismo.

«Gatita mala». Eso es lo que ha dicho Charlie. Me muerdo el labio tan fuerte que me hago sangre y saboreo el regusto metálico en la boca.

Si Charlie cree que soy débil, está muy equivocado. Porque voy a ser un gato con más de siete vidas.

No me voy a casa. No puedo irme a casa sabiendo que Kim y mi padre pueden estar allí. Ninguno de los dos me conoce, pero si me presento en casa con la cara en carne viva de llorar van a fingir que sí me conocen y querrán saber el motivo de mis lágrimas.

No hay ningún sitio donde pueda ir, así que camino por el barrio durante horas, hasta que me duelen los pies y las piernas y el aire empieza a hacerme daño en los pulmones con cada inhalación. Me quito de la cabeza unas cien veces la idea de ir a casa de Zach. Seguramente Julia me daría uno de sus abrazos suaves, me preguntaría qué me pasa y me haría un chocolate caliente. Pero entonces tendría que contarle a Zach lo que he hecho y no creo que pudiera perdonarme. No quiero seguir mintiéndole a Zach. Voy a perderle de todas formas, pero no puedo perderle esta noche.

Así que voy a otro sitio, a un sitio que llevo evitando a propósito desde el verano antes de empezar noveno. Es un parque infantil, pequeño y ordenado, lleno de niños gritando y padres durante el día pero en silencio absoluto por las noches. La respiración se atasca en mi garganta al ver el enorme tobogán rojo ante mí. Un montón de fragmentos de recuerdos desfilan por mi mente. Luke empujándome contra ese tobogán, el olor de su aliento antes de besarme, una mezcla de chicle de menta, cerveza y marihuana. He intentado con todas mis fuerzas borrar todos los recuerdos de Luke, enterrarlos bajo los recuerdos de todos los que vinieron después. Creía que con el tiempo todo se desdibujaría, pero ahora, de pie en este parque, me parece volver a tener trece

años, vuelvo a sentir esa desesperación por que el chico al que quiero me quiera también.

Me siento en un columpio, a oscuras, y entierro los dedos de los pies en la arena. Me suena el estómago y el ruido resuena en el silencio. Debería tener hambre, sed o cansancio, pero sé que ahora mismo no podría comer ni dormir.

«¿Crees que estás acabada, Mercy? Espera a ver lo que voy a hacer ahora».

La voz de Charlie parece venir de todas partes, aunque sé que está solo en mi cabeza. No sabe dónde estoy. Pero aún puedo oír su voz, igual que casi puedo sentir sus manos empujándome contra la pared y sus dedos clavándose en mis hombros.

Salto del columpio y arrastro los pies por la arena. «Si se lo cuentas a alguien te destruiré». Echo a correr. «Esto es lo que hacen las novias». Cuando llego a la salida del parque sigo corriendo. No debería haber venido aquí, esta noche no, quizá nunca. Corro hasta casa con la sensación de que Charlie está detrás de mí, tan cerca que puedo oírle respirar.

Cuando llego, subo las escaleras como una exhalación, entro en mi cuarto y me encierro en el baño. En el baño estoy a salvo. No lo he hecho con nadie aquí dentro. Aquí nadie puede tocarme. Hago una cama con toallas en la bañera y ahí es donde me despierto a la mañana siguiente. Pero aunque pueda mantener a la gente fuera de mi espacio físico, no puedo evitar que se cuelen en mi cabeza. Charlie. Luke. Los vírgenes. Todos aquellos a los que les he dado un trozo de mí.

Considero la posibilidad de quedarme aquí todo el día. Charlie estará en el instituto, observándome con esa sonrisa. Ya se ha salido con la suya. No puedo decir nada más para cambiar las cosas. Faye también estará allí, mirándome con sus ojos enormes y preocupados. Zach me ignorará. Angela no me hablará, ni siquiera me mirará.

Pero puedo verla, que es mucho mejor que no verla, que no saber qué ha pasado.

Me mantengo alejada del grupo de oración —algo fácil, ya que están en un rincón al fondo de la biblioteca— y me dirijo en línea recta a mi taquilla. Pero no es una línea recta normal. Soy muy consciente de que todos los ojos

están clavados en mí. Casi todas las personas con las que me cruzo se giran para mirarme. Esto no es normal, mucho menos a las ocho de la mañana cuando casi todos acaban de despertarse.

Y si no es normal es que no es por nada bueno.

Me cuelo en el baño, donde me doy de bruces con una nube de perfume y risas femeninas que desaparecen en cuanto me ven entrar. Me contemplo en el espejo y doy una vuelta completa. No tengo la falda metida dentro de las bragas. No tengo ningún trozo de papel higiénico colgando por detrás de las piernas. No he confundido la sombra de ojos con el colorete ni tengo carmín en los dientes. No se me ha salido una teta. Aparte de las ojeras moradas bajo los ojos, tengo un aspecto normal. Lo que significa que lo que quiera que esté pasando no tiene que ver con nada externo, lo cual es aún peor.

Me escondo en uno de los cubículos, el de discapacitados, que nadie usa. Escondarse en un baño es la mejor manera de escuchar los cotilleos. Aprendí eso sin querer a principios de curso. Y hoy vuelvo a comprobarlo.

—Va a tener que cambiarse de instituto —dice una voz. No reconozco el cuerpo al que pertenece. Y cuando los rumores llegan hasta gente que ni siquiera conoces significa que alguien se lo ha currado para extenderlos.

—Todavía no puedo creer que se tirase al novio de Isabella —dice la otra voz—. No lo creería si no fuera porque lo he visto con mis propios ojos. Y vaya que si lo he visto.

—Yo creo que he visto demasiado de Rafe Lawrence antes de desayunar —añade una tercera voz—. Más de lo que quería ver de Rafe Lawrence en general.

—No sé —dice la primera voz—. Yo diría que Caroline tiene suerte. No tenía ni idea de que Rafe estuviera tan bien dotado. Supongo que es cierto lo que dicen de los chicos con las manos grandes.

—Como si te hubieses fijado en las manos —dice la segunda chica—. De todas formas, no creo que Caroline considere que tiene tanta suerte ahora que sabe lo que ha estado haciendo Rafe a sus espaldas.

—Hablando de espaldas —apunta la tercera—, ¿habéis visto lo que hace Mercedes con la suya?

—Ojalá pudiera doblarme yo así —contesta la primera—. No puedo creer que la tuviésemos todas por una santurrón del grupo de oración.

De repente me alegro de estar sentada en el baño, porque noto que voy a vomitar de un momento a otro.

La webcam que Charlie dijo que había puesto en mi habitación. El vídeo que amenazó con publicar si se lo contaba a alguien. Y lo ha hecho. Ha debido de difundirlo. Lo que significa que ha actuado rápido y que probablemente todo el instituto haya visto ya todas las partes de mi cuerpo.

—No puedo creer que Jeremy Roth le comiera el coño. Anna siempre dice que nunca se lo ha hecho. Que le daba asco. Parece que con Mercedes no le dio tanto asco.

La primera chica baja la voz.

—Nunca habría imaginado nada de esto de Mercedes. Es tan calladita... Yo hablé con ella una vez.

Eso es mentira. Estoy prácticamente segura de que no he hablado con esta chica en mi vida.

—¿Y qué te dijo? —pregunta la segunda chica. Su tono es tan susurrado y tan serio que casi me dan ganas de reír. Reír o vomitar.

—Seguramente dijo que no os metieseis en su vida, estúpidas de mierda.

Una voz nueva entra en juego. La reconocería en cualquier parte: Faye.

Las chicas desaparecen en un remolino de siseos y más perfume de la cuenta.

Faye elige el cubículo junto al mío. Cuando tira de la cadena, cometo el error de sorber los mocos y sollozar un poco, aunque lo amortiguo con la mano.

—Sé que estás ahí, Mercedes —dice Faye—. Veo tus Converse sucias. Deberías comprarte unas nuevas.

—¿Lo has visto? —pregunto con un graznido—. Si lo has visto, seguramente ya lo has visto todo de mí. No deberías estar hablando conmigo. Y yo debería cambiarme de instituto.

—Esa es la cuestión —dice Faye. A continuación se pone de pie frente a la puerta del baño y empieza a llamar con el puño.

—¿Cuál es la cuestión? —pregunto, apoyando la zapatilla contra el dispensador de papel higiénico, sin hacer ningún ademán de dejarla entrar.

—Nunca se me ha dado bien hacer lo que me dicen los demás.

Y, de repente, su cabeza aparece por debajo de la puerta del cubículo,

seguida de su cuerpo. Se cuela en el baño y se limpia las manos en los vaqueros.

Enarco las cejas.

—¿Tú sabes lo asqueroso que está este suelo? —le pregunto—. El servicio de limpieza de este instituto deja mucho que desear.

Ella inclina la cabeza hacia un lado y se pone las manos en las caderas. Tiene la cara que imagino que debe de tener una madre cuando se pone seria, aunque no puedo hablar por experiencia. Me pregunto si ha copiado esa postura de Lydia.

—Lo primero, no me dejabas entrar, así que no tenía otra opción.

Me encojo de hombros.

—¿Y lo segundo?

—¿Lo segundo? —Me pone la mano debajo de la barbilla, me levanta la cabeza y sacude la suya—. No estaba segura de si decirte esto, porque no quería que pensaras mal de mí. Pero yo también he pasado por esto.

Rehúyo su mirada inquisidora.

—¿Has pasado por esto? —pregunto—. ¿Has estado en esta misma situación? Venga... —Mi voz se apaga—. ¿Te ha enviado alguien para que me espíes? —susurro, derrotada.

Vuelve a llevarse las manos a las caderas.

—¿En serio? Tú y Zach sois las únicas personas que me caéis bien en este instituto. Y creo que ahora mismo necesitas una amiga. —Sonríe con esa sonrisa dulce que te desarma, la misma que exhibió el primer día en economía familiar.

Se agacha y me pone las manos en las rodillas.

—Mira. He visto el vídeo. Todo el mundo ha visto el vídeo. Ya sabía que me habías mentido sobre lo de Zach. ¿Y qué? Te has acostado con unos cuantos tíos. ¿Y quién no?

Sacudo la cabeza.

—No solo me he acostado con unos cuantos tíos. Me he acostado con unos cuantos tíos que tenían novia.

Trago saliva en un intento de pasar el nudo enorme que tengo en la garganta.

—Mira, Mercy. Yo he sido «la otra». Me metí en un lío. Hui del

problema, pero por mis narices que tú no vas a huir del tuyo. Eso solo lo empeora todo. Así que no vas a esconderte aquí lo que queda de curso. Vas a salir de aquí conmigo y vamos a recorrer ese pasillo como si no hubiera pasado absolutamente nada. ¿Me oyes?

Quiero abrazarla, enterrar la cara en ese pelo precioso que tiene, llorar y preguntarle por qué quiere ser mi amiga —lo que supone un auténtico suicidio social— cuando lo que sería más fácil es ser mi enemiga. Pero si me permito ser débil puede que nunca salga de este cuarto de baño.

—¿Cómo voy a mirar a la gente a la cara? —pregunto con voz aguda—. No quería hacerle daño a nadie. Se supone que no tenían que enterarse nunca. Creí que estaba ayudándoles. —De pronto, al decirlo en voz alta, veo lo patético que suena, lo ridículo que es todo. No estaba ayudando a nadie, ni mucho menos a mí misma—. ¿Cómo puedes mirar a alguien a la cara después de eso? —susurro.

Faye sonrío y luego se ríe, con esa maldita risa suya de foca. Ahora mismo es como música para mis orejas. Me tiende la mano para ayudarme a levantarme.

—¿Quién dice que vayas a mirarlos a la cara? Elige un punto en la pared y míralo fijamente todo el rato.

Me echo la mochila al hombro.

—¿Dónde has aprendido eso?

—Ya te lo he dicho, yo también he cometido errores —dice—. No nos mudamos aquí porque Lydia encontrara un trabajo mejor. Digamos que se me da bastante bien ser la chica más odiada del instituto.

Me coge de la mano y aprieta fuerte.

Y así es como conseguimos llegar al aula de tutoría. Sigo el consejo de Faye y fijo la vista más allá de todas las caras que me miran y se ríen, las caras de toda la gente que me ha visto desnuda. Intento obviar los abucheos, las conversaciones, las expresiones críticas. Ignoro los gritos de «¡zorra!» y los móviles que la gente me pone delante de la cara. Me agarro a la mano de Faye con tanta fuerza que casi le rompo los huesos. Y, aunque Faye ni siquiera está en mi clase, se sienta a mi lado hasta que la profesora entra en el aula y empieza la clase. Y, cuando la clase termina, está ahí de nuevo para cogerme de la mano y llevarme los libros, como un novio de los años

cincuenta. Y nunca le he estado tan agradecida a nadie en mi vida.

Pero ni siquiera Faye puede salvarme de la chica que sale de la nada y me pega en la cara.

Su rostro es una máscara retorcida por la furia. No la reconozco, pero ella sí me reconoce a mí. Y me odia.

—¡Serás puta! —grita.

Me escuece la cara donde me ha golpeado. Me tambaleo hasta chocar con lo que creo que es una hilera de taquillas, pero resulta ser otra chica que me tira del pelo tan fuerte que creo que me arranca un mechón del cuero cabelludo. Faye me suelta la mano y empuja a la segunda chica con una fuerza sorprendente para alguien que no debe de pesar más de cuarenta kilos. La segunda chica tropieza y Faye la arrincona. La primera chica está otra vez sobre mí, hasta que un par de manos fuertes la levantan del suelo entre gritos y patadas.

Reconozco su olor antes de verle la cara. Es Zach. No me ignora. No le he perdido.

—¡Tranquilizaos todas, joder! —grita.

Nunca he oído a Zach hablar con tanta autoridad. Recuerdo la primera vez que le vi; le dije que tenía que dejar de ser tan tímido. Supongo que por fin ha seguido mi consejo, en el mejor momento posible.

Pero no parece que intimide a nadie más. Varias chicas más, algunas de las cuales me resultan vagamente familiares, se dirigen hacia mí, todas con las mismas caras de enfado. Algunas agitan unos papeles blancos en la mano y señalan lo que reconozco como mi letra. A medida que se acercan les empiezo a ver las caras. Reconozco a Laura, mi amiga del colegio, y a Britney, de clase de francés, que retuerce la boca en una mueca iracunda. Son como una manada de lobas avanzando hacia su presa. En todos los años que llevo en Milton High jamás he presenciado una pelea en el pasillo, y aquí estoy ahora, en medio de una.

Una que he provocado yo.

Observo un momento la periferia de la manada y veo a Jillian Landry, sola, con la boca abierta por la conmoción. No parece enfadada. Tampoco está llorando. Solo parece desconsolada, que es lo peor de todo. Yo le he hecho esto. Quizá me merezco que me echen a los lobos.

—Atrás, o voy a buscar al director Goldfarb —amenaza Zach, extendiendo los brazos para mantener a raya a la manada—. Creedme, lo haré. ¿Queréis que os castiguen a todas antes de la graduación?

Una de las chicas empieza a llorar.

—¡Mi novio, Connor, iba a llevarme al baile de graduación! —Es un mar de lágrimas—. ¡Hasta que esa zorra me lo ha quitado!

Sus amigas la rodean con los brazos y murmuran. Sé que están agujereándome la cabeza con sus miradas llenas de odio.

Zach me mira a mí y luego a Faye.

—Corred —dice—. Nos vemos donde quedamos los miércoles.

Faye me agarra de la mano. La manada nos deja ir entre gritos. Oigo una sarta de insultos de todos los colores: ZORRA. ROMPEHOGARES. PUTA. LADRONA DE NOVIOS. GOLFA. Una vez en mi Jeep —que Faye, demostrando gran sabiduría, no me deja conducir cuando ve mis manos temblando sobre el volante— salimos a toda prisa del aparcamiento hacia mi casa. Solo cuando estamos en mi habitación con la puerta cerrada con llave me permito respirar.

Me dejo caer sobre la cama; me siento como si me hubieran succionado toda la energía del cuerpo. Estoy mareada y tengo náuseas, pero tengo que decir algo, una cosa que Faye tiene que saber.

—No me acosté con Charlie. Nunca intenté seducirle, que seguramente sea lo que esté diciéndole a todo el mundo. Él lo planeó todo. Quería destrozarme la vida.

Faye se sienta en la cama y me coge de la mano.

—Lo sé —dice.

Me cree. Quizá Zach me crea también. Pienso en sus mensajes de aquella noche. «Ya nos veremos». Y cuando me ignoró en el pasillo, como si no significara nada para él.

—Vendrá —dice Faye apartándome el pelo de la cara—. Solo necesita tiempo.

No entiendo cómo alguien que me conoce desde hace tan poco tiempo puede leerme la mente así.

Zach llama a la puerta cinco minutos después.

—Casi no salgo vivo —dice, de pie ante nosotras, con los brazos cruzados—. Aquello es un caos. —Carraspea—. Y creo que me debes una

explicación de por qué está mi culo al aire en Internet.

Me odia. Lo sabía. Me incorporo demasiado deprisa y todo empieza a darme vueltas. Zach me pone la mano en el hombro y el corazón me da un vuelco, como si el que todavía pueda tocarme signifique que va a perdonarme. Su olor, tan familiar, y esa forma de tocarme que reconocería en cualquier parte. El chico que solo quería ser mi novio. Quizá debería haberle dejado salirse con la suya y nada de esto habría pasado.

—¿Por dónde empiezo? —digo en un susurro.

—Por el principio —responde Zach—. Cualquiera que sea.

Le agarro la mano, la que tiene sobre mi hombro. Espero a que me estreche los dedos, pero no lo hace.

Cojo aire y recuerdo un consejo de Kim. El único consejo que ha calado en mí. «Lleva siempre la cabeza bien alta cuando hayas hecho algo mal. Porque tú sabes que has hecho algo mal, pero no tiene por qué saberlo nadie más».

Con la cabeza bien alta, se lo cuento todo.

Les cuento mi historia con los vírgenes, y no escatimo en detalles. Les doy las cifras. Les hablo de mi cuaderno blanco. Les cuento lo que ha estado pasando de verdad en mi habitación todo este tiempo. Y, al final, les cuento lo de Charlie. No puedo contar esa parte con la cabeza alta. Cuando llego a la parte de Charlie, rompo a llorar, aunque es ridículo. No pasó nada. Sé que no pasó nada, pero eso no cambia lo que podría haber pasado.

Zach cierra los puños y forma una línea fina con los labios, tan apretados que se le ponen blancos.

—Lo sabía —dice—. Sabía que algo pasaba por la forma en que te miraba.

Faye, que está sentada con las piernas cruzadas a mi lado, se tapa la cara con las manos.

—Cree que puede salirse con la suya, que puede arruinar las relaciones de toda esa gente. Tienen que saber la verdad.

—¿Qué verdad? —exclamo—. Soy yo la que he arruinado esas relaciones. Él solo lo ha sacado a la luz. Me dijo que me hundiría si lo contaba, y lo ha hecho. Angela no volverá a dirigirme la palabra.

—Alguien tiene que ponerlo en su sitio —dice Zach, rechinando los dientes. Por un segundo creo que va a pegar un puñetazo en la pared, pero se tranquiliza—. No puedo creerlo.

—Por favor, prométeme que no harás nada —le suplico. Me pongo de pie y cojo a Zach de las manos—. Yo me encargo de esto. Buscaré la manera de

hacerlo.

Zach aparta las manos y se mira los nudillos.

—Podríamos contar la verdad —dice Faye—. Que intentó forzarte. La gente tendrá que creerte.

Me mira y luego mira a Zach, que aparta la vista. Mi corazón se hunde. Hay un silencio incómodo.

—¿Vosotros me creéis?

Al principio no dice nada, y creo que voy a morirme si no me cree. Voy a desaparecer, a dejar de existir. Pero sé lo que soy. Soy una mala amiga, una zorra, una mentirosa. Le mentí sobre las clases particulares. Le mentí cuando le dije que estaba enferma. Zach no tiene ningún motivo para creerme ahora.

—Sabía que tenía que haberle pegado un puñetazo en la cara cuando lo vi salir de tu casa —dice Zach—. El tío estaba tan feliz. Pero ¿sabes lo que sentí cuando lo vi?

Sacudo la cabeza.

—Envidia. Me puse verde de envidia. ¿Sabes qué hizo cuando me vio de pie como un gilipollas en la puerta de tu casa? Me guiñó un ojo. Quería reventarlo. Pero no lo hice, porque me acordé de lo que me habías dicho. Que estaba celoso de él. Y lo estaba.

Faye se levanta rápidamente y pone la excusa de bajar a la cocina a preparar algo de comer. Se escabulle de la habitación antes de que pueda detenerla, agarrarme a ella como un ancla en todo este desastre.

Ahora solo estamos Zach y yo. Quiero que me toque. Quiero que me abrace, porque sé que en sus brazos me sentiría a salvo. Pero esto no va solo sobre mí. Va sobre él, sobre el único chico que me quería por lo que soy. El único que ha salido mal parado de todo esto.

—Lo siento —digo, pero suena vacío, y sé que no significa nada.

—Todo este tiempo he sabido que me escondías algo. Siempre mantenías cierta distancia. Ahora todo tiene sentido, pero ojalá no fuera así. Pensaba que tú y yo teníamos alguna posibilidad. Que si no te dejaba en paz, al final no querías que te dejara. —Zach fija la vista en la pared, en la alfombra, en la cama. En todas partes menos en mí.

Está intentando no llorar, y eso me da ganas de llorar.

—No quería hacerte daño —murmuro. En voz alta suena ridículo, como

si fuera la cosa más estúpida que pudiera decirle.

—Me habrías hecho mucho menos daño si sencillamente me hubieses contado que te estabas liando con otros tíos —dice, pasándose la mano por el pelo como si quisiera arrancárselo—. Habría tenido todo más lógica. Claro, tenías que verme los miércoles porque el resto de los días estaban pillados.

Me lo merezco. Me merezco que me diga esto pero, aun así, es como si me dieran un bofetón en plena cara. Me arden las mejillas, me escuecen los ojos y me empiezan a castañetear los dientes.

—Perdona —dice, apretándose la frente con los dedos—. No quería decir eso. Claro que me creo lo de Charlie y, si pudiera, le rompería la cara ahora mismo. Pero no sé si puedo estar cerca de ti.

Se me queda el aire a medio camino en la garganta. El aire, atrapado en mis pulmones. Estoy a punto de perder a Zach. Se aleja irremediabilmente de mí.

Ya lo he perdido.

—Tengo que irme —dice. Cuando separa la mano de la cara, veo que tiene los ojos rojos—. Necesito tiempo para pensar.

Camina hacia la puerta.

—Espera —digo casi atragantada—. Zach, espera.

Se para pero no se da la vuelta.

—Necesito saber que todavía eres mi amigo. Somos amigos, ¿verdad?

Gira la cabeza ligeramente. «Vuelve —suplico en silencio—. Vuelve, no volveré a hacerte daño».

—Creía que no querías que fuésemos amigos —dice. Y, acto seguido, se va.

Me derrumbo sobre la alfombra. Zach ha estado en todos los rincones de esta habitación. Ha estado aquí más veces que nadie aparte de mí. He tenido tantas oportunidades de hacer que se sintiera deseado aquí... Podría haberme acercado a él muchas veces y ponerle el brazo por encima, o dejar que me abrazara como sé que quería. Pero yo tenía el control. Era yo quien marcaba el ritmo. Yo le decía cuándo podía venir y cuándo debía irse. Yo ponía los límites. No me beses así. Es demasiado íntimo. No intentes cogerme de la mano. No necesito un masaje en la espalda; vamos al grano.

Creía que así era más fácil. Pero ahora no me parece tan fácil.

Cuando Faye vuelve a subir, trae dos tazas de algo que huele al té depurativo de Kim.

—Eres consciente de que no tienes comida en casa, ¿verdad? —dice mientras se sienta en la alfombra a mi lado y me pasa una de las tazas. El olor me da una arcada y me muerdo el interior de los carrillos para no vomitarle encima a Faye.

—Zach me odia —le digo.

Faye me rodea con el brazo y huelo su aroma. Me acuna la cabeza como si fuera una niña pequeña; yo la dejo hacer. Sé que soy patética, pero no me importa.

—No te odia —me consuela—. Solo está triste. Necesita un poco de tiempo para encajarlo.

—¿Te ha dicho eso?

—No ha hecho falta —dice Faye, pasándome los dedos por el pelo—. Su mundo se ha descolocado un poco, eso es todo. Dale tiempo. Volverá.

Quiero creerla, pero no puedo.

No sé por qué pero de pronto me acuerdo del dicho: «A lo hecho, pecho». Empiezo a reírme bajito hasta que se me saltan las lágrimas. Faye me pasa el dedo pulgar por ambas mejillas.

—Tuviste que pasar tanto miedo —murmura—. Sola, con Charlie. No quiero ni imaginarlo.

Lucho contra el poderoso impulso de contárselo todo. Por qué estoy así aunque no pasara nada. Aunque no se saliera con la suya. Quizá lo entienda.

Pero quizá no, y no puedo correr ese riesgo.

—Deberías volver a clase —le digo, incorporándome—. No me vendrá mal estar sola. No te saltes la clase de mates. Ya sabes que tienes un examen.

Esto es cierto. Faye estaba agobiada con su examen de álgebra la semana pasada y fue diciéndole a todo el mundo que «nunca usaría esa mierda para nada en la vida real».

—Me da igual —dice, levantando el mentón con aire desafiante—. Tú eres más importante.

Sacudo la cabeza.

—No. Debería estar sola. He de solucionar algunas cosas.

Asiente y aparta el brazo.

—Lo que tú quieras —accede, apretándome la mano—. Te llamo después de clase. Si necesitas cualquier cosa, dímelo. Estaré aquí en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando se va, pienso en sus palabras. Las reproduzco una y otra vez en mi cabeza y no siento nada. «Estaré aquí en un abrir y cerrar de ojos». Creía que oír esas palabras de boca de Faye significaría algo más para mí. Creí que refugiarme en ella, estar entre sus brazos significaría más para mí. Pero no es suficiente. No es suficiente para sentirme a salvo y no es suficiente para sentirme entera de nuevo.

Solo hay una persona que podría hacerme sentir así, y no me habla.

Me siento en el escritorio y abro el cuaderno de química. Me pierdo en la lógica, como siempre. Fórmulas, números y ecuaciones que tienen que cuadrar.

Pero esta vez no funciona. Cada número me hace pensar en algo que he hecho mal, en alguien a quien he jodido. Todos los vírgenes eran números para mí. El número uno. El número cinco. El número diez. Las notas que les puse, todas significaban algo. Ocho coma cinco. Siete. Cero. Era mi sistema. Y ahora estoy sola dentro del sistema, la única pieza que queda en el engranaje.

Me sobresalto al oír el ruido de una llave girando en la cerradura de la puerta. La sangre se me hiela en las venas y aprieto el bolígrafo con todas mis fuerzas. «Es Charlie. Tiene que ser Charlie». Me levanto de un salto, cierro la puerta del cuarto con llave y me deslizo hasta el suelo apoyada en la pared.

—Cielo, ¿qué haces en casa? —La voz de Kim sube escaleras arriba. Por un segundo me planteo hacerme la tonta, pero ya ha visto el Jeep en la entrada. Sabe que estoy en casa.

—Estoy haciendo un trabajo de clase —le grito, creyendo que con eso me voy a librar de ella.

—No nací ayer, Mercedes —contesta, y llama a la puerta—. Venga, déjame entrar. Tengo una cosa para ti.

Abro la puerta despacio.

—Vale —accedo.

Me observa. Por la forma en que arquea las cejas ligeramente, sé que está sorprendida. Sé lo que debe de estar pensando, que tengo resaca y que quería

saltarme las clases. Debo de dar el pego. Sé que tengo bolsas y los ojos rojos, y que tengo el pelo sucio y hecho un desastre.

—Ha llegado esto para ti —dice mientras me da un sobre de papel marrón. El estómago me da un vuelto y me tapo la boca por miedo a vomitar.

Kim confunde el gesto con uno de sorpresa.

—Es del MIT —me dice—. ¿No vas a abrirlo?

Es un sobre grande, grande y pesado. No necesito abrirlo para saber que es una carta de admisión, la que llevo tanto tiempo esperando, una carta acompañada de una guía académica, información sobre el alojamiento y folletos con fotos de estudiantes sonrientes. Hace tan solo un día me habría emocionado mucho al abrir esto. Hace un día me habría llenado de orgullo. Habría llamado a Angela y ella habría dado saltos de alegría al otro lado del teléfono. Pero Charlie también me ha arrebatado todo eso. Sé que tengo los ojos empañados y vidriosos; deseo que Kim se vaya, pero está ahí, de pie, esperándome. Cojo el sobre y camino hasta la cama.

—Ay, cariño —dice—. Ojalá tuviera la cámara de fotos. Es un momento muy importante.

No siento los dedos mientras abro el sobre. Me quedo sin respiración al leer la primera frase, aunque sabía que pondría esto. Pero verlo impreso en el papel lo hace más real.

Estimada Mercedes:

En nombre del comité de admisiones, es un placer anunciarle que ha sido admitida en la promoción del MIT de 2016.

—¡Has entrado! —exclama Kim mientras se sienta a mi lado y me aprieta la mano—. Has entrado. Has conseguido lo que querías.

Lo dice en el buen sentido. Está orgullosa de mí. Lo sé porque le tiembla un poco la mano y tiene las mejillas sonrosadas. Pero se equivoca. No he conseguido nada de lo que quería. Quizá lo que me merezco y lo que quiero son cosas muy distintas.

—Tenemos que celebrarlo —dice—. Salir a cenar o a tomar algo. Algo especial. No podremos hacer estas cosas cuando estés en otra ciudad.

—Massachusetts —digo con brusquedad, sorprendida ante el veneno en

mi voz—. Se llama Massachusetts y es un estado, Kim. Y no quiero celebrar nada. Tengo que estudiar.

—Lo entiendo —dice Kim—. Tienes que estudiar. Ahora el instituto es lo primero.

Me resisto al impulso de poner los ojos en blanco. No puedo creer que Kim elija justo este momento para tomarse en serio el instituto.

—Deberías ir mañana a clase —dice mientras se pone de pie y se dirige hacia la puerta.

—Iré —contesto, esbozando lo que espero que sea una sonrisa convincente antes de ver el bolso de cuero negro en su hombro—. ¿Qué haces con mi bolso, Kim?

—Lo he encontrado abajo, tirado junto a la puerta —dice, balanceándolo delante de mí—. Es un bolso de Prada. A ver si lo cuidas mejor.

Le arranco el bolso de las manos y le cierro la puerta en las narices. Sé que está esperando fuera, debatiéndose entre obligarme o no a hacer alguno de sus estúpidos planes. Pero no pienso ceder. Lo que queda en mí de aquella niña que lloraba hasta quedarse dormida cuando oía pelearse a sus padres me tira de la falda y me dice que abra la puerta, me derrumbe en brazos de Kim y se lo cuente todo. Pero esa niña se marchó hace mucho tiempo y no pienso escucharla justo ahora que necesito regirme por la lógica más que nunca.

Noto que mi bolso vibra sin parar, así que busco el móvil dentro. Soy tan tonta que espero que sea un mensaje de Faye preguntándome cómo estoy. En lugar de eso, veo veintisiete mensajes nuevos, todos de números desconocidos y todos variaciones de lo mismo.

TE ODIO

Espero que cojas un herpes

Pagarás por esto

No vuelvas al instituto puta zorra

Puedes correr pero no puedes esconderte. Los vídeos estarán ahí siempre

OJALÁ TE MUERAS

Vamos a hacer que tu vida sea un infierno

Me hago un ovillo en la cama y dejo el teléfono en la mesilla de noche, donde aterriza haciendo ruido y continúa vibrando cada cierto tiempo. Quiero apagarlo, pero no soy capaz. La verdad es que me merezco todas esas palabras. Mi plan es pegarme un buen sofocón y dormirme sobre la almohada mojada por mis propias lágrimas, pero el sueño no llega. En cambio, vienen otras cosas. Recuerdo algo que me dijo Angela cuando nos conocimos. Ella todavía no tenía móvil y fui con ella a ayudarla a elegir uno. Al final se compró uno idéntico al mío, posiblemente porque yo sabía usarlo y así podría ayudarla.

—Se me dan fatal las tecnologías —me dijo—. Echo de menos las cartas. Siento que el mundo va demasiado deprisa y no consigo seguirle el ritmo.

Es una posibilidad remota, pero no puedo dejar pasar ninguna posibilidad. Así que le escribo una carta a Angela, a mano, contándole todo. Le cuento cosas que no le he contado a nadie, cosas de antes de que nos conociéramos, cosas que ni siquiera me había reconocido a mí misma. Le cuento todo lo que pasó con Luke, aunque tampoco yo lo entiendo del todo ni al verlo escrito en el papel. No sé cómo terminar la carta. «Tu amiga, Mercy» suena presuntuoso, porque creo que ya no somos amigas. «Atentamente» es demasiado formal. «Con cariño» es demasiado efusivo.

Así que la termino con honestidad: «No espero que me perdones, pero espero que algún día puedas entenderme».

Faye me llama cuando estoy hecha una bola en el suelo intentando dormir. He intentado dormir en la cama, pero no puedo dejar de imaginarme a chicos a mi lado y me quedo sin aire.

—Tengo que contarte una cosa —dice Faye—. He entrado en la web.

El aire se me atasca en la garganta y siento que me ahogo. Me retuerzo y agarro las esquinas del edredón. Faye lo ha visto todo. ¿Cómo puede estar de mi lado después de algo así?

—Ha publicado las páginas de tu diario. Todas. He pensado que deberías saberlo.

Todas. Todas esas palabras. Las imagino alineadas como una hilera de francotiradores, listas para disparar a los nombres que hay escritos en las páginas. Los motes, las notas. Las peores cosas que he pensado sobre mí misma. No puedo ir a clase el lunes, no puedo volver a ir a clase nunca. No puedo enfrentarme a toda esa gente. Saber que mi diario está a la vista de todos es mucho peor que estar desnuda. No solo me han visto por fuera, también me han visto por dentro.

Faye está en silencio al otro lado del teléfono. Está enfadada, pensando mal de mí. A lo mejor nunca ha pensado bien de mí. Recuerdo lo que escribí sobre Faye, la página en la que garabateé al llegar de su casa, las palabras que usé para ocultar lo que fuese que sentía por ella.

Tiene algo, un qué sé yo.

—¿Me odias? —pregunto. Mi voz suena coagulada y retorcida, y me doy

cuenta de que estoy llorando.

—Dios, Mercy. Claro que no. Jamás podría odiarte.

—Debes de pensar que soy un monstruo —digo, apoyando la cara en la alfombra y dejando que las lágrimas caigan de mis ojos.

—No eres un monstruo —dice ella—. Creías que estabas ayudando a esos chicos. Lo entiendo.

—No puedo volver al instituto —sollozo—. No puedo enfrentarme a ellos.

—Sí puedes, y lo vas a hacer —replica—. Yo estaré allí. Y también Zach.

Durante un rato nadie dice nada. La oigo respirar al otro lado, y eso me basta, solo saber que está ahí.

—Nos vemos en el aparcamiento el lunes —dice Faye—. No tendrás que enfrentarte a nadie tú sola.

—Eres demasiado buena conmigo —digo—. No lo merezco.

—Bueno —dice con voz suave—. Tú también tienes algo, un qué sé yo.

Puedo oír la sonrisa en su voz. Me ayuda a pasar la noche, a pesar de las terribles pesadillas que me hacen despertarme bañada en sudor.

Faye está esperándome el lunes por la mañana, tal y como dijo, antes incluso de que me baje del coche. Insiste en entrar conmigo en el instituto, como si pudiera protegerme. Pero no puede protegerme de la pintada garabateada con rotulador permanente que me espera en mi taquilla.

Zorra

Ni siquiera intento borrarla. La dejo ahí. A lo mejor puedo cambiarme de taquilla. O a lo mejor da igual. Todo el mundo sabe ya lo que soy, no va a cambiar nada. Así por lo menos la gente sabrá la verdad. Es honesto.

Faye me obliga a comer en la cafetería aunque lo único que quiero es encerrarme en uno de los cubículos del baño. Es raro estar las dos solas sin Zach. Me pregunto qué estará haciendo ahora mismo, si estará en algún punto de este mar de rostros. Echo un vistazo rápido alrededor con mucho cuidado de no mirar a nadie a los ojos. Al otro lado del océano de mesas veo a Rafe Lawrence de pie en una silla, gesticulando exageradamente. La gente a su

alrededor no para de reírse y mirar hacia nosotras.

—Ignórales —dice Faye, y le da un bocado a su hamburguesa con queso—. Es imbécil.

Empujo la comida por mi plato. No podría comer ni aunque lo intentara.

Algo me golpea en la cabeza y, cuando muevo la mano para tocar lo que me han tirado, noto que tengo el pelo mojado y pegajoso. Faye se ha puesto de pie y le enseña el dedo corazón a alguien. Sé que hay cientos de ojos mirándome, esperando a que lllore porque me acaban de tirar un vasito de pudín a la cabeza. Sé lo que están pensando. «Llora, zorra. Llora. Déjanos verte».

—En cinco años, nada de esto tendrá importancia —dice Faye mientras me limpia el pelo con una servilleta—. Nadie recordará esto.

«Sí que lo harán. En cinco años la gente seguirá recordando quién les arruinó la vida».

Cuando vuelvo a mi taquilla después de comer, una figura familiar está agachada junto a ella, mordiéndose el labio. Zach. Está frotando las letras escritas con rotulador permanente, o al menos lo intenta.

—Hola —susurro.

Él sigue frotando con furia, haciendo con la mano un movimiento circular frenético.

—No se va —dice con un suspiro—. Lo siento. He hecho lo que he podido.

Empieza a tachar las letras con rotulador, y al final cubre el insulto por completo. Lo observo y entiendo que por eso no estaba en la cafetería, que se ha pasado la hora del almuerzo intentando borrar todo lo que hice. Quiero decirle que no importa, que lo que hay debajo seguirá ahí por mucho que intente borrarlo.

—No tienes por qué hacer eso —le digo mientras le pongo la mano en el hombro. La gente nos mira. Sé lo que piensan. «Ahora le limpia la taquilla. Me pregunto qué le dará ella a cambio». No quiero que la gente piense eso de Zach.

Se encoge cuando le toco.

—Sí —murmura—. Esto es lo que hacen los amigos.

El alivio es tan inmenso que casi no me tengo en pie. «Esto es lo que

hacen los amigos». Esto es lo que Zach cree que hacen los amigos. Y todo este tiempo yo no he querido ser su amiga. Todo este tiempo he estado apartando de mí a alguien de quien no quería separarme.

Alguien que quiere protegerme.

Pero Zach no puede protegerme todo el tiempo. No puede salvarme de la chica que me empuja la cabeza contra la fuente mientras bebo y me machaca los labios contra la porcelana. No puede salvarme en clase de francés, cuando Laura y Britney le dicen a la señora Palmateer que no pueden estar conmigo en el grupo debido a «diferencias personales». No puede salvarme de la mirada de odio de Gus Teller, que noto incluso después de que se aleje. El Gritón. ¿En qué estaba pensando cuando escribí todo aquello?

Y lo peor de todo es que no puede salvarme del miedo a que Charlie me aceche tras cada esquina, deleitándose con el infierno que ha desatado.

—Sé que ahora no te lo parece, pero todo esto pasará —me dice Faye mientras nos dirigimos hacia mi coche después de clase. Pero sé que lo que intenta es convencerse a sí misma.

Toby Easton me escribe un mensaje para decirme que no puede venir a nuestra clase particular. Dice que le ha surgido un «asunto familiar». Sé que no es así. No quiere dar clase con alguien a quien todo el mundo ha visto desnuda. Es buen chico, demasiado amable como para mandarme a la mierda como el resto del cuerpo estudiantil. De alguna forma, perder el respeto de Toby me duele más que casi todo lo demás.

Mi único consuelo es la carta de admisión del MIT. La llevo a todas partes en el bolso y, cuando estoy sola, la saco y la leo. La leo hasta que la tengo grabada en la cabeza, hasta que puedo utilizarla para borrar todos los insultos, todas las horribles miradas de odio y los vasitos de pudín que me han tirado. La utilizo para recordarme que tengo la oportunidad de empezar de cero. En el MIT nadie sabrá quién soy. Nadie sabrá lo que he hecho. No verán el video ni leerán las páginas de mi cuaderno. Seré una cara más en la multitud. Un número, como le dije a Faye.

Ha destacado como uno de los estudiantes más prometedores y con más talento entre el conjunto de aspirantes más competitivo de la historia del Instituto.

Casi me hace gracia. Alguien del MIT cree que soy prometedora y que tengo talento. Que se lo digan a cualquier alumno de este instituto ahora mismo, donde la única palabra que se usa para describirme es la que estaba en mi taquilla. Supongo que he subestimado el poder de las palabras, al menos hasta ahora. Las palabras de mi libreta, las que nunca pensé que nadie más vería, las que han hecho un daño que jamás creí posible. Las palabras que escribí en la carta para Angela, si es que alguna vez llega a leerlas.

No veo a Angela hasta el miércoles, cuando la veo bajarse del coche de su madre delante del instituto. Angela es la única adolescente de diecisiete años que conozco que no se ha sacado el carné ni tiene ningún interés en aprender a conducir. Me digo que debería entrar, dar media vuelta y alejarme, pero en lugar de eso la veo volver a entrar en el coche y abrazar a su madre. Después de mirar a ambos lados de la calle por si vienen coches, levanta la vista y me ve. Preferiría que me mirase con odio que con la expresión que me dirige, algo a medio camino entre la lástima y la confusión. Lo siente por mí, por la chica que cree que mintió para sentirse mejor por haberse acostado con los novios de otras chicas. Abro la boca cuando pasa por mi lado, pero ella mira al suelo y deja una brisa fría a su paso.

—En serio. Esto será agua pasada antes de lo que crees —dice Faye, pasándome el brazo por los hombros después de la clase de química, que me he pasado entera mirándole la nuca a Angela, rogando que se diera la vuelta.

—No se va a pasar —digo, pero no estoy pensando en los abucheos, ni en los insultos, ni en los vasitos de pudín. Estoy pensando en lo que Charlie pudo haber hecho. En lo que puede hacerle a Angela con las manos.

Faye y Zach hablan durante el almuerzo. Están a mi lado, en la misma mesa redonda de la cafetería, pero no los oigo. Mi diálogo interno está demasiado alto. «Angela me odia. No va a leer la carta... La romperá. Charlie le ha lavado el cerebro. Si se acuesta con Charlie, nunca se lo perdonará. No le dará la primera vez que se merece». Le doy vueltas a la ensalada de pasta en el plato. El color amarillento y la textura de masilla bastan para que me den arcadas.

—Tienes que comer algo —dice Faye, haciendo crujir sus dedos—. Mercy. Tienes que comer algo. ¿Cuándo es la última vez que comiste algo en condiciones?

Me encojo de hombros. Solo hacer ese movimiento me agota.

—Tienes que comer. Todo esto va a pasar. En serio. Puede que antes de lo que crees. —Se muerde el labio inferior.

—¿No os preguntáis por qué lo hice? —pregunto, sorprendida por la acidez de mi voz—. Hay que tener agallas para ser amigo mío después de lo que he hecho.

Faye pone los codos en la mesa y mira al techo.

—Yo sí me pregunté por qué —admite—. Pero luego lo entendí. Es lo que hablamos cuando viniste a la tienda. Los tíos no tienen ni idea. Necesitan que los orienten. Eso es lo que querías hacer tú.

Zach mira hacia abajo. Sé que quiere decir algo, pero se queda callado.

—Supongo que ahora es obvio por qué no quería ser tu novia —digo con una risa nerviosa—. Te mereces algo mejor.

«Te mereces a Faye». Sé que ella me dijo que no había nada entre ellos, pero no he olvidado lo que vi cuando entré en el laboratorio de química.

Nadie dice nada. Zach no está de acuerdo conmigo, pero tampoco dice que no lo esté. Sé que debe de pensar eso de Faye. Ahora que sabe lo que hice, puede pasar página. Puede pasar página y empezar con alguien que nunca le haya hecho daño, no como yo.

Cuando llego a mi taquilla, hay alguien esperándome. Alguien que no esperaba ver. Jillian Landry, con un pie contra la puerta, los libros en los brazos y la espalda ligeramente encorvada. Antes siempre le llevaba los libros Tommy, pero supongo que ya no le deja hacerlo.

—Hola —digo con voz estrangulada.

—¿Por qué? —dice con suavidad—. ¿Qué te he hecho yo para merecer eso? Y tuviste el valor de fingir ayudarme. Creía que de verdad querías que me fuera bien.

No está llorando, pero su voz suena espesa, llena de lágrimas sin derramar. La gente se para a escucharnos, pero Jillian no les hace ningún caso.

Intento pensar en algo que decir para justificarme por lo que hice. Recuerdo lo que le dije a Tommy cuando me hizo la misma pregunta, aquella noche, cuando se alejaba por el camino de entrada de mi casa. «¿Por qué yo? ¿Por qué Jillian?». Yo le respondí: «Solo he visto que tenía la ocasión de ser

útil». Ahora esas palabras están vacías, llenas de aire caliente y promesas vanas.

—Sí que quería que te fuese bien. Y quiero.

—Y una mierda. Eso no es una respuesta. ¿Por qué? —repite.

Abro la boca para decir algo, aunque no sé qué decir, pero algo distinto se abre dentro de mí y me echo a llorar, derramando lagrimones que casi duelen al salir de los ojos.

Jillian abre los ojos de par en par y da un paso hacia mí. A lo mejor me perdona. A lo mejor puede llegar a aceptarlo aunque no lo entienda. Pero cuando está frente a mí sus ojos se endurecen.

—No tienes derecho a llorar por esto —dice—. Me has arruinado la vida. Estaba dispuesta a dejarlo todo por Tommy. Iba a cruzar el país por él para ir a la universidad. Ahora no tengo ni idea de con quién he pasado los últimos seis años de mi vida.

Gira sobre sus talones y se aleja, con el pelo ondeándole a la espalda. Jillian tendrá que aprender a volver a confiar en la gente y es culpa mía. Le he arrebatado eso. Y ahora también he perdido lo único bueno que tenía. Jillian no quiere que le dé clases particulares. Toby, tampoco. Probablemente su novia se ha vuelto loca buscando el nombre de Toby en mi diario en la web. Ya no sirvo para enseñarle nada a nadie.

Casi decido no ir a clase de economía familiar. Sería mucho más fácil irme a casa y encerrarme en mi cuarto. Angela está en economía familiar, y Trevor y Chase. No puedo pasarme la clase entera mirándoles la espalda ni aguantando que se giren para mirarme. Pero Zach me pilla en el pasillo.

—No vas a saltarte la clase —me dice—. Estamos juntos en esto.

El sitio de Angela está vacío, pero Trevor y Chase se dan la vuelta cuando entro. Trevor me dedica una mirada de odio y Chase me guiña un ojo. Trevor debe de estar cabreado porque he ignorado sus mensajes de Facebook, los seis que se acumulan en mi bandeja de entrada.

Dijiste que nadie se enteraría. ¿Ahora qué voy a hacer? Todo esto es culpa tuya.

La señora Hill levanta la vista de su mesa cuando me ve sentarme junto a

Faye, arruga los labios y vuelve a mirar el montón de papeles que tiene delante.

—Qué horror —le susurro a Faye—. Creo que la señora Hill sabe lo del vídeo. Me ha mirado de forma muy rara.

Faye hace una mueca.

—Viene hacia aquí. No levantes la vista.

La señora Hill se inclina sobre mi pupitre adoptando una postura muy desafortunada, ya que me sitúa muy cerca de su camiseta holgada.

—Mercedes, he encontrado esto en el suelo. Pone tu nombre arriba. No lo he leído, pero he pensado que lo querías recuperar.

Me acerca una hoja de papel blanco. Primero pienso que es un ejercicio de clase, hasta que veo el encabezado de la página.

Lista de tareas pendientes de Mercedes Ayres

Están todos ahí, todos los nombres y los motes, todos los pensamientos mezquinos, fríos y vulnerables. Las mismas páginas que Charlie ha subido a Internet revolotean ahora por todo el instituto, se las pasan de estudiante a estudiante.

El color abandona mi cara y empiezo a notar calor y humedad al mismo tiempo. Intento arrugar el papel y esconderlo en mi mochila, pero Faye me lo quita de las manos y se dirige al fondo del aula. No puedo mirar lo que sea que vaya a hacer.

Lo sostiene sobre la fuente que hay en la pared, saca un mechero del bolsillo de sus vaqueros y prende fuego al papel. Por alguna razón, mi primer pensamiento es «pero si Faye ni siquiera fuma». Un murmullo recorre el aula. Zach, que está al fondo de la clase, se levanta y se vuelve a sentar enseguida ante la mirada fulminante de Faye. Sostiene el papel por un lado y observa cómo se consume mientras da golpes con el pie y sonrío con dulzura. Hasta la señora Hill parece haberse quedado sin palabras. Emite unos sonidos agudos que podrían ser sartas de improperios, hasta que por fin se dirige al fondo del aula.

Faye deja caer el papel, ya en llamas, en la fuente y abre el grifo.

—Estás castigada —grita la señora Hill—. Al despacho del director ahora

mismo.

Faye coge su bolso y me guiña un ojo. Pienso que ojalá me castigaran con ella. Sería mejor que tener que enfrentarme sola a todo el instituto.

Se para al llegar a la puerta.

—Que sepáis que tengo para todos. Ella no es la única que la ha cagado, así que bajaos de vuestros malditos pedestales.

Seguramente castiguen a Faye una semana, puede que incluso más. Alcanzo a oír a la señora Hill soltando un rollo sobre las hormonas y el ciclo menstrual femenino con voz cansada. Aunque Faye ya no está a mi lado, su fuerza me corre por las venas como un segundo latido. «Superaré esto. Superaremos esto».

Ojalá pudiera creerla. Ojalá hubiera alguna fórmula química para esto, alguna solución científicamente probada. Pero la cura no está en ningún manual, no hay nada que equilibre el hecho de acostarse con los novios de otras con el perdón.

Y nunca lo habrá.

—Ha merecido la pena —dice Faye después de clase mientras caminamos hacia mi coche—. No es justo que tú te lo comas todo y los chicos se vayan de rositas. Tienen tanta culpa como tú.

—Fui yo quien lo empezó todo —digo, dándole una patada a una chapa de un casco de botella y enviándola hasta el otro lado del aparcamiento—. Si yo no lo hubiese empezado, no habría pasado nada.

—No puedes dejar que se vayan de rositas —me espeta Faye—. Ellos acudieron a ti. Para follar hacen falta dos. Así que no los defiendas.

Asiento, pero no la creo. Sigo diciéndome que creía que les estaba ayudando, que lo hacía por ellos. Por sus novias. Pero ahora sé que eso no es cierto.

—Todo va a salir bien —dice Faye. Me tiende la mano, pero luego la aparta y se la mete en el bolsillo—. Todo volverá a la normalidad.

Esta vez niego con la cabeza. Ya ni siquiera sé qué es la normalidad.

Un coche entra en el aparcamiento y se pone a nuestra altura. No veo quién conduce, pero dos chicas que van en el asiento del copiloto nos tiran envoltorios de comida. Una lata de Coca-Cola medio llena me golpea en la sien, no lo bastante fuerte como para hacerme daño, aunque dudo que esa fuera la intención.

—¡No te saldrás con la tuya! —grita Laura Adams, sacando el tronco delgado por la ventanilla. Faye levanta el dedo corazón, recoge la lata y se dispone a lanzársela de vuelta, aunque el coche ya ha acelerado y se aleja.

—No —digo, poniéndole la mano a Faye en el hombro—. Me lo merezco.

—No te lo mereces —dice Faye sin ninguna inflexión en la voz—. No te mereces nada de esto. Y muy pronto la gente lo olvidará todo.

Inclino la cabeza.

—No estoy tan segura —digo—. ¿Cómo es el dicho ese? ¿Una imagen vale más que mil palabras? ¿Cuántas palabras vale un vídeo?

—Mm. —El labio de Faye se curva en una leve sonrisa—. Puede que tengas razón. —Me agarra de la muñeca y mira mi reloj—. Mierda. Tengo que irme pitando o me alargarán el castigo.

Me tira un beso y vuelve corriendo al instituto. El viento le revuelve el pelo y se lo sujeta por detrás con una mano, mientras con la otra agarra el bolso. El corazón se me hincha de algo que solo puedo describir como gratitud; gratitud por algo y hacia alguien que no estoy segura de merecer.

En lugar de montarme en el Jeep, decido ir andando a casa. No sé cuánto tiempo se tarda, pero imagino a Zach recorriendo el mismo camino, un día tras otro, y yo sin saberlo. ¿Cuántas veces lo habré adelantado con el coche, demasiado rápido —sobrepasando el límite de velocidad— como para darme cuenta?

Al llegar a casa noto que tengo hambre, pero estoy demasiado cansada para prepararme algo de comer, así que me hago una bola en la cama. Debo de haberme quedado dormida porque me despiertan unos molestos golpes en la puerta, acompañados de una voz igual de molesta.

—Mercy, cariño, despierta. Ha venido un chico a verte.

Me levanto como accionada por un resorte al abrirse la puerta. Tiene que ser una broma. Ningún chico puede querer verme. A menos que sea Charlie y venga a jactarse de su victoria y a restregármela por la cara.

—No —protesto, tapándome la cara con el edredón—. Estoy enferma.

—Bueno, sería de mala educación decirle que se fuera. Lleva un rato esperándote. Y te ha traído sopa.

Me asomo despacio, solo para asegurarme de que no es una trampa. Pero solo hay un chico que puede traerme sopa.

—Hola —dice Zach mientras se sienta en la silla giratoria y deja un *tupper* encima del escritorio.

—Hola —susurro. Tengo ganas de llorar. ¿Desde cuándo me pone tan sensible la sopa?

Kim está de pie en la puerta. Le lanzo lo que pretendo que sea una mirada amenazadora.

—Adiós. —Kim me guiña un ojo de la forma más descarada del mundo —. Ya nos veremos, Zach —dice—. A ver si me dejas ganarte la próxima vez.

Cuando cierra la puerta tras ella, me apoyo sobre los codos y me giro hacia Zach.

—¿Ganarte a qué? —pregunto—. No apuestes con Kim. En serio. Cogerá tu dinero y saldrá corriendo.

Zach se ríe.

—Estabas como un tronco, así que le he enseñado a jugar al mentiroso — dice—. No sabía ni lo que era. Ya le he dicho que debe de vivir en otro planeta.

Debería de resultarme raro pensar en Zach jugando a las cartas con Kim. Debería avergonzarme, porque seguro que le ha enseñado más escote del que debiera y habrá conseguido que Zach le diga lo joven que parece. Por algo mantengo oculta a Kim. Pero con Zach todo está extrañamente en orden. Si ha pasado un rato a solas con ella y todavía no ha salido corriendo, es incluso mejor persona de lo que creía.

Aparto el edredón y doy una palmada en el colchón a mi lado. Zach duda, pero se mete en la cama con la ropa puesta. Estamos así un minuto, y de pronto soy consciente de todo el espacio que ocupa, de lo largos que tiene los brazos y las piernas. Luego me inclino y hago algo que no había hecho nunca antes. Le pongo el brazo sobre el pecho, cierro los ojos y me acurruco en su cuello. Me sorprende lo bien que me siento, lo bien que encaja mi barbilla en él. Lo bien que encajo.

Me sorprende que, con todas las cosas que hemos hecho Zach y yo en esta cama, nunca hayamos estado aquí tumbados sin más. Me pasa el brazo por encima y me da un beso en la cabeza.

«¿Esto es a lo que renuncié por los vírgenes?».

Pero, cuando empiezo a dibujarle círculos en el pecho con el dedo, se aparta y endurece la expresión.

—Al principio no podía creerlo —balbucea—. No podía creer que me hubieses mentido todo ese tiempo cuando lo único que quería era que fueses mi novia. Me sentí un imbécil. —Aprieta la mandíbula—. He visto el vídeo cien veces y sigo sin poder creérmelo. Todos esos tíos, y yo sin tener ni idea.

Intento tocarle, pero me aparta la mano.

—Ni siquiera escribiste nada sobre mí en ese diario —dice, apartando la mirada—. Escribiste sobre todos los demás. Siento que no soy nada para ti.

Cierro los ojos con todas mis fuerzas. Parece como si Zach estuviera a punto de llorar. Oír su voz así es la peor sensación del mundo.

—Lo siento, Zach —digo—. De verdad. Es que tú no eras nada.

—Lo sé —dice, y la voz se le rompe ligeramente—. Pero una parte de mí, esta parte que ahora está tan cabreada, quería pasar de ti. Todo este tiempo he creído que tenía alguna posibilidad contigo, que al final vendrías a por mí. Ahora sé que eso no pasará nunca.

Me incorporo, dejo colgar la cabeza entre las rodillas y agarro las sábanas con fuerza. Mi cuerpo está hecho de aire y sé que voy a salir volando si no consigo aferrarme a algo. Flotaré lejos sin Zach.

—Eh —dice, rozándome el brazo con el dedo—. Eso era solo una parte muy pequeña de mí. No paso de ti.

El pecho me tiembla al respirar. Me duele todo. Me lo merezco por haberle hecho daño.

—Haría cualquier cosa por ti —dice, apretándome el hombro con suavidad—. Cualquier cosa. Solo déjame ser tu amigo, ¿vale? Puedes contarme las cosas. Todo lo que te pase por la cabeza.

—Lo que se me pasa por la cabeza ahora es que tengo lo que me merezco —digo en voz baja—. Me merezco todo lo que me ha pasado.

—No digas eso —replica—. No digas eso nunca más. ¿Me oyes? —Me rodea la cara con las manos.

—¿Por qué te gusto? —pregunto—. Soy una egoísta y una mentirosa, y lo único que hago es alejar a la gente de mí. Ni siquiera yo querría ser mi amiga.

A Zach se le ensombrecen los ojos.

—También eres auténtica. Dices las cosas como son. No me dejas que me salga nunca con la mía. Y me encanta eso de ti.

—No entiendo cómo puedo gustarte después de todo esto —digo—. No

te habría guardado rencor si hubieses decidido que soy una zorra de mierda y te hubieses sumado a la horda furiosa del pasillo. Probablemente tengas más derecho que nadie.

Cierra la boca formando una línea recta.

—¿Te acuerdas de todas las veces que me has dicho que no? ¿Todas las veces que me has dado calabazas cuando te he pedido que fueras mi novia? Siempre he seguido a tu lado después de eso. Y voy a seguir a tu lado ahora. No podrás librarte de mí tan fácilmente.

Dejo que mis labios rocen los suyos, tan levemente que nuestras bocas apenas se tocan. Cuando me aparto, Zach sigue con los ojos cerrados. Observo su cara, la boca que he besado mil veces. Por alguna razón, la carta de admisión del MIT se cuele en mis pensamientos de nuevo, pero esta vez me llena de temor. En Massachusetts seré, en efecto, un número más. No seré importante para nadie. No tendré cerca a gente como Zach, que está a mi lado pase lo que pase. Gente de la que no puedo librarme. Gente de la que no quiero librarme. Nunca.

Zach abre los ojos despacio y me enjuga una lágrima bajo el ojo.

—¿Qué piensas? —dice—. Yo te he dicho lo que pensaba.

—Me han aceptado en el MIT —digo abruptamente—. No se lo he contado a nadie todavía.

No pensaba decirlo. Las palabras de la carta de admisión se abren paso a toda velocidad en mi cabeza.

Su compromiso con la excelencia a nivel personal y con los objetivos ejemplares nos hace estar seguros de que contribuirá a enriquecer la diversidad de nuestra comunidad y sabrá beneficiarse del entorno académico.

Esas palabras que significan mucho menos que todas las que Zach acaba de decir.

Me aprieta la mano y esboza una sonrisa algo torcida.

—Ni siquiera sabía que hubieses enviado la preinscripción —dice—. Enhorabuena. Te mereces tener todo lo que desees, y sé lo mucho que te esfuerzas en los estudios.

Sé que está orgulloso de mí, pero también sé que está dolido. Se aleja de

mí otra vez. Los amigos se cuentan en qué universidades solicitan plaza. Los amigos se animan entre ellos. Sé que Zach me habría animado si le hubiese dado la oportunidad.

Nos quedamos callados hasta que Zach se levanta y dice que tiene que irse a un sitio. No le pregunto adónde porque no es asunto mío pero, por alguna razón, me pica la curiosidad. No tengo derecho a que me pique la curiosidad, pero no puedo evitarlo.

—Deberías calentar esa sopa —me aconseja—. Mi madre dice que lo cura todo.

Sonrío sin fuerzas. Ojalá curase todo lo malo que hay en mí.

Antes de irse, abre la mochila y saca un vaso de precipitado. Rebusca dentro y saca lo que parece una redacción, y la deja en la cama a mi lado.

—Esto es para ti —dice—. Te he hecho el trabajo de economía familiar del otro día. Va sobre la evolución del papel de la mujer en el mundo laboral. Y te ha quedado bastante bien, ¿eh?

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Por qué haces esto por mí?

Se encoge de hombros.

—Supongo que te debo una. Por todos los deberes de química que has hecho tú por mí.

Y se va, tras despedirse con la mano y esbozar una sonrisa que no le había visto nunca.

Me quedo allí sintiendo que no sé quién soy.

El viernes, antes de clase, hago lo que llevo varios días evitando.

Veo el vídeo.

No es difícil de encontrar. Está incrustado en una web en la que no parece haberse invertido mucho esfuerzo. No parece obra de Charlie, y estoy segura de que esa era exactamente su intención al hacerla.

La calidad de la imagen no es muy buena, pero se ve perfectamente que soy yo. Charlie ha editado el vídeo con maestría: ha cortado todas las conversaciones de antes y después de cada acto sexual y el resultado es, básicamente, pornografía pura. Se me revuelve el estómago cuando pienso cuántas veces habrá visto el vídeo y cuántas veces se habrá pajeado con él. Todo Milton High ha visto cada centímetro de mi cuerpo. Me han visto boca arriba, boca abajo, a cuatro patas, de lado e incluso —con el topo, el imbécil de Juan Marco Antonio— de pie.

Verme hacerlo con tanta gente distinta me pone físicamente enferma; siento que voy a vomitar en cualquier momento. Los dejé entrar en mi habitación, los dejé entrar en mí. Así, sin más. Es como si estuviese viendo a otra persona en la pantalla, a alguien que no se valora en absoluto. Creía que tenía el control, pero no es cierto. Siempre lo tenían ellos: primero Luke y luego cada uno de los chicos que dejé entrar en mi cama para superar lo que pasó con él.

Recuerdo que una vez hablé con Angela sobre el poder de permanencia de los vídeos y los mensajes de texto. «Una vez que está ahí fuera, ya no

puedes recuperarlo», me susurró con los ojos como platos cuando una chica de nuestra clase en décimo curso envió una foto suya desnuda a un tío con el que salía, que a su vez se la mandó a todos sus amigos. Angela no podía creer que nadie fuera tan estúpido. «En serio. Esa foto la perseguirá a todas partes. A la universidad. A las entrevistas de trabajo. Probablemente la vea hasta su futuro marido». Me entraron ganas de decirle que se quitara el cinturón de castidad y dejara de juzgar a la gente, pero tenía razón.

Si la foto de aquella chica la vieron, digamos, veinte personas, mi vídeo lo han visto 1610, si el asqueroso «contador de visitas» que Charlie ha instalado en la parte inferior de la página es de fiar. Me pregunto cuántos de ellos son perfectos desconocidos o incluso perversos en busca de material nuevo con el que masturbarse. Es un pensamiento realmente vomitivo.

Pero es incluso peor ver colgadas en la web las páginas de mi diario y revivir lo que sentía cuando las escribí. Es físicamente doloroso, como si me clavaran agujas por dentro. Pienso en los chicos sobre los que escribí aquello y me pregunto si para ellos también será así. Deben de sentirse humillados, cabreados, arrepentidos. Yo por lo menos tenía la opción de no haber escrito nada; le habría ahorrado un montón de sufrimiento a mucha gente.

Leo todos los comentarios que ha dejado la gente, aunque no quiero. Se me clavan en la piel, se hunden en cada parte de mi cuerpo que nunca quise que viese la gente.

Pobre puta. ¿Así que no quería acostarse con él? Pues no lo parece.

ESTA TÍA ES UNA ZORRA DESALMADA.

¿Cree que sería buen novio? Se merecen el uno al otro.

Querido diario: Soy una golfa de mierda que se merece todo lo que le pase.

Mi teléfono empieza a vibrar en la mesa junto a mí. Me sobresalto y pienso que será otro mensaje insultándome, pero afortunadamente es Faye.

—¿Lista para que terminen tus quince minutos de fama? —pregunta con una voz demasiado jovial para ser las siete de la mañana.

—Di más bien quince años —digo—. No creo que eso vaya a pasar pronto.

Se me cierra la garganta. Faye ha leído esos comentarios. Zach también. Angela también.

—No estés tan segura —dice Faye—. Solo tienes que ir a la asamblea de hoy.

—No, gracias —replico—. Tenía pensado ahorrármela. Meterme en el gimnasio con un montón de gente que me odia no me parece lo que se dice una gran idea.

—Tú ve —dice Faye—. Confía en mí.

Confío en ella, pero no me da la oportunidad de decírselo. Sigue hablando.

—Hay una cosa que tienes que saber. Va a haber daños colaterales después de esto, y parecerá que lo he echado todo por la borda. Pero a mí no me importan las mismas cosas que le importan a la mayoría de la gente. No quiero ir a la universidad como tú. Yo lo que quiero es ir a una academia de belleza.

Me pongo rígida.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto? ¿Qué estás planeando exactamente? ¿Debería preocuparme?

No contesta a ninguna de las preguntas.

—Tú ve a la asamblea de hoy. Ya verás.

Supongo que no tengo elección. Todo el mundo asiste a las asambleas. Incluso los que faltan a clase habitualmente —los vagos que fuman porros y se saltan las clases para ir al parque con los patinetes y los vagos sin más, que quién sabe adónde van— están obligados a ir. El director Goldfarb hace que los profesores revisen todo el instituto. Más de una vez han pillado a alguno que ya estaba en el aparcamiento. Los arrastran de vuelta adentro con cara de resignación y una amonestación. Aunque casi prefiero eso a otra ración de ridículo en público, no voy a dejar tirada a Faye.

Diviso a Angela y a Charlie en las gradas. Me quedo sin respiración. Él no me ha visto, pero estar en el mismo espacio que él hace que un terror enorme me palpite en el pecho. Estoy a punto de irme a pesar de las posibles represalias del director Goldfarb, pero entonces veo la mano de Charlie en el regazo de Angela, cómo le roza la piel con los dedos. Es un gesto inocente para cualquiera, pero no para mí. Cree que es suya. Ella se baja la falda para

que no se le vea la franja de piel que va desde los calcetines por la rodilla hasta el bajo de la falda. Un gesto típico de Angela, algo que antes seguramente me habría hecho poner los ojos en blanco pero que hoy me da ganas de abrazarla y de estar a solas con ella y contárselo todo. Llevo en la mochila la carta que le escribí, pero no sé si alguna vez tendré la oportunidad de dársela sin que haga con ella lo mismo que hizo Faye con el papel en clase de la señora Hill.

Faye y Zach no están, lo que me obliga a sentarme sola hasta que quedan treinta segundos para que empiece la asamblea, cuando ambos entran con sigilo y se sientan a mi lado en dos asientos que están comprensiblemente libres.

—Perdón —susurra Faye—. Problemas técnicos.

Me agarra de la mano.

Zach mira al frente con la mandíbula apretada. Conozco bien esa cara. Es la cara que pone durante los exámenes de química, cuando se queda en blanco. Está nervioso. Pero ¿por qué está nervioso?

—Ejem —dice el director Goldfarb desde la tarima. Le da unos golpecitos al micrófono con el dedo índice y un terrible acople inunda la sala. La mayoría de la gente se tapa los oídos. Yo agradezco el pitido, porque es la primera vez desde que salió a la luz el vídeo que oigo algo en el instituto que no sean cuchicheos sobre mi persona.

—Lo siento. Tenemos muchos asuntos que tratar, así que empezaremos enseguida. Uno de los temas que vamos a abordar hoy es el acoso sexual.

Un murmullo generalizado inunda el gimnasio. Puedo imaginar lo que están diciendo. Me resisto al impulso de esconder la cabeza entre las rodillas y hacerme una pelota.

—Os rogaría que, por favor, os guardarais vuestras opiniones. Si tenéis preguntas, nuestro invitado de hoy estará encantado de contestarlas.

El invitado, un hombre bajo y rechoncho al que seguramente le sudan las manos más que a mí, empieza a hablar de las conductas apropiadas, de la importancia del respeto entre las personas y de cómo tener claro el espacio personal en nuestro entorno ayuda a que todo sea más fácil para todo el mundo. Lo que viene a ser el sentido común.

—Ahora me gustaría que vieseis este vídeo. Solo dura unos minutos, pero

creo que resume a la perfección el tema.

Se aparta con torpeza del proyector. Disimulo un bostezo. Si hay algo peor que la gente que viene a dar charlas a las asambleas del instituto es la gente que viene a dar charlas y además se empeña en poner vídeos antiguos —de los años ochenta por lo menos— protagonizados por actores con peinados horribles y vestidos aún peor diciendo un montón de chorradas que ya sabemos.

Durante unos segundos, en la enorme pantalla no se ve ninguna imagen. Está en blanco.

—¡De puta madre el vídeo! —grita alguien aprovechando que estamos a oscuras.

Un par de personas empiezan a hablar, animadas por quienquiera que haya tenido las agallas de gritar en una de las asambleas del director Goldfarb. Hasta que aparece una imagen en la pantalla que hace que todo el mundo se calle.

Faye le tira un beso a la cámara y saluda con la mano, igual que me hizo a mí ayer después de clase. Pero ahí acaba cualquier parecido posible. Porque, cuando la cámara se aleja, se ve que no lleva nada puesto aparte de unas bragas de encaje. El pelo, por delante de los hombros, le tapa los pechos.

—¿Estás seguro de que nadie va a ver esto? No quiero hundir mi reputación, ¿eh? Soy nueva en el instituto. Quiero caerle bien a la gente.

—Esta es la mejor forma de caerle bien a la gente. —Oigo la voz de Zach antes de verlo aparecer detrás de Faye en la pantalla. Le pone las manos en las caderas y le aparta el pelo hacia un lado.

Dejo de respirar y le clavo las uñas en la mano a Faye.

—Todavía soy virgen e inocente —dice ella—. Ten cuidado.

Apoya los codos sobre la mesa, probablemente la misma mesa donde está la cámara. La sonrisa da paso a una expresión de sorpresa y la imagen se mueve un poco. Zach la empuja por detrás, haciendo que casi choque contra la cámara.

La sala estalla en gritos y vítores. La gente zapatea sobre el suelo del gimnasio. Puedo imaginarme al director Goldfarb y al resto de profesores corriendo a tientas en la oscuridad, tratando de encontrar la puerta de la sala de audiovisuales para apagar el equipo. Alguien grita entre la multitud.

—¿Pero qué hacéis? —pregunto, soltando la mano de Faye—. Esto no puede ser verdad. No estáis juntos. Me dijiste que no había nada entre vosotros. —Confíe en ella, la creí cuando me dijo eso.

Faye levanta mi mano y se la pone en el regazo. Me obliga a dejar de mover los dedos y los presiona contra los suyos.

—Créeme: no estamos juntos —me susurra al oído—. Pero durante ese rato estuvimos más unidos que nunca.

Sé que tengo la boca abierta de par en par, pero no me importa. No debería estar enfadada —no tengo derecho a enfadarme— pero quiero que paren. No quiero ver esto. No después de cómo me abrazó Zach anoche en mi cama. Sé que lo han hecho por mí, para desviar la atención... para montar un escándalo aún mayor. Pienso en lo que le dije a Faye ayer. «¿Cuántas palabras vale un vídeo?». Supongo que se lo tomó al pie de la letra.

Pero al ver a Faye y a Zach en la pantalla fingiendo de forma tan convincente que se gustan, deseo que no lo hubiesen hecho. Me deberían haber dejado en las garras de los lobos.

Respiro hondo para tranquilizarme. Me pregunto si la novia de Jeremy Roth se sintió así cuando me vio debajo de su novio. Imagino su reacción. Probablemente abrió el correo esa mañana sin esperar ningún mensaje que le destrozara la vida, pero allí estaba el enlace a la web. A lo mejor hizo clic por pura curiosidad. A lo mejor hasta tenía planes con Jeremy aquella noche. Planes que yo eché por tierra.

En la pantalla, Faye tiene las piernas alrededor del tronco de Zach. Él le pone las manos en la espalda para atraerla hacia él. Quiero desviar la vista, pero sigo mirando, paralizada. Tiene que ser una broma. Esto no puede estar pasando. Intento cerrar los ojos, pero permanecen abiertos, como le pasa a todo el mundo cuando ve algo horrible.

—¡Estás tapando la ranura de la hucha, tío! —grita un chico entre el público, secundado por un coro de abucheos.

Y, de pronto, la imagen desaparece. Alguien enciende la luz. Y a la luz le acompaña un silencio absoluto.

—Dios mío —murmuro por lo bajo, con miedo a decirlo muy alto por si así lo hago más real—. Habéis grabado un vídeo porno.

Faye me aprieta la mano.

—Sé que es drástico —dice—, pero tenía que ser así. Tus quince minutos de fama han terminado.

Espero a Faye y a Zach después de clase, pero tras una hora y media de andar de un lado a otro por el pasillo delante del despacho del director Goldfarb, está claro que puede que no salgan nunca. Las preguntas discurren por mi mente como un teletipo. ¿En qué estaban pensando? ¿Y si los expulsan temporalmente o, lo que es peor, de forma definitiva? ¿Y si acaban de arruinarse la vida solo por echarme un cable? Y —sé que esta pregunta es más egoísta—, ¿qué significa que se hayan acostado juntos?

Al final me subo al Jeep y conduzco hacia mi casa, después de mandarles unos diez mensajes a cada uno, que puede que lean o no, según qué elaboradas formas de tortura les tenga reservadas el director Goldfarb. Mi plan es ir directa a casa sin desviarme, pero de pronto me encuentro frente a la casa de Angela. Quizá me haya envalentonado tras la demostración pública de coraje de Faye y Zach. Quizá es que echo de menos a mi amiga. Quizá sean ambas cosas. No puedo dejar de pensar en ella y en el plan de Charlie de pasar el fin de semana con ella. El tiempo se agota.

No reúno el valor suficiente para llamar a la puerta, pero dejo el sobre en el buzón. En él solo pone Angela Hirsch en mayúsculas. No parece mi letra, que era la idea. No quiero que Charlie encuentre la carta y la abra o, lo que es peor, la lea. No quiero que Charlie vea jamás lo que hay dentro de este sobre. No quiero que nadie excepto Angela vea lo que he escrito aquí.

Tras dejar la carta en el buzón, aparco en la calle, un poco más abajo, y espero. No sé qué estoy esperando. Una parte de mí solo quiere ver a Angela,

comprobar que está bien. Cada minuto que pasa significa que el fin de semana está más cerca, y esa idea me llena de miedo.

Por impulso, saco el teléfono y marco su número antes de arrepentirme. El teléfono suena y suena y, finalmente, salta el buzón de voz, pero no se me ocurre qué decir, así que cuelgo.

Estoy a punto de arrancar el Jeep cuando un coche para en el camino de entrada a la casa. Charlie se baja del asiento del conductor y estira los brazos por encima de la cabeza, un gesto que me hace rodearme el pecho con los brazos por puro instinto. Odio que solo con verlo me tiemble todo el cuerpo.

No quiero mirar, pero lo hago. Da la vuelta hasta el lado de Angela y le abre la puerta. No le veo la cara, pero sé qué expresión tiene. Esa sonrisa de suficiencia, esa que dice «al final siempre me salgo con la mía».

Pero Angela no le da un beso al bajarse del coche. Cierra la puerta de golpe dejándolo fuera. Están peleándose. Me inclino contra el volante para intentar verlos mejor. Están peleándose el día antes del fin de semana de su aniversario. A lo mejor al final no lo celebran.

Charlie le hace gestos para que baje el cristal de la ventanilla, y después vuelve a caminar alrededor del coche hasta el lado del conductor. No puedo ver lo que está pasando dentro si no me acerco un poco, pero no lo voy a hacer. Si Angela me viera ahora quizá se sintiese empujada a hacer algo que no quiere hacer solo porque está enfadada conmigo, porque cree que la he traicionado.

Y si Charlie me viera ahora, no quiero saber lo que haría.

Mi teléfono vibra en el salpicadero. Doy un brinco en el asiento y me lo llevo a la oreja. Deben de ser Faye o Zach, que por fin han salido del despacho del director Goldfarb.

—¿Qué ha pasado? —susurro en el teléfono, aunque Angela y Charlie están demasiado lejos como para oírme.

—¿Que qué ha pasado? Llevas toda la semana evitándome. Esto ya pasa de castaño oscuro. Cenamos en media hora. Más te vale estar en casa para entonces. —La voz de Kim me inunda la oreja, y es su voz de enfadada, la que reserva para la gente que consigue cabrearla de verdad. Hace mucho que no usaba ese tono conmigo. Generalmente no se enfada, ni siquiera cuando intento provocarla. Pero esta vez, ahora que no busco su ira, no sé qué he

hecho para merecerla.

—No sabía que tuviéramos ningún plan para cenar —digo con frialdad, con la vista fija en el coche de Charlie.

—Eso es porque llevas toda la semana en babia —replica Kim—. Podrías haber escuchado los mensajes que te he dejado o la nota que había en la cocina.

—¿Y qué es tan jodidamente importante? Perdona si no he visto tu estúpido post-it. He tenido mucho lío esta semana.

Mi voz está envenenada de enfado, pero lo peor son las lágrimas que hay detrás. Quiero gritarle a Kim. Quiero echarle la culpa de todo por haber contratado a Charlie como jardinero y haberle dejado hurgar en nuestras vidas. En mi vida.

—Vas a venir a casa a cenar —dice Kim. Ahora se la oye ausente, como si estuviera arreglándose las uñas y hablándome al mismo tiempo.

—¿Desde cuándo cenamos juntas? Si como siempre sola.

Pienso en Faye y en sus espaguetis, en cómo se le iluminaron los ojos cuando me comí todo el plato.

—Esta noche tenemos un invitado especial —suspira Kim—. Tu padre.

Agarro el teléfono con fuerza. Quiero gritar, pero es demasiado agotador esforzarme en discutir con Kim. Sabía que esto pasaría tarde o temprano. Hace una semana estaban magreándose en el porche, y ahora mi padre viene a cenar a casa.

Kim se toma mi silencio como un consentimiento tácito.

—Ven a casa, Mercedes.

Tiro el móvil al bolso y arranco el Jeep. Angela y Charlie siguen en el coche a oscuras. Sea lo que sea lo que estén haciendo ahí, no puedo esperar a averiguarlo.

Cuando entro en casa, Kim está atrapada en un torbellino de actividad. Lleva unos tres kilos de diamantes alrededor del cuello y un vestido de cóctel negro con zapatos de tacón a juego. Parece como si tuviese una cita con alguien y quisiera que se gastase mucho dinero en ella.

—¿Estoy bien? —me pregunta, colocándose delante de la nevera y atusándose la melena. Kim no se está comportando de la manera habitual. Ella nunca preguntaría si está bien. Está nerviosa. Me trago el impulso de

decirle que la vi con mi padre en el porche la otra noche—. Será mejor que subas a cambiarte —dice, dirigiéndome una mirada que acaba con el ceño fruncido.

—¿Qué hay de malo en lo que llevo puesto? —pregunto, cruzando los brazos. Sé que se lo estoy poniendo difícil, pero no tengo por qué arreglarme para impresionar a alguien a quien hace demasiado tiempo que no veo como para que se lo merezca.

—Ponte un vestido, Mercedes. Tienes que estar presentable.

Subo las escaleras haciendo ruido y me quito los vaqueros. Los sustituyo por unos pantalones de chándal y hago una mueca frente al espejo. Así aprenderá Kim. Acto seguido, me quito los pantalones de chándal, me pongo una falda y una camiseta y me cepillo el pelo. Maldición. No quiero que mi padre piense que soy una guarra. Me aplico una capa de brillo de labios y me echo colonia. Quizá se me haya pegado algo de la energía nerviosa de Kim, una mezcla de nervios y emoción. Mi padre se marchó en su coche deportivo hace un montón de años. ¿Reconoceré a la persona que va a entrar por la puerta?

Cuando suena el timbre, salgo de la habitación y observo desde el rellano cómo mi padre entra y le da a Kim un beso en la mejilla. No se miran a los ojos; eso significa que están acostándose otra vez y no quieren que yo lo sepa. No mirarse a los ojos es la señal más obvia del mundo.

Desde mi lugar privilegiado le veo la coronilla a mi padre. Tiene una calva en la parte superior que no estaba ahí la última vez que le vi, y muchas más canas. Aparte de eso, está exactamente como lo recordaba, incluido el traje que lleva puesto, aunque se le ajusta un pelín de más en la barriga.

Kim carraspea, bien para advertir a mi padre de que estoy en la habitación o para hacerme una señal para que baje. Bajo las escaleras con piernas temblorosas y me agarro a la barandilla para sujetarme. Mi padre me mira como si fuese la primera vez que me ve. Por alguna razón, pienso que estoy en una película a punto de salir hacia el baile de graduación, y que mis perfectamente normales y cariñosos padres me están esperando al pie de la escalera para despedirse de mí. Tengo la garganta seca y noto las manos sudorosas en el pasamanos. Espero que mi padre no quiera darme la mano, porque notará que estoy sudando. Pero no va a darme la mano. Va a darme un

abrazo. Si no fuera porque está mirándome como si no supiera quién soy, lo cual imagino que es cierto. Me han pasado un montón de cosas de las que no tiene la menor idea. Mi padre siempre sabía cuándo me pasaba algo. «¿Qué te ronda por esa cabecita?», me decía siempre cuando yo tenía siete años y estaba agobiada por alguna tontería de niña de siete años. Me pregunto si aún sabrá ver que me pasa algo. Ahora le costaría mucho más saber qué me ronda por la cabecita.

Cuando llego al pie de las escaleras, nos quedamos uno frente al otro. Me seco las manos en la falda por si decide darme la mano. Pero solo esboza una sonrisa rara y da un paso adelante, como si me pidiera permiso para tocarme. Me gusta que no espere que quiera un abrazo. Respeta los límites. Avanzo hacia él y le echo los brazos a los hombros.

No sé qué esperaba de este abrazo. Supongo que esperaba que me estrechara contra él e intentara disculparse por no haber estado presente en buena parte de mi vida. Pero solo me estrecha ligeramente y me da unas palmaditas en la espalda. Noto el calor de su mano a través de la camiseta. Él también está nervioso.

Cuando nos separamos, me sujeta por los brazos y sacude la cabeza.

—Te pareces muchísimo a tu madre —dice.

Yo me muerdo la lengua. Quiero decirle que solo nos parecemos por fuera, pero no quiero estropear el momento ahora que esto acaba de empezar.

Kim ha contratado un catering para la cena. Cuando nos sentamos los tres a la mesa del comedor, queda patente lo incómodo que se siente mi padre en la que era su casa. Hace comentarios sobre las reformas que ha hecho Kim (las de la casa, no las de su cuerpo, aunque estoy segura de que esas también las ha notado).

—El color de las paredes es muy bonito —dice, y añade—: Por fin has puesto el parquet que querías. —Yo no abro la boca hasta que dice algo que me quita el apetito de golpe—. El jardín está precioso —dice, señalando la ventana abierta a nuestro lado—. Has conseguido arreglar el trozo de tierra. Esas rosas son preciosas.

Trago y me muerdo el interior de los carrillos. Aferro el tenedor en la mano como si fuera un arma.

—Gracias —dice Kim, visiblemente encantada con los cumplidos—. He

contratado a un jardinero. Va al instituto con Mercedes.

Mi padre asiente con la cabeza. Yo mantengo la vista fija en el plato. La pechuga de pollo en salsa adquiere de repente un aspecto gris, grasiento y absolutamente incomedible.

—¿Qué tal te va en el instituto, Mercedes? —pregunta mi padre. Empujo el pollo de un lado a otro del plato y pincho los guisantes con cada uno de los dientes del tenedor. De pronto me acuerdo que hacía esto mismo con los guisantes cuando era pequeña.

—El instituto va bien —contesto—. De hecho, me han admitido en el MIT, así que me iré de aquí pronto.

Le dedico una sonrisa con los labios apretados. No puedo decirle la verdad. «Perdí a mi mejor amiga la semana pasada porque me acosté con un montón de tíos de nuestro curso. Los dos únicos amigos que me quedan han follado. Ahora solo pienso en cómo podría haber hecho las cosas de otra forma para cambiarlas. No puedo dar marcha atrás, pero por lo menos voy a poder empezar de cero».

—Guau —dice—. Impresionante. —Hace una pausa a la que sigue un silencio incómodo. Que interrumpe con una pregunta igual de incómoda—. ¿Hay algún hombre especial en tu vida?

Niego con la cabeza. «No, los que ha habido hasta ahora no han sido especiales en absoluto».

—¿Y el chico que te trajo la sopa? —pregunta Kim—. Ese prometía.

—Zach —replico—. Se llama Zach. Y no es mi novio, Kim.

Mi padre levanta las cejas. Parece que quiere decir algo pero no está seguro de cómo expresarlo, así que comemos en silencio. Hasta que le pido a Kim que por favor me pase las patatas.

—¿Por qué llamas así a tu madre? —pregunta.

—¿Así cómo? ¿Kim? Porque es su nombre.

Pelo una patata y la parto por la mitad con mucha más violencia de la que debería. Ni siquiera pretendo comérmela. Solo quiero deslizar el cuchillo en ella.

—Bueno —dice mi padre—. Pero a mí no me llamas Roy. Aunque podrías hacerlo si quisieras...

Se le apaga la voz. Está intentando ser un padre guay al que no le importa

cómo lo llame su hija mientras lo llame de alguna forma.

Me encojo de hombros.

—No, prefiero llamarte papá —digo. Quizá esto lo diga sobre todo para hacerle daño a Kim. Mi padre es el que se fue, pero Kim es la madre ausente de verdad. Por lo menos mi padre se fue en cuerpo y alma. Kim finge estar aquí y probablemente se convence a sí misma de que es una buena madre. Ella sí que es un fraude.

Kim se masajea las sienes con los dedos. Mi padre la mira con cariño. Yo pongo los ojos en blanco. Es la mejor haciéndose la víctima. Puedo haber heredado sus pómulos y sus ojos verdes, pero me alegro de no haber heredado esa cualidad.

Nos interrumpe el sonido del timbre. Seguro que son Faye o Zach. Me he dejado el móvil arriba, pero estoy segura de que han intentado llamarme. Me levanto de un salto y corro hasta el recibidor antes de que Kim pueda reñirme por mis malos modales.

Es Faye y está apoyada en el marco de la puerta con un aire mucho más despreocupado del que tendría yo en su lugar. Aunque quería saber de ella, no sé si puedo soportar tenerla tan cerca ahora mismo. Quiero abrazarla y a la vez quiero apartarla de mí. Estoy enfadada con ella, enfadada con ella y con Zach y con sus cuerpos abrazados.

—¿Qué ha pasado? —susurro mientras salgo al porche y cierro la puerta detrás de mí. Diga lo que diga ella, o diga lo que diga yo, no quiero que Kim y mi padre nos oigan.

—Han llamado a Lydia y también a la madre de Zach. Lydia está trabajando, así que no escuchará el mensaje hasta que llegue a casa, y estoy segura de que tendré que explicárselo. La madre de Zach no estaba demasiado contenta. Lo han castigado dos semanas. Y a mí me han expulsado. Indefinidamente —dice todo esto con una sonrisa.

Junto las manos.

—Pero ¿por qué a Zach solo lo han castigado y a ti te han expulsado?

—Porque le he dicho a Goldfarb que fue idea mía. Lo cual es totalmente cierto. He dicho que yo lo planeé todo, que Zach no tenía ni idea. He dicho que Zach creía que nadie más vería el vídeo. Por el amor de Dios, ese muchacho es adorable pero mente fatal. No sé si Goldfarb se lo ha tragado,

pero Zach tiene un expediente tan bueno que no ha tenido elección. —Sonríe—. Puedo ser muy convincente.

—No puedo creer que hayáis hecho esto por mí —digo, juntando las palmas de las manos muy fuerte para que me dejen de temblar, no sé si de enfado, de miedo o de ambas cosas—. No entiendo cómo puedes estar tan tranquila. Te has metido en un buen lío.

Faye se acerca a mí hasta que nuestras narices casi se rozan.

—¿Qué te dije antes de que esto saliera a la luz? Te dije que habría daños colaterales. Y no me importa.

—Pues a mí sí —digo, y mi voz suena aguda y estridente—. Me importa que te hayan expulsado y me importa que Zach y tú os hayáis acostado.

Cruzo los brazos. Quiero empujarla y estrecharla contra mí, pero no hago ninguna de las dos cosas. Se acerca aún más y me habla casi en la boca.

—No lo hicimos —dice—. Pero parece que sí. Todo el mundo cree que sí.

La parte interna de las piernas y los brazos empieza a temblarme ligeramente. Me doy cuenta de que tiemblan de alivio. De un alivio inmenso, como si por muchas cosas terribles que hayan pasado todo fuera a salir bien. Faye no se acostó con Zach. No hay nada entre ellos. Me sonrío como si pudiera leerme la mente y me remuevo, incómoda.

La puerta se abre detrás de mí. Al principio ni la oigo, pero Faye retrocede y aparta la vista de mi cara.

—Mercedes, ¿qué pasa? —dice Kim—. Oh. Hola —exclama al ver a Faye.

—Soy Faye —dice ella extendiendo la mano. Kim se la estrecha—. Siento interrumpirles. Deben de estar cenando.

—¿Quieres acompañarnos? —pregunto antes de que Kim pueda detenerme—. Tenemos cena familiar. Está aquí mi padre. Hay un montón de comida.

Faye abre los ojos imperceptiblemente. Sabe que el hecho de que mi padre esté aquí es importante. Y sabe que precisamente por eso quiero que se quede.

—Suena genial —dice—. Estoy hambrienta.

No tengo oportunidad de darle las gracias a Faye, pero no importa. La

cena es infinitamente menos incómoda desde el momento en que se sienta a la mesa. Hace reír a mi padre y hasta Kim sonríe. Nadie diría que esta chica, que repite pollo y patatas y le explica a mi padre cómo se asa un chuletón en la barbacoa correctamente, es la misma que acaba de enseñar su cuerpo desnudo voluntariamente a todo el instituto en pantalla grande, lo cual le ha valido la expulsión.

—Espero que volvamos a vernos —dice Kim cuando me levanto para acompañar a Faye hasta su coche.

—Seguro que sí —dice Faye—. Gracias por la cena. —Se gira hacia mi padre—. Encantada de conocerle, señor Ayres. Si vuelve otro día, tenemos que ir al asador del que le he hablado. Hacen el mejor *filet mignon* del mundo.

—Por favor, llámame Roy —dice él—. Y el placer es mío. Cualquier amiga de Mercy que sepa apreciar un chuletón es también amiga mía.

Acompaño a Faye por el camino de entrada creyendo que no iré más que hasta el coche. Pero, en lugar de abrir la puerta del conductor y montarse, da la vuelta y me abre la puerta del copiloto.

—Ven conmigo a dar una vuelta —me dice—. Tenemos que ir a un sitio.

Viajamos en silencio, algo que Faye y yo hemos compartido poco desde que nos conocimos. Me da la sensación de que siempre ha estado hablando, riéndose, cantando o haciendo cualquier cosa para no estar en silencio. Pensaba que sería de las que ponen música en el coche, pero no hace ademán de encender la radio, ni yo tampoco.

No controlo en absoluto la situación.

—¿Adónde vamos? —pregunto por fin.

—Ahora verás —es todo lo que contesta. Otra respuesta crítica.

Llegamos a un aparcamiento desierto cerca de la playa, pero Faye no hace ningún ademán de salir del coche. En lugar de eso, aprieta un botón y la capota del coche se retira. Se reclina en el asiento y me mira expectante hasta que hago lo propio.

—Ahora mira hacia arriba —dice Faye, levantando el rostro hacia el cielo. Cuando miro arriba, solo veo estrellas. Nunca me había dado cuenta de cómo las tapan las luces de la ciudad.

—En horizontal se ven distintas —digo. El cielo parece más panorámico, como si de verdad se extendiera hasta el infinito.

—Hay muchas cosas que se ven distintas en horizontal —dice Faye—. Por eso el sexo es algo tan honesto.

—Tiene gracia, porque yo no he sido honesta en absoluto —digo con una risa amarga—. Al menos no con la gente que me importaba.

—Hablando de honestidad —dice Faye, apoyando la mejilla en el

reposacabezas para mirarme—. Tienes que saber que lo que hicimos Zach y yo fue por ti, pero también por mí. Porque ese es el motivo por el que me fui de mi anterior instituto.

—¿Qué pasó? —pregunto despacio—. Si quieres contármelo.

—Eres la única persona a la que quiero contárselo. —Se aparta el pelo de la frente—. Empecé a salir con un chico a principios de curso. Me gustaba de verdad. Y creía que yo también le gustaba de verdad a él. Pero una noche nos emborrachamos en una fiesta y nos metimos en una habitación a enrollarnos. Recuerdo que yo no quería hacerlo allí, pero él sí, así que al final cedí.

Habla con voz ligera y las palabras salen de su boca a cámara rápida, casi como si hubiese estado aspirando helio. Se nota que soy la primera persona a la que le cuenta esto en mucho tiempo. Quizá sea la primera persona a la que se lo cuenta.

—El caso es que había un amigo suyo con nosotros en la habitación. Yo no me enteraba de mucho, pero su amigo nos grabó en vídeo. Lo único que recuerdo con claridad es haberle dicho a su amigo que se fuera. Pero mi novio dijo que no. Quería tener un vídeo, me dijo que solo lo veríamos nosotros. Pero resultó que mi novio tenía otra novia y parece que quería ponerla celosa. El lunes todo el instituto había visto el vídeo.

—Lo siento —digo. Quiero acercarme a ella, pero no me muevo.

—Yo también lo sentí —dice—. Estaba muy enfadada. El chico que creí que era mi novio me había dejado tirada como si no valiese nada. Y su novia se propuso convertir mi vida en un infierno. Ir al instituto era una tortura. Lydia se dio cuenta de lo que me estaba pasando y, de todas formas, no estaba contenta en Nevada.

—Te habrá costado mucho volver a confiar en la gente —digo. Le acerco la mano al hombro y se lo aprieto con los dedos.

—Eso creía —dice, girando el rostro hacia mí—. Pero confié en ti enseguida.

No sé qué decir. No se me ocurre nada que decir que esté a la altura de eso.

—Solo quería que lo supieras —dice Faye mientras se incorpora para apoyarse sobre el codo—. Y quería contártelo en un sitio donde nadie pudiera oírnos. —Sonríe y se muerde el labio—. No te he traído a un aparcamiento

vacío para enrollarme contigo.

Abro mucho los ojos.

—No había pensado eso —baluceo, aunque es exactamente lo que se me ha pasado por la mente al llegar.

—¿Por qué? ¿No quieres enrollarte conmigo? —pregunta. Me pone la mano en la pierna y se gira hasta quedar bocabajo.

Observo la mano y luego el pecho de Faye, que sube y baja rítmicamente con cada respiración. Pienso en la noche del baile, cuando casi nos besamos en el baño. Recuerdo todas las veces que me ha rozado y cómo le olía el cabello cuando me abrazó. Pienso en su cuerpo desnudo en la pantalla.

Pienso en cómo sería besarla. Sería sencillo juntar mis labios con los suyos y averiguar si estaba o no imaginándome todos esos sentimientos. Si me siento o no atraída por Faye, o si simplemente me gusta porque no es un chico. Nadie lo sabría nunca. Nadie de toda esa gente del instituto que quieren verme hacer el ridículo. Ni Charlie, que cree que me ha arruinado la vida. Ni Angela. Ni Zach.

Pero entonces lo entiendo. No quiero besar a Faye. Quiero ser Faye. Quiero ser intrépida como ella, atrevida como ella. Quiero encontrar la forma de ser yo misma sin sentir la necesidad de disculparme, como ella. Besar a Faye no va a mejorar las cosas. Si acaso me haría sentir culpable.

—Eres perfecta —susurro—. Pero no puedo enrollarme contigo.

Espero que se muestre decepcionada pero, en lugar de eso, sonrío.

—Eso creía —dice. Acto seguido, se incorpora y se abrocha el cinturón.

—¿Estás enfadada? —pregunto, rodeándome el pecho con los brazos.

—Claro que no, tonta —dice mientras arranca el coche—. Sé perfectamente dónde necesitas estar ahora y allí es donde voy a llevarte.

Se me cae el corazón a los pies cuando llegamos a mi calle. Por un aterrador momento, creo que me lleva de vuelta a mi casa. Quizá crea que tengo que hablar las cosas con Kim, encontrar la manera de perdonarla y arreglar el desastre que es mi vida familiar. No quiero decepcionarla, pero no hay una tirita lo suficientemente grande para colocar sobre esa herida.

Pero dejamos mi casa atrás y seguimos avanzando. Seguimos hasta que Faye se para en el camino de entrada de la casa de Zach.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto, consciente de que mi corazón late

desacompasado.

Faye se inclina hacia mí y levanta una ceja.

—Eres una chica lista —dice mientras se estira para desabrocharme el cinturón de seguridad—. Tú sabrás.

No hace ningún ademán de salir del coche. Cuando me queda claro que no va a hacerlo, me bajo yo. Cierro la portezuela despacio y la veo alejarse. Cuando el coche desaparece de mi vista, me aliso la parte delantera de la falda y camino lentamente hacia el porche de Zach.

Llamo al timbre con dedos temblorosos. Un sudor nervioso se forma bajo mis axilas y siento que me voy a desmayar. De pronto me acuerdo de Evan Brown, del miedo que le daba estar en la habitación de una chica y lo obvio que era. A mí me resultaba totalmente ajeno que la gente pudiera tenerle tanto miedo al sexo.

Pero aquí estoy, igual de nerviosa ante la puerta de la casa de un chico.

Una parte de mí espera que Zach no esté en casa. Cuando no contesta la primera vez, casi me doy la vuelta y me voy. Pero entonces pienso en Faye, en que quiero ser como ella. Faye no huiría de esto. Faye se enfrentaría a ello.

Zach abre la puerta en pijama, el mismo pijama de franela que llevaba cuando se hizo cargo de mí después del baile. Parece suave e inofensivo, y lo único que quiero es abrazarme a él.

Abre mucho los ojos y sonrío. Es su sonrisa de sorpresa, la que me recuerda a un niño emocionado la mañana de Navidad, lo que significa que no tenía ni idea de que fuese a venir. Imagino que Faye ha sabido guardar algún secreto después de todo.

Estira el brazo para tocarme la cara.

—Hola.

Sé lo que quiero decirle, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta y de repente me siento más desnuda y expuesta de lo que me sentí cuando Charlie difundió el vídeo por todo el instituto. Como si me hubiesen despojado y vaciado de todo. Ni siquiera puedo pensarlo. Si tuviera mi cuaderno ahora mismo, me diría de todo. «Débil. Idiota». Me pondría un cero.

—Hola —digo y, como no consigo encontrar más palabras, le echo los brazos al cuello y pego mis labios a los suyos. Baja las manos hasta mi zona

lumbar, por debajo de la camiseta. Abre un poco la boca y le paso la lengua por el labio inferior, y aprieto firmemente el cuerpo contra el suyo. Me asalta el mismo pensamiento de la otra noche, cuando estábamos tumbados en mi cama vestidos. «Lo bien que encajo».

Debo de haber besado a Zach unas mil veces, en infinitas posturas distintas. En la cama. Contra la pared. En el asiento de atrás de mi Jeep. En la impoluta cocina de Kim. Los besos siempre eran un juego previo al sexo. Siempre había imaginado que si besas a un chico seguramente es porque vas a acostarte con él. No sé qué es besar a alguien y que eso no lleve a nada más. Necesito saber adónde tengo que ir ahora y cómo llegar hasta allí.

Este beso es diferente, más suave, más libre y más temerario. Y no sé cómo gestionarlo.

Así que empujo la cadera contra él y bajo una mano por su pecho hasta la cinturilla de sus pantalones. Tiro del cordón y empiezo a deslizar la mano dentro, pero él me la sujeta y entrelaza sus dedos con los míos.

Estamos cogidos de la mano; yo nunca le había dado la mano a un chico antes. Ninguna de las posturas en las que hemos estado en mi cama, por muy expuesta que estuviera entonces, es comparable a esto. Ahora sabe que me sudan los dedos. Sabe que estoy muerta de miedo.

Tiro de la cintura de su pantalón con la otra mano, pero me frena otra vez. Le muerdo el labio inferior y le meto la lengua en la garganta; intento convertir el beso en algo a lo que estamos acostumbrados, en algo que creía que a Zach le gustaba.

Esta vez se aparta de mí.

—Mercy —dice—. Para. No podemos hacer esto.

Me arden las mejillas de humillación. Me está rechazando. Me deshago de su abrazo y le suelto las manos. Me froto las mías en la falda. Él me observa y la cara que pone me hace odiarme a mí misma más todavía.

—Te deseo —digo, aunque mi voz es plana y monótona y no parece mía. No es la voz que uso en mi habitación cuando trato de jugar y seducir. No se parece en nada a esa voz. No puedo hacer acopio de fuerzas para hablar así ahora. ¿Qué me pasa?

—Mira, con Faye no pasó nada. Era todo un espectáculo. No podría estar así con nadie. No, porque... —Se le apaga la voz y sacude la cabeza.

«¿No porque qué?», pienso.

Quiero que diga lo que me dijo en la cocina de Kim, cuando lo daba todo por hecho y pasé de él. Quiero que lo diga otra vez. Quiero oírlo ahora. Quiero oírlo ahora porque, si de verdad he cambiado, sentiré algo distinto cuando lo oiga.

Pero no dice nada, no sonríe y tiene las cejas juntas. Esa es su cara de sufrimiento y, últimamente, me resulta demasiado familiar.

Lo sigo hasta la cocina, donde abre el frigorífico.

—¿Tienes hambre? —pregunta—. Mi madre está en clase, pero ha hecho un montón de espaguetis. Sé que te gustaron los espaguetis que preparó Faye. ¿Quieres?

Me pongo detrás de él y le rodeo la cintura con los brazos. Empiezo a besarle el cuello. Así dejará de prestarle atención a la comida. Creo que Zach y yo nunca hemos comido nada en nuestras citas a la hora del almuerzo. Ahora todo volverá a la normalidad.

—Mercy —dice, dando media vuelta para mirarme—. No puedo. Vamos a pasar un rato juntos sin más, ¿vale? Voy a calentar la comida y podemos ver la tele o lo que sea.

Retuerzo las manos en silencio.

—¿Por qué no? ¿Por qué no podemos hacer algo que sabemos que nos gusta? No tengo hambre. No quiero espaguetis. Te quiero a ti.

Él mira al suelo.

—No me quieres —dice—. Esta es tu forma de intentar que todo vuelva a la normalidad. Lo entiendo. Pero yo ya no puedo seguir siendo ese chico. Es demasiado difícil, joder.

Con cada sílaba es como si me clavaran un cuchillo, una daga. «Demasiado. Difícil. Joder».

Me muerdo el labio. Sé que voy a llorar, y no quiero hacerlo aquí. No quiero que Zach me vea con los ojos hinchados y rojos, ni con la cara empapada y la nariz llena de mocos. Ya le he hecho pasar suficiente sin necesidad de llorar en su hombro como una estúpida.

Así que doy media vuelta y echo a correr hasta el recibidor, y salgo a la calle antes de poder cambiar de opinión.

Él no viene detrás de mí. Tampoco creo que pudiera alcanzarme. Se me

da mejor que nunca huir.

No dejo de correr hasta que llego delante de mi casa y estoy sola de nuevo.

—¡Sí que te quiero! —le grito a la oscuridad entre sollozos.

Pienso en lo que debería haberle dicho a Zach, las palabras que no he conseguido pronunciar en voz alta. «Quiero sentirme normal, pasar tiempo contigo sin más. Quiero saber cómo se hace, pero no tengo ni idea. Porque tienes razón, para mí el sexo es lo normal. El sexo es mi forma de ejercer el control. Pero ahora avanzo inexorablemente hacia un precipicio y no sé dónde están los frenos».

Respiro muy hondo. Me duelen los pulmones, todo me quema por dentro.

Quizá la confianza sea el freno que estoy buscando. A Faye le pasó algo malo y, aun así, encontró la manera de volver a confiar en la gente, de tener fe en que no iban a hacerle daño.

¿Por qué no puedo hacer yo lo mismo?

Zach tiene la decencia de obviar por completo lo de la otra noche cuando llego a clase el lunes. Me está esperando en el aparcamiento con un café, listo para acompañarme a clase. Así que yo también finjo que no pasó nada, que no le rompí el corazón y pisoteé los trozos.

—Míranos —dice, abriéndome la puerta mientras la gente nos observa y nos señala con el dedo—. La gente desnuda más popular de Milton High. Eso tiene que ser un gran logro.

Me agarro de su brazo.

—Tampoco te lo creas tanto —digo—. Te olvidas de Faye. Probablemente sea más popular que nosotros dos juntos.

Es raro que Faye no esté. Sigo esperando que aparezca por detrás de nosotros y nos pase un brazo a cada uno por los hombros, y se ría con su risa de foca que he aprendido a adorar. Ahora más que nunca me doy cuenta de que Faye ha sido la fuerza niveladora, el pegamento que lo ha unido todo. Ahora Zach y yo tendremos que ser nuestro propio pegamento.

—Volvemos a ser dos —dice Zach, tarareando la parte de la canción de *El Rey León* que canta Timón mientras nos dirigimos a clase de química.

—Espero no ser el jabalí —exclamo.

—Así me gusta, con sentido del humor —dice—. Se la echa de menos. A Faye, no al jabalí. No tenía por qué llevarse ella la peor parte. Acordamos hacerlo juntos.

Nos detenemos en mi taquilla. No es difícil de ubicar, ya que alguien se

ha tomado la molestia de dibujar un pene anatómicamente incorrecto con rotulador, además de la palabra **Golfa** en letras mayúsculas gigantes, junto al cuadrado con el que Zach tapó **Zorra** la semana pasada.

—Yo también la echo de menos —digo con un suspiro.

—Oye, ¿crees que puedes ir sola a economía familiar hoy? Tengo que irme a la biblioteca a estudiar sí o sí. Pero, si me necesitas, estaré allí.

Sacudo la cabeza.

—Por supuesto. Estaré bien.

Zach abre mucho los ojos.

—Eh... Mercy...

Me doy la vuelta para ver a quién mira. Por un segundo, creo que me voy a dar de bruces con Faye, aunque la han expulsado. Pero es alguien a quien esperaba aún menos.

Angela. Junta las manos delante del cuerpo, casi como si estuviera rezando.

—Angela. Hola —digo.

—Angela. Adiós —se despide Zach, y sale pitando.

Se mira las manos. Tiene los ojos rojos; se ve que o bien ha estado llorando o fumando marihuana, y pongo la mano en el fuego por que no es lo segundo.

—¿Podemos hablar? —Levanta la vista y esboza una media sonrisa que es más bien una mueca, una que no le había visto antes—. Aquí no. Después de clase.

—Claro —digo—. ¿Quieres que vaya a tu casa?

—No —responde rápidamente—. Voy yo a la tuya.

Rebusca en su mochila y saca una bolsa de plástico que me pone en las manos. Da media vuelta y se va corriendo antes de que yo pueda decir nada.

Miro dentro de la bolsa. Hay una tela negra. Al principio no tengo ni idea de qué es, pero de pronto me doy cuenta de que es mi picardías negro, el que pensé que debía de haber cogido Kim. Pero fue Angela, la única persona que no creía que fuese capaz de robar nada. Las manos me tiemblan un poco al meter la bolsa en mi taquilla y cerrar la puerta. Me dispongo a irme, pero en lugar de eso, doy media vuelta de nuevo y vuelvo a abrir la taquilla. Saco la bolsa y miro dentro. Puede que Angela se haya puesto esto para Charlie. ¿Por

eso me lo devuelve, porque es un recuerdo de lo que ha hecho?

Hago una bola con la bolsa y la tiro en la papelera más cercana. Ahí es donde debe estar.

Tenemos química y economía familiar juntas, pero Angela ni siquiera me mira en química y no viene a economía familiar. Como estoy sentada dos filas detrás de ella en química, veo que hace una auténtica chapuza con el experimento de hoy, que consiste en demostrar la alta densidad del hexafluoruro de azufre en relación con el aire. Le tiemblan las manos y, a mitad de la clase, tira un matraz que se rompe en pedazos contra el suelo.

—¿Qué coño ha pasado? —le grita su compañero de laboratorio.

Yo me pregunto lo mismo. Me pregunto qué ha pasado, qué le ha hecho Charlie.

Para enrarecer aún más el día si cabe, el tema de hoy en economía familiar es el embarazo. Debería estar tomando apuntes para poder pasárselos a Faye y a Angela, pero la información que nos da la señora Hill es absolutamente inútil. No tiene nada que ver con lo que significa de verdad estar embarazada.

—Este es el aspecto de un bebé a las cuatro semanas —dice, señalando un punto diminuto en una diapositiva con el puntero—. Es apenas una manchita. Pero esta manchita se convertirá en esto. —Pasa a la diapositiva siguiente, donde la manchita ha crecido hasta tener el tamaño de un cacahuete—. Esto es a los dos meses. Es lo que crece dentro de ti a los dos meses. Y, muy pronto, se convertirá en esto.

En la siguiente diapositiva ya parece un bebé, y es ahí donde dejo de mirar. Noto las lágrimas calientes detrás de los párpados. No puedo estar aquí sentada mirando esto, así que cojo la mochila y salgo disparada hacia la puerta, ignorando las protestas de la señora Hill y las miradas y murmuraciones por lo bajo de mis compañeros de clase. Estoy segura de que Chase Redgrave y Trevor Johnston se han quedado con una preocupación mucho mayor que los deberes.

No voy directa a casa como tenía planeado. Tomo un desvío con el Jeep, uno que no pensaba tomar. Vuelvo al parque donde Luke y yo pasamos aquellas noches de verano, adonde intenté volver la otra noche pero me asusté demasiado. Ahora tiene un aspecto distinto, con el sol de media tarde

cayendo sobre los columpios, proyectando sombras. Hay unos cuantos niños corriendo mientras sus madres los vigilan desde los bancos pintados de rojo. Me quedo en el coche aferrada al volante. Aquí dentro estoy a salvo. Una de las madres aúpa a su niño hasta la parte de arriba del tobogán y lo sujeta por el abrigo acolchado mientras se desliza hasta abajo. Tiene la cara surcada de lágrimas. «Sé cómo te sientes, pequeño —quiero decirle—. Ese tobogán también me hizo daño a mí».

Nunca vine a este parque de niña, probablemente porque Kim nunca se molestó en traerme. Pero sí vine de adolescente. Aquí es donde Luke y yo nos refugiábamos de Kim, mi madre y su empleado. Aquí me enseñó a fumar porros, sentados frente a frente en el balancín. Hablábamos durante horas de todo lo que pensábamos que era una mierda en la vida. Yo me quejaba de Kim. Él me hablaba de su padre, de cómo le pegaba cuando se tomaba unas copas de más. Me dijo que yo era la única persona a la que se lo había contado, y yo no tenía ninguna razón para no creerle.

Una noche, cuando me pidió ser su novia, me sentí la reina del mundo. Entonces fue cuando me dijo lo que las novias hacen por sus novios y se sacó el pene de los pantalones. Yo nunca había visto uno antes y no sabía qué tenía que hacer con eso. Tenía trece años. Pero estaba a punto de averiguar qué era lo que se hacía con eso. Me empujó la cabeza hacia abajo. Yo quería hacer feliz a Luke y, si aquello era lo que tenía que hacer para ser su novia, lo haría.

Aquello se convirtió en nuestro ritual nocturno. Íbamos al parque cuando oscurecía y yo se la chupaba. Y, una noche, apoyados en el tobogán, me dijo que no podía parar.

—Eres mi novia —dijo—. Esto es lo que hacen las novias.

Todavía recuerdo cómo le olía el aliento a la cerveza que se había tomado de camino. Me dieron ganas de vomitar, pero lo último que quería era decirle que no a Luke. Lo último que quería era que pensara que era una niña, una niñata estúpida de primaria que no hacía las cosas que hacen las chicas de instituto.

—No he estado con nadie más que contigo —dijo mientras me besaba el cuello. Yo quería empujarle, pero pesaba mucho y estaba atrapada entre el plástico duro del tobogán y el peso muerto de su cuerpo. Ya me había

levantado la falda y me estaba bajando las bragas.

No dije que sí, pero tampoco dije que no. Y cuando noté el dolor ardiente entre las piernas, como si me estuvieran abriendo en canal, me mordí el labio tan fuerte que me hice sangre, pero no le dije que parara.

Cuando acabamos, se subió los pantalones y apenas hablamos durante el camino de vuelta a casa. Después de aquello dejó de llamarme y dejó de venir a trabajar a casa. Una semana después, me enteré por una amiga en común de que llevaba todo el año anterior saliendo con una chica de su clase.

Nunca le conté a nadie lo de Luke, ni mucho menos a Kim. Ella fue quien contrató a Luke para que fuera nuestro jardinero aquel verano, y creía que se le daban muy bien las rosas, que nunca habían florecido en nuestro jardín antes de que se ocupara Luke. Tenía miedo de lo que Kim pudiera decir, me daba miedo que me echase a mí la culpa por incitarlo. Me daba terror que pudiera poner los ojos en blanco y decirme que creciera de una vez y lo superara. Y, sobre todo, estaba avergonzada. Creía que había hecho algo malo. A lo mejor se me daba mal el sexo y por eso ya no quería verme. Me prometí a mí misma que mejoraría.

Expulsé todo aquello de mi cabeza, algo a lo que me acostumbré muy rápido después de lo de Luke. Supuse que tenía que tomármelo como una experiencia vital, algo que me daría ventaja cuando empezara el instituto. Ya había hecho algo que la mayoría de las chicas de trece años no habían hecho, ya que se pasaban los veranos gastándose la paga en vaqueros pitillo de diseño y maquillaje de colores. Querían parecer mayores, pero yo era mayor. Me convencí de que lo que había pasado con Luke era lo mejor que me podía haber pasado.

Hasta que no me vino la regla. Me pasé días negándolo, sin saber si hablar con Kim, aunque tampoco habría sabido qué decirle. Kim me habló de sexo muy pronto. La norma estricta en la que incidió fue «usa preservativo». Hasta eso lo había hecho mal. Pensé que se me habría retrasado el período. Solo lo tenía desde el año anterior. Había leído que era normal que las chicas de mi edad fuesen irregulares. No podía estar embarazada después de mi primera vez.

Me convencí de aquello durante casi una semana, hasta que los demás síntomas eran demasiado obvios como para ignorarlos. Los busqué en

Internet. Náuseas al despertarme. Cansancio. Dolor de espalda. Lo tenía todo. Compré un test de embarazo en el centro comercial, el que estaba más cerca y donde se podía ir a pie. Solo tenía trece años, no tenía carné y no le iba a pedir a Kim que me llevara en coche.

No podía pensar con claridad cuando vi las dos rayas. Pensé que debía de haberlo hecho mal, así que me alegré de haber comprado dos pruebas. En la segunda también aparecieron las dos rayas. Recuerdo que no era capaz de respirar. Mi vida se había acabado. No podía ser madre. Pero ¿cómo iba a abortar sin que Kim se enterase?

Tardé dos días en hacer acopio del valor necesario para llamar a Luke. Marqué su número en el teléfono rosa de mi habitación, con las manos temblorosas y el corazón latiendo desbocado. Apenas podía oír mi propia voz por encima de la sangre que me subía hasta la cabeza.

—Tengo que decirte una cosa —empecé.

—¿Quién eres? —preguntó él. Solo dos palabras. «¿Quién eres?». Si me hubiese pegado un puñetazo en el abdomen me habría dolido menos.

Debería haberme callado en ese momento y haberme dado cuenta de que no quería tener nada que ver conmigo. Pero quería hacer las cosas bien. Y lo necesitaba. Necesitaba contarle a alguien lo que me estaba pasando, que estaba secuestrada dentro de mi propio cuerpo.

—Soy Mercedes —dije—. ¿Puedes venir?

—Estoy liado —contestó—. Lo siento.

—Es importante —le dije, sin obtener respuesta por su parte. Al final, lo solté—. Estoy embarazada.

Una pausa larga. Y entonces dijo algo que nunca olvidaré.

—¿Cómo sabes que es mío?

Sus palabras se quedaron suspendidas en el aire como partículas de agua fruto de la humedad. Podía haberle dicho tantas cosas. «Es tuyo porque eres la única persona con la que me he acostado. Y me obligaste. Yo ni siquiera quería». Pero no dije nada. Tampoco lloré. No emití sonido alguno.

—No es mío —dijo—. Mira, Mercy. Lo pasamos bien. Pero ahora estás intentando que siga contigo y no va a funcionar. Yo he pasado página. Tú también deberías.

Colgó sin decir adiós. Nunca me dijo adiós.

Busqué clínicas de aborto en Internet. Pedí cita en una la semana siguiente. No sabía qué le iba a decir a Kim. Podía ocultarle muchas cosas pero no algo tan importante. Cada día que pasaba y se acercaba la cita le rezaba a un Dios en el que no creía. Rezaba para que el bebé desapareciera. Suplicaba a Dios, con las manos apuntando al techo y las lágrimas surcándome la cara, que me diera una segunda oportunidad. Prometí que nunca volvería a joderme así la vida. Le dije a Dios que no volvería a pedirle nada nunca si me devolvía mi vida de siempre.

Y resultó que alguien allí arriba debió de escucharme, porque me desperté en mitad de la noche con los peores dolores de mi vida y supe que estaba perdiendo al bebé del tamaño de una manchita que llevaba dentro. Me senté en la taza del váter, me mordí el interior de los carrillos y esperé a que desapareciera. Cuando todo terminó tiré de la cadena sin ni siquiera mirar. Solo era una mancha, no era una persona real. Mis oraciones fueron escuchadas. Era todo lo que había pedido.

Debería haberme sentido feliz, pero estaba enfadada. Pensé que Dios se había llevado algo más de dentro de mí, porque me sentía vacía.

Pensé que un bebé era lo peor que podía pasarme. Pensé que estar embarazada lo arruinaría todo.

Pero resulta que lo arruiné todo yo sola.

Le conté a Angela todo lo de Luke en la carta, también lo del bebé. Le dije que lo que había hecho ahora no era culpa de Luke, que lo que me hizo no me daba derecho a acostarme con los novios de otras chicas. Le dije que ni siquiera sé si disfruto del sexo o si simplemente me gusta sentir que tengo el control mientras lo hago. Le dije que quería enseñarles a hacerlo bien para que la primera vez de sus novias fuese mejor que la mía. Para mí eso era algo muy importante, por muy mal que suene al decirlo en alto o ponerlo por escrito. Pero, aun así, espero un huracán de preguntas por su parte, si es que me da la oportunidad de contestarlas.

La espero en el porche durante una hora por lo menos, pendiente de cada cabeza rubia que pasa por la acera. Al ver que no llega, abro la puerta para entrar en casa. No va a venir. Se lo ha pensado dos veces y no quiere tener nada que ver conmigo.

Pero Angela está al otro lado de la puerta y parece tan sorprendida como yo.

—Me ha abierto tu madre —dice—. Parecía contenta de verme. Aunque no se acuerda de mi nombre. Supongo que no le has contado nada de... ya sabes.

Teniendo en cuenta que esto es todo lo que Angela me ha dicho en más de una semana, me siento mucho más optimista que cuando estaba sola en el porche.

—Dios, no. Kim no sabe nada de mi vida. —Angela frunce el ceño—. Lo

siento. No volveré a decir Dios. Tengo la mala costumbre.

Subimos a mi cuarto. Normalmente nos sentamos en la cama, pero de repente me parece inapropiado. Me cruzo de piernas en el suelo y Angela hace lo propio.

Abro la boca para hablar, pero ella se adelanta y me deja con la palabra en la boca.

—Siento haberte robado el camisón —dice—. No sé por qué lo hice. Nunca en mi vida había robado nada, ni siquiera una chocolatina. Robar es pecado. Y solo estaba buscando una rebeca, lo juro. Pero entonces vi el camisón y pensé que era bonito, y Charlie no paraba de lanzarme indirectas sobre el tema del sexo, y todos mis pijamas son viejos y andrajosos y uno encima es un esquijsama de esos con pies y no me lo puedo poner delante de él, así que...

—En serio, no te preocupes por eso. Te lo habría regalado —la corto, obligándola a parar antes de que forme la frase más larga del mundo. Se está poniendo roja y habla con voz muy aguda.

—No lo quiero. Nunca me lo llegué a poner. Por eso te lo devolví.

—Bueno —digo—. Pero eso no es importante.

De repente me paro a pensar en lo que ha dicho y me callo. «Nunca me lo he puesto». Esas palabras me hacen sentirme como si pesara cinco kilos menos, como si un elefante acabase de levantarse de encima de mi pecho y pudiera volver a respirar con normalidad.

Ella respira hondo.

—Mi madre encontró tu carta en el buzón y me la dio. Al principio me dio asco. Estaba enfadada. Luego simplemente me puso muy triste.

Se mira los dedos, donde se está quitando padrastrós de manera metódica. Debe de habersele pegado esa costumbre de mí. Afortunadamente es la única costumbre que se le ha pegado de mí.

—Ya. Demasiada información. Son cosas que nunca le había contado a nadie, y probablemente nunca más lo haga.

—No, Mercy. Me alegro de haber leído la carta, porque Charlie es un poco como Luke. Lo que te dijo para obligarte a hacer esas cosas... —Su voz se convierte en un susurro y mira a la puerta, como si tuviese miedo de que alguien estuviera escuchando detrás.

—No, Ange —digo—. Por favor, dime que no te ha obligado a nada.

—No —susurra—. Pero lo ha intentado. Me dijo que ya era como si estuviésemos casados, que estar prometidos es lo mismo. Yo seguía diciéndole que quería esperar. Y quiero esperar.

Tengo ganas de abrazarla, pero su lenguaje corporal indica que seguramente no quiere que la abracen. Así que escucho la historia entera.

—Reservó una habitación en un hotel el fin de semana pasado, que mis padres se fueron de viaje, e intentó que bebiera vino con él. Pero yo estaba nerviosa y no quería tomar nada que me nublara la cabeza más de lo que ya la tenía. Así que le dije que no y él empezó a comportarse de manera extraña. De manera mezquina, más bien. Le dije que podíamos dormir juntos, y que podíamos besarnos y esas cosas, pero que no estaba preparada para... ya sabes...

—El sexo.

—Eso es. Y él lo sabía. —Me mira y suspira—. Entonces empezó a decirme cosas como que si no estaba preparada todavía no sabía cuándo iba a estarlo, que ya estábamos prometidos, que cuándo íbamos a hacer las cosas que hacen las parejas normales.

—No puedo creer que dijera eso —mascullo con los dientes apretados, aunque no estoy sorprendida en absoluto.

—En fin. Esto me da mucha vergüenza, pero cuando me metí en la cama me puse mirando para el otro lado y solo quería dormir. Pero él no me dejaba. Estaba desnudo y quería que le tocara... ya sabes... eso. Me agarró por la muñeca y me obligó. Entonces me fui corriendo al baño, cerré el pestillo y le dije que me encontraba mal.

—Lo siento mucho, Ange. No quería que te pasara nada malo. —Quisiera añadir que me encantaría arrancarle a Charlie «eso» de cuajo, pero me contengo.

—Bueno, no me pasó nada. Me quedé toda la noche en el baño, aunque él empezó a dar golpes en la puerta sin parar. Me dijo un montón de cosas como que tenía suerte de que siguiera conmigo, él que podía estar con cualquiera. Por fin se quedó dormido y yo me escabullí antes de que se despertara. Lleva llamándome sin parar desde entonces. Dice que lo siente, que fue por el vino.

Se echa a llorar. Esta vez sí la abrazo. Lloro con la cara enterrada en mi

pelo, estremeciéndose cada vez que solloza. Ojalá pudiera ir a buscar a Charlie y pegarle un puñetazo en la cara. O hacerle algo peor.

—El caso es que estaba enfadada contigo —dice, con la voz amortiguada por mi pelo—. Estaba enfadada contigo porque Charlie no paraba de decir que tú sí estabas preparada y dispuesta a hacer lo que quisiera. Estaba enfadada contigo porque no sabía con quién más estarlo. Pero ahora no quiero volver a verle.

Se seca la nariz con la manga. Cojo una caja de pañuelos de mi mesilla, pero me hace un gesto con la mano de que no los quiere.

—Tenías derecho a estar confundida —digo—. No te culpo. Y menos después de todo lo que he hecho. O más bien toda la gente a la que me he hecho —digo con una pequeña sonrisa. Angela se ríe muy bajito, pero llevo tanto tiempo sin oírla reír que me parece un sonido precioso.

—El caso es que había empezado a sentirme presionada por Charlie antes de enterarme de lo tuyo. No paraba de hablar del tema. Antes hablábamos de otras cosas pero últimamente solo quería hablar de sexo. Cuando yo cambiaba de tema, se quedaba callado y se ponía de mal humor. Me dijo que no me pusiera falda para ir al instituto porque los demás chicos me miraban las piernas. Me controlaba en todo. Y yo le dejaba.

—Créeme, sé de lo que hablas —digo y, de pronto, me doy cuenta de a quién me parezco. A Faye. «Créeme». «Confía en mí». Sus consignas vitales. Y si consigo ser la mitad de buena amiga que ha sido Faye conmigo, me mereceré esa confianza.

—Pero vuestra historia, lo de que te amenazó... No sabía a quién creer. Él seguía diciendo que habías intentado seducirle. Y tenía el cuaderno con todos los nombres para confirmar su versión. Tú me dijiste que se había abalanzado sobre ti, pero supongo que necesitaba pruebas.

Ahora es mi turno de quitarme los padrastrós.

—Hay otra cosa que no entiendo —continúa—. No tienes que explicármelo, claro. Pero no entiendo por qué no le contaste a la policía lo que pasó con Luke. ¿Por qué no lo denunciaste? ¡Tenías trece años! ¡Y estabas embarazada!

Sabía que Angela me preguntaría esto si volvía a hablarme alguna vez. Y no la culpo. Es algo que me he preguntado yo misma un millón de veces.

Algo que probablemente no deje de preguntarme nunca. Más de una vez he leído en el periódico acerca de chicos reincidentes que tienen la oportunidad de volver a hacerlo porque una víctima tímida no se ha atrevido a denunciar. Y ahora tengo que decirle a mi mejor amiga por qué.

—Ange, el problema es que era mi palabra contra la suya. Ninguno de los amigos de Luke sabía de mi existencia. Nadie sabía nada de nuestra relación secreta. Me pidió que no se lo contara a nadie, que era más especial así, si solo lo sabíamos los dos.

Angela saca un pañuelo de papel de la caja y lo rompe en un montón de trocitos como si fuera confeti, que luego mueve de un lado a otro por la moqueta, empujándolos con los dedos. Durante un rato no dice nada, y yo tampoco. Le doy tiempo para que lo asimile. Teniendo en cuenta que no ha habido un solo día que no haya pensado en Luke y me haya preguntado si no debía haber hecho las cosas de otra forma, no puedo esperar que Angela procese la información en un momento.

Cuando por fin dice algo, no es lo que yo esperaba.

—Espero que puedas perdonarme —dice en voz baja—. Te creo y me da asco saber que Charlie casi consiguió ponerme en tu contra.

Abrazo muy fuerte a Angela, absolutamente aliviada. He recuperado a mi mejor amiga. Y eso es algo que nunca volveré a dar por sentado.

—Tengo una pregunta más —dice cuando nos separamos.

—Pregunta —le digo—. No pienso volver a ocultarte nada nunca más.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te acostaste con todos esos chicos? —Mira a la alfombra.

—Creo que en parte fue una cuestión de control —digo con voz temblorosa—. Cuando tenía el control, aunque fuese solo durante unos minutos, me sentía poderosa. Y cuantos más chicos me tiraba, más control necesitaba.

Con cada palabra que digo me doy más cuenta de lo horrible que suena en voz alta. Codiciaba aquella sensación. Se convirtió en una obsesión. No quería ayudar a los vírgenes.

Quería ayudarme a mí misma.

Angela me coge de la mano. Nunca lo entenderá, pero me quiere.

—Me preguntaste si estaba enamorada de Luke —digo—. La respuesta es

no. Luke me utilizó y yo era demasiado joven e inocente para darme cuenta. Puedo tener un montón de experiencia, pero creo que nunca he estado enamorada.

—Bueno, tampoco es que yo sea ninguna autoridad en lo referente a relaciones —dice Angela—. Creía que quería a Charlie. Bueno, creía que quería casarme con él. Pero quizá solo estaba bajo su hechizo. No creo que sepa lo que es el amor.

Sonrío.

—Algún chico muy afortunado estará feliz de ser tu novio —digo yo—. Y te respetará y nunca te presionará, porque eso es el amor. Querrá estar siempre cerca de ti. Y nada de lo que hagas será un motivo para que se marche, por muchas veces que lo apartes de ti. Y nunca tendrás que tenerle miedo.

Angela entorna los ojos y no estoy segura de si está a punto de echarse a reír o va a regañarme.

—¿Qué? —pregunto—. Perdón, eso ha sido muy cursi. Pero es verdad.

Me sujeta la mano entre las suyas, sus pequeñas y delicadas manos con unas uñas bajo las que nunca habrá sangre.

—En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor.

Inclino la cabeza.

—¿Qué?

Angela pone los ojos en blanco.

—1 Juan, 4:18. Si hubieses prestado atención en el grupo de oración, lo sabrías.

—Siento haber mentido sobre el grupo de oración, Ange. Te prometo que nunca volveré a mentirte.

—Eso está muy bien, pero ¿y lo de mentirte a ti misma?

Me encojo de hombros.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —empieza, lentamente, alargando cada sílaba— que parece que tienes más experiencia en el amor de lo que crees.

Doy vueltas a sus palabras en la cabeza. «El perfecto amor echa fuera el temor».

Y, después, a mis propias palabras. «Y nada de lo que hagas será un motivo para que se marche, por muchas veces que lo apartes de ti».

Me pongo de pie tan rápido que se me sube la sangre a la cabeza.

—Angela —exclamo—, tengo que ir a un sitio urgentemente.

El Jeep no puede ir más deprisa. Cada segundo que pasa es tiempo desperdiciado, granos de arena que se me escurren entre los dedos. Después de aparcar en mi sitio de siempre haciendo chirriar las ruedas del coche y correr hasta la puerta, me doy cuenta de que no sé ni lo que voy a decir.

Pero no dejo que eso me detenga.

No está en la biblioteca, donde dijo que estaría. Recorro los pasillos a toda velocidad y miro en cada cubículo esperando verle la coronilla. Alguna gente levanta la cabeza a mi paso, pero ni rastro de Zach.

Enfilo el pasillo corriendo y paso por delante de mi taquilla. A **Zorra** y **Put** ahora se le ha sumado **Golfa**, pero no permito que ninguna de esas palabras me haga aminorar el ritmo.

Casi paso de largo el laboratorio de química. Está en penumbra y la puerta está cerrada. Pero algo me obliga a pararme. El instinto o una fuerza aún mayor. Cuando miro por el cristal de la puerta, lo veo en nuestra antigua mesa, con la cabeza entre las manos.

No titubeo. No me doy la oportunidad de acobardarme ni de cambiar de opinión y huir. Abro la puerta y voy directa a la pizarra. Me aclaro la garganta y cojo un rotulador, igual que hice aquel día que no sabía que Jillian estaba mirándome.

—Hoy hablaremos de los enlaces iónicos y de los covalentes —digo, sorprendida del tono firme de mi voz, de lo segura que parezco.

Zach se inclina hacia delante en la silla.

—Mercy, ¿qué haces aquí?

Sigo hablando.

—Probablemente te estés preguntando cuál es la diferencia. Bien: en un enlace iónico, los átomos están unidos por la atracción entre los iones de cargas opuestas.

Con el rotulador dibujo dos monigotes, que es a lo más que llega mi habilidad artística.

—Los compuestos iónicos tienen puntos de fusión y de ebullición altos. —Añado unas flechas junto a uno de los monigotes. Arriba, abajo, arriba, abajo—. Se necesita mucha energía para fusionar los compuestos iónicos o para llevarlos a ebullición.

Zach da golpecitos con el bolígrafo en su cuaderno y mira la pizarra entornando los ojos.

—Los compuestos iónicos son duros y frágiles. —Dibujo un recuadro alrededor del monigote—. Duros porque los iones positivos y negativos experimentan una atracción fuerte entre ellos y son difíciles de separar. —Borro el primer monigote y lo vuelvo a dibujar más cerca del que está metido en el recuadro—. Pero la repulsión electrostática puede ser suficiente para romper el cristal, por eso los sólidos iónicos también son frágiles. —Borro el recuadro con el dedo y me doy la vuelta para mirarlo—. ¿Te suena de algo?

Zach arrastra la silla hacia atrás y levanta la mano, algo que nunca hace en clase porque nunca sabe la respuesta.

—Los polos opuestos se atraen —dice—. Dos cosas se unen y forman algo más fuerte. Como la sal de mesa. Sodio y cloruro.

Las comisuras de mi boca empiezan a contraerse en una sonrisa.

—Vas mejorando —digo.

Zach sonrío.

—Te dije que no era un caso perdido —dice. Acto seguido, se levanta y viene hacia mí. Se detiene justo delante de la mesa del señor Sellers—. Nunca creí que llegaría el día en el que por fin me dieras una clase particular.

—Supongo que tengo que recuperar el tiempo perdido —digo.

Zach se inclina hacia mí y sé que va a besarme, pero me echo hacia atrás.

—Espera —digo, levantando la mano—. Tengo que decirte algo.

Trago saliva y empiezo a hablar antes de que pueda arrepentirme.

—No es cierto que no escribiera sobre ti en el diario porque no eras nada, Zach. Esa no es la razón.

Él inclina la cabeza con mirada inquisitoria.

—Entonces ¿por qué?

Aprieto los puños tan fuerte que las uñas se me clavan en las palmas de las manos.

—Porque lo eras todo. Tú no eras una noche, un número que tuviera que anotar para probar que había pasado. Eras mucho más que eso. No escribí sobre ti porque daba por sentado que siempre te tendría.

Me muerdo el interior de la boca e intento no llorar, pero no funciona y sé que se me está corriendo el rímel, pero esta vez no me importa.

Zach se acerca a mí y me seca la mejilla con el pulgar.

—¿Qué dices?

Sonrío con labios temblorosos.

—Digo que quiero comer espaguetis contigo.

Zach me coge de la mano y entrelaza sus dedos con los míos, y esta vez no lo detengo. Estoy enlazando mi mano con la de un chico y es mucho mejor de lo que jamás habría imaginado.

—Sabes lo que significa esto —dice muy despacio—. Ya no podremos ser amigos solo los miércoles. Seguramente habrá que verse más días de la semana.

Sacudo la cabeza.

—No quiero que seamos amigos solo los miércoles.

—Bien —dice. Rodea la mesa y me abraza—. Porque ese día me viene mal. Me he cambiado a economía familiar para estar más cerca de una chica que me vuelve completamente loco y ahora tengo un montón de deberes extra porque es una vaga.

Aprieto la cara contra su pecho. Quiero decir muchas cosas, contarle un montón de cosas sobre mí que no sabe. Pero habrá tiempo para eso. No hay prisa.

—No sé ser novia —digo—. Nunca lo he sido.

Zach me da un beso en la cabeza.

—No pasa nada —dice—. Podemos averiguar juntos cómo se hace. —Da

un paso atrás y me pone las manos en los hombros—. Bueno, examiga de los miércoles, ¿ahora puedes ayudarme con los enlaces covalentes? Porque sigo sin entenderlos. ¿Qué tal si me haces uno de tus esquemas?

Sonrío mucho más de lo que he sonreído en mi vida, y de pronto sus labios están sobre los míos; si esta no es la mejor química, no sé qué es.

Es curioso cómo al dejar de tener el control todo puede volver a ponerse en su lugar. Pero eso es lo que estoy aprendiendo, que si pones demasiada cantidad de un componente al final consigues la reacción contraria. Es la lógica que me ha costado más tiempo aprender pero la que menos ha tardado en curarme. Y, en dos semanas, mi vida pasa de ser un caos a algo parecido a la normalidad.

Lo mejor de todo —además de que Angela vuelve a ser mi mejor amiga— es que dejan volver a Faye al instituto. No sé exactamente cómo ha ocurrido, y Angela no quiere entrar en detalles, pero fue al despacho del director Goldfarb una mañana temprano y estuvo allí al menos dos horas. Debía de llevar artillería pesada.

—¿Qué le has dicho a Goldfarb? —pregunto cuando sale por fin, con una sonrisa serena en la cara—. Si algo sé de Goldfarb es que nunca cambia de opinión.

Angela se encoge de hombros.

—Puede que te lo diga o puede que no. Pero vamos, llegamos tarde al grupo de oración.

Todavía no estoy segura de si me creo algo de lo que se dice en el grupo de oración, pero cada vez tengo más claro que es importante tener fe en algo o en alguien. Incluso si ese alguien es tu mejor amiga. El tema de hoy me resulta bastante familiar. Vamos a hablar del perdón.

—Abrid todos la Biblia. Efesios, 4:31 —dice Angela con una amplia

sonrisa. Se aclara la garganta y lee con voz firme—: «Despojaos de toda amargura, enojo e ira, griterío y maledicencia, así como de toda maldad; y sed benévolos los unos con los otros, tened misericordia y perdonaos los unos a los otros, como Dios en Cristo os perdonó».

«Todos» ya no incluye a Charlie, que no ha asomado la cara por el grupo de oración desde que Angela le devolvió el anillo de compromiso. El grupo de oración es un lugar donde sé que no volveré a verlo. Me gustaría poder decir eso de todas partes, pero no puedo. No hay ninguna fórmula química mágica que pueda hacer desaparecer a Charlie, pero hay una nimiedad llamada «la verdad». Y ahora que los exvírgenes saben que Charlie fue quien difundió el vídeo, no creo que yo sea ya la persona más odiada de Milton High.

Mucha gente aún me odia, y no puedo hacer nada para cambiar eso. Pero ahora he recuperado a Angela. No me coge de la mano físicamente cuando alguien me llama «puta» o «zorra» en el pasillo, pero no tiene que hacerlo. Ella es mi fortaleza de todas formas. Charlie no consiguió ser su primera vez. He hecho de eso mi mantra.

Angela sigue llevando el anillo anterior, el que le regaló Charlie por su cumpleaños. Cuando le pregunté por qué, me dio una buena razón.

—Me lo voy a quedar —dijo, dándole vueltas alrededor del dedo—. Lo elegí yo. Pero ya no simboliza ningún compromiso con Charlie, sino conmigo misma. La promesa de confiar siempre en mi instinto.

Lo mejor es que ha comprado uno igual para mí y me ha dicho que haga mi propia promesa. La he hecho, pero no le he dicho qué era.

Le debo a Faye mucho más de lo que puede imaginar. No sé cómo pero consiguió borrar de Internet la web que creó Charlie. Podía haberme arruinado la vida, pero en lugar de eso sufrió una muerte rápida a manos de Faye. Ahora ella también es mi mejor amiga, alguien a quien confiaría mi vida. Pero ya no quiero ser ella. Todavía le estoy cogiendo el tranquilo a ser yo misma.

Faye tenía razón y no. La gente aún no se ha olvidado de lo mío. Aún murmuran cuando me acerco, y a algunas chicas no les importaría que me atropellara un coche. Todavía tengo que lidiar con miradas asesinas en el pasillo y probablemente eso no cambie, al menos no hasta que acabe el curso.

He dejado muchas exnovias cabreadas a mi paso y nunca podré explicarles por qué hice lo que hice. Me he planteado hacerlo, pero quizá estén intentando pasar página igual que yo. Y ninguna explicación va a justificar lo que les hice.

Supongo que lo único que puedo hacer es dejar atrás el pasado. La mayor parte de las parejas han roto definitivamente. Laura Adams dejó a Trevor Johnston con un mensaje de texto plagado de insultos. Isabella, según parece, le tiró un zapato a Juan Marco Antonio durante el entrenamiento del equipo de fútbol y le dijo que no podía esperar a que se fuera de vuelta a su país. Rafe Lawrence fue presa de la ira de Caroline, justo como quería, aunque las malas lenguas dicen que ahora quiere volver con ella y que no le hace ni caso. Mejor para ella.

Jillian Landry decidió darle otra oportunidad a Tommy Hudson. Todavía me los cruzo por el pasillo cogidos de la mano. Ya no le doy clases particulares, pero juraría que Jillian a veces me dedica algo parecido a una sonrisa, como si supiera más de lo que le he contado. Como si me perdonara por lo que pasó. Espero que Tommy y Jillian sigan juntos.

No me lo esperaba para nada, pero Toby Easton se acercó a mi taquilla y me puso su boletín de notas delante de la cara. Sacó un sobresaliente en los polímeros. Si se fijó en las pintadas de mi taquilla —**Zorra, Puta y Golfa**, todas tachadas—, no se le notó. Hizo el ademán de abrazarme, pero se paró en seco. Probablemente viese la web y leyera las páginas de mi cuaderno. Probablemente me estaba diciendo «gracias pero no, gracias». No lo culpo.

Esperé a que me dijese adiós, pero no lo hizo. Me dijo otra cosa.

—¿A la misma hora en el mismo sitio hoy?

Asentí con la cabeza. Algo se me hinchó dentro del pecho. Podía seguir dándole clases a Toby. Eso lo decía todo.

—Me has salvado la vida de verdad —dijo mientras se alejaba.

Ya nadie me dice eso. Y si Toby tiene que ser la última persona de quien lo oiga, me parece bien.

Hay quien cree que soy una zorra, hay quien cree que merezco morir y hay quien cree que soy una prostituta elevada a los altares. Oigo todo tipo de rumores sobre mí, la mayor parte de los cuales no tienen fundamento alguno.

Están ahí, pero ya nadie me insulta a gritos en la cafetería. Son más bien susurros que resuenan entre las paredes.

—Me han dicho que ha dejado de acostarse con chavales de instituto y se ha pasado a los universitarios —oí decir a alguien un día mientras hacía pis en el baño.

—A mí me han dicho que le pegaron un herpes —dijo otra chica.

—No, no le pegaron un herpes. Se quedó embarazada —intervino una tercera voz.

—No, os equivocáis. Ahora tiene novio. Ayer los vi de la mano —dijo una cuarta chica, a cuyas palabras les sigue un coro de risas incrédulas.

Afortunadamente, solo el último de los rumores es cierto.

Y esta noche es una noche muy especial. Esta noche, Zach y yo tenemos nuestra primera cita de verdad. La primera cita de mi vida.

—Ya era hora —dice Faye guiñando un ojo. Ella y Angela están en mi casa ayudándome a arreglarme. Angela está hojeando las revistas viejas de Kim y Faye está intentando que me esté quieta mientras me maquilla.

—Ya te digo —dice Angela—. La primera cita de Mercy. Es algo muy importante.

Pongo los ojos en blanco.

—No me pongáis más nerviosa de lo que ya estoy —digo—. Se supone que tenéis que ayudarme a sentir que estoy preparada.

—Por favor —dice Faye mientras me aplica rímel en las pestañas superiores con un movimiento de la mano—. Tú has nacido preparada. —Me mira entornando los ojos y frunce el ceño—. Cierra los ojos. Voy a hacerte la raya.

Hago lo que me dice. Nunca pensé que fuese a ser capaz de sentarme así, de dejar que alguien tuviese el control sobre mí en algo tan sencillo como maquillarme. Pero estoy aprendiendo pasito a pasito.

—Bueno, ¿y qué plan tenéis? —pregunta Angela—. Conociéndote, seguro que es un plan elaboradísimo. Me muero de ganas de saberlo, pero no sueltas prenda.

Sonrío pese a las instrucciones de Faye de no mover la cara.

—No —digo—. No hay ningún plan. Veremos sobre la marcha.

—Por lo menos habrás pensado qué te vas a poner —dice Angela—.

Tienes un montón de vestidos bonitos.

Tiene razón, tengo el armario lleno de vestidos bonitos que nunca me pongo, vestidos comprados por Kim para las galas benéficas, las cenas y otras ocasiones de las que siempre encuentro la manera de escaquearme. Tengo el armario lleno de vestidos y los cajones llenos de lencería que me he puesto para Zach en múltiples ocasiones. Ropa interior que en teoría debía decir algo. «Soy juguetona. Soy divertida. Soy atractiva. Soy una bomba sexual».

Quizá por eso llevo puesto un conjunto de bragas y sujetador de algodón que no me ponía desde hace años. Los días en los que la ropa interior hablaba por mí se han terminado.

—Nada de vestidos —digo—. Voy a ponerme exactamente lo que llevo puesto.

La afirmación es acogida en silencio. Abro los ojos y veo la decepción en sus caras.

—¿Qué pasa? ¿No os gustan mis vaqueros?

—Es que los llevas todos los días —dice Angela—. Creía que te pondrías algo más femenino.

—No. —Me seco los labios con un pañuelo de papel que me da Faye—. He pasado demasiado tiempo siendo la fantasía de otras personas. Esta noche voy a ser simplemente yo. Creo que Zach estará conforme.

Faye entorna los ojos. Veo una sonrisa asomándole en la comisura de la boca.

—No es lo que lleves por fuera, sino lo que lleves debajo. Déjame adivinar. Cuero y encaje.

Angela finge taparse los ojos y esconder la cabeza, pero sé que se está riendo. Me levanto la camiseta, dejando al descubierto un sujetador de color visón y sin adornos, y observo ensombrecerse la expresión de Faye.

—Ese es el sujetador más aburrido del mundo —dice—. Si es una cita de verdad probablemente quiera verte las tetas.

Me agacho para buscar mis Converse debajo de la cama.

—Pero Faye —digo—. Es nuestra primera cita. No soy una chica fácil.

Angela da palmas.

—Me encanta —dice—. Has encontrado a alguien que te gusta de verdad.

Faye se deja caer en la cama.

—Bueno, quiero que me lo cuentes todo luego con pelos y señales —dice—. Espero una llamada nocturna con todos los detalles.

Suena el timbre. Las siete. Puntual.

Cojo mi bolso del respaldo de la silla y me dirijo hacia la puerta.

—No creo —digo con una sonrisa—. Me parece que ya se ha sabido suficiente de mi vida amorosa en el instituto. A partir de ahora, la viviré a puerta cerrada.

Estoy nerviosa por ver a Zach. Nerviosa porque nunca antes he tenido una cita de verdad y porque espero estar a gusto. No soy virgen, ni muchísimo menos, pero supongo que hay cosas que aún constituyen territorio virgen para mí.

Pero Zach me lo pone fácil. Kim ya ha abierto la puerta cuando bajo, y Zach está de pie en la entrada vestido con una camisa y con un ramo de flores en la mano. Margaritas, no rosas. Son las flores más bonitas que he visto en mi vida.

—Para ti —dice mientras me tiende el ramo.

Esta vez no las dejo tiradas al pie de la escalera. Dejo que Kim las ponga en un jarrón. Luego las subiré a mi habitación y las dejaré en la mesilla. Flores de mi novio.

—¿Lista? —pregunta Zach, poniéndome la mano en la espalda y guiándome hasta la puerta.

—Lista —digo.

—La traeré pronto a casa, señora Ayres —dice mientras me abre la puerta.

Kim se queda de pie en el vestíbulo. Espero a que haya un comentario vergonzoso pero, por una vez, no lo hace.

—Pasadlo bien, chicos —dice.

Giro la cabeza para mirarla y, por primera vez, no frunzo el ceño y pongo los ojos en blanco. La miro a los ojos y sonrío. Porque Kim puede ser una

madre terrible, pero es la única que tengo. Quizá se esté esforzando a su manera equivocada. Y supongo que nadie entiende eso mejor que yo.

Miro hacia lo alto de las escaleras una vez más y veo a Faye y a Angela en el descansillo, despidiéndose con la mano. Nunca me he sentido tan normal como en este preciso instante, como una chica corriente que tiene una cita con el chico que le gusta.

Tampoco me he sentido nunca tan afortunada.

Zach me guía por el camino de entrada hasta un sedán blanco oculto entre mi Jeep y el descapotable de Kim.

—Le he pedido prestado el coche a mi madre —dice—. Es una chatarra y no tiene muchas marchas, pero creo que hará su labor y llegaremos enteros.

Sonrío.

—Es perfecto —digo.

Abre la puerta del coche de mi lado y cierra con suavidad una vez que subo. Me deja elegir la música en la radio y me coge de la mano mientras nos alejamos de mi casa.

—¿Adónde vamos? —pregunta—. ¿Qué aventura tienes planeada?

Zach me deja planear la cita a mí, no porque sea indeciso sino porque sabe que me gusta tener un plan. Pero creo que voy a sorprenderle.

—En realidad —empiezo— sí que tengo una idea. Sigue recto. Vamos a la playa.

Zach levanta una ceja.

—¿Quieres verme sin ropa? —pregunta—. Si querías verme desnudo, me han dicho que hay un vídeo...

Le pego un puñetazo en el brazo.

—No, tonto. Ahora verás.

Cuando por fin le digo que pare, me mira perplejo.

—Aquí no parece que haya ningún restaurante elegante —dice—. Ni un teatro, ni la bolera. ¿Adónde vamos exactamente?

—Bueno —contesto—, me apetecía un batido.

Así es nuestra primera cita. Nada ostentoso ni aventurado, ni siquiera lo que la mayoría de la gente definiría como romántico. Pero, para mí, es perfecto. Ya he tenido suficiente drama. Pedimos dos batidos y una ración de patatas fritas y como delante de Zach sin ninguna vergüenza. Me hace reír y

encuentra la manera de tocarme siempre que puede, en sitios donde no creía que me pudiese gustar que me tocaran. La muñeca, la rodilla, la punta de la nariz.

Incluso nos sentamos en el mismo lado de la mesa.

—¿Sabes qué? He estado pensando —dice mientras paseamos por la playa más tarde—. California va a estar muy solitaria sin ti el año que viene.

—Siempre nos quedará el sexo telefónico —bromeo, dejándome caer contra su hombro. Respiro hondo antes de decir lo siguiente—. También podrías venir conmigo. A un sitio donde nieva en invierno.

Zach no me suelta la mano, pero ahora la aprieta con suavidad.

—Mercedes Ayres, ¿es posible que al fin estemos yendo a la misma velocidad por una vez?

Mis labios esbozan una sonrisa.

—Bueno, ya sabes. Estoy intentando ir un poco más despacio. Como un Mini en vez de un Mercedes.

Zach se para, me atrae hacia sí y recorre la forma de mi cara con el dedo. Hace un mes no le habría dejado hacer esto. Me habría resultado demasiado íntimo, demasiado importante. Pero hoy no me aparto.

—No puedes ser un Mini —dice—. Me encanta que seas un Mercedes. Y voy a hacer todo lo posible para seguirte el ritmo.

—Ya lo haces —digo. A continuación, le rozo los labios con los míos y dejo que me levante de la arena.

Esa es la cuestión. No puedo invertir el límite de velocidad, al igual que no puedo retroceder en el tiempo. No puedo cambiar nada de lo que me ha pasado y, por supuesto, no puedo cambiar nada de lo que ha pasado por mi culpa. Puedo irme lejos en unos meses, tal y como tenía planeado, y empezar de cero. O puedo quedarme aquí y querer a la gente que tengo alrededor y la vida que tengo con ellos. Quizá Zach y yo estemos juntos para siempre y algún día les contemos a nuestros hijos que fuimos novios desde el instituto, una versión descafeinada de lo que ocurrió realmente. Quizá seamos almas gemelas. Quizá hayamos conseguido hacernos más fuertes el uno al otro, como el sodio y el cloruro. O quizá dentro de unos años estemos cada uno en una costa y decidamos que es mejor que seamos amigos. Pero todos esos «quizás» no son importantes, porque no puedo controlarlos.

Puedo controlar lo que ocurre en el laboratorio de química. Hay una fórmula y una ecuación, y sé exactamente cuál será la reacción al mezclar una cosa con la otra. En la vida no se puede saber demasiado. En el amor es imposible saberlo. Da igual los elementos que combines, no puedes saber qué va a pasar.

Da miedo no saber qué va a pasar.

Pero puede que esa incertidumbre sea lo mejor de todo.

Agradecimientos

Escribir es algo que sobre todo se hace en soledad (o, en mi caso, con un chihuahua consentido en el regazo), pero la publicación es un viaje que implica a un equipo entero, y yo tengo la suerte de tener el mejor equipo que puede haber. *Soy tu primera vez* aún sería un documento de Word en mi ordenador si no fuera por una serie de personas increíblemente maravillosas a las que estaré eternamente agradecida.

Primero (la broma es adrede), un millón de gracias a mi agente-estrella del rock, Kathleen Rushall. Todo esto ha sido posible gracias a ti, y tu valentía y tu positividad constante han hecho el proceso no solo menos estresante, sino muy divertido además. Gracias por compartir tus corazonadas y por tu oído siempre dispuesto a escuchar, gracias por tus palabras de ánimo, por creer en este libro (y en mí) y por hacer realidad mis sueños. Doy gracias por tenerte a mi lado.

A mi brillante editora, Kat Brzozowski: gracias por darle una oportunidad a Mercedes y por convertir *Soy tu primera vez* en el mejor libro que podía existir. Tienes infinidad de ideas increíbles y nos has entendido, a mí y a mi libro, como nunca imaginé que nadie pudiera hacerlo. No solo eso, es que además trabajar contigo ha sido divertidísimo. Me alegro de que hayamos podido hacernos amigas gracias a los haikús y a la nostalgia por los Backstreet Boys (siempre seré de Brian).

Antes de tener agente o editora, reuní el valor suficiente para presentarme a un concurso llamado Pitch Wars (guerras de tono). Muchísimas gracias a

Brenda Drake por organizar este concurso, porque tuvo mucho que ver en que *Soy tu primera vez* viera la luz. Gracias a Evelyn Skye por enseñarme el difícil arte de encontrar el tono adecuado y por apoyarme en cada curva de la demencial carrera de la edición. Abrazos de oso a Lori Goldstein, que supo ver el potencial de un manuscrito atrevido y sigue ofreciéndome ayuda y consejo siempre que lo necesito. Lori, este libro no sería *Soy tu primera vez* sin ti. Cuando entré en Pitch Wars nunca pensé que tu tutela —y tu amistad— se prolongarían tanto tiempo después de que terminara el concurso, y me alegro mucho de que haya sido así.

A Emily Martin, mi fabulosa compañera de crítica, gracias por serlo todo: una crítica honesta, una animadora apasionada, una confidente leal y una buena amiga. Tu ojo clínico ayudó a que mi libro se convirtiera en un manuscrito más fuerte, y te agradezco tu disposición a la hora de leer cualquier cosa que escribiera; te lo agradezco mucho más de lo que se puede expresar con palabras.

A los grupos de autores noveles The Sweet Sixteens y Sixteen to Read: gracias por vuestra acogida, vuestro apoyo y vuestro entusiasmo. Tenéis todos muchísimo talento y es un honor compartir este viaje con vosotros. ¡Abrazo múltiple!

Gracias, o debería decir grazie, a Tary Fagerness, mi agente de derechos en el extranjero, por hacer que mi libro llegue a lectores de todo el mundo.

A toda la gente de Thomas Dunne Books/St Martin's Press que convirtió *Soy tu primera vez* en un libro de verdad; me habéis hecho sentirme una autora muy afortunada. Gracias sobre todo a Karen Masnica y a Michelle Cashman por vuestra campaña de marketing estelar y vuestra labor publicitaria, y a Danielle Christopher por diseñar una cubierta tan bonita que no puedo dejar de mirarla. A Kristin Roth, gracias por ser tan increíblemente perceptiva y pulir mi manuscrito hasta dejarlo reluciente.

A Amanda Maciel, a Caisey Quinn y a Lori Goldstein (otra vez): gracias por vuestra generosidad y por promocionar mi libro. Admiro vuestra obra y vuestro apoyo lo es todo para mí.

A mi profesora de cuarto, la señorita Parrack. Gracias por la emoción cada vez que pedía más papel para escribir porque mis redacciones cobraban vida propia.

Mis amigos y mi familia se merecen una enorme ovación. Gracias a Tory Overend y a Lauren Badalato por guardarme los secretos y quererme hasta cuando me vuelvo ermitaña. A mis suegros, Jim y Doreen Flynn, gracias por interesaros tanto por mi obra (papá Flynn, creo que tú y tu herrero vais por buen camino). A mi cuñado, Jermaine Shakes, por tu optimismo y tu fe en que las cosas salgan bien. A Erin Burns, mi hermana y mi mejor amiga, por compartir miles de bromas internas, por estar orgullosa de mí haga lo que haga y por querer celebrar siempre mis éxitos brindando con una copa de vino y yendo de compras.

Mis padres, Denis y Lucy Burns, fueron las primeras personas en apoyarme y animarme. Siempre han sabido que quería ser escritora y me dieron todo lo que necesitaba para hacerlo realidad. Gracias, mamá, papá, por estar ahí en los momentos buenos y en los malos, por aguantar todos mis caprichos y por apoyarme de todas las maneras posibles. Vosotros me enseñasteis que lo más importante en la vida es intentarlo, aun cuando se fracase. Me he caído muchas veces, pero gracias a vosotros nunca he tenido miedo de levantarme. Sois mis héroes.

Por último, pero no por ello menos importante, gracias a mi marido, Steve Flynn, por querer y desposar a una escritora que pasa una cantidad horrible de tiempo con personas imaginarias. Gracias por no enfadarte cuando me paso horas encerrada en el despacho, por comprarme la mejor silla de escritorio posible, por nuestros paseos y charlas por el bosque, por todos los cafés, por los innumerables abrazos y por ser como eres.

Y a todos vosotros, mis lectores, gracias por ser mi razón para escribir y por darme la oportunidad de hacerlo. Me hace muy feliz compartir este primer libro con todos y cada uno de vosotros.



LAURIE ELIZABETH FLYNN. Escritora de ficción contemporánea para jóvenes adultos.

Estudió periodismo y lo más importante que aprendió fue que prefería escribir historias de su autoría que informar sobre noticias.

Luego trabajó como modelo, lo que le permitió viajar a Tokio, Atenas y París.

Vive en London, Ontario, Canadá, con su marido.

Soy tu primera vez es, también, su primera novela.